Galletas para un velatorio



Jorge Strauss

Galletas para un velatorio

Jorge Strauss

Jorge Strauss

© 2020 Jorge Strauss

Galletas para un velatorio

Copyright
Sinopsis
Prólogo a la primera edición
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
Epílogo

Copyright

Copyright © 2020 Jorge Strauss

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera sin previo permiso escrito del autor.

Primera edición en eBook: Mayo 2020

Diseño y maquetación: Jorge Strauss

Portada: Jorge Strauss

Puedes seguir al autor en Twitter:

@jorgestrauss1

Sinopsis

Jeremy Leechesberg, el hombre más poderoso (y peligroso) de Sincinaty ha muerto en Frigidton, un pueblo en medio de ninguna parte al otro lado del río Turbio. Su viuda, consagrada al mecenazgo del cunnilingus, tendrá que viajar hasta allí para asistir al excéntrico velatorio organizado a petición de su difunto marido. Para desgracia del joven William y su padre, dueños de la funeraria local, allí esperan a la viuda los dos criminales más buscados del estado, sus sucios cuatreros, un ejército de cocineros franceses y todo el hampa de Sincinaty. La cosa se volverá todavía más complicada cuando las chicas del pueblo decidan acabar con esos indeseables usando su mejor arma: las galletas.

Prólogo a la primera edición

El libro que tienes entre tus manos es un compendio de situaciones estrafalarias que convergen en algún lugar de un Wild West alternativo; Frigidton un pequeño pueblo más allá del río Turbio donde nadie espera que pase nada. Imaginé este pueblo de una sola calle polvorienta con su ayuntamiento, su iglesia, la tienda de suministros, alguna que otra casa y allá apartada la funeraria con su triste cementerio. Y todo esto rodeado de polvo y más polvo.

Los habitantes del universo en el que se fundó Frigidton son clichés fácilmente reconocibles. Están el incorruptible sheriff y su fiel ayudante, los de la funeraria, el criminal que se ha convertido en leyenda, el estricto y rancio reverendo, los franceses convencidos de su insuperable cocina, las amas de casa deseosas de nuevas emociones, los sucios y simplones cuatreros que matarían por una botella de whisky, la elegante madame del burdel o el joven que desea salir a ver mundo.

Lo que diferencia a Frigidton de ese Wild West que todos conocemos, es el intento de sus personajes por escapar del encasillamiento existencial al que les someten sus estereotipos. Con suerte las derivas de esta lucha arrancarán una sonrisa al lector para regocijo de quien escribe estas líneas.

> Lo único que quiero para mi entierro es no ser enterrado vivo.

IV Conde de Chesterfield

1

Cualquiera que hubiese estado en las costas de Nueva Inglaterra y hubiese visto a aquellos hijos de Europa comer ostras, sabría que hay mil formas de degustar una ostra. Se puede sorber de golpe, se puede primero tomar el jugo y acabar sorbiendo la carne, o atacar directamente con los dientes mordiendo la concha por mencionar algunas variantes. entenderlo Para la señora Leechesberg la forma óptima tenía dos pasos. Primero había que sorber delicadamente hasta encontrar algo húmedo y sabroso. Después una vez se encontraba la carne, había que proceder a succionar. Esas mismas palabras utilizaba la señora para describir cómo quería que degustasen su intimidad. Y aunque podría sonar que la explicación rayaba lo pueril, ésta era la mejor descripción que había encontrado.

La señora llevaba años enfrentándose a un dilema. Sabía perfectamente cómo quería que interactuasen con su cuerpo. Sin embargo, dependía de los hombres y de su desempeño con un órgano que les era desconocido. Tenía que satisfacer una inquietud casi existencial a través de otras personas que no entendían su cuerpo. Cada persona era un mundo. Y como con las ostras, no todos lo hacían igual. En algunos casos daban igual las explicaciones, sencillamente no valían para cumplir los mínimos que establecía la señora. Y en algunos casos… en algunos casos todo salía a pedir de boca.

La señora apreciaba mucho su tiempo. Si el tiempo era oro, el suyo eran diamantes. No podía probar a todos los candidatos que encontraba. Aquello no era praćtico y por su experiencia el resultado acostumbraba a ser decepcionante. Siempre consideró que aquello era un problema demasiado complejo. En un esfuerzo de análisis, había concluído que la solución pasaba por identificar a los mejores candidatos sin tener que proceder a una prueba in situ. Y esto no era fácil.

Una vez conoció a un zoólogo que había creado una taxonomía para clasificar cerdos. Aquel hombre estudiaba la forma de las pezuñas, orejas, morro y otras

partes del animal para determinar la calidad del animal. Aseguraba que su método era infalible. Aquello inspiró a la señora Leechesberg. Si aquel hombre era capaz de definir las aptitudes de un cerdo con sólo medir partes de su cuerpo, ¿qué le impedía hacer lo mismo con los hombres? ¿No eran acaso los hombres un pariente cercano del cerdo?

La taxonomía de la señora Leechesberg se dividía en tres grupos según el desempeño del individuo para satisfacer sus inquietudes. De menor a mayor desempeño estaría el grupo de los inútiles, los mediocres y finalmente los innatos. Cuando la señora comenzó a desarrollar su taxonomía no tenía muy claro qué variables físicas podrían ayudarla a clasificar a cada individuo en una u otra categoría. Los avances en la frenología le hicieron pensar que unas pocas medidas del cráneo podrían ser más que suficiente. Pero a decir verdad, medirle la cabeza a un hombre resultaba extraño. Y otras variables como la altura, el color de los ojos o el vello corporal resultaron irrelevantes.

Siguiendo un exhaustivo proceso de prueba y error con un detallado registro de los invidiuos estudiados, la señora Leechesberg encontró variables prometedoras. El oficio del sujeto resultó ser revelador. La señora había encontrado que ciertos oficios están irremediablemente ligados con ciertos grupos. Por ejemplo, los banqueros siempre pertenecían al primer grupo, el de los inútiles. Algo parecido ocurría con los reverendos y los políticos. Todas las experiencias de la señora habían sido terriblemente aburridas con estos profesionales. Por alguna razón estas profesiones hundían el desempeño de los candidatos. Posiblemente la falta de ejercicio y aire libre tenía algo que ver.

El grupo de los mediocres era muy amplio. Se podría decir que incluía todas las profesiones excluídas en el grupo de los inútiles. Tenderos, carpinteros, herreros, agentes de la ley, ingenieros… A veces había sorpresas y los sujetos podían subir o bajar de categoría inesperadamente. Esto era todavía motivo de estudio por parte de la señora.

El grupo de los innatos, aquellos que parecían nacer sabiendo, era el más pequeño. La señora únicamente había encontrado una profesión que la llevase a pensar que un sujeto era del tercer grupo: los artistas. Había leído mucho sobre qué es lo que hace a un artista serlo. Llegó a la conclusión de que nadie debía saberlo porque había miles de libros con miles de teorías diferentes. El artista era un ser libre. Y esa libertad podía plasmarla donde quisiera ya fuese en un libro,

una pintura, una escultura o comiendo ostras. Únicamente un artista podía imaginarse un órgano que nunca había estado en su cuerpo. Para eso hacía falta imaginación. ¿Y dónde más ejercitaba un hombre su imaginación que en el arte?

La segunda variable que la señora tenía en cuenta era la edad. Su exhaustivo proceso empírico le había llevado a identificar como potenciales miembros del tercer grupo a los jóvenes. Principalmente jóvenes que todavía no hubiesen conocido mujer alguna. Su falta de conocimiento y ausencia de prejucios les hacía muy maleables. Aprenden rápido y en poco tiempo pueden desarrollar todo su potencial. A fin de cuentas el artista surge en la juventud. ¿Y qué necesita un artista? Un mecenas. Alguien que les sufrague sus gastos y les guíe para evitar posibles pataletas y caprichos pueriles.

El bueno de Bill era uno de esos jóvenes artistas. Y la señora Leechesberg su mecenas. Era listo. No necesitaba muchas instrucciones y tenía suficiente intuición como para saber qué debía y qué no debía hacer. El único problema era que a veces perdía el ritmo. Quizás porque se le pedía mucho. Quizás porque sencillamente se despistaba. La señora no era dura con él. A fin de cuentas, el bueno de Bill no hacía más que mejorar. Esta era su tercera acometida y no había mostrado el más mínimo cansancio. Aquella lengua tenía un vigor digno de elogio. El ver a Bill asomar entre sus piernas, le recordaba aquel caluroso verano dentro del granero. Allí en el altillo, entre la paja solía quedar con un paleto local. Lo recordaba delgado, se podría decir que esmirriado, y tostado por el sol. Ella tenía entonces quince años, él tendría dos o tres más. Nunca recordó su nombre, dónde vivía o a qué se dedicaba. Nunca hablaron mucho. Durante un tiempo sintió vergüenza por no recordar más detalles. Pero con el tiempo comprendió que era mejor así. Lo que recordaba con gran nitidez era el flequillo de aquel chico asomando entre sus piernas acompañado del sonido que se hace al sorber el agua de una ostra.

Normalmente el bueno de Bill necesitaba unos quince minutos para complacer a la señora Leechesberg. Aquel día cinco fueron suficientes. La señora le agarró la cabeza con ambas manos apretándola con fuerza mientras cerraba las piernas. Acto seguido, le hizo tragar una abundante cantidad de fluído que manaba a borbotones en un escandaloso increscendo. Aquella petite morte sacudió a la señora que soltó la cabeza del muchacho para apretarla con sus piernas desnudas. Cuando dejó de apretar, Bill se incorporó tosiendo. En cada golpe de tos salía algo de líquido. Había tragado bastante.

—Toma sécate —dijo la señora Leechesberg acercándole una toalla con encajes —. Hoy lo has hecho muy bien. Sigue así y no habrá chica que no quiera estar contigo. Vuelve la semana que viene Willy.

—Mi nombre es Bill señora.

La señora se incoporó para abrir un bolso de mano que tenía en la mesilla de noche. Sacó un puñado de billetes y se los dio a Bill.

—Seré despistada. Toma Bill. Cómprale algo bonito a tu madre.

—Muchas gracias señora —dijo Bill mientras se vestía.

Cuando se abrochó el último botón de la chaqueta abrió la ventana que daba al patio trasero, saltó a un tejadillo y de ahí al suelo. Había una distancia considerable pero no pareció dudar. No era la primera vez que daba aquel salto. La señora Leechesberg cerró la ventana y le despidió tras los cristales agitando suavemente la mano.

Bill trabajaba en la casa haciendo algunos recados. A la señora le pareció tierno en sus formas e intuyó que podía tener aptitudes. Acertó en la clasificación: tercer grupo. Joven con aptitudes y ganas de aprender. Tenía algo de innovador lo que siempre estaba bien. El chico venía de una familia de granjeros y aquel año un brote de fiebre porcina los había dejado bastante maltrechos. Con aquellos mecenazgos Bill ayudaba a su familia y ella podía disfrutar de su arte. Todos salían ganando.

La señora recogió el batín que estaba sobre la silla. Se lo ciñó a la cintura con un cordel de terciopelo. Se acercó al espejo para comprobar lo que temía: tenía los pelos propios de una loca. Parecía que se hubiese pasado el cepillo en tres direcciones diferentes a la vez. Iba a necesitar una buena sesión de cepillado. Mientras se pasaba el cepillo por el pelo llamaron a la puerta.

—Señora, señora —dijo una voz algo chillona tras la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Señora ha ocurrido una desgracia.

Al abrir la puerta, encontró al otro lado a una mujer menuda que vestía un traje de servicio con cofia y delantal. Intentaba contener unos sonoros sollozos con la palma de la mano. Con la mano que le quedaba libre tendió un papel a la señora Leechesberg.

—¿Qué ocurre?

—Acaban de traerlo —dijo la mujer entre sollozos.

La señora agarró el papel y lo desdobló. Era un telegrama manoseado donde se podía leer LEECHESBERG HA FALLECIDO EN FRIGIDTON STOP

—Llama a los muchachos. Que preparen los coches. Salimos de inmediato a Frigidton.

La mujer asintió y bajó las escaleras haciendo mucho ruido. La señora cerró la puerta despacio. Se acercó al tocador y se quedó mirando una fotografía con un marco rococó. En ella se podía ver a un hombre muy corpulento elegantemente vestido posando junto a una chimenea de mármol. En su mano izquierda una copa de coñac, en la derecha un grueso cigarro. Colgando de la chimenea la cabeza de un oso. La señora sostuvo la foto con ambas manos.

—Esto te iba a pasar tarde o temprano. Podías haber elegido un sitio mejor para tu velatorio.

2

Los Hardstone llevaban en el negocio de las pompas fúnebres desde que llegaron al nuevo mundo allá por 1647. Por aquella época Frigidton (también conocido como Frigidtown) no era un lugar muy acogedor y hasta que Frigid Townsville encontró el manantial de agua potable las muertes por gastroenteritis eran cosa frecuente. Las gentes del lugar, puritanos llegados de Holanda en su mayoría, asociaban las muertes a motivos tan diversos como la brujería, la herejía, no respetar las fiestas o derramar en vano.

Benjamin Hardstone lo vio claro. Con aquellas tasas de mortalidad, una funeraria no podía ser un mal negocio. El miedo a contagiarse y la cuestionable moralidad de sacar rédito de las desgracias ajenas amedrentaron el espíritu emprendedor de sus compatriotas. Para alguien que trabajaba en el viejo continente como cobrador de deudas aquello era un ascenso en la jerarquía social. No se sabe con certeza cuál era el apellido original de los Hardstone, pero sí se sabe que Benjamin Hardstone fue el primero en adoptarlo. El nuevo apellido apareció tras las múltiples veces que los puritanos holandeses le recriminaron tener el corazón tan duro como una piedra. A pesar de ello, lo práctico se impuso a lo moral y siempre requirieron de sus servicios. La filosofía de los Hardstone era sencilla. Alguien tenía que hacer aquel trabajo. Y ellos lo hacían bien, con respeto y a un módico precio. La funeraria de los Hardstone estaba bien asentada en Frigidton. Los habitantes del pueblo y los granjeros de los alrededores podrían dudar qué iban a comer al día siguiente, si la cosecha sería buena o no, cuándo terminaría el invierno, discutir si la tierra era plana o redonda. Lo que nadie dudaba era que los enterraría un Hardstone.

William Hardstone era la cuarta generación en el negocio familiar. Estaba acostumbrado desde niño a corretear entre las lápidas del cementerio y a ver coches fúnebres aparcados en la puerta de su casa. Lo que para cualquier viandante sería motivo de mal fario, para él era la costumbre. De hecho se sabía la historia de muchos de los habitantes del cementerio. En general gentes sobre

las que no había mucho que contar. Granjeros en su mayoría y algún carpintero o herrero. Su favorita era la de Peter Dorovsky, a quien todos recordaban como un hombre difícil de tratar y con un excéntrico sentido del humor. En su lápida se podía leer el epitafio más memorable de todo el cementerio. El relieve estaba muy desgastado y costaba leerlo, pero si uno se acercaba se podía leer “si es por lo de tu mujer Hank, llegas tarde”. Sus correteos por las lápidas se acabaron cuando cumplió los dieciséis. A esa edad ya tenía la estatura suficiente para vestir el traje de empleado de la funeraria sin hacer que las señoras le dijesen “mira que mono”. Como todos los Hardstone desde 1647, se dedicaría irremediablemente al negocio funerario.

Sus tareas eran bastante básicas: adecentar los velatorios, asegurarse que el coche de caballos estaba limpio y algunos recados como avisar al reverendo cuando había algún servicio. La verdad es que no le parecía un mal trabajo. Se hacían bastantes cosas, conocías gente, y el ambiente era relajado.

El único problema era la total disponibilidad. Una noche a las tres de la mañana le despertaron diciendo que habían aparecido unos borrachos muertos en el bar. Posiblemente intoxicados con whisky mal destilado. William pensó que serían dos o tres, alguien con un hígado que dijo basta o algún pusilánime de otro pueblo. Pero para su sorpresa aquella noche la mitad de un destacamento de infantería estaba celebrando el cumpleaños del capitán y éste les invitó al mejor whisky que su salario podía comprar. Aquellos pobres desgraciados siempre pensaron que el capitán cobraba diez o veinte veces más que ellos. Nada más lejos de la realidad.

Daniel el cochero, y único empleado de la funeraria que no era un Hardstone, no daba abasto a traer hombres y al final William tuvo que ayudarle a traer a los treinta y ocho que bebieron aquella inmundicia mal destilada. El coche fúnebre solo estaba pensado para un féretro. De hecho, solo tenían dos féretros en la funeraria. Uno era de exposición y otro era el de transporte. Tras dar unos cuantos viajes reutilizando el mismo féretro, acabaron por meter los cuerpos apilados en el coche fúnebre como pudieron. Y la descarga fue igual de indecorosa. El ejército aseguró hacerse cargo de la factura, pero al final los Hardstone no vieron ni un dólar. Desde entonces el padre de William no quería saber nada de ninguna unidad militar.

Una ventaja del negocio familiar era el uniforme. Era invariable, y era de color negro que siempre estiliza. En verano podía ser duro, pero no todo iba a ser perfecto. William tenía dos trajes que alternaba para intentar homogeneizar el desgaste. Solía mirarse frente al espejo y maravillarse de su aspecto. Buen talle, pelo perfectamente cortado, corbata negra, pañuelo en el bolsillo, chaleco abrochado, reloj en su sitio y con cuerda, cinturón bien colocado, zapatos limpios y paquete cargando al lado izquierdo. Este último aspecto le había traído alguna desavenencia con las gentes del lugar. El problema no era en sí mismo el lado sobre el que cargar, el problema era el bulto y que William gustaba de exhibirlo. Recogido en un calzón prieto aquello podría ser del tamaño de una manzana para asar. Una manzana de las grandes.

El reverendo Frigid, oficiaba todos los funerales y velatorios, pertenecía a la duodécima congregación presbiteriana de la Santa Cruz. Descendiente directo de los primeros hombres que llegaron a Frigidtown (el reverendo siempre decía Frigidtown en honor a sus antepasados) predicaba la idea de que los males del mundo residían en la carne. Usando la palabra carne en su más amplia definición posible. El propio reverendo seguía una estricta dieta de cereales, legumbres, verduras de forma redondeada, nunca cilíndrica, y algún que otro pescado. Una dieta tan rica en legumbres le había hecho merecedor del apodo de Reverendo Burbujas.

El reverendo había sermoneado a William muchas veces sobre cómo su actitud le llevaría a la decadencia, al vicio y de ahí al infierno. Y en el infierno el demonio le daría con un hierro incandescente allí donde mas le gustaba exhibirse durante toda la eternidad. Este era el resumen que William hacía de un sermón que contenía conceptos como depravación, ostentación, hundimiento de la moral, Sodoma y derramar en vano. Esto último nunca entendió a qué se refería. Cada vez que tenía que ir a avisarle para algo, el reverendo le esperaba con la artillería lista.

Esta vez le encontró en la pequeña oficina que tenía junto a la iglesia. Era un pequeño añadido donde el reverendo se podía juntar con dos o tres fieles. Normalmente todo lo que se hacía ahí era sermonear novios un par de semanas antes de la boda. Cuando William entró, el reverendo estaba contando cuántos misales le quedaban. Solía dejarlos en la iglesia a disposición de los fieles, pero últimamente había encontrado algunos misales mancillados. En uno de ellos se podía ver un dibujo del reverendo con los pantalones bajados expulsando gas.

Decidió que sería bueno colocar los misales marcados siguiendo un orden estipulado para poder encontrar al culpable. Sus esfuerzos no habían tenido éxito hasta el momento.

—Seguro que te has vuelto a atiborrar de bacon, panceta y huevos William Hardstone —dijo el reverendo sin mirarle.

William nunca supo cómo era posible que siempre supiera que era él. No le hacía falta darse la vuelta para saber que había llegado.

—Solo lo normal reverendo —respondió William—. ¿Cómo supo que era yo?

—Por la forma que tienes de llamar a la puerta. ¿Cuántos son los pecados capitales? —William dudó—. ¿Cuántos?

—Siete reverendo —respondió William esperando lo peor.

El reverendo dejó los misales con el lomo mirando hacia arriba sobre una mesa en el rincón. Se sacudió las mangas y se puso la chaqueta.

—Bien y se puede saber cuáles son.

El perro del reverendo los miraba desde la entrada moviendo el rabo desacompasadamente. Al igual que su dueño el perro no comía carne y se alimentaba en su mayor parte de las sobras que el reverendo le dejaba. Esto incluía una rica variedad de alubias y demás verduras que a duras penas llegaban para mantener a un perro de aquel tamaño. Aunque bien es cierto que había aprendido a husmear en la basura de los demás vecinos con gran éxito. Su predilección: el codillo de cerdo.

—Mira al bueno de Dante —dijo el reverendo mientras acariciaba la huesuda cabeza del perro—. Es difícil encontrar un perro más bueno. Claro que los perros no tienen alma y no pueden ir al cielo, pero si este tuviese sería tan pura y cristalina como la del mismísimo Santo Tomás. Quien por cierto escapó de las malévolas seducciones de una ramera y por lo tanto se salvó de un pecado capital. ¿Y qué pecado es ese?

—¿La envidia? —balbuceó William.

Como de ninguna parte, el reverendo sacó su voluminoso ejemplar de la vulgata de Stuttgart y le golpeó en la entrepierna. Le golpeó con el lomo del libro allí donde cuidadosamente había movilizado toda su virilidad. El dolor lo dejó con la rodilla derecha en tierra y la mirada perdida en el suelo. El bueno de Dante fue a consolarle con unos sonoros lametones. William le habría recibido con una patada, todo el mundo sabía que aquel perro estaba infestado de chinches, pero el dolor era demasiado agudo.

—La lujuria pecador. La lujuria. Sigue por ese camino y acabarás ardiendo para siempre. O crees que no me han llegado comentarios de cómo mancillas los ojos de inocentes muchachas con esa forma tuya de ceñirte los pantalones —le recriminó levantándolo por un brazo—. Esas no son formas de recibir a un difunto, ni a su familia ni a nadie. Ya hablaré con tu padre. Y ahora dime ¿quién es el difunto?

—Un tal señor Leechesberg —respondió William doblado de dolor.

—En este pueblo no hay ningún Leechesberg.

—Es de la ciudad.

—¿Cómo dices?

William se incorporó como pudo. Una especie de entumecimiento se le propagaba por la pierna.

—Es de Sincinaty.

—¿Y qué hace en Frigidtown?

—Murió en el pueblo. Y lo han traído a la funeraria.

—¿Y tu padre qué ha hecho?

—No le entiendo reverendo —dijo William intentando aparentar rectitud.

El reverendo le agarró por el brazo. William no pudo más que enderezarse. Aquello le dolió más que el golpe de la vulgata.

—¿Tu padre le ha ofrecido sus servicios?

—Claro reverendo. Somos una funeraria.

El reverendo soltó el brazo de William y éste estuvo a punto de volver al suelo.

—¿Pero cómo se le ocurre a tu padre recibir a esa gente?

—No sé reverendo. Recibimos difuntos. Es nuestro trabajo. Lo trajeron esta mañana unos cuantos hombres.

—Pero esa gente no es de este pueblo. Además es un Leechesberg. ¡Por el amor de Dios! Un Leechesberg —gritó—. Esa gente no cree en Nuestro Señor. ¿Cómo vamos a velar en este pueblo a un hereje? Es inconcebible. Es inmoral. Es un disparate.

William salió de la oficina junto con el reverendo y éste cerró la puerta tras de si.

—Voy a ver a tu padre. Tratar con esa gente no puede traernos nada bueno.

El reverendo apretó la vulgata contra su pecho y se puso de camino a la funeraria sin esperar a William. Si el dolor no hubiese tenido a William ensimismado, habría visto que el reverendo caminaba más rápido y más derecho de lo habitual. El bueno de Dante se acercó para darle ánimos con unos sonoros lametones en la mano. William le apartó de una manotazo. El perro se giró y le golpeó con el rabo donde le había golpeado la vulgata. Un dolor sordo volvió a poner a William rodilla en tierra. Dante era un perro muy empático, en cuanto notó el sufrimiento de William se giró para lamerle la cara. Esta vez sin resistencia.

3

William caminaba con las manos en los bolsillos. Aquel golpe seco con la vulgata del reverendo debía haberle dejado toda la zona amoratada. Era una sensación entre un dolor sordo y un molesto escozor. Apretaba las manos dentro de los bolsillos intentando frotarse con algo de disimulo mientras caminaba. No era fácil. Aquellos pantalones le quedaban bastante ceñidos. ¿O eran los calzoncillos los que le quedaban ceñidos? Cualquiera diría que era un loco agitándose en una camisa de fuerza agitándose camino a algún lugar. En este caso, el lugar era la casa de los Hardstone, una discreta casa de dos plantas anexa a la funeraria. De hecho, era tan anexa que era difícil distinguir dónde empezaba la funeraria y dónde empezaba la casa. Básicamente la puerta de la casa estaba lo más alejada posible de la puerta que daba acceso al velatorio. Aunque William ya estaba acostumbrado a indicar el camino al velatorio a alguna anciana despistada que aparecía en el comedor de su casa preguntando por un difunto.

Abrió la puerta como buenamente pudo. Cada vez que sacaba las manos de los bolsillos sentía un horrible entumecimiento y el destino quiso que la puerta estuviese cerrada. Sacó la mano derecha para buscar la llave en el bolsillo interior de su chaqueta. Cuando se estiró para rebuscarla entre los pliegues del bolsillo sintió un agudo escozor. Doblado sobre sí mismo abrió la puerta girando la llave dos veces. Empujó la puerta con el costado y ésta se cerró tras de sí.

Subir a su habitación en el primer piso no sería tarea fácil. En el primer escalón hizo varios intentos. Intentó subir como lo haría cualquier persona, pero levantar la pierna derecha era insufrible. Al final se decantó por subir de lado. Levantaba un pie despacito, lo apoyaba en el siguiente escalón y cuando éste ya estaba bien plantado, se agarraba a la barandilla para impulsarse y subir el otro pie.

De los diez escalones de los que se componía la escalera, los primeros cinco le llevaron algo más de cinco minutos. Cada vez que iba a subir el segundo pie,

sentía aquel escozor. Era como un caracol buscando una buena hoja de higuera. En mitad de la escalera escuchó la voz de su padre desde algún lugar de la casa.

—¿William dónde estás?

William ignoró la llamada.

—¿William? —insistió su padre.

—Voy a mi cuarto —respondió cogiendo aire.

—Pues date prisa que tenemos trabajo.

William miró de reojo el resto de los escalones. Aquello serían otros cinco minutos.

—No tardes. El reverendo ya está por aquí —puntualizó su padre.

—Ese mal… —maldijo entre dientes—. Enseguida voy.

El reverendo Frigid podía ser muy veloz cuando quería. No era como el resto de los reverendos que William había conocido. El reverendo Frigid era una amalgama de huesos cubierta de duras fibras y pellejo. Sus manos no eran para nada delicadas. Parecían las manos de un campesino: huesudas, callosas y agrietadas. Cultivaba su propio huerto donde pasaba muchas horas. Le gustaba presumir de sus hortalizas y en más de un domingo le acompañaban en los sermones de la iglesia. Debía sentir cierta predilección por las calabazas, especialmente por las exageradamente grandes. Una de ellas le sirvió una vez de telón de fondo para ilustrar cómo una vida virtuosa daba sus frutos. La gente entendió la metáfora. Lo que no entendió era por qué no paraba de acariciar aquella hortaliza.

En cuanto William entró en su habitación, cerró la puerta tras de sí y con mucha cautela se desabrochó el pantalón. Se lo quitó con mucho cuidado evitando rozar la zona del golpe. Se quitó los zapatos empujando con los pies y dejó el pantalón en el suelo. Se acercó al espejo. Cualquiera habría dicho que aquel espejo de cuerpo entero era más propio del dormitorio de una mujer, pero su padre siempre insistía en que en aquel oficio la presencia era muy importante. Por un momento pensó en lo que dijo el reverendo, quizás tenía razón, ir tan apretado podía no ser

tan buena idea. Es más, en aquel momento habría deseado llevar calzones de pernera ancha. Hizo lo posible por ser delicado, parecía imposible que el roce del algodón pudiera ser algo tan molesto. Y allí estaba el resultado de la vulgata: un cardenal en toda regla. Quién sabe cuántos capilares habían sucumbido ante el impacto de aquella encuadernación. Se podía saber con precisión milimétrica la anchura del lomo de la vulgata midiendo la anchura del moratón. Incluso se podía ver el relieve de las letras.

—Desgraciado reverendo Burbujas —maldijo entre dientes intentando aliviarse echándose algo de agua.

Le asaltó la terrible idea de que aquello se le partiera por la mitad y se cayese. La posibilidad de contraer gangrena. La lenta e inevitable desaparición de aquel apéndice. ¿Cómo sería su vida como eunuco? Los demás chicos se reirían de él y le tirarían piedras. Todas las chicas sabrían que no guardaba nada en sus calzoncillos. Y los degenerados como Clayton el trampero le pagarían por ver cómo era un eunuco al natural. Todo esto pensó mientras intentaba aliviar aquel escozor.

Tenía que bajar, su padre se preguntaría qué estaba haciendo, y no tenía ganas de dar muchas explicaciones. A veces la realidad, aunque interesante, es preferible que sea omitida. De hecho, él mismo habría preferido no saber cómo aquello había llegado a estar así de morado. Pensar que podía quedarse estéril por un vulgatazo era humillante. A lo mejor tendría que ir a ver al doctor. Quizás el doctor tenía suficiente celo profesional como para no reírse y entender la gravedad del asunto. Mientras tanto no podía ir por ahí con aquellos calzoncillos tan apretados. Podía haber cogido otros más sueltos, pero optó por liberarse de aquellas telas. Tenía sus dudas, pero tras ponerse los pantalones y un par de recolocaciones, aquello era mucho más llevadero. Algún movimiento podía resultar molesto, pero no como con aquellos condenados calzoncillos.

—¿Quién inventaría los calzoncillos? —se preguntó en voz alta—. Seguramente un reverendo.

Cogió la corbata negra, la de siempre, a la que le tenía cierto cariño. Para que no se le estropease la guardaba con el nudo hecho. Sabía cómo hacer el nudo, pero temía que si la anudaba muchas veces, la corbata acabase perdiendo su tacto. Se estiró la chaqueta, sacudió la ropa y dio un repaso con el cepillo a los zapatos.

Cuando los miró estaban impolutos. Aun así le dio una segunda vuelta. Su padre era muy exigente con esas cosas. Se miró en el espejo. Le asaltó la sospecha sobre la idoneidad de ir sin calzoncillos. Aquel trapo algodonado recogía algo que ahora danzaba alegre entre la tela del pantalón y su pierna. Sospechó que si alguien miraba notaría algo. Esperaba que fuese la hija del boticario. Sabía que le miraba mucho. Pensó que hacía mucho que no iba a la botica… Ya habría tiempo para esas cosas. Su padre le debía estar esperando abajo.

—Ya era hora. ¿Dónde te habías metido? Te mando a buscar al reverendo y él llega antes que tú.

Le habría gustado decirle que el reverendo le había golpeado con aquella vulgata suya. Que su pulgoso perro le estuvo lamiendo la cara. Le gustaría haberle dicho que aquel golpe le había dejado un buen tramo morado en su joven verga, que había tenido que venir arrastrándose de dolor y que si lo morado seguía creciendo se le podría caer a cachos su apéndice más preciado. Él no tendría hijos. Su padre no tendría nietos. Adiós a los Hardstone. Adiós a un linaje de sobrios, austeros y cumplidos funerarios.

—Lo siento padre —respondió William esperando una reprimenda.

—Que no vuelva a repetirse.

El padre de William era un hombre de orden. Si alguien le invitaba a cenar a las seis, exactamente un minuto antes él ya estaría frente a la puerta. Y tal y como debe de ser, golpearía la puerta justo cuando el reloj de la iglesia diese la última campanada que anunciaba que eran las seis en punto. En algunas ocasiones, si sabía que el anfitrión podía ser un poco despistado, le daría diez segundos de reloj. Por eso, una imprecisión como que la persona a la que se ha mandado a buscar llegase antes que el mensajero era algo que le habría molestado. Quizás el reverendo le había dicho algo sobre la vulgata… Seguro que era otra cosa. Ni siquiera le había mirado a ver si estaba correctamente vestido. Allí tenía que estar pasando algo.

—William, hijo —así solían comenzar los sermones de su padre— hoy tenemos que dar un servicio excelente.

—¿No es lo que hacemos siempre?

—Sí. Siempre damos un buen servicio. Pero el de hoy, tiene que ser excelente. Hoy vendrá mucha gente que no es del pueblo y tienen que llevarse una buena imagen de todo lo que podemos ofrecer aquí. Además el fallecido, el señor Leechesberg, no es el tipo de difunto al que estamos acostumbrados.

—No sé a qué se refiere padre. Usted siempre dice que ante la muerte todos somos iguales. Que cuando nos llega no hay nada que hacer.

—Pues hoy tendrás que aprender otra lección hijo —se sacudió las solapas del traje—. Los muertos son todos iguales porque están muertos. Pero no todos morimos de la misma manera, ni los que vienen a nuestro velatorio son los mismos. ¿Me entiendes?

William no sabía muy bien a qué se refería su padre. Además, le había vuelto a asaltar la imagen de su miembro engangrenado.

—Los Leechesberg no son mineros, ni granjeros, ni se dedican al ganado. Diría que no son el tipo de gente que va a la iglesia. Y además creo que les da igual. Diría por su apellido que posiblemente ni siquiera sean cristianos.

—¿Y a qué se dedican? —preguntó William algo ensimismado.

—No sabría decirlo con certeza. Pero diré que se dedican a todo a lo que un hombre no debe dedicarse. Y curiosamente les va muy bien. Ese hombre era rico William.

Qué sorpresa. William nunca había conocido a un rico. Sabía que había gente que podía comer todos los días solomillo para desayunar. Tipos que masticaban solomillos con dientes de oro. También había oído que se casaban con las más guapas. Y que no tenían que ir a los oficios cada domingo. Que se podían quedar en la cama haciendo lo que quisieran. Incluso no tenían por qué trabajar porque nunca se les acababa el dinero. Seguramente nadie les golpeaba con una vulgata. En definitiva: tipos con suerte.

—¿Y cómo es que está en el pueblo?

—Parece ser que falleció aquí cerca. No me han dado muchas explicaciones. Esta mañana lo trajeron sus hombres. Es un hombre realmente corpulento. Hicieron falta seis personas para colocarlo en la mesa.

—¿En la mesa? — se extrañó William.

—Es demasiado grande. No tenemos un ataúd para un hombre de su tamaño. Lo más decoroso era ponerle en una de las mesas grandes del velatorio. Claro está que la hemos adecentado.

—¿De qué murió?

—No lo sé. Cuando pregunté, ninguno de sus hombres me respondió. Siempre es el doctor el que nos avisa. Nunca ha venido nadie con estas formas —había algo de indignación en su voz—. Solamente me dijeron quién era y que en un rato vendría su asesor para hacer las gestiones oportunas.

—¿Su asesor? ¿Es algún familiar?

El padre de William se paró a apretarle el nudo de la corbata y le tiró del traje hacia abajo para quitarle las arrugas de los hombros.

—No lo sé —respondió su padre—. Pero no me gusta nada todo esto. Es muy extraño. ¿Qué clase de persona fallece y aparece directamente en una funeraria sin pasar por un médico?

—Quizás una persona rica —apuntó William.

—Puede. Pero los que venían con él no eran ricos desde luego. Estaban llenos de cicatrices, vestían y olían como cuatreros. Parecía que llevasen semanas cabalgando. El tipo de gentes que van a Sincinaty a malgastar la paga de la semana.

William nunca había estado en Sincinaty, pero por lo que oía a su padre, aquello debía estar lleno de cuatreros. No parecía un lugar muy seguro. El sheriff de Frigidton se encargaba de mantenerles a raya. Tenían la suerte de vivir en un lugar tan poco relevante que nunca estaba en los planes de los cuatreros. William sólo recordaba un tiroteo. Y lo recordaba porque se tirotearon por la noche y tuvo que salir de la cama para hacer el servicio. La funeraria de los Hardstone siempre estaba lista para ofrecer sus servicios.

—Me preocupa la clase de gente que puede venir al velatorio.

—No veo por qué —dijo William—. El reverendo me dijo que el señor Leechesberg era un pecador. Pero el reverendo dice lo mismo de todo el mundo. Por lo que probablmente sea como todo el mundo.

—Es posible hijo. Pero como ya te he dicho no me preocupa el difunto, ese poco puede hacer, lo que realmente me preocupa son los que vendrán a verle. He mandado buscar al sheriff por lo que pudiera pasar. No quiero tener problemas ¿entiendes?

William asintió. Su padre nunca había llamado al sheriff para un velatorio. ¿Quién iba a querer buscar problemas en una funeraria? ¿Y en una funeraria en un pueblo como ese? Aquello era el lugar más tranquilo del mundo. Debía estar verdaderamente preocupado. Aquel Leechesberg tenía que haber sido un tipo peligroso. Como Clayton el trampero y los suyos, aunque no de la misma manera. Su padre decía que Clayton era un pecador, un borracho y que no debía acercarse a él. Pero todos en Frigidton sabían que aquel desdentado no tenía dinero. Además, ¿quién iba a ir al velatorio de un trampero desdentado?

—Bueno, tú a mi lado y haz lo que yo te diga. Vamos al velatorio y veamos qué tiene que decir el reverendo de todo esto.

Salieron de la casa y rodearon todo el edificio hasta llegar a la puerta del velatorio. Era una sala sobredimensionada para el número de habitantes de Frigidton. De hecho, el edificio fue una vaquería que al final acabó siendo casa y funeraria. Había unas cuantas sillas rigurosamente colocadas frente a una gran mesa sobre la que descansaba un hombre muy corpulento. Era tan grande que la mesa parecía que fuese a ceder en cualquier momento. Vestía un pantalón de montar y una camisa a rayas azules y blancas remangada hasta el codo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Sus manos eran tan grandes como azadones y tenía los nudillos rojizos y aplastados. Su cara tenía un tono rosáceo con un tabique nasal ligeramente desviado hacia la derecha. William llevaba suficiente tiempo en el negocio familiar para saber identificar el tipo de vida que llevaba una persona cuando veía su cadáver. Aquel tipo tenía que haber barrido a puñetazos a medio Sincinaty y aterrorizado al otro medio solo con respirar.

El reverendo estaba sentado en una silla frente al difunto. Tenía abierta su vulgata y parecía leer unos versículos entre dientes. No parecía haberse enterado de la llegada de William y su padre.

—Reverendo —le llamó el padre de William—. Reverendo.

El reverendo se giró y al verlos se levantó con la vulgata cerrada sobre el pecho. Los Hardstone se acercaron al reverendo atravesando el pasillo que formaban las sillas.

—¿Rezando por el difunto reverendo? —preguntó el padre de William.

—Le hará falta ayuda allí dónde va. Que el Señor lo acoja en toda su gloria y lo juzgue por sus pecados.

El reverendo bajó la cabeza en un gesto solemne.

—¿De qué murió? —preguntó el reverendo.

—No lo sé reverendo. No me lo han dicho.

El reverendo le miró extrañado.

—¿No ha hablado con algún familiar o con el doctor?

—No reverendo. Esta mañana lo trajeron un grupo de hombres. Suerte que no había nadie más en el velatorio. Habríamos tenido que preparar otra sala.

—¿Y dónde están esos hombres?

—Se quedaron fuera con sus caballos reverendo. Les pedí que se colocasen a la vuelta de la funeraria. No está bien atar a los caballos a la entrada del velatorio.

—Quisiera hablar con ellos —dijo el reverendo mirando alrededor.

—No creo que deba reverendo. No parecen hombres de fiar —dijo el padre de William bajando el tono y mirando alrededor—. Diría que son cuatreros.

El reverendo se sobresaltó y apretó la vulgata contra el pecho.

—¿Cuatreros dice? ¿En nuestro pueblo? —el padre de William asentía rítmicamente—. Hay que avisar al sheriff.

—Ya le mandé buscar. Debe estar de camino.

—¿Pero le han hecho algo esos cuatreros? —preguntó preocupado el reverendo.

—No. Me explicaron que tenían un fallecido. Me ayudaron a buscar un mueble suficientemente grande para ponerle encima y dijeron que esperase al asistente del señor Leechesberg.

—¿Y quién es ese asistente si se puede saber?

Con las últimas palabras del reverendo entró en el velatorio un hombre vestido de riguroso negro. Tenía la cabeza afeitada y llevaba gafas ahumadas. Se acercó hasta ellos andando muy sigilosamente.

—Me llamo Ernest Cinqueminutes. Soy el asistente personal del señor Leechesberg. Busco al encargado de esta funeraria.

La voz de aquel hombre sonaba metálica y disciplinada. Cada sílaba que salía entre sus labios era precisa, tenía la tonalidad perfecta e invitaba a prestar atención. El padre de William dio un paso hacia el recién llegado.

—Soy el señor Hardstone, el dueño de la funeraria —le estrechó la mano.

Ninguno de los tres había notado que Cinqueminutes llevaba guantes de cuero. Cuando el padre de William le estrechó la mano el guante emitió un ruído algo desagradable.

—Permítame que le presente al pastor de nuestra comunidad el reverendo Frigid y a mi hijo.

Cinqueminutes estrechó primero la mano de William lo cual descolocó a los presentes. Lo hizo con cierto desinterés mientras miraba al reverendo. Al menos esa era la sensación, porque aquellos cristales ahumados no permitían ver si había ojos en su rostro. Cuando soltó la mano de William hizo una pausa y estrechó la mano del reverendo con cierta desgana.

—En nombre de la funeraria Hardstone quisiéramos hacer que estos duros momentos sean lo más llevaderos posibles. Nuestros servicios son muy discretos y usted no tendrá que encargarse de nada. No dude en pedir…

—Como asistente personal del señor Leechesberg —interrumpió Cinqueminutes — me encargaré personalmente de todos los preparativos para el velatorio y el funeral.

—Eso es estupendo. Podemos conseguir unos centros de flores que…

—Los floristas del señor Leechesberg ya han sido avisados —dijo Cinqueminutes—. Llegarán en breve con las flores. También se ha avisado a los cocineros, que llegarán en breve.

—¿Cocineros? —preguntó el padre de William.

—Se celebrará un banquete durante el velatorio. Sus cocineros han diseñado un menú que prepararán para todos los asistentes. Necesito que les preparen un lugar donde puedan instalarse. Necesitarán hacer fuego así que debe tener salida al exterior. He visto que tienen un patio para carruajes, ese puede ser un buen lugar. Los muchachos les echarán una mano si lo necesitan.

Los Hardstone y el reverendo se miraron con estupefacción.

—Perdóneme señor Sanmanús, pero ¿ha dicho banquete?

—Cinqueminutes. Señor Cinqueminutes —le corrigió—. Y sí, he dicho banquete.

—¿Aquí? ¿En el velatorio? ¿Un banquete?

—Aquí mismo —confirmó Cinqueminutes—. Los decoradores del señor Leechesberg se encargarán de adecentarlo todo como al señor Leechesberg le habría gustado.

—¿Y quién va a estar en ese banquete?

—Pues todos los allegados del señor Leechesberg, así como las múltiples personalidades que vengan a este velatorio. El señor Leechesberg era un hombre muy importante y mucha gente vendrá a presentar sus respetos —el padre de William palideció—. Debido a las limitaciones de espacio no podremos colocar tantas mesas como debería ser. Nuestro personal se encargará de todo.

El padre de William tenía la boca abierta y parpadeaba en un estado de completa estupefacción.

—Tendremos que colocar más sillas para los asistentes. En cuanto el resto de mis hombres lleguen comenzarán a preparar el lugar.

En aquellas palabras se pudo entender un cierto aire de superioridad. Además de una clara orden de echarse a un lado. El padre de William cogió aire para decir algo cuando el reverendo se adelantó.

—Es la primera vez que escucho tales cosas en un velatorio. En todos los años que llevo presidiendo la iglesia de nuestro pueblo jamás he escuchado algo así. Un velatorio es un lugar para mostrar respeto al difunto y entrar en comunión con Dios. Quisiera hablar con la esposa del señor Leechesberg, quizás ella sea algo más sensata y entienda lo que es el orden y la moral.

—Desafortunadamente —dijo Cinqueminutes serio— la señora Leechesberg se encuentra de camino desde Sincinaty. Esperemos que llegue lo antes posible y sin contratiempos. Debo también informarle que el señor Leechesberg era judío por lo que no precisamos de sus servicios espirituales.

El reverendo dio un paso hacia atrás y miró alrededor como buscando apoyos.

—Cómo se va a velar a un judío en esta casa —su voz sonaba a pura indignación —. Todas las almas que han pasado por este lugar han muerto abrazando la fé de nuestro Señor. ¿Cómo vamos a permitir que velen a un asesino de Cristo? Señor Hardstone dígale que en este pueblo no se celebran velatorios para judíos. Que para eso está la sinagoga.

Algo cambió en el rostro de Cinqueminutes. Una de sus cejas, una ceja poblada pero perfectamente recortada, asomó sobre sus lentes ahumadas. El padre de William intuyó que algo desagradable se estaba gestando en la cabeza de aquel hombre.

—Reverendo —intentó calmarle el padre de William— el difunto ha fallecido en nuestro humilde pueblo y tenemos que ser todo lo hospitalarios que podamos. ¿No es eso lo que dice la biblia? Si al señor Sanmanús no le importa que se atienda al señor Leechesberg en un velatorio cristiano, ¿por qué no dejamos que

su cuerpo disfrute de la alegría de ser velado en un cálido espacio cristiano? ¿No es así?

Mientras el padre de William buscaba miradas de aprobación en el reverendo, la ceja de Cinqueminutes volvió a esconderse tras los cristales ahumados.

—El señor Leechesberg no era asíduo de la sinagoga, así que no habrá problema en ese sentido —tranquilizó Cinqueminutes—. Lo que sí necesita es un espacio donde poder recibir a todos sus allegados.

—Señor Hardstone —le apuntó el reverendo con su vulgata— ¿va a permitir que ese judío y sus hombres hagan lo que les dé la gana? ¿Que sea velado en un recinto cristiano? ¿Que se haga un banquete? ¿Una fiesta?

El señor Hardstone se encogió de hombros.

—Son los deseos de un difunto reverendo. No creo que hagamos mal a nadie.

El reverendo se marchó de la sala sin decir palabra. Al padre de William le habría gustado detenerle y hacerle entender que lo que premiaba era evitar un desastre. Quién sabe lo que podrían hacer aquellos tipos enfadados. Los pasos del reverendo resonaron uno tras otro hasta que salió dando un portazo. Hubo un incómodo silencio.

—Si me disculpan —interrumpió Cinqueminutes— debo continuar con los preparativos.

—Sí claro señor Sanminús. En cuanto a nuestros honorarios…

—No se preocupe por los honorarios. Entiendo perfectamente el esfuerzo que tendrá que hacer para acoger este importante evento. Será pagado con creces. El dinero no será problema. Será bien recompensado. Ahora si me disculpan —terminó con un gesto de cabeza y se fue.

William y su padre se quedaron solos. William, que no había abierto la boca en aquella conversación no sabía muy bien qué decir. Había disfrutado al ver cómo el reverendo era ignorado y expulsado de aquel lugar. Pero, a decir verdad, aquel Cinqueminutes le helaba la sangre. Su tono metálico y aquél extraño acento no le inspiraban nada bueno. Lo que estaba claro era que su padre tenía razón, no todo

el mundo muere igual. Nunca había visto que se celebrase un banquete en un velatorio. Y además con cocineros. Supuso que un rico podía hacer ese tipo de cosas.

William no solo era capaz de decir cuál había sido la vida de un difunto viendo su cuerpo, también era capaz de adivinar la causa de la muerte. Realmente no era una adivinación, cuando uno moría su cuerpo cambiaba. Y muchas veces esos cambios eran visibles a simple vista. Lo importante eran los detalles. Había visto en el señor Leechesberg algo y no sabía si debía decírselo a su padre.

—A ese hombre le han envenenado —dijo William—. Tiene el mismo color de piel que el viejo Toutebeurre. Y luego supimos que su mujer le envenenaba la mantequilla.

Su padre no dijo nada. Sabía que le había oído, así que le estaba ignorando. Seguramente él ya había notado aquel color de piel. A fin de cuentas, llevaba mucho más tiempo que William en el oficio. Los dos se quedaron en silencio mirando al difunto que tenían sobre la mesa. Y allí en silencio a William se asaltó una duda. ¿Qué dolía más? Ser golpeado por una vulgata o ser envenenado.

4

La Sociedad por la Moral y la Decencia nació poco después de la fundación de Frigidton. En aquellos tiempos en los que la moral cristiana parecía haber sido mermada por los instintos más bajos del ser humano, un lugar donde volver a recordar el mensaje de las escrituras parecía una excelente herramienta para salvar almas. La idea era reunir a los habitantes del pueblo todas las tardes fuera de la iglesia en un ambiente distendido y poder debatir sobre la fe. Aquello tuvo gran acogida en el pueblo. Cuando los hombres del pueblo se dieron cuenta que no había forma de ligar en aquel ambiente, volvieron al lugar del que aquella sociedad les había sacado: el bar.

Fue así como la Sociedad por la Moral y la Decencia se convirtió en una animada congregación de señoras y señoritas que se juntaban todas las tardes a las cinco. Aunque la idea principal era debatir sobre la fe y puesto que el único capacitado para dar lecciones (al menos teóricas) era el reverendo, las señoras se pasaban la tarde jugando a las cartas mientras tomaban té con pastas. Habían adecuado sus horarios para coincidir lo menos posible con las horas que el reverendo tenía disponible. De esta forma únicamente tenían que soportar al reverendo algo menos de media hora. En ocasiones incluso menos, pues la hora del debate solía coincidir con la de mayor actividad en el bar. Y ya se sabe que las trifulcas nacen en los bares. Y de las trifulcas salen detenidos. Y a los detenidos los tenía que visitar el reverendo. Un sermón sobre la moral, o debate entre hermanos como le gustaba decir al reverendo, era una de las experiencias más soporíferas a las que se podía enfrentar un ser humano. El reverendo solía caer una y otra vez en los mismos conceptos, parábolas y moralejas. No era nada innovador. Cuando había terminado con los pasajes preferidos de su vulgata, comenzaba a enumerar las ventajas que una buena alimentación tiene sobre el alma. Una dieta rica en legumbres y verduras apartaba al hombre del pecado, reafirmaba la fe y alargaba la vida. Se supone que aquellos sermones debían reconducir a los pecadores que habían caído en trifulcas por culpa del alcohol. La realidad es que únicamente empeoraba la resaca. Por lo que un sermoneado

tardaba un tiempo extra en volver al bar. En ese sentido aquellos sermones funcionaban.

En la sala principal de la asociación, llamada gran sala en un alarde de originalidad, había unas mesas redondas donde se sentaban las señoras en grupos para jugar a las cartas. Mientras esperaban la llegada del reverendo jugaban, tomaban el té y criticaban a los inútiles de sus maridos. No tenía por qué ser en ese orden. En una de esas mesas estaba Rose junto a otras dos mujeres que llevaban vestidos con idénticos estampados florales. Rose se preguntaba si el reverendo llegaría pronto. Siempre solía hacerse la misma pregunta cuando se acababan las pastas o la partida le resultaba aburrida. Hacía más de media hora que se habían acabado las pastas, la partida era especialmente insulsa y ya llevaba tres tazas de té.

—Creo que el reverendo se está retrasando. Me pregunto si vendrá —reflexionó en voz alta para que sus compañeras de mesa le oyeran.

—Habrá vuelto a indigestarse —le respondió una de las mujeres con vestido floreado—. Por mucho que se empeñe… comer tantas alubias no puede ser bueno.

—Seguro que se la ha vuelto a liar ese perro suyo —interrumpió la otra mujer del vestido floreado mientras removía el té con una cucharilla—. El carnicero siempre lo encuentra rebuscando en su basura. Cualquier día hace salchichas a ese perro. La culpa es del dueño. Mira que alimentar a un perro a base de alubias. ¿Dónde se ha visto eso?

Rose robó otra carta del mazo. Aquella partida era tan aburrida que se le cerraban los ojos. Parecía que las cartas estuviesen colocadas para hundir todas sus manos. Sus compañeras tampoco ayudaban mucho. No parecía que supieran sacarle partida a su mala suerte en el juego. Ya se había comido todas las pastas. Tocó la tetera. Todavía estaba caliente. Se sirvió su cuarta taza de té.

—A lo mejor ha vuelto a ser su mujer —dijo Rose levantando la tetera.

Las otras dos mujeres le miraron. Una paró de remover el té con la cucharilla.

—Bueno… ya sabéis lo que dicen por ahí —dijo Rose sonrojada.

—No sé si te sigo Rose —dijo la mujer que tenía enfrente.

Rose hizo tiempo para no responder. Se puso dos terrones de azúcar. Demasiado para aquella taza. Cuando fue a remover el té, tuvo que apretar con la cucharilla para forzar la disolución. La mirada inquisitiva de sus compañeras de mesa esperando más información podría haber hecho confesar al más discreto de los asesinos. Pero Rose no pudo dar más información, el reverendo interrumpió aquellas partidas entrando en la sala bramando algo ininteligible. Entró en la gran sala agitando su vulgata.

—Vergüenza, vergüenza —gritaba el reverendo.

Daba vueltas entre las mesas y las mujeres le miraban. Nunca le habían visto tan alterado. Ni siquiera cuando comió aquella alubias mejicanas. En un día normal, el reverendo habría entrado sigilosamente, habría dado las buenas tardes, alabado aquellas maravillosas galletas y habría comenzado su sermón. Aquello era realmente extraño. Todas permanecieron en silencio hasta que se dejó caer en una silla. Metió la cabeza entre las manos y se quedó así unos segundos que parecieron minutos. Todo bajo la atenta mirada de las presentes.

—Amigas —resucitó súbitamente asustando a las presentes—. Vengo de la funeraria. El difunto, era un hombre de mala vida, posiblemente el hombre de peor vida que ha pisado este humilde pueblo.

—¡Ha muerto Clayton el trampero! —gritó alguien con alegría.

—No. No es Clayton el trampero —se pudo escuchar una gran decepción—. Este hombre era mucho peor. Un perseguido por la justicia, un criminal en toda regla. Hablo de Jeremy Leechesberg.

—¿El mismo Jeremy Leechesberg de Sincinaty? —preguntó alguien.

El reverendo asintió y la estupefacción cruzó la sala. Un ininteligible aluvión de chismorreos explotó. Todo el mundo sabía quién era Jeremy Leechesberg. El famoso Jeremy Leechesberg de Sincinaty. Todo el mundo había oído hablar de él alguna vez. En los periódicos que llegaban de Sincinaty se podía leer su nombre en la mitad de las noticias. Jeremy Leechesberg visitó esto, Jeremy Leechesberg besó a un niño, Jeremy Leechesberg fundó un orfanato, Jeremy Leechesberg

encontró oro, Jeremy Leechesberg esto, Jeremy Leechesberg lo otro. En los periódicos que venían del otro lado del río Turbio la cosa cambiaba. La banda de Jeremy Leechesberg atraca una diligencia, los hombres de Jeremy Leechesberg dinamitan un banco, los cuatreros de Jeremy Leechesberg roban mil cabezas de ganado…

Lo contradictorio de las noticias no dejaba claro a qué se dedicaba Leechesberg. Lo que todo el mundo sabía era que tenía mucho dinero. Y que su mujer era la más bonita de todo Sincinaty. Una belleza sureña a la que conquistó con sus artes de seducción. Al menos eso es lo que decían los periódicos de Sincinaty. También se sabía que era el tipo de persona a la que querías caer bien. Sin lugar a dudas, era la celebridad más grande que había pisado Frigidton. Demasido relevante para aquel pueblo.

El reverendo intentó llamar la atención de las allí presentes varias veces para que detuvieran aquel gallinero. Llamarlas al orden o dar palmas no tuvo ningún efecto. En un arrebato escénico, agarró una silla, se subió y puso los brazos en cruz como solía hacer en los oficios de los domingos al relatar el sermón de la montaña. Tardaron un poco en darse cuenta de lo que estaba haciendo, pero por alguna razón la visión de aquel hombre encima de una silla con los brazos abiertos producía silencio. Quizás porque sabían que lo que venía a continuación era un sermón. Y cuanto antes empezase, antes acabaría.

—Amigas estamos ante un dilema. Un dilema moral.

El reverendo hizo una de esas pausas para crear expectación. Lo hacía muy a menudo. A veces eran demasiado largas y claro está, la gente perdía el hilo.

—Este es un buen pueblo y aquí vive buena gente —asintieron—. Este es un pequeño pueblo en la tierra de Nuestro Señor donde cualquiera es bien recibido. No hay nadie que se haya ido de Frigidtown decepcionado por no encontrar hospitalidad. Y eso que a veces el Señor nos pone a prueba. Por ejemplo, Clayton el trampero.

—¿Por qué siempre acaba mencionando a ese trampero? —se preguntó Rose—. ¿Y por qué tomaría tanto té?

—Clayton el trampero no es el ejemplo de persona moral y respetuosa que tanto predicamos en nuestra sociedad ¿cierto? —las señoras asentían acompasadamente—. Sin embargo, le respetamos. Él vive en nuestra comunidad, es parte de ella.

El reverendo bajó de la silla con cierta agilidad. Las señoras estaban confusas. Aquella forma de proceder no era propia del reverendo. Estaba demasiado activo. Quizás había vuelto a tomar aquellos rábanos picantes que tanto le gustaban.

—¿Y por qué respetamos a Clayton el trampero a pesar de todos sus defectos? —preguntó el reverendo a su audiencia.

—Más que respeto —respondió una señora cerca de la venta— yo diría que nadie quiere acercarse a él. No se lava. Lleva una zarigüeya muerta de sombrero y además…

—No —interrumpió el reverendo—. Le respetamos porque a pesar de todos sus defectos es cristiano. Un hombre temeroso de Dios me atrevería a decir. No nos corresponde a nosotros juzgarle. Eso es cosa de nuestro Señor.

Rose comenzó a sentir cómo su vejiga empezaba a ocupar un espacio impropio para un puñado de tejido destinado a retener líquidos. Nunca aquella bolsita se había dilatado tanto. Se la imaginaba abultando su vientre; rellenando todos los huecos disponibles dentro de su cuerpo mientras el reverendo hablaba de Clayton el trampero. Una bolsa que crecía y crecía. Ya había comenzado a cruzar las piernas con fuerza. Y se le escapaban ciertos espasmos nerviosos. Intentaba ser positiva. Aquello no podría durar mucho. Y en cuanto terminase iría al baño… A quién quería engañar. Aquello era un sermón y nadie sabía lo que podía durar.

—La cohesión de nuestra comunidad —dijo el reverendo— se basa en nuestra fe. Una fe compartida por todos sus miembros, la fe en nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué ocurriría si un hereje tratase de entrar en nuestra comunidad? Se contaminaría. Todo se vendría abajo en cuestión de segundos.

—Reverendo ¿qué tiene que ver todo eso con el señor Leechesberg? —preguntó Rose en un intento por acelerar la conclusión de aquel sermón.

—Esa es una magnífica pregunta Rose. Jeremy Leechesberg está siendo ahora mismo velado en la funeraria de los Hardstone.

Aquella frase terminó con un tono algo trágico. Era un intento por arrancar la sorpresa a las allí presentes. No funcionó.

—Ese hombre era un hereje —clamó el reverendo.

Entre otras cosas, cuando los antepasados del reverendo fundaron Frigidtown (el reverendo siempre decía Frigidtown) hicieron dos cosas: encontrar una fuente de agua potable y prohibir la herejía. Lo primero fue necesario para sobrevivir. Lo segundo se consideró necesario para mantener el agua potable. La idea era que al Señor no le gustaban los herejes y como castigo contaminaba el agua. Nunca se encontró una relación causal entre las letrinas junto al pozo y la falta de agua potable, pero estaba claro que la herejía podía envenenar el agua. La idea de tener herejes en Frigidton chocaba de frente con los fundamentos de la Sociedad por la Moral y la Decencia y el trabajo que hicieron los antepasados del reverendo.

El reverendo era muy repetitivo con la idea de estar vigilantes ante la herejía. La herejía podía estar en todas partes: en la prensa, en el ferrocarril, en un filete o incluso en un libro de caligrafía. Lo peor era que su audiencia al final nunca entendió muy bien qué era la herejía. Por lo tanto, las chicas no entendían cuál era el problema del reverendo. Y otras, como Rose, se habían tomado todo el té y las galletas y querían marcharse.

—Hay que hacer algo —dijo alguien que sí parecía entender qué era un hereje.

—Efectivamente —dijo enérgicamente el reverendo—. No podemos permitir que un enemigo de nuestro Señor sea velado aquí. Este es un pueblo decente.

Hubo aplausos. Cada aplauso, acercaba la vejiga de Rose a una apertura descontrolada. Como cuando un castor mordisquea más de la cuenta una ramita que retiene toda la presa. Ahora deseaba encarecidamente un arbusto. Uno de esos frondosos arbustos que se llenan de flores en primavera.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó alguien.

El reverendo caminó por la gran sala con las manos en la espalda. Se paró frente

a la chimenea a mirar un cuadro. En el cuadro se podían ver unas cuantas amapolas en un trigal bajo el cielo azul. O quizás trigo en un campo de amapolas. Las proporciones no estaban muy claras, el trazo era muy grueso y los colores eran difusos. Aun así, fue el mejor cuadro que salió de las clases de pintura del semestre anterior. El reverendo pasó el dedo sobre el marco y restregó el polvo entre las yemas de sus dedos.

—Es aquí mis queridas amigas donde tenemos que hacer un esfuerzo por el bien de nuestra comunidad. Un pequeño gesto heroico que aleje toda la herejía de nuestro amado pueblo. Una certera pedrada en la frente de Goliat. Pero para ello necesitaré de vuestra ayuda y cooperación —dijo sin parar de mirar el cuadro.

Todas miraban al reverendo frotarse los dedos mientras miraba aquel cuadro. Intercambiaron miradas preguntándose qué estaba haciendo. Debió estar así unos cinco minutos. Rose ya estaba temblando para cuando el reverendo se giró.

—¿Qué veis en este cuadro?

—Amapolas —dijo alguien.

—Trigo —respondió otra.

—Ambas tenéis razón —sentenció salomónicamente—. Este cuadro es como la vida misma. Bajo el hermoso cielo de nuestro Señor está el trigo. Cultivado por el infatigable y moralmente correcto granjero. Lo riega con su sangre y sudor para poder dar de comer a sus hijos. Y sin embargo, en medio de toda aquella bondad nacen las amapolas. Amapolas que pueden parecer hermosas sí, pero con las que se fabrica el inmoral opio. Una planta pensada por Satanás para llevarnos por el camino de la perdición. Pues yo digo que no debemos permitirlo.

Descolgó el cuadro de la pared y golpeó el lienzo contra el respaldo de la silla. El lienzo atravesado por la silla se quedó colgando del respaldo y el reverendo se quedó con una parte del marco en la mano. Se sobresaltaron. Otras, especialmente las que sabían de arte, agradecieron el gesto. Aquel cuadro era horrible.

—¿Creéis en nuestro Señor Jesucristo?

Todas asintieron. Rose con algo menos de entusiasmo.

—¿Queréis a vuestra comunidad?

Volvieron a asintir.

—¿Me ayudaréis a expulsar a ese hereje de nuestro pueblo?

Hubo un silencio. No lo tenían muy claro. ¿Cómo se expulsa a un muerto? Además, era cierto que aquel hombre podría ser un hereje, ¿pero no había que respetar a los muertos? Aquello parecía uno de esos dilemas morales que planteaba el reverendo de vez en cuando.

—¿Y por qué no se lo lleva su mujer a otra parte? —sugirió Rose con un hilo de voz desesperada.

—Dicen que la señora Leechesberg es la mujer más hermosa de Sincinaty. Y es mucho más joven que él —apuntó una compañera de mesa de Rose.

—Pues yo he oído —añadió la otra compañera— que es una especie de vieja arpía que vive en una enorme casa ella sola. Y que ahí colecciona los cuerpos de sus otros maridos.

—Todo el mundo sabe que es una mujer joven y hermosa —se reafirmó la anterior—. Qué lástima que una mujer tan joven se quede viuda.

—De lástima nada que ahora tendrá un montón de dinero con el que hacer cosas de vieja arpía.

—Silencio —ordenó el reverendo—. Esa mujer es tan amoral como su marido. Si es que esa gente llega a entender lo sagrado que es un matrimonio.

—¿Pero entonces qué pasa con la señora Leechesberg? —preguntaron las compañeras de mesa de Rose casi a la vez—. No podemos prohibir a una mujer que vele a su difunto marido.

Volvieron a cruzarse las conversaciones de las allí presentes. Todas hablaban a la vez. Unas con otras. Ya no se limitaban a conversar con sus compañeras de mesa y comenzaron a dirigir sus comentarios hacia otras mesas. No parecía haber mucho consenso sobre la idoneidad de privar a alguien de su derecho a velar a

un muerto. Alguien llegó a plantear que en la biblia claramente decía que aquello era pecado. El reverendo tuvo que golpear una mesa tres veces con la palma de la mano abierta para conseguir acallar aquella jaula de grillos.

—¿Quién de vosotras quiere lidiar la batalla contra esta afrenta a nuestra comunidad? ¿Quién quiere lidiar contra esa ramera de Babilonia y salvar a nuestro pueblo? —hubo un silencio—. ¿Es que no hay ninguna voluntaria que quiera ser la primera en vagar por las verdes praderas en las que…

—¡Yo! ¡Yo lo haré! —gritó Rose levantándose de su silla—. Yo iré a esas praderas.

Rose salió de la gran sala y se escuchó como iba cerrando puertas tras de sí. Las allí presentes recordarían aquel momento como la decisión más audaz tomada nunca en aquella sala. Para el reverendo un claro acto de amor al prójimo. Para Rose fue una lección de por qué no hay que tomar tanto té antes de un sermón.

5

Nadie podía recordar a Daniel trabajando en otra cosa que no fuese conduciendo la carreta de la funeraria de los Hardstone. Llevaba ataúdes, transportaba maderas, hacía recados… Se pasaba el día en su carro bajo el sol yendo de aquí para allá. Nunca tenía prisa. A fin de cuentas cuando uno muere el tiempo es muy relativo. Nunca nadie se le quejó. Si te veía yendo a alguna parte, te subía a su carro para llevarte. No era un tipo particularmente hablador, pero le gustaba la compañía de sus vecinos. Podía pararse a la sombra y conversar con cualquiera del pueblo durante horas en uno de sus viajes a la carpintería. Daniel era un tipo sencillo que no parecía estar interesado en nada en particular. Vivía en el presente y no le pedía mucho a la vida. Parecía satisfecho con su puesto como conductor de carro para una funeraria. Aunque hay que decir que nunca conducía el coche fúnebre. Para eso había que vestir traje y Daniel no era el tipo de persona que uno espera ver bien vestido. La gente de Frigidton había conocido a Daniel vistiendo siempre la misma ropa y con el mismo semblante pachón. Nadie sabía exactamente cuál era su edad. Parecía no envejecer. Algunos bromeaban con él preguntándole si tenía un pacto con el diablo. A lo que él siempre respondía que lo que debían preguntarse era si él era el diablo.

Daniel se encontró al sheriff camino de la funeraria de los Hardstone. No tuvo que decir nada para que el sheriff se subiera a la carreta. El sheriff de Frigidton era en cierta medida la antítesis de Daniel. Su aspecto era impoluto y su presencia irradiaba un aura de respeto. Para Frigidton cualquiera esperaría un sheriff algo más de andar por casa. Quizás un asaltador de caminos buscado en otro estado que cambió su nombre y apellido para escapar de la justicia. Pero el sheriff no era de esos. Le movían grandes ideales de justicia y la necesidad de ayudar a sus congéneres. Aunque a decir verdad, en aquel pueblo no había muchas ocasiones donde practicar ninguna de esas nobles ideas.

Tiraba de la carreta de Daniel su viejo percherón. Un caballo gigantesco que desprendía un aire tedioso. El animal debía de ser muy viejo porque nadie

recordaba que Daniel hubiera tenido otro. Tenía las crines plateadas y un paso lento y constante. Había interiorizado el camino a la funeraria y con solo coger las riendas iniciaba su lento viaje hasta allí. No se sabía si Daniel había contagiado el tedio a su caballo o al revés. El caso, es que ambos tenían el mismo semblante.

La desaliñada imagen de Daniel con su sucio y roído sombrero, un chaleco que corría la misma suerte que su sombrero y unas botas tan desgatadas que era difícil de creer que no asomasen los dedos por la puntera, realzaba la ya de por sí impoluta estampa del sheriff. Su camisa perfectamente planchada, sus botas brillantes, su sombrero almidonado y su estrella reluciente en la solapa izquierda le daban un aire señorial bajo aquel sol. El brillo del sol en la empuñadura de marfil de su Smith & Wesson era una muestra de autoridad. La historia decía que aquel revólver había sido un regalo del gobernador antes de ser destinado a Frigidton. Otros decían que sencillamente se lo había confiscado a algún pobre borracho. Desde luego todos sabían que no lo había comprado. El sueldo de un sheriff no daba para esa clase de caprichos.

—Deberías limpiarte las botas más a menudo Daniel. A las mujeres les gustan los hombres con las botas limpias —dijo el sheriff mirando las botas de Daniel con desdén.

—¿Ha probado a caminar alguna vez sheriff? El polvo ensucia las botas y en cinco minutos todo el trabajo se ha echado a perder. Yo tengo la teoría de que si dejas que las botas se llenen de polvo hay un momento en el que dejan de ensuciarse —dijo Daniel con ritmo pausado—. La suciedad es una consecuencia del transcurso de la vida. Mi abuelo pasó toda su vida con esa premisa. Nunca se bañó y yo no le conocí enfermedad alguna.

—¿Y de qué murió?

—Los del pueblo creyeron que olía como el diablo. Lo bañaron en agua bendita, agarró una pulmonía y murió.

—Ya veo.

El sheriff se recostó y sacó su reloj de bolsillo. Lo abrió con un ágil golpe de muñeca y miró la hora estirando el brazo.

—Entonces dices que el mismísimo Jeremy Leechesberg está ahí en la funeraria.

—Así es —respondió Daniel sin quitar los ojos de su percherón.

—¿Y cómo sabes que es Jeremy Leechesberg?

—Los hombres que lo trajeron se lo dijeron al señor Hardstone.

—Ya veo.

—Tendría que verlo. Es un tipo enorme —Daniel hizo un gesto describiendo una esfera de gran radio—. Tuvimos que colocarlo encima de unas mesas. Hicieron falta seis hombres para subirlo. Pensé que las patas de la mesa no aguantarían.

—Había oído que era un hombre corpulento.

—Pues oyó bien sheriff.

—¿Y cuántos hombres le trajeron?

—Solo vi a seis. Los que le pusieron sobre la mesa. No sé si había más fuera.

—¿Dirías que eran cuatreros? —preguntó interesado el sheriff.

—Pues no sé —dudó Daniel—. Vestían como cuatreros, sonaban como cuatreros y olían como cuatreros. Por lo que diría que eran cuatreros.

—¿Iban armados?

—Desde luego. Un cuatrero siempre va armado.

—Ya veo. ¿Dijeron qué le paso al muerto?

—No señor. Sencillamente entraron, lo pusieron sobre las mesas. Dijeron que era Jeremy Leechesberg de Sincinaty y que esperásemos instrucciones.

—¿Y no hicísteis nada?

—Sheriff —giró la cabeza Daniel— usted está muy acostumbrado a tratar con cuatreros vivos. Nosotros a tratar con cuatreros muertos. Hay una diferencia.

El caballo resopló con un fuerte estruendo. Podían ver la funeraria de los Hardstone al final del camino. Había una cuantas carretas en un lateral.

—¿De quién son esas carretas? —preguntó el sheriff.

Daniel levantó la mirada de su caballo. Tuvo que levantarse el ala del sombrero para poder ver.

—No lo sé. No estaban allí cuando me fui.

—Creo que vamos a tener un día lleno de sorpresas. Nunca se sabe qué puede ocurrir con esta gente de la ciudad. No son como nosotros. Se piensan que todo les pertenece. Espero que no estén molestando a los Hardstone.

—No se preocupe por el señor Hardstone sheriff. Es un hombre afable. Pero no les conviene enfadarle. Ya sabe a lo que me refiero…

—Sí Daniel. Lo sé.

El caballo de Daniel se paró. Siempre lo hacía cuando faltaban unos cien metros para llegar. Daniel condujo al caballo hacia la parte trasera. Solía dejar el carro dentro de un gran patio con un pequeño jardín. Llamarlo jardín era un poco pretencioso, solo crecían malas yerbas y algún geranio, así que aquel sitio se convirtió en el garaje del carro. Para su sorpresa y la del sheriff, en el jardín había varios carros y un buen número de hombres descargando cajas. Unos tipos estaban descargando lo que parecían ser las piezas de una gran parrilla. Daniel vio a William moviéndose sin rumbo entre una docena de cocineros uniformados. Bajó del carro y para llegar a él tuvo que esquivar a unas veinte personas. Una a cada paso. Casi chocó de bruces con dos tipos que llevaban una enorme ponchera de cristal.

—¿William quién es esta gente?

—Son unos cocineros de Sincinaty. Han venido para preparar la comida.

—¿Comida? ¿Qué comida?

—No lo sé. Dicen que va a haber un gran banquete —dijo William.

—¿Pero cuántos hay?

Era evidente que William no podía responder esa pregunta con exactitud. Lo más correcto era muchos. Muchos de aquí para allá descargando cosas. Muchos de aquí para allá montando cocinas. Muchos de aquí para allá molestando en definitiva. En el centro del jardín un grupo de cocineros vestidos de riguroso blanco escuchaban atentamente las indicaciones de un tipo gordo con la frente empapada en sudor. Tomaban notas en sus libretas como si luego les fuesen a examinar.

—¿Dónde está el sheriff? —preguntó William.

—No puede andar lejos, vino conmigo en el carro. ¿Sabe tu padre que estos tipos están aquí?

—Sí. Fue él quien me dijo que les preparase el jardín. Pero no sabíamos que eran tantos y que fuesen a montar todo esto. Creo que aquel debe de ser su jefe —dijo señalando al más gordo de los cocineros.

Daniel fue hasta el grupo de cocineros. Cuando llegó nadie parecía haberse percatado de su presencia. Todos tenían la mirada puesta en sus libretas y asentían cuando el cocinero gordo callaba. Daniel se hizo un hueco a su lado esperando que terminase. Hablaba muy bajito y gesticulaba con unas diminutas manos que no iban en proporción con su gran cuerpo. Parecía describir algo meticulosamente. Debía estar explicando algo muy importante dada la atención que le prestaban todos. Daniel no pudo entender nada de lo que decía. Parecía ser el único que no entendía nada, porque el resto no paraba de asentir y tomar notas.

—Disculpe —interrumpió Daniel aprovechando una pausa en la explicación.

El cocinero jefe levantó su diminuta mano izquierda haciendo un gesto para que Daniel esperase, mientras con la derecha dibujó algo en el aire. Dijo un par de frases que Daniel no pudo entender y cuando calló el resto de los presentes le aplaudieron. Daniel se quedó observando la escena intentando no molestar. El jefe asentía con cierta complacencia, dio un par de palmadas y el resto de los cocineros se dispersaron como las palomas cuando ven venir a un gato.

—Perdone —dijo Daniel al cocinero gordo tocándole en el hombro.

El cocinero se giró. Daniel se sorprendió de la morfología de aquel hombre. Estaba más cercano de tener la complexión de un buey que de una persona. O quizás era más bien la forma de una pera. Sí efectivamente, tenía forma de pera. Su cabeza era alargada y con aquella papada daba la impresión de que su cabeza era más larga de lo que era en realidad. El contorno de su cuerpo se ensanchaba extraordinariamente a la altura de la cintura y termina en unas ridículas piernecitas. Parecía imposible que pudieran aguantar todo aquel peso.

—¿En qué puedo ayudarle monsieur? —preguntó girándose en un marcado acento francés.

—¿Cómo dice? —pregúnto Daniel que no sabía qué era eso de monsieur.

—Que en qué puedo ayudarle —volvió a preguntar subiendo la voz.

—¿Es usted el jefe de estos hombres?

—Si por estos hombres se refiere a expertos culinarios, sí. Si por estos hombres se refiere a hombres como usted, debo decir que no —Daniel no entendió muy bien aquello—. Yo soy el autor del menú —dijo levantando la barbilla—. Y créame que será un menú a la altura de un gran connoisseur como era monsieur Leechesberg.

No pensaba Daniel que alguna vez conocería a un francés. Pensaba que llevaría un sombrero como Napoleón. Pero a lo mejor aquello solamente era para soldados y claro, este era cocinero. Además, no podía haber soldados tan gordos.

—Es usted francés ¿verdad? —preguntó Daniel con inocente curiosidad.

—Puedo preguntarle en qué lo ha notado.

—Mi tío Simón viajó por todo el viejo continente y siempre me dijo que el francés era el más refinado de los idiomas. Siempre suena elegante y sofisticado me solía decir. Nunca vulgar. Y ahora que le escucho a usted tengo que darle la razón —se quitó el sombrero—. Connoisseur suena mil veces mejor que proxeneta. Mucho más elegante dónde va a parar. Y eso que a mí ya proxeneta me parece demasiado fino.

El cocinero sacó un pañuelo del bolsillo, se secó el sudor de la frente y masculló algo en francés. Iba a decir algo a Daniel cuando el sheriff apareció con una botella entre las manos. Cuando llegó junto a Daniel se paró en seco y levantó la botella a la altura de los ojos del cocinero para que la viese bien.

—¿Qué es esto? —preguntó el sheriff.

—¡Sacre dieu! —gritó el cocinero llevándose las manos a la cabeza.

Le quitó la botella de las manos con una velocidad difícil de imaginar para alguien con aquella complexión.

—Eso es un Laurent-Perrier grand siècle —le gritó al sheriff—. Tenga más cuidado.

El cocinero chasqueó los dedos y apareció un pinche de cocina con un trapo. Le pasó el trapo y el cocinero frotó la botella con delicadeza, como queriendo quitarle toda impureza. Luego se la entregó al pinche con la misma delicadeza con la que se devuelve un niño de teta a su madre.

—¿Es que están ustedes locos? —dijo el cocinero agarrándose las sienes con ambas manos—. Eso es un Laurent-Perrier grand siècle. ¿Saben lo que vale esa botella? No es algo que se pueda agitar por los aires. Sacre dieu —hizo una pausa para coger aire—. La señora los trajo de Francia. Es una uva cultivada especialmente para el señor Leechesberg. No podrían pagar esa botella ni con cinco años de su salario. No es un simple champán, es una obra de arte. Si una botella se rompiese sería una desgracia. ¿Entienden?

El sheriff todavía tenía las manos en el aire sosteniendo una botella imaginaria. Metió las manos en el bolsillo trasero del pantalón.

—Creo que tenemos un problema señor…

—Dupont, chef Dupont —respondió al sheriff mientras se secaba la frente con el mismo trapo con el que había limpiado la botella.

—Señor… digo chef Dupont como representante de la ley y el orden en esta ciudad debo comunicarle que según nuestras leyes está absolutamente prohibido

el consumo de alcohol antes de las cinco, durante funerales, velatorios y la fiesta de la sobriedad.

—Eso no es posible —dijo Dupont con gesto incrédulo—. Primero me hacen organizar un menú sin tiempo, me hacen venir hasta este pueblo lejos de la mano de Dios, me hacen cocinar en un lugar inadecuado y ahora me dicen que no puedo maridar mi menú. Es inaceptable.

Dupont tiró la toalla al suelo. Apenas tocó el suelo alguien la recogió.

—Me temo que así es. Tendré que confiscar todo el champán, vino o bebida espirituosa que hayan traído —dijo el sheriff.

—Monsieur piense lo que hace. Los señores compraron todo este champán para sus invitados y fueron muy claros sobre cómo y cuándo había que servirlo. Cómo voy a cocinar sin utilizar vino… —se lamentó Dupont llevándose las manos a la cabeza.

—Pues tendrá que hacerlo. Las leyes están para seguirlas. Daniel les indicará dónde tienen que poner todas las bebidas espirituosas y yo mismo me encargaré de su custodia. Y hagan lo que les digo si no quieren que alguien acabe hoy en el calabozo —se giró buscando a Daniel quien permanecía indiferente observando la escena.

—Tendré que informar de esto a monsieur Cinqueminutes —dijo Dupont.

—Informe a quien considere necesario, pero esas botellas están confiscadas.

Dupont exclamó un sonoro “merde”. Se acercó a uno de los cocineros, le dijo algo visiblemente enfadado y se marchó gritando lo que probablemente eran improperios y blasfemias en francés.

—Daniel crees que tu caballo podrá dar otro viaje hasta mi oficina —preguntó el sheriff.

—Claro. Es lento. Pero siempre está listo para ayudar —dijo Daniel.

—Perfecto. Que esta gente te ayude a cargar toda la bebida en el carro. Yo iré a presentar mis respetos al difunto.

—Sheriff —le interrumpió Daniel— ¿no cree que a lo mejor por esta vez podríamos pasar por alto la norma de no beber en velatorios?

—La ley es la ley Daniel. Yo no soy quien la escribe. Solo soy el que procura que se cumpla. Esa ley está ahí por alguna razón.

—No sé sheriff. Con la cantidad de bebida que tienen aquí yo diría que están esperando a mucha gente. Posiblemente venga más gente que habitantes hay en el pueblo.

—¿Y quieres que se emborrachen y cometan atropellos contra nuestro pueblo? —le preguntó el sheriff.

—No sheriff. Pero no sabría decirle qué es peor, si un velatorio lleno de cuatreros borrachos o un velatorio lleno de cuatreros que no se pueden emborrachar.

La mirada del sheriff fue suficiente para hacer entender a Daniel que había que cargar esas cajas. En la cabeza del sheriff la ley era un axioma inamovible que había que cumplir a toda costa. Para Daniel la ley era algo que los hombres habían escrito en un papel. Y como tal se podía modificar, tachar o incluso borrar. El sheriff marchó dejando a Daniel en el jardín rodeado de cocineros. Daniel supo que su caballo no estaría muy contento de arrastrar tanto peso de vuelta a la oficina del sheriff. Tendría que pensar una estrategia para convencerlo y esta vez unas zanahorias no serían suficiente.

6

La sala del velatorio era demasiado grande para un pueblo como Frigidton. La sala era tan grande y diáfana que los pasos del sheriff hacían eco. En aquel monstruoso velatorio podrían celebrarse tres ceremonias simultáneamente. No había más decoración que un par de alfombras y un par de soportes para los cirios. Normalmente solo se usaba una parte del velatorio separada del resto por un discreto biombo. Por alguna incomprensible razón los Hardstone siempre mantuvieron aquella gigantesca estancia.

En su configuración original, se colocaban tres filas de sillas frente al difunto. Ahora debía haber unas veinte filas. Las tres primeras, de un modelo diferente al resto. Esas eran las tres filas que solía haber. El resto eran nuevas. El señor Hardstone estaba colocando sillas para formar la vigésimo primera fila y todavía le quedaban sillas por colocar. Visto desde la perspectiva del sheriff daba la impresión de que el señor Hardstone estaba perdido en un mar de sillas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el sheriff.

El señor Hardstone le hizo una seña para indicarle que no le oía.

—Hable más alto sheriff. Desde aquí no le oigo.

—¿Qué es todo esto? —repitió con fuerza.

—Sillas para los que vengan a ver al señor Leechesberg. Hágame un favor y forme una fila con esas sillas. Esas no… aquellas.

El sheriff cogió una silla plegable de un montón y la colocó en el punto que imaginaba estaría la siguiente fila.

—¿Pero cuánta gente va a venir?

—Sinceramente no lo sé. Han aparecido con un montón de sillas, me dijeron que me ayudarían a colocarlas. Y aquí me tiene. Colocando todas estas sillas yo solo. Si me echa una mano sheriff se lo agradecería.

—Antes quisiera ver al difunto —dijo colocando una silla.

Se acercó hasta la mesa donde habían colocado a Leechesberg. Sus pasos resonaban en la estancia con ese incómodo eco. En el suelo había unas cuantas coronas de flores. Se quitó el sombrero con gesto sereno y miró con curiosidad al difunto.

—Había oído decir que era un tipo grande. No exageraban. Un hombre corpulento sin lugar a dudas. Debe de pesar más de ciento cincuenta kilos. ¿Cómo murió?

—Sinceramente no lo sé —respondió mientras colocaba más sillas.

—¿No lo sabe? —se sorprendió el sheriff.

—No. Nadie me ha dicho como murió. Y yo no soy adivino.

—¿No ha preguntado al doctor?

El sheriff se agachó para oler las gardenias de una corona con una cinta que tenía un R.I.P. cosido en hilo dorado sobre fondo morado.

—No —dijo el señor Hardstone terminando la vigésimo primera fila de sillas.

El sheriff jugueteó con los lazos de una corona de flores en la que se podía leer Sociedad de Banca de Sincinaty. El perfume de las flores era muy penetrante y nunca había visto el lazo de una corona bordado con hilo de oro. Desde luego aquellas coronas eran caras. No eran el tipo de detalles que esperaba un habitante de Frigidton en su funeral.

—Tiene un difunto en su funeraria y no sabe de qué murió. Eso no parece propio de usted señor Hardstone —dijo acariciando los bordados de las cintas.

—Yo no soy adivino, si no me lo dicen no puedo saberlo. Y sinceramente tampoco he preguntado. La gente muere, me avisan, celebro un velatorio, un

entierro y cobro por los servicios. Así es como funciona esto.

—Señor Hardstone usted ha visto más muertos que yo. Sabe perfectamente que este hombre hace tiempo que murió. Está demasiado pálido. Yo diría que hace por lo menos doce horas que murió —se asomó por encima del cuerpo de Leechesberg—. Y el color de la piel alrededor de los labios es el mismo que tenía Toutebeurre. ¿Se acuerda de Toutebeurre?

El señor Hardstone dejó caer dos sillas que estaba colocando en la vigésimo segunda fila y fue hacia el sheriff.

—Este hombre no es el pobre diablo de Toutebeurre. Usted sabe perfectamente qué tipo de gente es esta. Esto es una pequeña funeraria en un pueblo pequeño. Si un niño entra por la puerta le doy caramelos y le mando a su casa. Si un gordo entra por la puerta, le digo que no coma caramelos y le mando a su casa. Si un abuelo entra por la puerta, le digo que no se vaya muy lejos y le doy unos caramelos para que pase el rato. Si por la puerta me traen un difunto, preparo un velatorio y luego lo entierro. Si un problema entra por la puerta llamo al sheriff.

Aquello sorprendió al sheriff. El señor Hardstone no era el tipo de persona ocurrente que acostumbra a hacer comentarios divertidos. De hecho, aquello era tan extraño que un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Escuche atentamente sheriff. Yo no quiero problemas y no he parado de tenerlos desde esta mañana. Primero me traen este difunto una panda de cuatreros. Luego toman mi funeraria un montón de cocineros. ¿Los ha visto? Y dentro de cualquier momento esto se va a llenar del tipo de gente con la que no quisiera que mi hijo se juntase. Toda esa gentuza estará aquí sentada. Sheriff yo solo le pido que haga su trabajo para que mañana este hombre reciba sepultura, yo cobre mis honorarios y podamos olvidar todo esto.

—Le entiendo perfectamente —dijo el sheriff tras un breve silencio—. Pero usted entenderá que si se ha cometido un crimen, como representante de la autoridad que soy debo aplicar la ley. Y para ello debo aclarar qué ha pasado.

—Sheriff, entre usted y yo. A quién le importa lo que le haya pasado a este hombre. ¿Es que usted no lee los periódicos? Le llamaban la plaga de Sincinaty,

hasta que el periodista que le puso ese nombre apareció en un pozo. Ahora mismo el sheriff de Sincinaty debe de estar celebrando esto con su mejor whisky.

—Sí, yo también he oído esas historias. Pero lo que hace de este un gran país son sus leyes. Y yo no tendría esto —señaló la estrella sobre su pecho— si no aplicase la ley a todos por igual.

El señor Hardstone hizo un gesto de hartazgo y volvió a su tarea de colocar sillas.

—¿Dónde está la señora Leechesberg? Quisiera presentarle mis respetos y hacerle algunas preguntas —dijo el sheriff frotándose el mentón.

—No lo sé. Parece que está de camino. Todo lo gestiona el asesor de Leechesberg. Es un tipo estirado sin un pelo en la cabeza y con gafas ahumadas. Un tal Sanmanús.

—Si él lo trajo, él debe saber qué pasó. ¿Dónde está ahora?

—Debe estar con las hordas bárbaras que están destrozando mi jardín.

—Así que ese tipo ha montado el espectáculo de ahí fuera. ¿Cómo es?

El señor Hardstone señaló por encima del hombro del sheriff. El sheriff se giró y allí estaba Cinqueminutes. Iba con paso decidido hacia el señor Hardstone.

—Señor Hardstone. Nuestro chef me ha comunicado que todas las bebidas espirituosas le han sido confiscadas.

El sheriff se cruzó en el camino de Cinqueminutes. Éste se paró frente a él justo antes de chocarse. Si no hubiese llevado gafas ahumadas, el sheriff habría visto la mirada de un hombre muy molesto.

—Lamento profundamente la pérdida del señor Leechesberg —dijo solemnemente el sheriff—. Soy yo quien ha incautado todas las botellas de espirituoso. Y usted es…

—Soy el señor Cinqueminutes, asesor y secretario personal del señor Leechesberg —dijo con un tono muy sosegado—. Debo de solicitarle que

devuelva esas botellas a nuestro chef. Esas botellas son de un gran valor sentimental para los señores Leechesberg.

El sheriff dejó su sombrero en una silla que tenía al lado. Corvó la espalda hacia atrás teniendo que levantar las puntas de los pies para mantener el equilibrio y metió los pulgares en los bolsillos de su chaleco.

—Estimado señor mío. Como hombre de mundo que debe de ser, usted sabrá que las leyes son dictadas para ser ejecutadas. De otra manera esto sería un absoluto caos. Yo no soy quien las dicta, ni quien las escribe. Yo solamente vigilo su cumplimiento y ejecución. Una de esas leyes prohíbe beber durante los velatorios y oficios fúnebres. Podría darle varias razones por las que pienso que así debe ser, pero solo soy un sheriff de pueblo. Eso se lo dejo a los juristas. Devolverle a usted esas botellas sin otra razón que su mera petición, crearía dos problemas. El primero, es que asentaría un precedente de favoritismo. Y eso va en contra de la ley. La segunda, querría decir que yo me he confundido al confiscarle esas botellas. Y aquí señor mío debo decir que eso solo lo puede decidir un juez. Esto me lleva a reafirmarme en mi actuación. Esas botellas quedan confiscadas hasta nuevo aviso.

—Esas botellas son una preciada posesión de los señores Leechesberg. Y uno de los últimos deseos del señor Leechesberg era servirlas en su velatorio a sus allegados. Debo insistirle en que devuelva esas botellas a nuestros cocineros —dijo autoritario.

El sheriff permaneció impasible con la mirada fija en las lentes ahumadas de Cinqueminutes.

—Mire señor Sanmanús —se relamió el sheriff— este es mi pueblo y en este pueblo se siguen las normas. Y esa norma está muy clara. Nada de alcohol en velatorios y oficios fúnebres.

Se llevó las manos a las caderas dejando ver la empuñadura de su revólver. Por un momento únicamente se escucharon los ruídos que hacían los cocineros en el jardín. Cinqueminutes dio un paso hacia atrás en un intento por disminuir la intensidad del encuentro.

—Es una lástima. Estoy seguro que al señor Leechesberg le habría encantado que pudieran probar los caldos que se cultivan del otro lado del mar —dijo Cinqueminutes con una mueca que parecía una sonrisa—. Señor Hardstone, le mandaré un par de personas para que le ayuden a preparar la sala. Y ahora si me perdonan debo preparar todo para las personalidades que vendrán.

—Antes de que se marche —dijo el sheriff cogiendo su sombrero—. ¿De qué murió el señor Leechesberg?

Cinqueminutes paró en seco y giró lévemente la cabeza hacia el sheriff.

—Su mayordomo lo encontró en el sofá tras el desayuno. Ya estaba muerto cuando llegó. No pudo hacer nada. Ahora si me disculpan.

La puerta se cerró tras Cinqueminutes con un ruido seco. El ruido reverberó en las paredes de una manera muy desagradable. El sheriff y el señor Hardstone se quedaron un momento en silencio. El señor Hardstone atravesó filas y filas de sillas hasta llegar al sheriff.

—Sheriff qué es lo que entiende usted por no tener problemas. ¡Cómo se le ocurre confiscarles la bebida a esos cuatreros!

—La ley es la ley.

—Pero no va a hacer más que enfadarles. No quiero tener esto lleno de cuatreros furiosos sheriff.

El sheriff sacudió su sombrero. El polvo flotó atravesado por un rayo de luz.

—No debe preocuparse. No hay suficientes cuatreros en todo el estado para llenar esta sala. Juraría que ellos esperan otro tipo de invitados.

—¿Qué clase de invitados? —preguntó el señor Hardstone con ansiedad.

—Banqueros por ejemplo —le dijo enseñándole aquel elegante bordado de oro sobre fondo morado—. Y ahora debo marcharme.

—Un momento, no puede marcharse. Esto se llenará de delincuentes. Algunos de ellos pueden venir armados. ¿Qué voy a hacer si la cosa se complica?

El sheriff se dirigió hacia la puerta colocándose su sombrero. En su camino colocó algunas sillas que rompían la simetría del pasillo. Se detuvo en el umbral de la puerta.

—Piense en probabilidades. Con que uno de cada diez venga armado, y si todas esas sillas se llegan a ocupar, ya habrá suficientes armas para tomar todo el pueblo —se colocó el sombrero—. Solo estamos mi ayudante y yo. Señor Hardstone, esto se lo digo como alguien que le aprecia, no como el sheriff, tenga a esos tipos contentos y confíe en la providencia.

—Pues podría ayudarme devolviéndoles su bebida maldita sea.

Sus palabras se habían mezclado con el desagrable eco de la puerta al cerrarse.

7

Rose cruzó la puerta de Abastecimientos Smith y la puerta golpeó una campanilla anunciando su llegada. Se paró en seco al entrar y dejó en el suelo su cesta. La cabeza del señor Smith apareció tras el mostrador. Después, el resto del señor Smith. Era un hombre muy delgado y viejo que parecía no haber salido nunca de la tienda. Tenía algo de obsoleto y familiar. Como si existiese un señor Smith en todos los pueblos. Llevaba un mandil que posiblemente tenía trazas de todo lo que se vendía en aquella tienda y miraba a través de unas diminutas gafas redondas. Acusaba calvicie y estaba muy despeinado, lo que le daba un aire descuidado.

—Buenas tardes Rose. Cómo usted por aquí —exclamó el señor Smith tras el mostrador con una amable sonrisa.

—Buenas tardes señor Smith —sonrió Rose cogiendo su cesta y acercándose al mostrador.

—¿Qué tal su marido el doctor? Hace tiempo que no le veo.

—Pues trabajando mucho como siempre. Siempre hay algún enfermo a quien atender.

—Y que lo diga. Sin ir más lejos el señor Toutebeurre —se colocó sus diminutas gafas—. Era un buen cliente mío. Venía mucho por aquí. ¿Se puede creer que falleció inesperadamente? Pobre hombre.

Era cierto aquello que decían, el señor Smith se pasaba todo el día metido en su tienda. Hacía tiempo que había desconectado del mundo exterior. Todo el mundo sabía que Toutebeurre había sido envenenado por su mujer. Incluso salió en los periódicos. Su mujer confesó que le había estado deslizando veneno en la mantequilla.

La mujer comulgaba con las ideas del reverendo Frigid sobre la importancia de la alimentación y quería que su marido abandonase su afición por la mantequilla y las grasas animales. Como no respondía por la fuerza de los argumentos, decidió poner algo que le diese un sabor horrible a la mantequilla. Todos los días le ponía un poco de veneno para plagas que el mismo Toutebeurre compraba al señor Smith. Por desgracia Toutebeurre nunca se quejó de ningún sabor extraño en su adorada mantequilla. Su mujer creyendo que su marido era consciente de aquello y que simulaba disfrutar únicamente para molestarla continuó envenenando su mantequilla. Como Toutebeurre nunca llegó a quejarse, su mujer continuó aumentándole la dosis esperando que su estrategia diera resultado. El doctor lo encontró inmóvil en su butaca preferida, con una sonrisa de oreja a oreja y una tostada en el pecho. El lado de la mantequilla sobre la camisa.

—Sí, es realmente una lástima —dijo Rose fingiendo no saber mucho más al respecto.

—Cambiando de tema. ¿Cómo están las chicas de la sociedad? ¿Siguen preparando esas galletas de mantequilla? Si es así cuenten conmigo para la próxima colecta para reformar la iglesia —bromeó el señor Smith soltando una risa inocente.

—No tenga usted duda que le guardaré unas cuantas —dijo Rose por cortesía.

—No sabe usted la alegría que me da. La última vez comí tantas galletas que pensé que no podría abrir la tienda al día siguiente —dijo arqueando la espalda mientras dibujaba una gran barriga en el aire con sus manos—. Y ahora dígame en qué puedo ayudarla.

—Verá tengo un pequeño huerto. No es gran cosa es solamente por practicar la jardinería. Ya sabe claveles, rosas, algún gladiolo… Ya sabe usted. Y ayer mismo me encontré con esto —y sacó de la cesta un bulbo de tulipán con unas pequeñas marcas.

El señor Smith cogió aquel bulbo, se llevó las gafas a la punta de la nariz y sacó una lupa que tenía en algún lugar bajo el mostrador. Estuvo girando el bulbo mientras acercaba y alejaba la lupa con gran interés.

—Me temo que tenemos un caso de microtus arvalis —dictaminó el señor Smith.

Se colocó las gafas con el dedo índice de la mano que no había tocado el bulbo y salió del mostrador hacia una estantería. En lo alto se podía leer PLAGAS. Cogió tres pequeños paquetes y volvió al mostrador.

—Bueno bueno. Querida Rose creo que tiene usted una plaga en su jardín —dijo el señor Smith dejando en el mostrador los tres paquetes.

—Oh dios mío —exclamó Rose con la mano en el corazón.

—Por suerte tengo gran experiencia en productos que podrían servirla para exterminar tan detestable plaga —la tranquilizó—. El microtus arvalis o topillo común no es peligroso. Aunque sí debo advertirla que es un sagaz estratega y deshacerse de él puede ser complicado. Tiene usted suerte que trabajo con la mejor empresa de venenos contra plagas de todo el estado: dynAmite Inc. Aquí le muestro unos buenos productos que puede usar. El topillo común no deja de ser un roedor. Y como todo roedor gusta de comer queso. Ese puede ser un cebo perfecto.

—Ya veo.

—Una vez haya por el huerto suficientes cebos lo siguiente es utilizar un elemento exterminador. Y para ello dynAmite Inc. produce un excelente veneno para topillos en tres concentraciones diferentes: verde, azul y rojo. Verde sería el de menor concentración y rojo el más potente —dijo señalando los paquetes—. Para un topillo el verde de baja intensidad suele ser más que suficiente. El azul en caso de una plaga insistente. El rojo no suele ser necesario —dijo intentando contener su entusiasmo.

—Ya veo —dijo Rose pensativa—. Me llevaré el rojo. No quisiera correr riesgos con esas alimañas.

—Muy bien. El paquete rojo entonces.

—Señor Smith qué efecto tiene este veneno en personas. No quisiera tener un accidente —preguntó Rose.

—Yo creo que el verde y el azul como mucho pueden dar un pequeño susto al incauto que los pruebe —se sonrió—. Pero el que se va a llevar está suficientemente concentrado como para tener un gran disgusto. Debe lavarse las manos después de utilizarlo y extremar precauciones cuando lo utilice. Yo le recomiendo que le ayude su marido. El doctor seguro que tiene experiencia manejando este tipo de sustancias peligrosas.

—Me alegro, no quisiera tener algún accidente en casa.

—Oh no se preocupe —dijo con tono tranquilizador—. Este veneno se vende muchísimo. El propio reverendo Frigid lo compró hace poco para su jardín. Puede preguntarle por su experiencia. Ya verá cómo fue satisfactoria —sonrió orgulloso.

Rose no imaginaba al reverendo trabajando en su jardín. Eso parecía más tarea de su mujer. Aunque tampoco veía a la mujer del reverendo yendo a comprar veneno para topillos.

—¿Qué más desea? —preguntó el señor Smith con tono servicial.

—Deme un par de saquitos y cuerda. En algún lugar habrá que guardar a esas pobres criaturitas cuando prueben el veneno.

—Cómo se nota que lo tiene usted todo pensado. Un minuto y le traigo sus cosas —dijo el señor Smith yendo a buscar cuerda—. Su marido se pondrá muy contento cuando vea que ya no tiene esa molesta plaga en su jardín.

El señor Smith desapareció entre las estanterías. Parecía deslizarse más que caminar. Se le oía murmurar algo tras aquellas estanterías atestadas de herramientas. Mientras Rose miraba el paquete con el logo de dynAmite Inc. y un montón de calaveras dibujadas en un lateral. Por un momento se imaginó a aquellos pobres animalitos muertos en su jardín. Sintió algo de lástima. Se le pasó cuando recordó que aquello no era para los topillos.

8

Para desconsuelo del señor Hardstone, la enorme sala del velatorio se quedaba casi pequeña. El ambiente estaba cargado y había un goteo constante de gente por el pasillo que llevaba hasta Leechesberg. Las coronas de flores se amontonaban unas sobre otras y no dejaban ver la improvisada mesa que sostenía al difunto. De hecho, parecía que reposaba sobre una montaña de flores. Había una lucha disimulada por intentar que unas coronas estuvieran sobre las otras. Desde la oficina de crédito de Sincinaty hasta dynAmite Inc. todos habían llevado su corona hasta allí. Y lo que interesaba era que se viese quién había llevado aquella corona.

Las treinta y cuatro filas de sillas que había dispuesto el señor Hardstone, (sin ninguna ayuda del personal de Cinqueminutes) estaban llenas. Y no paraban de llegar carros a la entrada de la funeraria. Aquello parecía más una peregrinación que una funeraria. La voz se había corrido por Sincinaty y todo el mundo quería estar allí.

Los que habían llegado hasta allí pertenecían a todas las clases sociales existentes en Sincinaty. Un reflejo de que Leechesberg estaba inmerso en todos los ámbitos sociales de Sincinaty. Los nuevos ricos se mezclaban con las familias más ricas de Sincinaty en las primeras filas de aquel improvisado patio de butacas. Era fácil identificar a un nuevo rico por sus ropas ostentosas, su piel curtida bajo el sol y sus acompañantes. Se presentaban acompañados de hermosas jovencitas que despertaban recelos y admiración a partes iguales. Las viejas familias de Sincinaty veían las pretensiones de aquellos nuevos ricos como una desfachatez. Hacían gastos suntuosos, se hacían construir casas enormes, adquirían negocios prometedores que solían acabar en la ruína y se quedaban con las mujeres más bellas. Era exactamente lo que habían hecho sus parientes tres generaciones atrás. Pero todo el mundo sabe que tres generaciones dan para normalizar lo excepcional, por lo que todos aquellos nuevos ricos eran

una especie de excéntricos que aspiraban a la grandeza de aquellas familias de “rancio abolengo”.

A continuación de los más ricos de Sincinaty se sentaba una heterogénea mezcla de comerciantes, médicos, músicos, artesanos, bailarinas, personal de servicio y demás profesiones. Conversaban animadamente los pormenores del suceso de Leechesberg y aprovechaban para hacer negocios. Sería difícil de entender por qué habían viajado hasta allí abandonando sus negocios. La realidad era que de una u otra forma todos dependían de Leechesberg. Con su marcha, su principal fuente de ingresos había desaparecido y cómo llenar sus despensas se había vuelto algo incierto.

En el resto del patio de butacas estaban todos los que no tenían una profesión definida. Bueno, realmente sí estaba definida, pero estaba feo decirla. Eran cuatreros, asaltantes, ladrones de joyas, atracadores de bancos, jugadores de póker, cobradores de deudas, destiladores de whisky… La lista era muy larga. Todos habían quebrado o iban a quebrar la ley en algún momento, cuando no lo hacían constantemente. Como todo ser humano, necesitaban de un sustento y ahí estaba el señor Leechesberg. El entramado comercial en el que se movían había sido gestionado con gran pericia por el enorme hombre que ahora reposaba sobre una mesa. Y aunque la mayoría de ellos consideraba que podrían ganarse la vida de cualquier forma, la verdad es que Leechesberg había conseguido de alguna forma profesionalizar sus actividades criminales dándoles un nivel de confort al que se habían acostumbrado.

Tras la fila treinta y cuatro, en una absoluta demonstración de insensatez y ludopatía, se había formado un corrillo para jugar a los dados. En el suelo había una montaña de billetes de un dólar y un cubilete con unos cuantos dados. Cuando paraban las apuestas el encargado de lanzar los dados ejecutaba una especie de danza ritual. Parecía tener experiencia porque aquello duraba el tiempo justo antes de que alguien perdiese los nervios. Cuando los dados rodaban por el suelo no contenían su entusiasmo y proferían gritos y golpeaban el suelo. Aquello no parecían molestar a los presentes. A fin de cuentas no eran los únicos haciendo ruido. Aquello acabó en trifulca cuando el señor agita-dados sacó un cuarenta y dos con solo seis dados. En un ejercicio de coordinación colectiva, el supuesto tramposo acabó en el suelo recibiendo puntapiés.

Cuando has organizado un velatorio con treinta y cuatro filas de sillas llenas de gente, la gente viene de Sincinaty o más lejos y crees que muchos de ellos van armados necesitas ayuda. Cualquier persona diría que hacen falta docenas de hombres para controlar algo así. Nada más lejos de la realidad. Cinqueminutes sabía que sólo hacían falta dos: Pera y Navaja.

Todo el que alguna vez había tenido algún malentendido con los Leechesberg conocía de sobra a Pera y a Navaja. Si alguien no quería pagar la cuota: Pera y Navaja; si alguien se había quedado con una parte que no le correspondía del botín: Pera y Navaja; si alguien no quería vender sus tierras: Pera y Navaja; una falta de respeto: Pera y Navaja… La guardia pretoriana de Jeremy Leechesberg estaba compuesta por solo dos hombres. Y eran suficientes. Su tasa de éxito era del cien por cien. Cinqueminutes lo sabía, los asistentes a aquel velatorio lo sabían, hasta Clayton el trampero lo sabía. Y aquellos jugadores de dados lo sabían. En cuando vieron que Pera y Navaja se acercaban, dejaron de dar puntapiés al señor agita-dados y salieron corriendo de allí. En su huída se dejaron el cubilete, algunos dólares y un montón de dados. Pera hizo una seña a alguien y sacaron en volandas al pobre señor agita-dados. Le dejaron fuera de la sala bajo un tejadillo donde ya había algún que otro cuatrero con el costado dolorido. Ese era el precio por no hacer caso a Pera o a Navaja.

Nadie sabía el auténtico nombre de Pera. Y nadie en su sano juicio se lo había preguntado nunca. Él siempre se presentaba con aquel nombre. Alguna vez alguien hizo un chiste sobre aquello. Tres o cuatro costillas rotas después no volvían a poner en duda que alguien quisiera llamarse así. Había muchas leyendas sobre el porqué de aquel nombre. Que si le gustaba mucho la fruta, que si la tenía con forma de pera, que si los tenía como peras, que si tenía una mancha con forma de pera en el pecho… Nada más lejos de la realidad. Pera era el apodo que le pusieron los celadores del sanatorio.

Le habían acusado de sodomita y por intermediación de un sacerdote fue enviado a un sanatorio en lugar de a la prisión. Las primeras terapias con electrodos no parecieron satisfacer al médico del sanatorio, que no vio ninguna mejora aparente. Es por ello, que fue sometido a un novedoso tratamiento basado en aversión al dolor. La idea era que el paciente asociase la sodomía con el dolor. Respondiendo a instintos básicos, esta asociación le haría abandonar tales conductas. El tratamiento consistía en introducirle objetos por el recto mientras estaba maniatado. Los celadores y enfermeros eran muy innovadores y probaron

con todo tipo de objetos. Tras varios incidentes, el médico ordenó que únicamente deberían usarse hortalizas maduras para minimizar los desgarros. En el jardín del sanatorio crecía un triste peral. Sus frutos apenas eran comestibles y maduraban hasta la putrefacción en el árbol. Aquellas peritas maduras fueron la opción elegida por el médico. Cuando el sacerdote volvió para vigilar la evolución espiritual del paciente, éste se lanzó a sus brazos y le imploró que le sacara de allí. Tras unas cuantas preguntas y padres nuestros, el sacerdote consideró que aquel sodomita se había curado. Una semana después de salir del sanatorio el médico, tres celadores y el sacerdote aparecieron muertos. Estaban desnudos, maniatados y tenían el recto lleno de peras.

El apodo de Navaja tenía un origen más trivial. Tenía un extraño amor por todo lo que tuviera filo. Y en especial por su navaja. Podría haber utilizado sus habilidades en cualquier circo y viajar por todo el país sorprendiendo a los niños con sus trucos. Pero llevaba asaltando dililengicas a golpe de navaja desde los quince años y hasta entonces le había ido muy bien. Nadie se esperaba a un atracador sin pistola. Se lo tomaban a risa. Para cuando querían reaccionar estaban desarmados y con una cuchilla pinchando su yugular. Hacía años que trabajaba para el señor Leechesberg quien siempre apreció su discreción para solucionar los problemas sin el estrépito de la pólvora. Navaja nunca había manejado un revólver y consideraba cobarde matar a un hombre a distancia. Veía el revólver como el fin del noble arte de la conversación. Se perdía el contacto humano. Si dos personas no podían solucionar sus diferencias de tú a tú ¿qué sería del mundo?

Con la ayuda de Pera y Navaja, Cinqueminutes gestionaba aquel extraño velatorio. Como mano derecha que era del señor Leechesberg, se había instalado de pie junto al difunto y desde allí saludaba, atendía y recibía las condolencias y mensajes de todos los que hacían fila para presentar sus respetos. Permanecía recto como una vela y vigilante como un halcón. Poseía un cierto aire de guardían místico. Desde su puesto vigilaba aquella caterva de mentirosos, canallas, arribistas, sinvergüenzas y demás gentes al borde de la ilegalidad. Y todo esto sin mostrar la más mínima expresión de tristeza o preocupación tras sus gafas ahumadas.

—Me llamo Rudolf McConaughty —dijo el siguiente en la fila con un extraño acento—. He cabalgado a toda velocidad desde el otro lado del río Turbio para presentar mis condolencias.

Traía un puñado de flores silvestres en la mano. Había hecho un atillo un poco precario y cuando lo puso sobre la montaña de flores se deshizo con tristeza.

—Quisiera presentarle mi más sincero pésame a la viuda.

McConaughty miró sobre el hombro de Cinqueminutes esperando que la señora Leechesberg estuviese tras él.

—Yo le trasladaré a la señora Leechesberg sus condolencias —dijo Cinqueminutes.

McConaughty miró a su alrededor con gesto molesto.

—¿Cómo que su mujer no está aquí? —dijo indignado McConaughty—. ¿Cómo puede no estar en el velatorio de su marido? ¿Qué clase de mujer no atiende a su marido en su velatorio?

Cinqueminutes le miró sin decir nada.

—He dejado asuntos muy importantes para poder estar aquí y hablar con esa mujer. Asuntos muy importantes —dijo levantando la voz.

—Comprendo su malestar señor McConaughty y le puedo asegurar que trasladaré personalmente sus condolencias a la señora —le tranquilizó Cinqueminutes.

—Esa mujer nos debe mucho a los que estamos aquí. Su ausencia es una falta de respeto a todos los que hemos trabajado para que…

McConaughty tuvo que concluir su indignada disertación cuando sintió una mano en su hombro. Se giró para encontrarse a Pera con una sonrisa en los labios.

—Muchas gracias por su visita señor McConaughty —dijo Cinqueminutes.

Salió de la fila y se volvió con paso ligero hacia la salida sin mirar atrás. El siguiente en la fila para presentar sus respetos era un hombre mas bien bajito, rechoncho y con un ridículo bigote engominado. Vestía una banda de colores

chillones y caminaba apoyado en un brillante bastón con cabeza de carnero. Le seguían dos tipos más altos que también vestían bandas de colorines.

—Venimos a presentar nuestros respetos al señor Leechesberg en nombre del pueblo de Frigidton. Soy el alcalde de este hermoso pueblo y me acompañan el concejal y tesorero de la ciudad —se dirigió a Cinqueminutes.

Cinqueminutes se echó a un lado invitándole a acercarse. Los tres se acercaron para apreciar aquella montaña de flores coronada con un enorme difunto. Era lo más cercano que nunca estarían de ver el mausoleo de un auténtico emperador.

—Es una gran pérdida sin duda. Parecía un hombre de gran vigor —hizo una pausa—. Es usted el asesor del señor Leechesberg ¿cierto? El señor Sanmanú si no me han dicho mal.

—Cinqueminutes —le corrigió con condescendencia.

—Disculpe señor Sinmanuts —se disculpó el alcalde sonriendo—. Como alcalde de Frigidton quisiera presentar mis respetos a la señora Leechesberg. ¿Dónde puedo encontrarla? Quisiera darle el pésame personalmente en nombre de nuestro pueblo.

El alcalde no era ni sordo ni ciego y había visto cómo McConaughty había sido invitado a marchar de allí. Pero bien es cierto que uno no llega a alcalde sin ser perseverante.

—La señora Leechesberg se encuentra de camino. Esperamos que llegue lo antes posible —dijo Cinqueminutes.

—Vaya. Debe de estar pasándolo fatal esa pobre mujer. ¿Y no sabe usted cuándo llegará?

—Espero que pronto —respondió Cinqueminutes con sequedad.

—Bien. En tal caso volveremos cuando podamos hablar con la señora. No le robo más tiempo señor Sanmantús.

Los tres se dispusieron a marchar por donde habían venido. La cola de gente esperando presentar sus respetos era larga y no parecía razonable hacer perder el

tiempo a aquella gente.

—Señor alcalde podría pedirle algo —le paró Cinqueminutes.

—Por supuesto. El pueblo de Frigidton hará todo lo posible por un hombre de la talla del señor Leechesberg. ¿Qué podemos hacer por usted en estos duros momentos? —preguntó el alcalde retorciendo la punta de su bigote con los dedos.

—El señor Dupont es el cocinero personal del señor Leechesberg y es uno de los más afamados chefs de Francia. El señor Dupont ha preparado un estupendo menú para acompañar la trágica ida del señor Leechesberg. El señor Leechesberg siempre deseó que todo lo relativo a su funeral fuese una celebración donde la comida fuese la mejor —dijo Cinqueminutes.

El alcalde miró al concejal y al tesorero para comprobar la expresión de sus caras.

—¿Y cómo puedo yo ayudarle? —se interesó el alcalde.

—El menú que el señor Dupont ha creado necesita de un maridaje adecuado —ni el alcalde, ni el concejal ni el tesorero sabían que era aquello del maridaje—. Por desgracia, el sheriff ha confiscado todas las bebidas espirituosas a nuestro cocinero arruinando su menú. Si usted pudiera hablar con el sheriff para solucionar este desafortunado incidente le estaría muy agradecido en nombre de la señora Leechesberg.

El alcalde intercambió miradas con el concejal y el tesorero.

—Ah el sheriff —suspiró—. Debe usted perdonarle, su rectitud aplicando la ley no tiene igual. Cualquier mínimo error en la interpretación de la ley, te puede llevar directamente al calabozo. Yo mismo he tenido algún divertido episodio con él por estas cosas. Entiendo que estará usted familiarizado con la ley. En este condado está completamente prohibido el consumo de bebidas espirituosas en velatorios, funerales, oficios religiosos y la fiesta de la sobriedad.

—Pero esto no es nada de eso señor alcalde —le corrigió Cinqueminutes—. Esa ley está pensada para que tramperos de las montañas no se emborrachen y arruinen un momento solemne. Pero esto… esto es el cumplimiento del último

deseo de un difunto. Un hombre tan generoso que quiso que todo el mundo celebrase su marcha. Y como gran filántropo y amante de la gastronomía que era, quiso que su marcha se celebrase degustando los mejores manjares que nunca se han preparado en este país.

El alcalde se pasó los dedos por la punta de su bigote con gesto dubitativo.

—Entiendo su postura. Pero el sheriff es un hombre muy testarudo y su interpretación de la ley es férrea. Yo solo soy el representante de la voluntad popular y debo atenerme a lo que dicen las leyes como el resto de los ciudadanos.

—Se lo pido como un favor señor alcalde. Puedo asegurarle que la señora Leechesberg le estaría muy agradecida si usted consiguiera recuperar esas bebidas.

A pesar de que Cinqueminutes miraba al alcalde tras aquellos cristales ahumados y que éste no podía ver sus ojos, el alcalde sintió un ligero escalofrío.

—Tiene usted toda la razón señor Sinmanú —golpeó el suelo con su bastón—. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar las últimas voluntades de un difunto? Además teniendo en cuenta la generosa naturaleza de este deseo… No dude que haré lo que esté en mi mano para que usted pueda recuperar esas bebidas. No puedo asegurarle que lo vaya a conseguir. Nuestro sheriff es muy terco. Pero haré todo lo que esté en mi mano. Téngalo por seguro.

9

El alcalde salió de la funeraria seguido por el concejal y el tesorero. Al salir miró perplejo a un puñado de hombres que parecían descansar amontanados a la sombra. No parecía el lugar más adecuado para estar descansando. Y tampoco parecía que dormir boca abajo tragando polvo fuese muy cómodo. Cuando estuvo más cerca observó que algunos más que descansar, parecían esforzarse por cambiar de postura. Parecía que les doliese el costado.

—Curioso tipo este Sanminús —comentó el alcalde al concejal y al tesorero—. Con esas gafas ahumadas, esa rectitud y su perfecta dicción cualquiera diría que es un aristócrata.

—Pues a mí mas que un aristócrata me pareció uno de esos afeminados que rondan por Sincinaty —apuntó el concejal.

—Lo mismo pensé cuando noté que gastaba perfume —señaló el tesorero—. ¿Qué clase de hombre gasta perfume?

—Todos hemos observado lo mismo entonces —concluyó el alcalde.

El alcalde aceleró al pasar junto a tres tipos que estaban tirados en el suelo. No parecían tener fuerzas para buscar una sombra y se cocían bajo el sol. El concejal y el tesorero aceleraron el paso para seguirle.

—No puedo creer que hayamos ido a presentarle nuestros respetos a uno de los mayores criminales del país. Es de locos. ¿Qué pensará la gente? —se lamentó el concejal.

—No se preocupe por eso concejal —le tranquilizó el alcalde.

—¿Cómo voy a estar tranquilo? ¿Ha visto la gente que había allí dentro alcalde? Eran todos unos delincuentes. Allí no había nadie decente. Hasta juraría que se

habían traído a las putas de algún burdel.

—¿Cómo sabe que eran putas? —preguntó el tesorero ante la incrédula mirada del alcalde y el concejal.

—Era evidente —respondió el concejal.

—Yo solo he visto a unas chicas vestidas de luto —apuntó el tesorero.

—Con razón se dedica a los números. ¿Dónde ha visto un traje de luto con ese escote?

—Relajaos —intervino el alcalde—. Hay razones de peso para haber estado allí.

—Pues me gustaría que me ilustrase alcalde porque no las veo. Qué hace la oficina del alcalde tratando con esa gente. Son la clase de gente que nadie quiere en una ciudad. Además ¿dónde estaba el sheriff? Debería estar allí poniéndoles las esposas y llevándolos al calabozo. ¿Qué pasará cuándo lleguen el resto de los amigos de Leechesberg?

El concejal se encendió un puro y comenzó a succionar con ansiedad. El alcalde le puso una mano sobre el hombro.

—Relájese amigo mío. A mí tampoco me gusta estar rodeado de ese tipo de gente. Es cierto que son de difícil trato por decirlo de forma suave. Pero las cosas van a cambiar dentro de poco y necesitamos estar bien posicionados.

—¿Posicionados con criminales? Eso es un crimen en sí mismo —dijo entre caladas.

—Cuando comenzamos en este pueblo prometimos a la gente que acabaríamos con la delincuencia y traeríamos prosperidad. Y eso es lo que haremos. ¿Y dónde mejor está un criminal que en una prisión?

—Donde mejor está un criminal es muerto —respondió el concejal soltando una gran bocanada de humo.

—Eso amigo mío tiene ciertas implicaciones morales que no quisiera discutir ahora. Pero lo que a nosotros nos interesa son los negocios. Tesorero explíque a

nuestro preocupado amigo cómo vamos a reflotar la economía de nuestro pueblo.

El tesorero se sacudió su chaleco y se atusó el pelo como preparándose para una esperada y preparada disertación.

—Bien —carraspeó— hemos invertido una importante cantidad de los fondos del pueblo en construir la primera prisión del condado. Es cierto que no es muy grande. Pero debe tener suficiente sitio para treinta reclusos. Alguno más si hiciera falta. Ahora mismo está vacía porque seamos honestos, no hay mucho criminal que cometa fechorías en nuestro pueblo. De hecho, los mayores altercados con los que tenemos que lidiar son las peleas del bar. Y esos delitos, aunque muy molestos, no dan para llenar una cárcel.

El tesorero volvió a carraspear por la nube de denso humo que exhalaba el concejal. El humo, aunque aromático, le rascaba la garganta. Agitó la mano en el aire intentando disipar aquella nube.

—Nos hemos gastado todos los fondos del pueblo para constuir una cárcel para treinta personas en un pueblo donde el mayor delito es pasarse bebiendo whisky. Es decir, que difícilmente podremos llenar una cárcel con borrachos. A no ser que la convirtamos en una taberna —dijo irónico el concejal.

—Estimado amigo —le tranquilizó el alcalde—. Deje que nuestro querido tesorero exponga la situación al completo. Continúe tesorero.

—Gracias alcalde —tomó aire—. Es cierto, que ahora mismo la cárcel no tiene ningún preso. Pero tal y como teníamos previsto, el nuevo trazado del ferrocarril pasará no muy lejos de aquí —señaló algún punto entre un ciprés y una piedra —. Y eso requerirá mano de obra. Como todos sabemos traer el ferrocarril es una obra costosísima. Y el primer punto donde se puede ahorrar es en la mano de obra. Al ser este un país de hombres libres, a todo el mundo se le debe pagar un salario por su trabajo. Pero hay una excepción.

El concejal frenó en seco y dirigió una mirada incrédula al tesorero.

—¿Me está diciendo que pretende vender la mano de obra de los presos para construir el ferrocarril?

—Efectivamente.

—¿Es eso legal? —preguntó el concejal al alcalde.

—No solo es legal, si no que la misma ley permite a los presos reducir condena a cambio de trabajos forzados. Además, sé de muy buena tinta que el juez Schneider es un firme defensor de esta modalidad. Pero deje a nuestro amigo que continúe con su exposición.

—Gracias alcalde —agradeció el tesorero—. ¿Por dónde iba? Ah sí. Puesto que los trabajos forzados sirven para reducir condena, la propia reducción de condena se consideraría el salario de los presos. Es decir, éstos no cobrarían. Por lo que sus salarios íntegros pasarían a ser cobrados por la prisión. Y a su vez, como la prisión no ha sido levantada con titularidad estatal, como entidad privada que es se quedaría todos los beneficios. Somos la única prisión en varias millas a la redonda a este lado del río Turbio. Esto quiere decir, que tenemos un gran margen en la negociación de los salarios y una gran fuente de mano de obra.

—Estoy un poco confundido.

—Es muy fácil concejal. Por cada preso declarado culpable del que se hace cargo la prisión el estado paga una cantidad por hacerse cargo de él. Además les haremos trabajar en el ferrocarril. La obra del ferrocarril tardará años en terminarse. Eso en un principio, luego pueden desbrozar caminos, picar piedra o Dios sabe qué. Cualquier trabajo duro que nadie más quiera hacer y que necesite mucha mano de obra. Si llenamos la prisión, y con los ingresos estimados, en cuestión de un año podemos construir un anexo y continuar creciendo. Hemos hecho las cuentas. La economía del pueblo…

—¿Queréis que un grupo de delincuentes construyan el ferrocarril? ¿Y qué pasará con las gentes del pueblo? Ellos también querrán trabajar —interrumpió el concejal.

—Claro que trabajarán. No habrá ningún problema. Ellos trabajarán en la prisión. Harán falta alguaciles, carpinteros, cerrajeros, capataces… qué sé yo. La criminalidad y la falta de trabajo resueltas de un plumazo.

El tesorero se relamió con la satisfacción de quien observa una tarta de chocolate recién salida del horno o quien ejecuta el último brochazo que culmina una obra de arte.

—¿No lo ve amigo mío? —preguntó el alcalde con tono tranquilizador—. Es el plan perfecto para tener a toda esa gentuza vigilada, hacerles pagar por lo que han hecho, generar trabajos, traer el ferrocarril y hacernos ricos.

—No lo sé alcalde. Sigo sin ver por qué queremos relacionarlos con esa gente. A fin de cuentas queremos meterlos en la cárcel —terminó su puro con una larga calada y la ceniza fue arrastrada por el aire.

—No necesitamos a esa gente solo a la viuda de Leechesberg.

El concejal se paró en seco y se quedó mirando al alcalde con perplejidad mientras soltaba todo el humo de su última calaba por la nariz.

—Ahora sí que no entiendo nada. ¿Para qué queremos a una pobre viuda?

—La mujer de Leechesberg es ahora la dueña de todo lo que su marido había montado. Eso quiere decir que esa mujer es ahora mismo la patrona de toda esa banda de delincuentes. Sé de buena tinta que tenía problemas con su marido. De hecho se comenta que Leechesberg andaba por ahí con sus putitas y no le hacía ningún caso. Necesitamos asociarnos con esa mujer.

—Si esa mujer sabe de esos negocios, también será culpable de muchos crímenes alcalde. Todavía sigo sin entender cómo nos va a ayudar —dijo el concejal agitando la cabeza con nerviosismo.

—Ahora que esa mujer está al frente del negocio todos los enemigos de Leechesberg vendrán a por ella. Es muy probable que los antiguos hombres de confianza de Leechesberg estén planeando acabar con ella para quedarse con sus negocios. Aquí es donde tenemos que jugar nuestras cartas con astucia. Tenemos que llegar con ella a un acuerdo.

El alcalde se frotó la punta del bigote con las yemas de los dedos.

—¿Queréis que esa mujer nos lleve hasta los enemigos de su marido?

—Así es. Está todo pensado. En un rato estarán todos en la funeraria de los Hardstone. Todos reunidos. Esa mujer nos ayudará a poner a todos esos desgraciados en un furgón camino a nuestra prisión. Podremos hacer un gran juicio, encerrarlos a todos, ponerles a trabajar en el ferrocarril, acabar con la criminalidad y poner a Frigidton en el mapa como la ciudad que acabó con todos esos criminales. Seremos un ejemplo a seguir.

—Sin olvidar que seremos ricos —añadió el tesorero con entusiasmo.

—Muy bien dicho. Este pueblo es pequeño y por mucho que queramos nunca nos haremos de oro con una iglesia, un bar y una funeraria. Además una prisión necesitará un alcaide, un vicealcaide y un tesorero —miró a sus acompañantes con complicidad.

—No sé, no sé.

—¿Cuáles son sus dudas? —preguntó el alcalde. ¿Es que no le parece un plan sólido?

—En un principio podría parecerme un plan sólido —se secó el sudor de la frente con la palma de la mano.

—Entonces… —dijeron a la vez el alcalde y el tesorero.

—Asociarse con criminales es un crimen en sí mismo.

—Pero amigo mío todo vale en el amor y en la guerra —dijo el alcalde con tono condescendiente—. Además el destino ha querido que podamos obrar con gran facilidad. Un pequeño gesto será más que suficiente para que podamos ganarnos la confianza de la viuda de Leechesberg. Hablaremos con el sheriff para que les restituya las bebidas espirituosas.

—No veo cómo nos va a ayudar eso. Además, ya sabéis que eso es ilegal. Y ahora queréis enfrentaros al sheriff.

—Vamos hombre. Ya escuchaste a Sanmanú. Puede que nos parezca raro eso de comer y beber en un velatorio. Pero es la última voluntad de un difunto, y tampoco me parece una última voluntad que le vaya a hacer daño a nadie. Puede

que los moralistas como el reverendo Frigid se escandalicen, pero a veces hay que escandalizar para poder avanzar.

—Esa ley se hizo para evitar altercados alcalde. Aplaudo la valentía de nuestro sheriff por entrar a esa funeraria rodeado de delincuentes y confiscarles la bebida. Además… qué ocurriría si todos esos cuatreros y asaltantes bebieran hasta perder el control. Podría ser el final de nuestro pueblo.

El alcalde dio un par de palmaditas en la espalda al concejal.

—Amigo mío, no sabe como aprecio su inocencia —el concejal le miró algo molesto por el comentario—. ¿En serio cree que el sheriff ha salido ileso porque es un valiente? ¿Cuántos cuatreros habrá allí dentro? ¿Treinta? ¿Cincuenta? Si quisieran, ya habrían tomado todo el pueblo y nos habrían desvalijado a todos. Está claro que tienen órdenes de no hacer nada. Por eso el sheriff les ha quitado la bebida sin recibir un disparo por la espalda.

El concejal miró al suelo avergonzado al entender lo inocente de su visión.

—Además —continuó el alcalde—. No creo que hayan traído esos vinos tan caros y un chef francés para dar de comer a unos cuantos cuatreros. ¿Pudísteis ver a los que estaban sentados en la primera fila del velatorio? No sé quiénes eran, pero desde luego no eran unos cualesquiera. Todos esos preparativos son para esa gente, no para esos pobres desgraciados que se están retorciendo en el suelo. La miel no está hecha para la boca del asno. Y además —carraspeó— tendremos invitados ilustres.

—¿Qué clase de invitados? —inquirió el concejal.

—Esta mañana llegó un telegrama avisando que Seisdedos y Spaguetti Johnson vienen hacia acá —dijo el alcalde.

El concejal y el tesorero abrieron la boca para emitir un ruido de espanto. Mientras el alcalde seguía andando como si nada.

—Dios mío. Tenemos que avisar al sheriff. No podemos permitir que vengan aquí.

—Tranquilos, tranquilos. No vienen a robar. Vienen a negociar. Seguramente vendrán a ver a la viuda.

—Todo el mundo sabe que Seisdedos y Spaguetti Johnson son los criminales más buscados del estado. Y los más peligrosos. Tenemos que avisar al ejército.

—Señores, señores —alzó las manos con gesto tranquilizador— que no cunda el pánico. Esos hombres vienen a negociar, no quieren enfrentamientos. Ya he avisado al ejército, pero están lejos y tardarán en llegar si es que quieren venir y no tienen otras cosas mejores que hacer. Es por todo esto, que tenemos que asociarnos con esa mujer lo antes posible. Imaginad la publicidad para nuestro pueblo y para nuestra prisión. El pueblo que detuvo y encarceló a Seisdedos y Spaguetti Johnson.

—Pero alcalde —balbuceó el tesorero— no sé si el ejército es la mejor opción. Recordad la última vez que estuvieron por aquí los de aquel destacamento y los problemas con el señor Hardstone.

—El tesorero tiene razón alcalde. Tenemos que avisar al sheriff de lo que se le viene encima.

—Amigos, amigos ya he pensado en todo. Para cuando el ejército quiera llegar todo esto habrá terminado y no tendremos ningún problema con el señor Hardstone. Y efectivamente —señaló con su bastón al concejal— tenemos que hablar con el sheriff. Entenderá perfectamente que él y su ayudante no son suficientes como para hacer frente a todos esos delincuentes. Aunque testarudo, no es un suicida. Y para ello, le convenceremos para que devuelva todos los espirituosos. Y además, les regalaremos esas botellas de la destilería ilegal que montó Clayton el trampero. El sheriff tiene todas las cajas en su despacho y así les podrá dar salida.

—Sinceramente alcalde, no creo que con unas cuantas botellas podamos tranquilizar a toda esa gente. ¿Qué pasará cuando se beban todo?

—Si esos cuatreros son como me los imagino, se beberán hasta la última gota. Y con ellos suficientemente borrachos, será fácil engañarles y llevarles a todos al calabozo. No hará falta ni amenazarles. Al día siguiente el juez Schneider puede condenarles por cuatreros y todos felices.

—No creo que quepan en el calabozo del sheriff —apuntó el tesorero.

—Por eso mismo, les llevaremos directamente a la prisión. Diremos que era un caso de extrema necesidad.

—¿En serio pensáis que podemos emborrachar a toda esa gente hasta dejarles sin sentido y meterles sin más en la prisión? —preguntó el concejal.

Hubo un silencio.

—No. Claro que no —dijo el alcalde.

—Entonces…

—Necesitamos que esa mujer nos ayude. Si nos ofrece su colaboración podemos hacer la vista gorda con ella y sus hombres. Metemos al resto en la prisión, ella se quita del medio a la competencia y entierra tranquilamente a su marido.

El alcalde apoyó ambas manos sobre su bastón y se arqueó primero hacia atrás, luego hacia delante sopesando lo que acababa de decir.

—No sé si podemos tener un plan mejor —anotó el tesorero.

El alcalde lo miró satisfecho. Luego dirigió una mirada expectante al concejal.

—No sé alcalde. Todo esto parece muy complicado. Leechesberg, Seisdedos, Spaguetti Johnson, el sheriff…

—Amigo mío la realidad puede parecer extraña a los ojos de los incrédulos. Se nos abren grandes oportunidades en las siguientes horas —se ensimismó atusándose el bigote—. Tengan en cuenta que no estaremos en la funeraria cuando los hechos tengan lugar. Nosotros únicamente esperaremos a ver los resultados. Tenemos todas las de ganar. Si esos cuatreros deciden matarse entre ellos, adelante. Si la viuda de Leechesberg coopera, también saldremos ganando. Si llega el ejército y acaba con todos esos indeseables… excelente. Tenemos todos los frentes cubiertos —concluyó el alcalde con una amplia sonrisa.

—Pero qué ocurrirá si Seisdedos, Spaguetti y la viuda de Leechesberg se asocian. Qué ocurrirá si el sheriff no quiere devolver la bebida. Y cómo vamos a

explicarle todo esto al sheriff. Él nunca lo aceptará —dijo el concejal.

El alcalde se giró hacia el concejal y le apuntó con su bastón.

—El sheriff actuará siguiendo sus ideales heróicos siempre que piense que va a salvar a este pueblo de la ruina. No debe saber nada de nuestros planes. Y estoy seguro que le gustará saber que puede meter a un buen número de esos indeseables entre rejas. No tiene muchas opciones así que será fácil que siga nuestro plan. El sheriff siempre ha sido un hombre razonable. Y si tiene que elegir entre evitar un río de sangre o reinterpretar la ley elegirá lo primero. No perdamos tiempo y hagámosle una visita.

10

—Chicas por favor silencio.

La petición de Rose fue ignorada. En la Sociedad por la Moral y la Decencia se había instalado el desorden más absoluto. En corrillos se discutía con preocupación la situación actual sin entender muy bien cómo se había llegado a aquel punto. A nadie le agradaba la idea de tener como invitado a un delincuente tan famoso como Leechesberg en el pueblo. Aunque dicho sea, el pueblo se había vuelto relevante por una vez.

Había todo tipo de especulaciones sobre cómo había acabado allí. ¿Pasaba por Frigidton a menudo o era la primera vez que estaba allí? ¿Es que acaso Frigidton era punto de partida para incursiones de cuatreros y nadie del pueblo lo sabía? Alguien propuso que quizás se escondía de la justicia. A fin de cuentas, este era el único pueblo a ese lado de rio Turbio en muchos kilómetros. Era demasiada información para asimilar en tan poco tiempo y cuando no hay suficiente información, la imaginación rellena los huecos.

—Tenemos que hablar de una en una o no habrá manera —les pidió Rose.

Rose volvió a ser ignorada. La preocupación aumentó cuando alguien sugirió que todos aquellos sucesos podían tener alguna relación con Clayton el trampero. Hubo algún mareo. Rose levantó el saco de veneno para topillos marca dynAmite Inc. que había comprado al señor Smith por encima de los hombros y lo dejó caer sobre la mesa. El ruído que hicieron todos los platos y vasos al caer el saco las hizo callar a todas.

—Bien. ¿Hay alguna parte del plan que no haya quedado clara?

Rose esperó unos segundos a que alguien hiciese alguna pregunta. No hubo ninguna.

—Lo repetiré desde el principio. Vamos a preparar nuestras famosas galletas de mantequilla. Las mismas de siempre. A todo el mundo le gustan ¿cierto? —todas asintieron—. Pero la diferencia está en que pondremos esto en la masa —señaló el saco de veneno para topillos—. Iremos a la funeraria de los Hardstone y dejaremos allí las galletas. Y a partir de ahí dejaremos que la naturaleza siga su curso. ¿Alguna pregunta?

Hubo silencio. Aquellas mujeres miraban a Rose con asombro y admiración. Nadie pensaba que Rose fuese tan decidida. El plan era fácil de entender. Pero había ciertas dudas. La primera de ellas residía en la moralidad de aquellos actos. Todo el plan parecía contradecir las enseñanzas del reverendo. Eso sin tener en cuenta que envenenar gente era un delito castigado en todas las legislaciones conocidas. La tranquilidad y sencillez con la que Rose explicó el plan las dejó confundidas. Rose tenía una gran capacidad para hacer de lo complejo algo sencillo.

—¿No hay ninguna pregunta? —insistió Rose.

—Pero ¿ese veneno es mortal?

—Pues claro. Es veneno. ¿No habéis escuchado el plan? Es un veneno para topillos que compré en la tienda del señor Smith. Allí compraba Toutebeurre, así que es posible que este fuese el mismo veneno con el que su mujer lo envenenó.

Una ola de admiración recorrió la sala.

—¿Qué opina el reverendo de todo esto?

A Rose no se le había ocurrido hablar con el reverendo sobre el plan. Sencillamente hizo lo primero que se le ocurrió. La verdad es que visto en perspectiva el plan era ingenioso. No hacía falta ningún enfrentamiento directo y estaba convencida de que ellas solas podían llevarlo a cabo. Absolutamente nadie podía resistirse a sus galletas. Y si el veneno para topillos del señor Smith era tan efectivo como él decía, todo tenía que salir bien. Serían heroínas.

Sin embargo, la pregunta disparó en su cerebro la duda. Si Rose tenía algún defecto ese era la impulsividad. Acostumbraba a dejarse recomendar por sus instintos más primarios. Debía ser cosa de su amígdala, pero podía ser irreflexiva

hasta la temeridad. Luego, a posteriori, la cordura volvía junto con una buena dosis de arrepentimiento. Ahora estaba en esa fase y todo aquello se le empezaba a antojar una locura. Para empezar, ¿qué hacía ella dirigiendo un envenenamiento masivo? ¿Y por qué iba a envenenar a aquella gente? No les habían hecho nada. Tenía que comenzar a controlar aquella devoción suya por el té. Una taza de té negro con dos gotas de leche era su debilidad. Podía vaciar una tetera en segundos. Y eso le había llevado a ser cabecilla de todo aquello. No era la primera vez que algo así le ocurría. Una vez se ofreció voluntaria para limpiar el organo de la iglesia con tal de callar al reverendo y poder ir al baño. Luego descubrió por qué nadie quería limpiarlo. Los niños jugaban a meter patatas dentro de los tubos con la ilusión de verlo explotar con el primer acorde. Solo fueron capaces de colar las patatas en los tubos más gruesos. Y las notas que escupían aquellos tubos estaban fuera del limitado repertorio del organista. Para disgusto de aquellos pequeños gamberros, las patatas nunca salieron volando, ni reventaron el órgano, ni arruinaron la misa. Por el contrario, acababan pudriéndose en el fondo de aquellos cilindros de latón. De ahí que nadie quisiera limpiar el órgano. Ni en verano, ni en invierno. Pero especialmente en verano.

Quizás había tenido uno de esos momentos impulsivos en los que solía tomar decisiones de forma muy irreflexiva. ¿Por qué razón iba a ser ella la cabecilla de un envenenamiento colectivo en un velatorio? No conocía de nada a esas gentes. Cierto que seguramente eran delincuentes pero ¿no era todo aquello cosa del sheriff?

—El reverendo no sabe nada —respondió Rose.

—¿No deberíamos comentárselo primero?

La puerta de la asociación se abrió de par en par y entró el reverendo a toda prisa murmurando algo ininteligible. Dejó caer su vulgata y toda la mesa tembló. Agarró una silla, se sentó al lado de Rose apoyando los codos en la mesa y hundió su cabeza entre las manos. Agitaba la pierna nervioso.

—Amorales, sinvergüenzas, criminales, trileros, asesinos. Todos en nuestro pueblo. Todos están en la funeraria y qué hacen nuestros representantes. ¿Qué hacen pregunto yo? ¿Se puede saber qué hacen? —preguntó al aire—. Nada.

El reverendo se levantó de un salto y empezó a caminar de un lado a otro de la sala balbuceando cosas ininteligibles. Todas le seguían con la mirada sin saber muy bien qué hacer. Así estuvo cinco minutos y cuando ya estaba cubierto de sudor paró y se dejó caer en la misma silla que había usado antes.

—Y lo peor de todo es que están dirigidos por ese Sanminús. Tenemos que hacer algo.

—Rose tiene un plan —dijo alguien.

—¿Qué plan es ese Rose? —preguntó el reverendo.

La cara de Rose se tornó pálida. Era el mismo tono de piel que tendría una persona antes de desmayarse. Como le solía ocurrir desde que era pequeña cuando se ponía nerviosa, el párpado del ojo izquierdo comenzó a temblarle sin control. Tragó saliva. O al menos tragó la poca saliva que tenía en ese momento.

—Hacemos galletas, envenenamos el relleno y se las servimos a todos los que vayan al velatorio —resumió Rose sin respirar.

El reverendo la miró fijamente sin pestañear. Volvió a levantarse y dio un paso hacia atrás. Se agarró el mentón pensativo y giró sobre sí mismo dando la espalda a Rose. Caminó hasta salir de la sala para asombro de todas. Dos minutos después volvió a entrar con el mismo gesto y la mirada perdida. Se paró junto a la mesa y se quedó mirando al techo en silencio.

—¿Qué opina reverendo? —preguntó alguien con cierta congoja en la voz.

—Nuestro señor Jesucristo —aquellas eran las tres palabras que al ser pronunciadas por el reverendo invitaban a todas a plantearse cosas más interesantes como recordar si quedaba suficiente jabón en casa— nos enseñó que su palabra es mucho más poderosa que cualquier arma. Desde que he sabido de la presencia de estos canallas no he hecho más que pensar cómo la palabra de nuestro señor podía reconducirles por el buen camino. No dudéis cuando os digo que he visto ovejas descarriadas volver al rebaño con el sólo poder de la palabra. Un buen sermón puede llenar el espíritu y allanar el camino al cielo.

Rose se sentía algo avergonzada allí de pie con su saco de veneno para plagas. Pensaba en la estupidez de su idea. ¿A quién se le ocurría plantear tal tontería?

Cómo iban a ir allí a envenenar a esa gente. Ellas solo eran un grupo de señoritas que tomaban el té y jugaban al bridge. Y aquellos cuatreros no les habían hecho nada. Quizás robaban vacas, pero a ellas no les habían hecho nada. Qué superioridad tenían ellas para decidir sobre el futuro de aquellos hombres. Quizás el señor Smith le devolvería el dinero. A fin de cuentas, ni siquiera había abierto el saco. Aunque todos sabían que el señor Smith no es el tipo de persona que devuelve el dinero.

—Rose, creo que su plan es una magnífica idea —a Rose se le abrió la boca de par en par—. Había pensado en ir a la funeraria y con nuestros cánticos devolver esas almas al camino de nuestro señor. Pero en el fondo de mí, sabía que eso no daría ningún resultado. Además, algunos ni siquiera han abrazado la fe de nuestro Señor. Llevan el demonio muy dentro. La única redención posible para ellos es enfrentarse a su juicio con el Creador. Y solo ante Él podrán ser juzgados por su falta de fe y moral. Vosotras amigas mías tenéis el valor suficiente y la inteligencia para ejecutar una obra de estas dimensiones. Y con la ayuda de nuestro Señor triunfaremos.

—A mí la idea de los cánticos me parece excelente reverendo —dijo Rose.

Las palabras de Rose apenas se escucharon entre los muchos aleluyas que lanzó el reverendo seguidos del entusiasmo de las allí presentes.

—Pero reverendo —interrumpió alguien—. Ante los ojos de Dios, ¿no sería pecado hacer algo así a esos hombres?

El reverendo se giró sobre sí mismo y tomó su vulgata con presteza. Nadie se había fijado en aquel libro enorme. Debía pesar un quintal, pero en las manos del reverendo parecía ligero como una pluma. La abrió de un sólo gesto con una mano y con la otra comenzó a pasar las páginas frenéticamente. Paró en una página y le acercó la vulgata a Rose. Rose cogió la vulgata haciendo un esfuerzo por no partirse los brazos. Era realmente pesada.

—Rose puedes leernos esto —dijo señalando un versículo.

—Reverendo a mí lo de los cánticos me parece buena idea.

—Lee Rose —ordenó el reverendo.

—Si alguno comete adulterio con la mujer de su prójimo, morirán los dos, el adúltero y la adúltera.

—Levítico 20:10 —dijo el reverendo quitando la vulgata a Rose de las manos y cerrándola con un sonoro pum—. Las leyes de nuestro Señor ya recogen el crimen y su castigo. Tenemos la oportunidad de hacer justicia. Y esta mujer —señaló a Rose— tiene la solución perfecta. Acabaremos con esos pecadores como el Señor acabó con Sodoma y Gomorra.

—¿Entonces le parece bien el plan? —preguntó alguien.

—Por supuesto y todas debéis participar. Esta es la Sociedad por la Moral y la Decencia y no podemos hacer nada mejor por nuestra causa que exterminar de un plumazo la falta de moral y decencia. Comenzad enseguida —se acercó a Rose y la agarró por los brazos—. Rose dejo en tus manos la responsabilidad de ejecutar esta labor que el Señor te ha encomendado. Podemos confiar en tí. Ahora tengo que prepararme. Que Dios nos ayude.

El reverendo se santiguó y salió de la asociación tras un sonoro portazo. Rose se dejó caer en una silla. Espontáneamente se metió una galleta la boca. Un explosivo sabor a mantequilla le llenó la boca.

—Yo nunca pensé que ibamos a envenenar a esos cuatreros. Pensé que sólo lo hacíamos por pasar el rato —dijo una voz temblorosa.

—Yo creo que el reverendo tiene razón —dijo alguien con voz chillona—. Si podemos hacer algo por este pueblo, debemos hacerlo. Además, esos cuatreros son como una plaga. Primero aparece una zanahoria mordisqueada y en tres días se comen toda la cosecha. Hay que acabar con todos de un plumazo. Y si el sheriff no tiene lo que hay que tener, pues lo tendremos que hacer nosotras. ¿Cómo de letal es ese veneno?

—El señor Smith dice que es mortal —respondió Rose con la cara entre las manos y ganas de desaparecer engullida por la tierra.

—¿Qué pone en las instrucciones? —preguntó alguien—. Si lo vamos a usar para hacer la masa de las galletas debemos saber cómo es de peligroso. No quisiera ponerme amarilla como Toutebeurre.

Rose levantó el paquete buscando las instrucciones. En un lateral explicaba cómo preparar el cebo para los topillos tal y como le explicó el señor Smith. Otro lateral daba las gracias al comprador por confiar en los productos de dynAmite Inc. y recomendaba probar el veneno contra el escarabajo de la patata. Rose encontró un párrafo etiquetado como advertencias toxicológicas y lo leyó en alto.

—Mantener alejado de los niños. Posibles irritaciones de ojos, piel y garganta. No comestible. En caso de ingesta beber abundante agua —Rose giró el paquete buscando más información—. No dice nada más.

—No parece que sea muy venenoso si solo hay que beber agua. La señora Toutebeurre estuvo envenenando a su marido durante meses hasta que lo mató.

—Un momento —exclamó Rose. Giró el paquete y en el frontal tenía un enorme punto verde—. Smith viejo imbécil. El viejo Smith me ha vendido el más flojo de los venenos que tenía. Le dije que quería el de color rojo. El de color rojo. El que mataba. ¿Desde cuando el color verde significa peligro?

—¿Qué hacemos entonces?

—No podemos volver a comprar más veneno, sería sospechoso. Utilizaremos todo el paquete —dijo Rose poniéndose en pie.

—Pero entonces, no les pasará nada.

—Probablemente no, pero decidme ¿alguna de vosotras está segura de querer convertirse en una asesina de cuatreros?

Agacharon la cabeza. Nadie respondió.

—Me lo imaginaba. Además si el reverendo quiere exterminar Sodoma y Gomorra tendrá que hacerlo él. Nosotras, únicamente les haremos que tengan el dolor de barriga más grande que hayan tenido en su vida. Si les queda un mal recuerdo probablemente nunca más vuelvan a nuestro pueblo —concluyó Rose golpeando el paquete de veneno con el puño.

—Yo hay algo que no entiendo —dijo alguien desde el fondo. ¿A qué ha venido eso de la adúltera?

Todas miraron a Rose esperando una respuesta.

—Entiendo que nos ha leído el primer versículo que le ha venido a la cabeza —respondió Rose.

—¿Y quién es ese Sanminús que mencionó el reverendo?

—No lo sé pero seguro que le gustan las galletas.

11

La oficina del sheriff parecía el almacén de una destilería. Una destilería con mucho mucho trabajo. Había cajas amontanadas por todas partes. El alcalde, el concejal y el tesorero tuvieron que maniobrar entre pilas de cajas para llegar al escritorio en el que se suponía que debería estar el sheriff. Sobre el escritorio había órdenes de busca y captura amontonadas bajo un caballo tallado en madera que hacía las funciones de pisapapeles. El escritorio del ayudante del sheriff estaba al lado tras una pila de cajas de whisky. Alguna botella debía haberse roto. Para cuando el alcalde quiso darse cuenta, tenía el pie metido en un charco de licor.

—¿Sheriff? —llamó el alcalde.

Esperó algo de eco como respuesta, pero tantas pilas de cajas amortiguaron su voz.

—Alguien ha debido correrse una buena juerga —apuntó el tesorero.

—No parece algo propio del sheriff —dijo el concejal.

—¿Dónde está su ayudante?

Las cajas no dejaban ver la estancia. El alcalde se quedó mirando una de las pilas. Las cajas estaban hechas de una madera gruesa y tenían un enorme “frágil” pintado en un lateral. Alguien se había tomado muchas molestias embalando aquellas botellas. Intentó sacar una de una caja que encontró abierta. Tuvo que usar las dos manos. Aquellas botellas estaban embaladas a conciencia. Una gruesa capa de algodón las separaba y evitaba que se golpeasen. Giró la botella en el aire para verla mejor. Con solo ver la botella se podía entender que contenía algo muy caro. La etiqueta estaba elegantemente impresa y tenía un dibujo rococó con muchas hojas y racimos de uvas. En el centro se podía leer “Perrier” en una delicada tipografía.

—Diría que estas son las botellas del señor Sanmanú —dijo el alcalde.

Le pasó la botella al tesorero.

—Desde luego parece ser un vino caro.

—No es vino. Es champán —le corrigió el alcalde—. Posiblemente el champán más caro que jamás tendrás entre tus manos. Y todo este cargamento debe de valer más que este pueblo.

El alcalde le quitó la botella al tesorero y la devolvió a su caja con mucho cuidado.

—¿Y qué es entonces esta peste a whisky? ¿Y por qué nadie ha limpiado este desastre? —se quejó el concejal.

—Yo diría que este es el cargamento de whisky que el sheriff incautó a Clayton el trampero la semana pasada —resolvió el alcalde—. Debía ser un buen cargamento por lo que veo. Se ha juntado aquí con lo incautado a Sanminú y apenas hay sitio para moverse.

—Pero ¿dónde está el ayudante del sheriff? —preguntó el concejal.

—Quizás haya salido a atender algún asunto —apuntó el tesorero.

—Me extraña —dudó el alcalde—. La puerta estaba abierta y dudo que ese hombre sea tan confiado como para dejar la comisaría abierta sin vigilancia con la que está cayendo.

—Esto solo se puede definir con una palabra: negligencia —concluyó el concejal.

El alcalde apartó la silla del escritorio del ayudante del sheriff con el pie. Unas marcas partían del escritorio y parecían rodear una de las pilas de cajas. Algunas marcas tenían claramente definido el contorno de una pisada.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —llamó el alcalde golpeando el escritorio del ayudante con la cabeza de su bastón.

Nadie respondió. Rodearon la pila de cajas siguiendo el rastro del suelo. El rastro continuaba junto a la pared. En su recorrido encontraron una botella vacía. El alcalde la apartó con su bastón.

—Debe ser una botella de las de Clayton. Desde aquí puedo oler esa peste a whisky mal destilado.

Al girar la botella pudieron ver que estaba etiquetada. La etiqueta tenía una tipografía muy básica en la que se podía leer “Luna Azul”.

—¿Qué clase de persona llama Luna Azul a un whisky? —se preguntó el concejal en voz alta—. Es reconocer un delito antes de ser acusado.

—Pues está claro que un trampero que piensa que ha hecho un gran whisky —respondió el alcalde.

—Creo que he encontrado al ayudante del sheriff. Vengan —les llamó el tesorero.

Caminaron torpemente entre pilas de cajas siguiendo la voz del tesorero hasta llegar a la puerta de los calabozos. Sin saberlo habían seguido el rastro de pisadas.

—Ahí le tienen —dijo el tesorero señalando con su dedo tras los barrotes de una celda que estaba abierta—. Parece que alguien se lo ha estado pasando en grande.

Allí estaba el ayudante del sheriff. Tumbado boca abajo en el duro camastro del calabozo, el sombrero en el suelo, una pierna colgando y una botella de champán Perrier en la mano izquierda. El alcalde golpeó los barrotes de la celda con su bastón intentando hacer el máximo ruido posible. Aquello no pareció molestar lo más mínimo al ayudante del sheriff. Volvió a golpear los barrotes. No se movió.

—Arriba patán —gritó el alcalde golpeando por tercera vez los barrotes.

Creyeron percibir un atisbo de movimiento y un leve resoplar. El alcalde entró en la celda y le empujó en un costado con su bastón. La respuesta fue un leve chasquido con la boca.

—Hacía tiempo que no veía una borrachera como esa —dijo el tesorero—. ¿Cuántas botellas se habrá bebido?

—Pues yo diría que por lo menos la que tiene en la mano y la otra que estaba junto a su escritorio. No está mal para arrancar la jornada —ironizó el concejal.

—¿No deberíamos llamar al doctor? —preguntó el tesorero.

—A este patán lo que le hace falta es dormir —dijo el alcalde—. Dejémosle. Ya hablaremos con él más tarde.

El alcalde volvió a darle con el bastón en el costado para asegurarse que estaba vivo. El ayudante hizo un ruidito con la boca. Eso le bastó. Salió del calabozo seguido del concejal y el tesorero.

—Nunca pensé que vería al ayudante del sheriff en este estado —dijo el concejal —. Sabía que había tenido problemas con la bebida, pero parecía un hombre serio en su trabajo. ¿Cuánto habrá bebido?

—No creo que el problema haya sido la cantidad amigo mío —apuntó el alcalde.

—¿Qué quiere decir alcalde?

—¿Saben ustedes en qué trabajó el ayudante del sheriff antes de llegar a Frigidton? —el concejal y el tesorero le miraron con curiosidad—. Trabajó en las canteras al este del río Turbio. Ese hombre podía beberse tres botellas de whisky él solo, picar piedra todo el día y por la noche gastarse todo su jornal en el bar sin la menor resaca al día siguiente. No creo que unas botellitas de champán lo hayan tumbado.

—¿Entonces?

—¿No lo huelen? Ese Clayton… ¿Quién sabe qué ha usado para destilar ese whisky? Probablemente el ayudante del sheriff no ha calculado bien sus posibilidades y ese whisky le ha tumbado. El sheriff hizo un gran trabajo confiscándolo todo. Claramente ese whisky es un peligro.

—¿Cree que el whisky de Clayton ha tumbado al ayudante? —preguntó el concejal.

—Lo afirmo amigo mío. Y además —hizo una pausa dramática— estoy seguro que si contamos cuántas botellas se ha bebido nos sobrarán dedos en una mano.

—Santo Dios —exclamó el concejal.

—Tesorero, ¿diría usted que aquí hay suficientes botellas para todos nuestros invitados del velatorio?

—Habría que contarlas. Esas cajas de champán traen muy pocas botellas. Están muy bien protegidas. Pero las cajas de whisky de Clayton traen unas veinte botellas cada una —contó usando los dedos—. Aquí debería haber whisky para inundar Sincinaty de alcohol barato durante meses. Mucho tendrían que beber para poder acabar con todo esto.

El alcalde se apoyó sobre su bastón con una mano. Con la otra se frotó el bigote mirando a su alrededor con gesto de satisfacción.

—Mi querido concejal. Mi querido tesorero. Creo que estamos teniendo mucha suerte. Nuestro plan debe seguir adelante. Debemos devolver estas botellas de excelente champán al señor Sanmanú. Y además, como gesto de buena voluntad, le entregaremos el cargamento de whisky de Clayton.

—Pero alcalde —dijo el concejal.

—Un momento amigo mío —le interrumpió el alcalde—. Déjeme exponer de nuevo mis argumentos. El señor Sanmanú estará satisfecho con nuestra colaboración. Si el señor Sanmanú está satisfecho, seguramente la señora Leechesberg también lo estará. Ahí ganaremos puntos para nuestra negociación. Y honestamente, que esa gente tan elegante y bien avenida tome un poco de champán no creo que haga daño a nadie. Es cierto que contradice algunas leyes, pero como buenos cristianos, ¿quiénes somos nosotros para oponernos a las últimas voluntades de un difunto?

—Alcalde, ¿debo recordarle que Leechesberg era judío?

El alcalde puso una mano sobre el hombro al concejal.

—Mi querido amigo —dijo el alcalde con tono condescendiente—. ¿No fue nuestro Señor judío? No nos corresponde a nosotros juzgar a un muerto. Estoy

seguro que si el reverendo Frigid estuviese aquí, estaría de acuerdo conmigo. Además, este pueblo es un pueblo hospitalario. Y cuando se trata de gente tan importante como el señor Leechesberg debemos serlo todavía más. El caso es —tragó saliva— que ellos podrán servir ese carísimo champán a quien quieran. Y para el resto de los asistentes, que honestamente no dejan de ser cuatreros y gente de mala calaña, tendrán todo el whisky que quieran.

—Alcalde, es usted brillante —le felicitó el tesorero.

El alcalde hizo un gesto de humildad con la cabeza.

—Cuando esa gente beba ese whisky estarán fuera de juego. Ahí serán manejables. El que no esté borracho como una cuba, estará como nuestro amigo el ayudante del sheriff. Será entonces, cuando los llevaremos a la prisión. Pondremos como excusa que los llevamos a la enfermería para que se recuperen. Pero en su lugar los llevaremos a la prisión. Para cuando despierten los tendremos encerrados, podremos juzgarlos, hacerles cumplir condena y comenzaremos a facturar.

—Alcalde, es un plan magnífico —aplaudió el tesorero—. Mientras más lo escucho más me gusta.

—Alcalde no le voy a negar que aunque veo ciertas dificultades no me parece un plan descabellado —dijo el concejal—. Sin embargo, creo que se olvida de un actor importante.

—¿Cuál? —preguntaron a la vez el alcalde y el tesorero.

El concejal señaló hacia la puerta de entrada.

—A qué debo esta visita —saludó el sheriff desde la puerta—. Bueno ya veo que han descargado todas las cajas del velatorio en mi ausencia. No parecían tantas en la funeraria de los Hardstone. Casi no se puede ni caminar por aquí dentro.

El sheriff se quitó el sombrero y lo dejó sobre su escritorio. Rodeó unas cuantas cajas hasta toparse con el desastre en el que se había convertido el escritorio de su ayudante.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está mi ayudante?

—Creo que lo podrá encontrar en el calabozo —le indicó el alcalde apuntando con el bastón hacia los calabozos.

El sheriff esquivó varias pilas de cajas para entrar en los calabozos. En el camino el alcalde, el concejal y el tesorero pudieron escucharle tropezar con una botella vacía. Escucharon al sheriff zarandear a su ayudante. El concejal creyó escuchar un par de cachetes. Le oyeron maldecir en alto, lo cual no era propio del sheriff, él siempre mantenía la compostura. Volvió suspirando y se sentó en el borde de su escritorio. Parecía triste.

—No puedo entender qué ha pasado. Mi ayudante es un hombre responsable, jamás le he visto beber una gota estando de servicio. Pongo la mano en el fuego por él —dijo el sheriff consternado.

—Esto es bochornoso sheriff —le espetó el alcalde—. Venimos buscando al máximo representante de la ley y el orden en la mayor crisis que ha vivido este pueblo desde su fundación. ¿Y qué nos encontramos? Nos encontramos con que la mitad de la oficina del sheriff está fuera de servicio por borrachera. Y la otra mitad no está. Esto es inaceptable. ¿Dónde estaba sheriff?

—Visitando al doctor —respondió—. ¿Saben ustedes de qué murió Leechesberg? —los tres le miraron ignorantes— pues el doctor tampoco. Nunca le llamaron para certificar su muerte.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el alcalde.

—Pues tengo sospechas para pensar que ese hombre ha sido asesinado.

—¿Asesinado? ¿En nuestro pueblo? —se escandalizó el alcalde.

—¿A nadie le parece extraño que un personaje de la talla de Jeremy Leechesberg aparezca muerto en un pueblo tan apartado como este? Nadie parecía saber que estaba por aquí. Y curiosamente no estaba solo. Sus ayudantes y ese tal Sinminú estaban con él. Alguien debería haberse dado cuenta en el pueblo ¿cierto? Además, ¿han visto el color del cuerpo? No hace falta ser médico para saber que fue envenenado.

—¿Envenenado? —preguntaron los tres a la vez.

—No creo confundirme cuando digo que tiene el mismo color de piel que tenía Toutebeurre. Si el doctor le hubiese visto no habría dudado en diagnosticar una muerte por envenenamiento.

—¿Pero qué médico vio a Leechesberg entonces? —preguntó el alcalde.

—Intuyo que ninguno. Y eso es muy extraño alcalde. Aquí hay muchas preguntas por resolver. Si ese hombre fue asesinado en este pueblo, habrá que buscar al culpable y juzgarle.

—Como si no tuviéramos suficientes problemas ahora quiere buscar a un asesino —se lamentó el alcalde.

Agarró una silla sobre la que había unos cuantos papeles con caras de cuatreros en busca y captura. Cuando se fue a sentar apartó los papeles de un manotazo. Se sentó con las piernas abiertas y apoyó ambas manos en su bastón.

—Sheriff. Entonces ¿dice usted que Leechesberg fue envenenado en nuestro pueblo? —preguntó el concejal.

—No lo puedo afirmar con total seguridad, pero todo me lleva a pensar que es muy probable. Y hasta que no se respondan muchas preguntas no podremos saber qué pasó.

—Sheriff, sheriff —dijo pausadamente el alcalde—. Supongamos que tiene usted razón y que ese hombre ha sido envenenado. Y que tras ser envenenado le han llevado a la funeraria de nuestro pueblo. Yo me pregunto ¿y qué? ¿Y qué? ¿No es acaso la muerte de ese hombre una bendición para todos? Todo el mundo sabe que estaba detrás del robo de ganado y que tenía negocios muy turbios en Sincinaty. Si yo fuera el sheriff de Sincinaty, estaría celebrando este momento con mi mejor whisky.

—Alcalde. Se ha cometido un delito bajo mi jurisdicción y la ley debe aplicarse para todos de la misma forma.

El alcalde se levantó de la silla como empujado por un resorte.

—Sheriff sabe una cosa —hizo una pausa—. Ahora tenemos problemas mucho más grandes. Supongo que usted ya ha pasado por la funeraria de los Hardstone

¿cierto? —el sheriff asintió—. Eso me temía. Y seguramente ha visto el tipo de gente que hay por allí. No creo que ahora mismo nuestro mayor problema sea investigar un asesinato. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

—Estoy de acuerdo con usted alcalde —respondió el sheriff sin entusiasmo.

—Bien. Permítame hacer un ejercicio de cálculo con usted sheriff. En la funeria de este pueblo ahora mismo debe de haber el doble o triple de gente de la que vive en este pueblo. ¿Cierto? Y si asumimos que la mitad de ellos van armados, eso quiere decir que hay al menos una persona armada por cada uno de los habitantes de este pueblo. ¿Cierto? Entonces ¿por qué intenta enfadarles confiscándoles ese estúpido champán?

—Alcalde…

—No me venga con esas de que hay que cumplir la ley —le interrumpió el alcalde— ni con que han envenenado a ese gordo judío. Usted lo que tiene que hacer es asegurarse de que nadie de este pueblo muera antes de que esos tipos se vayan. Desde este momento la única ley que se debe cumplir es la de la supervivencia. La de nuestra supervivencia.

—Este es mi pueblo y aquí se cumple la ley.

—No tendrá pueblo donde hacer cumplir la ley cuando esos cuatreros vengan aquí. ¿Dónde se cree que irán todos esos desgraciados cuando hayan terminado con las existencias del bar? ¿A la iglesia? ¿A ver al viejo Smith? No. Vendrán a ver al sheriff. Y creo que no vendrán con buenos modales. ¿A cuántos podrá hacer frente sheriff? ¿A uno? ¿A cinco? ¿A treinta?

El sheriff miró por la ventana como intentando vislumbrar qué estaba ocurriendo en aquel momento en la funeraria de los Hardstone. El alcalde se acercó.

—Sheriff, debemos reconocer que la muerte de ese hombre ha sido una bendición para todos. Somos un pueblo pequeño, pero no por ello debemos eludir nuestra responsabilidad con los nuestros. Tenemos la oportunidad de ser reconocidos como un pueblo de valientes. Un pueblo que guiado por un auténtico defensor de la justicia y el orden supo lidiar con un gran problema. Cientos de cuatreros contra un solo hombre. David contra Goliat. Usted sheriff

tiene en su mano el poder para solucionar este problema y pasar a los libros de historia.

—¿Qué es lo que quiere alcalde?

—Lo primero es devolverle a ese Sanminú sus botellas. Que esté contento. Estamos en un momento de necesidad y no creo que nadie nos juzgue por saltarnos una ley pensada para evitar que los palurdos se emborrachen. Siempre podremos decir que nos amenazaron —hizo un gesto exculpándose—. Lo siguiente es darles todo el whisky que se le incautó a Clayton.

El sheriff lo miró confundido.

—¿Quiere darles todo ese whisky mal destilado?

—Así es. Será un gesto de buena voluntad. Un gesto de bienvenida a nuestro pueblo. Que estén entretenidos. Aquí hay botellas más que de sobra. Que se las beban todas si quieren. Ya ha visto lo potente que es este whisky —señaló con el bastón a los calabozos donde dormía su ayudante—. Cuando se hayan bebido este error destilado no podrán ni matar una mosca.

El sheriff estaba más confundido todavía.

—¿Quiere tumbarles con ese whisky? —el alcade asintió con la cabeza—. ¿Pero qué pasará cuando despierten?

—Ahí está la magia del plan. Cuando estén fuera de juego iremos hasta allí, los subiremos a una carreta con la excusa de buscarles un lugar para dormir y los meteremos en la prisión. No opondrán ninguna resistencia. Para cuando despierten estarán encarcelados, podremos juzgarles y librar a la sociedad de todos esos desgraciados.

—¿Por qué no llamar al ejército? Este es un caso de auténtica emergencia.

—Ya lo hemos hecho —interrumpió el alcalde.

—Han hecho bien —dijo el sheriff con alivio.

—Pero sheriff seamos honestos. Todos sabemos que el ejército, de venir tardará por lo menos un día o dos. Para entonces esos tipos habrán acabado con nuestro pueblo. Además tenemos invitados especiales.

El sheriff le miró con curiosidad.

—¿Quién? —suspiró el sheriff.

—Spaguetti Johnson y Seisdedos.

El sheriff se apartó del borde de su escritorio.

—¿Lo sabe el ejército?

—Era la única forma de convencerles. Se comenta que usted ya tuvo algún encontronazo con Seisdedos y Spaguetti Johnson. ¿Es cierto sheriff? —el sheriff no dijo nada—. Puede que este sea un buen momento para acabar con todos ellos sheriff. Imagine su nombre en los periódicos. El mismísimo presidente le felicitará. Con los medios que tenemos, dudo que podamos hacer algo mucho mejor sheriff.

El sheriff se acercó a la ventana y corrió las cortinas.

—Esas sanguijuelas habrán venido a negociar cómo repartirse el territorio. Si es cierto que vienen hacia aquí alcalde, tenemos un gran problema. Los cuatreros de Leechesberg son unos simples ladrones de ganado. Pero Seisdedos y Spaguetti son otra cosa. ¿Se les ha ocurrido pensar que esos dos son enemigos mortales y que pueden iniciar una guerra en este pueblo?

El concejal y el tesorero miraron al alcalde con preocupación. No sabían que fueran enemigos.

—Si deciden matarse entre ellos nos facilitarán el trabajo —dijo el alcalde—. Pero seguramente vengan a negociar con la viuda de Leechesberg. Los dos tenían problemas con el difunto.

—No sé si tiene razón alcalde, pero vamos a darle toda esta bebida a esos desgraciados. Lo que ocurra después se lo dejo al azar. Con suerte tendremos suficiente tiempo hasta que venga el ejército y se encargue de ellos.

—Sabía que era usted un hombre razonable sheriff —dijo el alcalde—. Avisaré para que se lleven todas estas cajas de aquí. Mientras, avise al doctor para que le eche un vistazo a su ayudante. Yo correré con los gastos.

El alcalde se dirigió hacia la puerta con la intención de salir seguido del concejal y el tesorero.

—Alcalde —le llamó la atención el sheriff antes de que saliese—. La justicia hoy podrá esperar, pero tarde o temprano será impartida.

—Así sea, así sea.

—Alcade, una última cosa —le volvió a llamar el sheriff—. Espero que esos cuatreros no tengan un plan mejor que el suyo.

12

Spaguetti Johnson era alto y muy delgado. Más que delgado. Esmirriado. Vestía unos pantalones muy ceñidos de una tela basta de color pardo que no disimulaban su delgadez. De hecho, la acrecentaban. Su camisa fue un día blanca, ahora era más bien amarilla. Tenía un chaleco grueso de piel mal curtida y llena de cortes con un color parecido al de sus pantalones. Sus facciones morenas y la sequedad de su piel desvelaban que había pasado mucho tiempo a la intemperie. Lo que más llamaba la atención en su cara era una cicatriz negruzca que le cruzaba el lado izquierdo de arriba abajo. Nacía en la ceja partiéndola en dos y bajaba recta hasta la comisura del labio. Un mechón canoso le caía sobre aquel lado de la cara intentando disimular aquella depresión facial sin mucho éxito.

Al caminar las espuelas de sus botas chocaban contra el suelo con un ritmo sincopado. Era el resultado de un vicio en la pisada del pie izquierdo. Al verle no daba la sensación de estar frente a una amenaza. Y su caminar con el paso cambiado desentonaba con el ritmo pausado y seguro que uno espera de un depredador acechando a su presa. Sus ropas gastadas y ceñidas tampoco ayudaban a mejorar su imagen. Aún así, todo el que tuvo oportunidad abandonó la sala o se alejó tanto como pudo. Spaguetti avanzó por el pasillo que llevaba hasta el cuerpo de Leechesberg. Se detuvo a unos escasos metros.

—Requiem aeternam dona eis Domine —dijo con magnificiencia.

Se santiguó y de llevar sombrero se lo habría quitado. Miró con curiosidad el cuerpo de Leechesberg desde la distancia y a Cinqueminutes allí de pie junto a Pera y Navaja.

—Perdonen mi latín, pero de pequeño fui monaguillo y no puedo evitar poner algo de liturgia en momentos así. De hecho, en estos momentos siempre me pregunto lo mismo. ¿Lo siento?

Pera y Navaja se miraron confundidos.

—¿Lo siento? —volvió a preguntar—. No gracias, mejor déjelo ahí tumbado.

Soltó una risotada estruendosa que más bien parecía un graznido. Paró un momento y miró alrededor buscando alguien mas con quien reírse. No lo encontró. No importó. Estuvo riéndo sin contención para el asombro de Pera y Navaja y los pocos valientes que todavía quedaban en la sala. Por un momento tuvo que doblarse sobre sí mismo en un intento por no partirse en dos. Cuando volvió a incorporarse tuvo que enjuagarse las lágrimas.

—No somos nadie —dijo santiguándose como si nada hubiese ocurrido.

Cinqueminutes le observaba sin moverse del sitio. Spaguetti parecía no haber reparado en él.

—Lo siento. Solo puedo hacer esta gracia en estas ocasiones y hay que aprovecharlas —volvió a santiguarse.

—¿Qué desea señor…? —preguntó Cinqueminutes.

—Johnson. Señor Johnson. Estoy seguro que ya sabe quién soy —sonrió.

—¿Y qué desea señor Johnson?

—Pues ante todo, presentar mis respetos al difunto. Tuvimos una relación… cómo decirlo. Intensa. Sí. Eso es. Intensa —dijo retirándose el mechón de la cara —. Y además hacía mucho que no nos veíamos.

—Pues ya ha cumplido. Estoy seguro que el señor Leechesberg habría apreciado su gesto.

El tono de voz de Cinqueminutes era tan plano como siempre. Hizo un pequeño gesto con la mano derecha que era una clara invitación a abandonar la sala.

—No me iría tranquilo sin presentar mis más sinceros respetos a su viuda.

—Yo le transmitiré sus condolencias a la señora Leechesberg.

—Preferiría dárselas en persona. Sería una falta de tacto por mi parte no presentar mis respetos en persona en un momento tan delicado como este. ¿Dónde puedo encontrar a la señora?

—Como ya le he dicho, yo mismo le transmitiré sus condolencias —insistió Cinqueminutes.

—Gracias. Aprecio mucho su amabilidad. Pero se las daré en persona. Esperaré aquí mismo —señaló una silla en la primera fila—. Esperadme fuera hasta que os diga —dijo a alguien que esperaba en la puerta el velatorio.

Spaguetti se sentó en una silla de la primera fila. Sus piernas eran tan largas que ocupaban todo el espacio disponible. Cruzó las piernas preparándose para una larga espera. Era demasiado alto para aquella silla y en esa postura parecía un ovillo desmadejado.

Pera y Navaja se acercaron con la intención de invitarle a salir. Pera iba a agarrarle por el brazo cuando Cinqueminutes le detuvo.

—Señor Jonhson. Si va a permanecer aquí tendré que pedirle que entregue sus armas a mis hombres.

Spaguetti se incorporó y se palpó el chaleco y los bolsillos de los pantalones.

—¿Armas en un velatorio? ¿Por quién me ha tomado? —dijo fingiendo indignación—. Estoy completamente desarmado. Yo soy un hombre de paz. Respetuoso con los muertos.

—Cacheadle —ordenó Cinqueminutes.

Navaja palpó aquel manojo de huesos sin encontrar nada. Realmente no hacía mucha falta. No era posible esconder un arma en aquellas ropas tan ceñidas.

—Estas no son maneras de tratar a alguien que viene a presentar sus respetos a un difunto. Qué pensaría él —dijo señalando el cuerpo de Leechesberg con el mentón— si viese esta escena. Esperaré aquí hasta que pueda darle el pésame a su señora. Eso es lo que haría una buena persona.

—Señor Johnson debe darme su palabra de que sus hombres no causarán problemas.

—Tiene mi palabra —aseguró Johnson con la mano derecha sobre el corazón.

—Dejadle. Confiamos en su palabra señor Johnson. Pero su reputación le precede.

—Habladurías. Puras habladurías. ¿O cree usted que alguien con mi complexión podría hacer daño a una mosca? Esperaré pacientemente hasta que llegue la señora Leechesberg.

Spaguetti se recostó balanceándose la silla con los pulgares colgados de su cinturón. Dejó de balancearse cuando desde el exterior se escuchó la llegada de un grupo de caballos al trote. Luego se escuchó cierto revuelo a la entrada y algún que otro grito.

—Pero qué es esto —se puso en pie Spaguetti—. ¿Es que ya no se respeta a los muertos?

Entró en la sala un hombre con un llamativo poncho de color amarillo chillón. Daba pasos cortos y parecía acelerado.

—Espérenme fuera —se le oyó decir a alguien que estaba del otro lado de la puerta.

Pera le apuntó con su revólver. Navaja ya tenía un cuchillo sujeto por el filo con la intención de lanzarlo. Cuando el hombre los vio allí se detuvo y levantó los brazos.

—¿Qué mundo es este? ¿Es así como se recibe a alguien que solo quiere presentar sus respetos? No queda razón en este mundo.

—Pero qué tenemos aquí. El mismísimo Emilio Seisdedos. Ya me parecía que había un fuerte olor a estiércol —dijo Spaguetti tapándose la nariz.

Uno de los pobres infelices que no había conseguido salir de la sala cuando entró Spaguetti salió por la ventana al escuchar el nombre de Seisdedos. Todo el mundo había oído hablar alguna vez de Seisdedos. Y todo el mundo había visto

alguna vez su imagen en un cartel con la frase vivo o muerto. Era fácil de identificar con aquel poncho amarillo chillón. No ocurría lo mismo con Spaguetti. Es cierto que era alto y muy esmirriado, pero era fácil encontrar gente así. Sin embargo, no era fácil encontrar gente que vistiese un poncho tan chillón que hacía daño a la vista. Seisdedos estaba tan orgulloso de su poncho que aun sabiendo que era fácilmente identificable se negaba a vestirse de otra forma. Y allí estaba el famoso Seisdedos junto con sus hombres que le esperaban fuera. Y por las blasfemias que se podían escuchar allí fuera, parecían disfrutar de una animada conversación. Cualquier ciudadano que tuviese un mínimo de conocimiento sobre cómo funcionaba el mundo en aquel momento, sabía que lo que vendría a continuación sería un sangriento tiroteo seguido de una buena sesión de pillaje.

—Que me cuelguen si estoy viendo a Sacodehuesos Spaguetti Johnson —se sorprendió Seisdedos—. Se ve que solamente sales de tu cueva para ver cómo la madre naturaleza hace el trabajo sucio por ti.

—Yo al menos estoy lo suficientemente delgado como para entrar en una cueva. No como tú mi rechoncho amigo —dijo Spaguetti seguido de una especie de graznido.

Seisdedos hizo el amago de meter la mano bajo el poncho.

—¡Quieto! —gritó Cinqueminutes a la vez que Pera y Navaja adelantaban sus armas—. Deja los brazos donde estaban y acércate lentamente hasta ahí —le ordenó señalando una silla en la segunda fila.

—Bien dicho —dijo Spaguetti desde su asiento—. Hay que tener cuidado con estos salvajes. Uno no sabe cómo pueden comportarse. Ni siquiera muestran respeto a los difuntos.

—Silencio —ordenó Cinqueminutes. Cachéale —ordenó a Navaja mientras Pera apuntaba con su revólver—. ¿Qué desea señor Seisdedos?

—Siento lo brusco de mi gesto mi estimado. Es la costumbre —se disculpó Seisdedos mientras Navaja le cacheaba—. Como hombre de honor que soy, y sabiendo que esto es un velatorio vengo desarmado —Navaja confirmó lo que decía—. Pediría poder bajar los brazos mi estimado.

Cinqueminutes hizo un gesto para que Seisdedos bajase los brazos. Seisdedos se frotó los brazos como si los tuviese entumecidos.

—¿Qué desea señor Seisdedos? —volvió a preguntar Cinqueminutes.

—Lo mismo que cualquier hombre de buena fe. Quisiera presentar mis respetos a ese gran hombre que fue Jeremy Leechesberg.

Seisdedos se acercó lentamente hacia la mesa sobre la que reposaba el cuerpo de Leechesberg. Todo bajo la atenta mirada de Cinqueminutes y el cañón del revólver de Pera. Más de cerca, se podía ver la recia complexión de Seisdedos. Sus miembros cortos pero fuertes, los nudillos de sus manos destrozados, su piel gruesa y una abundante capa de sudor que parecía ir con él a todas partes. Se le oía respirar con cierto estruendo mientras miraba el cuerpo de Leechesberg con sus ojos acuosos y algo nublados.

—Desde aquí tengo que decir que este hombre era un buen adversario. Miren su tamaño, podría tumbar a un buey con sus manos. En otro momento me habría tomado unos buenos tragos con él. Pero la vida es así —se santiguó.

Miró alrededor y se dio media vuelta buscando a algo ó alguien.

—¿Dónde está la señora Leechesberg? Quisiera presentarle mis condolencias.

—Yo se las haré llegar —se ofreció Cinqueminutes.

—Mi estimado —hizo una pausa en la que se podía oír su estruendoso respirar —. No sería un caballero si no le presentara mis respetos en persona.

—Yo le haré llegar sus condolencias —insistió Cinqueminutes.

—Verá mi estimado —dijo Seisdedos algo molesto—. Yo y mis hombres hemos hecho un duro viaje para presentar nuestros respetos por la pérdida de tan gran hombre. He dejado asuntos sin atender para estar aquí. Y hemos sido recibidos por un grupo de indeseables ahí fuera —apuntó hacia la entrada desde donde podían escucharse insultos de lo más variopintos.

—Es difícil respetar a un hombre cuando se viste con un saco amarillo —se burló Spaguetti.

—Yo le transmitiré sus condolencias a la señora Leechesberg — volvió a insistir Cinqueminutes.

—Si no le importa se las daré personalmente —insistió Seisdedos mirando de reojo a Spaguetti—. ¿Y dónde está la señora?

Seisdedos miró a su alrededor.

—No la busques aquí. Es evidente que no está —dijo Spaguetti.

—¿Es eso cierto mi estimado? —preguntó a Cinqueminutes—. Este hombre ha muerto y su mujer no está con él. ¿Qué clase de mundo es este?

—Su mujer viene desde Sincinaty —le informó Spaguetti.

—Tú qué sabrás huesudo.

—Esta mañana recibió un telegrama en Sincinaty. Así que viene desde allí —dijo Spaguetti mirándose las uñas—. Uno tiene que tener ojos y oídos en todas partes amigo mío.

En el exterior se escuchó alboroto y varios gritos. Alguien atravesó corriendo la puerta del velatorio. Era un cuatrero de aspecto menudo y por la forma de correr se diría que algo torpe. Corría mirando hacia atrás huyendo de algo. Se cubrió la cabeza con los brazos cuando una piedra pasó rozándole. Trastabilló y rodó por el suelo hasta llegar a los pies de Seisdedos.

—Patrón. Son los hombres de Spaguetti. Nos están apedreando —dijo desde el suelo.

—Ah, cómo son estos chicos —suspiró Spaguetti—. Les dije que nada de revólveres, ni cuchillos, ni puñetazos y mira qué forma de obedecerme. En el fondo no les puedo regañar, porque me están obedeciendo al pie de la letra. No les dije nada sobre tirar piedras —dijo seguido de un graznido.

—Que paren —le ordenó Cinqueminutes.

Spaguetti se levantó de la silla y se acercó hasta una de las ventanas, asomó su largo cuerpo y silbó metiéndose los dedos en la boca. Al poco apareció uno de

los hombres de Spaguetti usando la camisa para transportar un montón de piedras. Spaguetti lo llamó y cuando estuvo suficientemente cerca le propinó un puñetazo en un hombro. Todas las piedras se le cayeron al suelo y una le lastimó el pie. Volvió a agarrarle por el cuello de la camisa y entre golpes le ordenó que esperasen sin hacer nada. Cuando le soltó salió tropezando hacia donde estaban los demás. Spaguetti volvió a sentarse en su silla.

—Le aseguro que ya no molestarán —dijo satisfecho Spaguetti.

Seisdedos ayudó a levantarse al torpe cuatrero y le mandó que volviese a salir.

—¿Pero qué clase de persona se dedica a lanzar piedras a otra en un velatorio? ¿Qué clase de mundo es este? —recriminó Seisdedos a Spaguetti.

Spaguetti lo ignoró mirándose las uñas. Debió parecerle que estaban sucias e intentaba limpiarlas con el borde de la camisa. Cinqueminutes que no se había movido de su sitio, se frotó los ojos por debajo de sus lentes ahumadas con los dedos. Emitió un sonido que podría llegar a clasificarse como un suspiro.

—Los dos podrán presentar sus respetos a la señora Leechesberg. Pero para ello deben asegurarme que se mantendrá el orden en todo momento.

—Tiene mi palabra mi estimado. Mis hombres no harán el menor ruido. Y no dude que si alguno no se porta como es debido, yo mismo le castigaré —sentenció Seisdedos.

—No te fíes mucho del mejicano —dijo Spaguetti—. En cuanto nos despistemos nos hará volar por los aires como hizo con aquel tren.

—En tu caso sería un desperdicio de dinamita. Para alguien tan huesudo como tú, sería suficiente con que un chihuahua mordisqueara tus huesos.

—Señor Johnson —interrumpió Cinqueminutes. ¿Tengo su palabra?

Spaguetti se levantó lentamente apoyándo las manos en las rodillas. Una rodilla le crujió con un ruido muy desagradable.

—Fui monaguillo muchos años y respeto todas las liturgias. Puede usted tener mi palabra de que mis hombres no causarán el más mínimo problema. Algunos

son un poco traviesos. Pero nada que un oportuno correctivo no consiga solucionar —dijo con una sonrisa.

Llevó un tiempo volver a llenar la sala del velatorio. Fue difícil convencer a los presentes que la presencia de Seisdedos y Spaguetti Johnson no era un peligro. Por pura precaución ambos se sentaron separados en la primera fila bajo la atenta mirada de Cinqueminutes. Basta decir que nadie más se sentó en la primera fila. Y que la segunda quedó vacía por pura precaución de los presentes. Muchos habrían preferido marcharse. Pero por irónico que pudiera parecer, ahora mismo estar en la misma sala que Spaguetti y Seisdedos parecía más seguro que salir ahí fuera. Y quien sabe, ahí dentro podrían fraguarse interesantes negocios. Por lo pronto un pionero en la venta de seguros aprovechó para vender pólizas. Seguros de vida que incluían decesos por pedrada, pero no incluían aquellos producidos durante discusiones con cuatreros.

13

El padre de William miraba tras la ventana con preocupación la llegada de más y más gente a su funeraria. No podía dejar de ver cuatreros por todas partes. No tenía muy claro cómo era un cuatrero, pero no tardó en empezar a distinguirles. Sus ropas gastadas y sucias, la piel quemada por el sol y el ambiguo caminar de alguien que se pasa muchas horas sobre un caballo. Luego cayó en la cuenta de que había diferentes grupos. Unos vestían chalecos roídos y otros llevaban poncho. No entendía muy bien el por qué de aquellos uniformes. Parecían ser de dos equipos diferentes porque habían formado dos grandes grupos y se gritaban cosas entre ellos.

—Míralos —le dijo a William—. Perdí la cuenta al llegar a cuarenta y no paran de llegar más. De vez en cuando aparece una diligencia y se baja un tipo con aspecto de banquero junto a su mujer. Su mujer veinte años más joven que él. Y por cada uno de esos, hay veinte de esos con chaleco y otros veinte con poncho.

William se balanceaba en una mecedora sin prestarle mucha atención.

—¿Dónde demonios está el sheriff cuando se le necesita?

—Quizás esté haciendo inventario de todas las botellas que confiscó a los cocineros —respondió William—. Daniel llenó el carromato de cajas. Pensábamos que su caballo no podría con todo el peso. Pero ese viejo percherón es increíble.

—Este sheriff —dijo molesto el padre de William—. ¿No tenía otro momento para confiscar la bebida a esa gente? Tenemos el pueblo lleno de vándalos y en lugar de buscar refuerzos y echarles, se preocupa por confiscar unas miserables botellas. ¿A quién le importan unas miserables botellas?

—No sé padre. Ese cocinero francés parecía muy enfadado.

—Esa es otra —se giró furioso el padre de William—. Traen a mi funeraria un montón de cocineros franceses y me destrozan el jardín para preparar no se qué banquete. Han debido de confundir un velatorio con una boda. Quizás lo hagan así en Francia, pero no en este pueblo. Alguien debería decirles que ahí abajo hay un hombre muerto. No es difícil de encontrar. Es gordo como un toro y está encima de una mesa con muchas flores. A no ser claro está que sea una especie de mesías gordinflón y vaya a resucitar al tercer plato. Oh la la.

William le escuchaba en silencio. Le pareció ver cómo a su padre le palpitaba el párpado derecho. De todas las personas que había conocido, probablemente su padre era la persona más correcta y educada de todas. Era el resultado de un temperamento tranquilo mezclado con haber trabajado desde pequeño en una funeraria. Jamás le oyó una palabra malsonante. Nunca le escuchó hablar mal de nadie y menos todavía de un difunto. Siempre guardaba la compostura. Además era malísimo contando chistes. Siempre los arruinaba. No tenía nada de gracia. Ni siquiera cuando bebía. Aunque nunca le vio beber más de un vasito de vino. Y aquello era suficiente para hacerle dormir plácidamente toda la noche.

Los únicos momentos en los que el señor Hardstone podía ser divertido eran bajo gran presión. El trabajo en una funeraria puede tener muchas desventajas, pero la presión no es una de ellas. Así que no estaba acostumbrado a lidiar con el estrés. Donde otros se pondrían pálidos o no sabrían qué hacer, el padre de William se volvía terriblemente sarcástico. El estrés era para él como el vapor dentro de una olla a presión. Y cuando había suficiente estrés, lo liberaba en forma de sarcásticas observaciones. Algunas eran muy divertidas, otras simplemente hirientes. Aunque el ambiente se volvía tan tenso que era difícil soltar una carcajada cuando hacía una de sus gracias. Así era su padre.

—Y ahora ¿qué se supone que debo hacer? —se preguntó el padre de William en voz alta—. ¿Esperar aquí hasta que esos indeseables destrocen un negocio que lleva en pie cuatro generaciones?

—El sheriff nos dijo que evitásemos a ese gente —le tranquilizó William.

—Lo sé. Ya le oí. ¿Viste que vino el alcalde? —William negó con la cabeza—. Pues vino. También se trajo al concejal y al tesorero. Toda la oficina del alcalde en nuestra funeraria vistiendo esas ridículas bandas de colorines. Cuando le vi llegar pensé que al final las fuerzas elegidas por el pueblo siempre son las que

tienen que solucionar los problemas. El diálogo siempre da mejores resultados que aplicar la ley por la fuerza como hacen los sheriffs. Me dije que seguro que el alcalde hablaría con esa gente y les convencería para que se marcharan. Soy un iluso. Esa bolita de grasa con bigote seguro que solo vino a presentar sus respetos. No puedo culparle. Si esos cocineros le ven hablando, no podrán confundirle con un cerdo.

¿Acababa de insinuar su padre que el alcalde era un cerdo? William no podía creerlo. Se pasó la mano por la nuca y notó un sudor frío. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Deberíamos hacer caso al sheriff y esperar a que se vayan —insistió William.

Su padre suspiró profundamente. Se pasó la mano por la frente y echó la cortina en un intento por olvidar lo que estaba ocurriendo fuera. Se sentó en un triste sillón y al hacerlo llenó la habitación de pequeñas partículas de polvo.

—Creo que tienes razón hijo. No podemos hacer otra cosa que esperar a que se vayan.

Aquellas palabras tranquilizaron a William.

—De hecho, —dijo su padre levantándose— creo que debemos ir recopilando los montantes por los servicios prestados. A fin de cuentas están utilizando los recursos de nuestra funeraria y eso hay que pagarlo. Y ya oíste a ese Sanmanú decir que se nos pagaría adecuadaemente.

El señor Hardstone fue hasta un mueble junto a la ventana y cogió un enorme libro de contabilidad. Lo abrió por una página en blanco y tras mojar la pluma en el tintero que había sobre la mesa comenzó a hacer números.

—Debemos cobrarles por el uso del jardín. Y también habrá que ponerles una cuota por cada uno de los cocineros que han traído. También habrá que cobrarles por todos los que estén en el velatorio. Si esa gente va a hacer un banquete habrá que cobrarles una parte del menú. Esto no es una casa de comidas…

—Padre —le interrumpió William—. ¿Puedo irme? ¿Padre?

—Ah, sí claro claro —respondió volviendo en sí—. Vete, vete. Yo me quedaré aquí preparando la factura. Pero no salgas de la funeraria. Y no vayas a la parte delantera. No quiero que andes por ahí mezclándote con esos indeseables. Vete que te dé el aire pero evita a esa gente.

—Sí padre. Tendré cuidado.

William cerró la puerta con delicadeza y dejó a su padre con la cabeza metida en el libro de contabilidad mientras enumeraba los conceptos de la factura. Podía sentir aquel sudor frío en la nuca. Fue a su habitación y cerró la puerta. Se mojó la nuca en un intento por quitarse aquella fría sensación del cuello. Aprovechó para revisar el golpe que el reverendo le había propinado con la vulgata. El color no había mejorado pero al menos ya no sentía aquel horrible dolor. La idea de sufrir gangrena en aquella parte del cuerpo perdía fuerza. Se echó algo de agua para asegurarse de que aquello era el resultado de miles de vasos sanguíneos estallados y no una simple mancha. Efectivamente. Aquello no se iba con agua. Luego se tumbó en la cama.

No sabía muy bien qué hacer. Le gustaría hacer algo de utilidad y ayudar a su padre. Tampoco tenía muy claro dónde ir. El jardín estaba lleno de cocineros franceses. Caminar por ahí era arriesgarse a ser arrollado por decenas de tipos llevando bandejas de un sitio para otro. Y seguramente acabaría siendo reclutado para hacer algún recado. No tenía ningún interés por entrar en la sala del velatorio. Y frente a la funeraria estaban esos cuatreros. Además su padre ya le había advertido de no pasar por ahí.

Comenzó a sentir que se estaba asfixiando. No era el mejor día para dedicarse al negocio funerario. Necesitaba tomar el aire. Salió de su habitación cerrando la puerta con energía y bajó las escaleras de dos en dos. Pasó por el jardín con la intención de salir por la puerta de atrás y tomar un poco el aire. Cuando llegó al jardín, aquello estaba como lo había dejado. Un ejército de tipos con chaqueta blanca danzaban de un lado para otro entre improvisados fogones. El aire olía a mantequilla, asado y bizcocho. William nunca pensó que esos olores llegasen a darle dolor de cabeza. Quizás es que nunca los olió todos a la vez. Esquivó como pudo al personal hasta que llegó a la puerta trasera. Abrió la puerta pequeña que estaba integrada dentro de la grande. Saltó el umbral cerrando la puerta tras de sí y salió a la parte trasera de la funeraria.

Por un momento sintió alivio. El portón trasero le separaba del caos que reinaba allí dentro. El mundo exterior no tenía nada que ver con lo que se estaba gestando de puertas adentro. La calma era absoluta. Aspiró con entusiasmo aquel aire. Para su decepción seguía oliendo a mantequilla, asado y bizcocho. Aún así el aire parecía más fresco. Miró a su izquierda y no había nadie. Miró al frente y no había nadie. Miró a su derecha y donde sencillamente no esperaba ver nada, había un grupo de señoras. Estaban allí de pie en un corrillo. Cuchicheaban entre ellas. Las miró perplejo. Cuando se dieron cuenta de que William las estaba mirando callaron. William intentó decir algo pero solo consiguió emitir un leve balbuceo. Parpadeó un par de veces intentando fijar la vista. Habría jurado que eran esas mujeres que se reunían con el reverendo en la iglesia. Desde luego no esperaba verlas allí. ¿Y por qué estaban tan apiñadas si había espacio de sobra para todas?

—¿Pu… pu… puedo ayudarlas? —consiguió preguntar tras varios intentos.

Se miraron unas a otras. Rose salió del grupo empujada por alguien.

—Hola —dijo con una risa nerviosa.

—Hola —respondió William.

—Hola —volvió a decir Rose—. Somos… somos de la asociación por la defen… Somos de la asociación de amigas de… de… de las galletas. Sí eso es —el resto asentía—. Somos de la asociación de amigas de las galletas.

—¿La asociación de amigas de las galletas? —se extrañó William.

—Eso es.

—No sabía que hubiese tal asociación. ¿No son ustedes las señoras que se reúnen con el reverendo Frigid al lado de la iglesia? ¿La asociación por la decencia o algo así?

Se miraron las unas a las otras.

—Sí. También somos de esa asociación.

—¿Entonces son de dos asociaciones? —se sorprendió William.

—Así es —afirmaron enérgicamente agitando la cabeza.

—Oh vaya. ¿Y qué quieren?

—Pues, pues —Rose miró al resto—. Traemos galletas.

—Galletas —preguntó William con incredulidad.

—Somos la asociación de amigas de las galletas y…

—Sí, sí. Ya entiendo. Su asociación hace galletas. Pero es que esto es una funeraria.

—Lo sabemos. Son galletas para el velatorio.

William las miró muy confundido.

—¿Para qué velatorio?

—Para el velatorio del señor Leechesberg.

—¿Para el velatorio del señor Leechesberg?

—Sí. Para el velatorio del señor Leechesberg —reafirmó Rose.

—¿Y por qué?

—¿Cómo qué por qué?

—Que por qué traen galletas a un velatorio. Nunca vi a nadie llevar galletas a un velatorio.

—Pues… porque somos de la asociación de amigas de las galletas y hacemos galletas —resolvió Rose.

—Tiene sentido que si son las amigas de las galletas hagan galletas. ¿Pero no es un velatorio una situación extraña para comer galletas?

—Es que es un velatorio judío —se apresuró Rose.

William creyó escuchar un desmayo aunque no pudo ver nada. Estaban demasiado apiñadas.

—¿Un velatorio judío? —preguntó William que no salía de su asombro.

Rose comenzó a sudar. Por un momento se imaginó sentada en el porche de su casa en su mecedora favorita tomando una buena taza de té. Ese té que le habían regalado por su cumpleaños. El de las ocasiones especiales. Un té que alguien había traído de la India, donde la gente sabe realmente lo que es el té. Eso era lo que tenía que estar haciendo en aquellos momentos. Bueno quizás, no debería tomar tanto té. Tomar tanto té siempre le traía problemas.

—Es que es un velatorio judío-francés —Rose creyó oír un segundo desmayo.

—¿Una tradición judía y francesa? —preguntó William pestañeando con fuerza.

—Eso es.

—¿Son ustedes francesas?

—No, no —respondieron a la vez.

—¿Y judías?

—No por Dios. Claro que no —respondió Rose haciéndose la ofendida.

—¿Entonces por qué traen galletas para un velatorio que es judío y francés?

—Bueno. Porque el señor Leechesberg era judío y… bueno… tenía parientes franceses.

Sin lugar a dudas ese era el servicio más extraño en el que William había estado. En otra situación habría ignorado a aquellas señoras y sencillamente dejado a su padre encargarse de todo aquello. Pero estaba claro que su padre no estaba en condiciones de tomar muchas decisiones. Era mejor no molestarle cuando hacía números. Y menos aún cuando hacía números y le temblaban los párpados. Y si aquellas señoras querían llevar galletas a un velatorio judío-frances, él no era quien para decir que no. No veía qué mal podrían hacer unas galletas. Había

leyes contra el alcohol. Pero no contra las galletas. A todo el mundo le gustaban las galletas.

—¿Y por qué no van al velatorio y las reparten?

—Es que… —William pudo escuchar a alguien susurrar a Rose—. No parece seguro pasar por delante de esos hombres.

—Ah, ya veo. Bueno, pues si me dan las galletas yo mismo las llevaré —se ofreció William.

—No —se adelantó Rose—. Creo que será mucho mejor que las llevemos personalmente.

—Entonces tendrán que ir por la puerta delantera que es la que da acceso al velatorio.

—¿Y no podemos usar esta puerta? —preguntó Rose señalando la puerta en la que todavía se apoyaba William.

El padre de William siempre había sido muy claro con el uso de la puerta trasera. Si había una puerta delantera era para que la usase la gente. La puerta trasera era para ellos. Era una forma de no interrumpir un velatorio. Eso no estaba bien. Y William lo sabía.

—Esa puerta no se puede usar para entrar al velatorio. Además, sois muchas para entrar por aquí.

—¿Y si entro yo sola? —preguntó Rose.

William se rascó las barbilla dubitativo.

—Bueno… Entiendo que no habría ningún problema —respondió William.

—Estupendo. Chicas dadme las galletas —dijo Rose haciendo un gesto para que le acercasen un par de cestas de mimbre—. Vamos.

William hizo un gesto para que le acompañase. Rose fue hasta William llevando dos cestas de mimbre cubiertas cada una con un pequeño paño. William abrió la

puerta por la que acababa de salir para que Rose entrase. Aquel olor a mantequilla, asado y bizcocho le golpeó en la cara nada más abrir la puerta. Antes de cruzar, Rose miró a sus compañeras con un gesto de preocupación. Sus compañeras habrían visto su gesto si no fuese porque estaban atendiendo dos desmayos. Rose se agachó ligeramente para cruzar la puerta seguida de William.

—Eres el hijo del señor Hardstone ¿cierto? ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Rose.

—Me llamo William señora —respondió William sintiéndose mal por llamarla señora.

—Muchas gracias William. Y llámame Rose.

—No hay de qué Rose.

Tenían que cruzar el jardín para poder llegar al velatorio. Allí continuaba aquel ejército de cocineros tal y como los había dejado William hacía cinco minutos. Rose se quedó perpleja al ver toda esa gente yendo de un lado para otro. Nunca había visto tanto cocinero junto. De hecho nunca había visto a un cocinero vestido de blanco. Tuvo la sensación de estar a punto de atravesar un campo de batalla en plena guerra.

—¿Qué hace aquí toda esta gente? ¿Y qué es lo que huele tan bien? —preguntó Rose aspirando con fuerza.

—Son los cocineros del señor Leechesberg. Son de Francia. Han venido a preparar un banquete. La verdad es que llevan aquí todo el día y todavía no han servido nada —se lamentó William llevándose la mano a la tripa.

—Pero deben de ser cientos. ¿Para cuánta gente es el banquete?

—No lo sé. No para de venir gente —respondió William.

—¿Cientos?

—Bueno, no sé —dudó William—. La verdad es que no sé cuántos hay. Pero nunca hemos tenido tanta gente en un velatorio y además hay más gente fuera esperando.

—Y la gente que hay en el velatorio ¿son como los de fuera?

—¿Quieres decir que si son cuatreros? —preguntó William a quien le resultaba raro tratar de tú a aquella mujer—. No. Bueno hay de todo. Algunos de los que hay dentro parecen ricos. También hay personas normales.

—¿Y qué hacen todos ahí dentro?

—El señor Leechsberg debía ser alguien importante por eso hay tanta gente. Pero yo creo que en realidad han venido por la comida.

William esquivó la tapa de una cacerola que iba rodando hacia él. Esquivó la tapa y al pinche de cocina que corría tras ella. Cuando el pinche agarró la tapa, tropezó y cayó al suelo. El chef Dupont apareció como por arte de magia levantándole por una brazo mientras le gritaba lo que parecía una buena reprimenda por su torpeza. O eso es al menos es lo que quisieron entender William y Rose. Cuando se percató de que le estaban mirando soltó el brazo del pinche y éste desapareció sin dejar rastro.

—Ruego me disculpen —se dirigió a ellos el chef—. Es difícil encontrar buenos profesionales más allá de Brest. Sin menosprecio por los cocineros de este gran país.

William ignoró las palabras del chef. No tenía muy claro dónde quedaba Brest. Pero le hizo gracia[1] Se adelantó indicando a Rose el camino hacia la sala del velatorio. Rose iba a seguirle cuando el chef Dupont la agarró del brazo.

—¿Es mantequilla horneada lo que lleva ahí? —preguntó Dupont.

Rose se paró en seco cuando notó los rechonchos dedos del chef rodeando su brazo. Dupont hizo aspavientos con la mano intentando meter más aire en sus fosas nasales.

—Sin lugar a dudas lleva una elaboración con una base de mantequilla en esas cestas. ¿Cierto?

—Son unas galletas —dijo Rose agarrando firmemente las cestas.

—¿Galletas?

—Son un regalo para el señor Leechesberg —respondió Rose entrecortadamente.

—¿Un regalo para el señor Leechesberg? —se sorprendió Dupont.

—Sí —respondió Rose con un tono poco convincente—. Es una costumbre judía.

—¿Una costumbre judía? He trabajado durante años con el señor Leechesberg y jamás oí nada de esa costumbre.

—Es que es una costumbre de judíos franceses —añadió William intentando ayudar.

La cara de Dupont pasó de la sorpresa a la incredulidad.

—Una costumbre de judíos franceses ¿dice?

—Son de la asociación de amigas de las galletas y hacen galletas para velatorios con costumbres judío francesas. Como el señor Leechesberg era judío con ascendencia francesa…

—¿Que el señor Leechesberg tenía ascendencía francesa? —le cortó Dupont—. No tenía la menor idea. Nunca me comentó nada al respecto.

—Es cierto. ¿Verdad Rose? —preguntó William.

Rose asentía mientras sujetaba las dos cestas con fuerza. El chef Dupont se llevó su rechoncha manita al mentón con gesto pensativo.

—Este hombre era realmente una caja de sorpresas. Nunca me dijo que tenía antepasados franceses. Aunque eso podría explicar su buen gusto, su refinación y su amor por la buena cocina. Pero jamás escuché nada de una costumbre de judíos franceses sobre galletas. Trabajé durante años cerca de la rue des roseriers, dí de comer muchos menús kosher y jamás escuché tal cosa.

—Es que es una tradición de judíos franceses de una parte específica de Francia —apuntó Rose.

—¿De qué región?

—Del norte —respondió Rose con velocidad—. Del norte de Francia.

—¿De qué parte del norte?

—Del norte de… de la Francia… de la Francia británica —dijo Rose queriendo ser engullida por la tierra allí mismo.

—Querrá decir de la bretaña francesa —le corrigió Dupont— que no es lo mismo. Ese territorio es tan francés como Montpellier. Y el que diga lo contrario está en un grave error.

—Sí eso es. De la bretaña francesa. La geografía no es mi punto fuerte sabe —se rió Rose con nerviosismo.

—Es muy extraño. Jamás oí hablar de esa tradición. Aunque no me extrañaría que esos bonnet rouge tengan sus propias costumbres —hizo un gesto de hartazgo—. ¿Pueden creer que todavía usan el galo?

—¿Qué es el galo? —preguntó William.

—Un idioma de bárbaros —respondió Dupont—. ¿Entonces dice usted que ha preparado estas galletas para el señor Leechesberg siguiendo una costumbre judío bretona?

—Yo no. Mi asociación —aclaró Rose.

—¿Su asociación?

—Sí. La asociación de amigas de las galletas. Se dedican a hacer galletas —puntualizó William intentando ayudar.

—Fui el cocinero personal del señor Leechesberg durante años y jamás le vi comerse una galleta.

—Seguro que las nuestras le habrían encantado —dijo Rose con una sonrisa.

—Verá usted. Fui escogido entre los cien mejores chefs de Francia para trabajar con el señor Leechesberg. Nada que no cumpla con los más refinados criterios de calidad podrá servirse bajo el nombre Leechesberg. Así se lo aseguré a él mismo y así consta en mi contrato —hizo una pausa—. Y no será Jean Baptiste Dupont quien rompa su palabra.

—Pues pruebe las galletas —le sugirió William—. Así sabrá si merecen la pena.

Dupont dudó un momento por lo sencillo y efectivo de aquella sugerencia. Levantó el trapo que cubría una de las cestas por una esquina y acercó la nariz. Aspiró un par de veces haciendo un cómico ruidito con la nariz.

—Huelo una buena mantequilla. Eso siempre es importante en unas galletas. La mantequilla ha de ser de gran calidad. Ese es el ingrediente principal. Y después vienen ciertos matices de canela y cardamomo.

—¿De verdad puede oler todo eso? —se sorprendió William.

—Claro. Soy un profesional. No se puede ser un gran chef sin un buen olfato —se congratuló el chef—. Probaré con gusto una de sus galletas para evaluar sus cualidades organolépticas.

Cuando Rose y las chicas estuvieron preparando las galletas no pensaron que algo así pudiera ocurrir. El plan tenía tres pasos básicos: preparar las galletas, dejar las galletas en el velatorio y esperar acontecimientos. Ni siquiera se plantearon qué hacer si alguno de estos pasos no se llevaba a cabo. No había un plan alternativo. Las galletas no estaban destinadas a tipos como Dupont. A Rose le parecía un tipo altivo y egocéntrico, pero eso no era motivo para envenenarle. Y tampoco había que dejarse guiar por las primeras impresiones. Por un momento pensó qué podía pasar si no le dejaba probar las galletas. Quizás se las confiscaría. Podía sospechar y dar al traste con todo el plan. Todo aquello era una locura. Deseó una buena taza de té más que nunca.

Para cuando Rose quiso darse cuenta, Dupont ya había sacado una galleta de la cesta.

—Están muy bien horneadas. En su punto óptimo. Ni húmedas, ni secas —juzgó Dupont apretando levemente la galleta entre el pulgar el índice.

—Espere un momento —dijo Rose intentando quitarle la galleta de entre los dedos.

—Magníficos matices olfativos —dijo olisqueando la galleta—. Me recuerda a un sablé bretón, pero el cardamomo le da ciertas virtudes. Ciertamente el horneado es excelente. Hechas con mucho mimo —se acercó la galleta al oído y la apretó ligeramente—. Y con un ligero toque crujiente —dijo entusiasmado.

—Me alegro que le guste —dijo Rose intentando quitarle la galleta sin éxito.

El chef partió la galleta por la mitad y olisqueó el interior. Se metió una mitad en la boca mientras observaba el interior de la otra mitad. Mientras masticaba cerró los ojos como queriendo visualizar los sabores. Con la mano que le quedaba libre comenzó a hacer gestos. Parecía tocar un violín en el aire.

Rose le miraba esperando el desastre. William hacía lo mismo pero con impaciencia por conocer el veredicto. El chef se tomó su tiempo. Demasiado tiempo para aquel trozo de galleta. Cuando se tragó el trozo que tenía en la boca abrió los ojos de par en par. Levantó la otra mitad por encima de la cabeza y tras observarla un minuto se la metió en la boca sin mediar palabra. Entonces comenzó a mover los brazos como dirigiendo una orquesta.

—Señora —dijo Dupont cogiendo las mano de Rose entre sus rechonchas manitas agitándolas con entusiasmo— sus galletas son sublimes. Hacía mucho tiempo que no probaba algo tan bueno. La mezcla de ingredientes, las proporciones, el horneado y el formado son excelentes. Son la mezcla perfecta entre el amor de una madre y la meticulosidad del mejor pâtissier. Y lo que más me asombra es que hay un ingrediente que no llego a identificar. Algo que hace que no quieras parar de comer. ¿Es quizás fenogreco indio?

—Es que la receta es secreta —respondió Rose con el brazo adormilado por las intensas felicitaciones del chef.

—Oh ya veo —dijo el chef con resignación—. Un gran chef no debe revelar sus secretos. Espero que en algún momento quiera compartir su receta conmigo. Estas galletas son sublimes y deben estar entre nuestras pastas selectas. Estoy seguro que al señor Leechesberg le hubieran entusiasmado.

—Oh gracias —se ruborizó Rose—. No sé qué decir. Pues… creo que iremos a dejarlas en el velatorio.

Rose hizo un amago para deshacerse de Dupont.

—Espere —la detuvo Dupont—. No puedo permitir que estas galletas se presenten de cualquier manera. Tienen que ser presentadas como se merecen. Permita que mi equipo de expertos las presente como es debido. Además, qué caballero sería yo si permitiese que cargase usted con esas cestas.

Dupont hizo un par de gestos con las manos y un par de cocineros le quitaron las cestas a Rose. Agarró a Rose por el brazo con gran amabilidad y la llevó hasta una mesa donde una docena de pasteleros estaban amasando sus delicadas pastas.

—Venga conmigo a nuestra sección de postres. Vamos a preparar estas galletas como se merecen. Y quién sabe. Quizás tenga a bien contarme el secreto de sus galletas —dijo Dupont.

William se quedó allí inmóvil viendo como Dupont se llevaba a Rose del brazo. Habría matado por una de esas galletas.

---

1. No hay mucha diferencia entre Brest y breast (pechuga).↩

14

William estaba sentado en el bordillo con la espalda apoyada en la pared. Estuvo un rato dentro siguiendo a Rose y al chef Dupont en su viaje por las entrañas de la cocina. Fue complicado porque estaba claro que Dupont no contaba con él para sus explicaciones. Y aunque William intentó ser invisible aquello no resultó. Cada dos por tres tropezaba con alguien y en cuanto dudaba qué rumbo coger alguien le gritaba que tuviera más cuidado. Decidió salir de allí cuando intentó sustraer una zanahoria cocida para calmar su estómago y un cocinero se la quitó de un manotazo al grito de “quesquetufé”.

No estaba solo. Las señoras de la sociedad de las galletas estaban allí esperando que Rose volviese. Estaban de pie, en corro hablando entre ellas en voz baja. En todo el tiempo que llevaba esperando sólo se dirigieron a él para preguntarle dónde estaba Rose. Cuando les contó que el chef se la había llevado a preparar las galletas, volvieron a formar un corro y le ignoraron.

No sabía cuánto tiempo llevaba esperando. Tampoco sabía muy bien qué estaba esperando. ¿Cuánto podía tardarse en colocar unas galletas para servirlas? Con ponerlas en un plato debía de ser suficiente. Eso no llevaba más de dos minutos. Y allí estaba él esperando a que saliese Rose. Esperaba que le trajese alguna galleta de vuelta. Debían de ser realmente buenas para haber impresionado tanto a Dupont. Parecía uno de esos jefes que nunca están satisfechos con el trabajo ajeno. Se preguntó si le invitarían al banquete. No hacía falta que le diesen una silla en una gran mesa. Con que le dejasen entrar en la cocina y husmear le bastaba. Le rugían las tripas.

La puerta se abrió y salió Rose con sus dos cestas de mimbre vacías. Desde la calle se despidió de alguien que estaba dentro agitando la mano con alegría.

—William —se alegró—. Ese chef Dupont resultó ser un señor de lo más amable.

William le dedicó una mirada distraída. Dupont y amabilidad en la misma frase chirriaban.

—Me estuvo enseñando el menú que están preparando. Me explicó todos los platos. Nunca pensé que se pudieran hacer cosas así con la comida. Además algunos platos tuvieron que explicarme cómo se comían —se rió—. Es increíble todo lo que sabe ese hombre de cocina. Y ese menú, qué envidia. Todos esos platos tan elegantes. Es un banquete digno de un rey. La verdad es que me siento mal trayendo unas simples galletas.

—Hablando de galletas. ¿No habrá sobrado alguna? —preguntó William.

Rose dió la vuelta a las cestas en el aire. Solo cayeron algunas miguitas.

—Me temo que se han quedado todas en la cocina. Pero si te soy sincera William, preferiría que no las probases. Deberías probar los postres del chef. Le dan mil vueltas a nuestras galletas. Hazme un favor y no las comas.

—No entiendo. Pero si el chef dijo que son sublimes.

—Ya sé lo que dijo el chef. Pero hazme un favor y no las comas. De todas las cosas que hay en esa cocina come de todo menos esas galletas. ¿Vale?

William no entendía nada.

—Está bien —dijo con desgana—. Ni que fueran venenosas.

—Esto bueno… —balbuceó Rose—. El chef se encargará de servir las galletas en el velatorio así que mis amigas y yo no tenemos mucho más que hacer aquí —señaló al corro de mujeres que le esperaban—. Muchas gracias por tu ayuda William. Espero que te vaya todo muy bien. Y ten cuidado con toda esa gente.

—No hay de qué. Espero que otro día puedan venir con más galletas o me quedaré con las ganas de probarlas —dijo William incorporándose para despedirse.

El reverendo Frigid apareció doblando la esquina con su vulgata bajo el brazo. Andaba acelerado y casi pisó la mano de William. Iba a abrir la puerta cuando se percató que Rose y William estaban allí. Se paró en seco.

—¿Rose qué hace aquí?

—Reverendo… he venido con las chicas de la sociedad —respondió Rose señalando al resto de las chicas.

—¿Es que no sabes que esto está lleno de cuatreros? Este no es lugar para una sociedad de señoras y señoritas —le recriminó agitando la vulgata en el aire.

William agradeció la aclaración. En aquel grupo podía haber señoras y señoritas. Sin embargo, esto hacía más difícil saber cómo dirigirse a ellas.

—Pero reverendo, tenía que traer las galletas —dijo Rose.

—Galletas, pero ¿de qué habla Rose? Es que ahora habla la jerga de esos cuatreros. ¿Y se puede saber qué hace hablando con este pecador? —preguntó refiriéndose a William.

Rose se sorprendió de la desmemoria del reverendo.

—Me ha ayudado muy amablemente con el asunto de las galletas.

—Al final no pude probarlas, pero lo que sea por ayudar —dijo William.

—No sé qué es esa tontería de las galletas —dijo muy molesto el reverendo—. Pero yo que tú tendría cuidado con este pecador de pantalones apretados. Puede ser más peligroso que todos esos de ahí fuera. Este no es lugar para nuestra sociedad. Marchaos de aquí antes de que esos cuatreros se emborrachen y os pierdan el respeto.

El reverendo abrió con fuerza la puerta y la cerró tras de sí con la misma energía. Habría dado un sonoro portazo, pero el padre de William había acolchado aquella puerta para que no perturbase los velatorios. Lo que sí levantó fue una nube de polvo. Las miradas de William y Rose se encontraron cuando se disipó la nube. No hacía falta que se dijesen nada. Estaba claro que no entendían qué le pasaba a aquel hombre. ¿Habría vuelto a comer aquellas alubias mejicanas?

—Bueno William tenemos que marcharnos —dijo Rose mirando a las otras chicas.

—Sí claro.

—Recuerda que me has prometido no comer ni una sola de las galletas.

—No recuerdo haberlo prometido.

—Pues prométemelo ahora —ordenó Rose.

—Está bien. Lo prometo.

—Estupendo —respiró Rose aliviada—. Los postres de Dupont son mucho mejores. Prueba el coulant de chocolate y albaricoque. Tenía un aspecto magnífico.

—Sí claro…

—Un placer hablar contigo —interrumpió Rose— ya has oído al reverendo. Será mejor que nos vayamos. Pásate cuando quieras y te prepararemos todas las galletas que puedas comer.

—Pero…

—Adios William —se despidió Rose.

Se juntó con el resto de mujeres de la sociedad mientras se despedía de William agitando la mano en el aire. A continuación William la vio hacer varios gestos con las manos explicándoles algo a las otras chicas de la sociedad. Luego las vio alejarse. Las perdió de vista cuando doblaron la esquina.

—¿Pero qué es un coulant? —se preguntó a sí mismo en voz alta.

Allí estaba William sintiéndose imbécil y hambriento a partes iguales. ¿Por qué ese afán por no dejarle comer? Ahí dentro había cientos de personas preparando un banquete. Y para unas miserables galletas que podía comer, le habían hecho prometer que no las comería. ¿Qué le pasaba a todo el mundo? Al menos le habían dejado solo un rato. O eso pensaba él. Cuando comenzaba a saborear el placer de la soledad, una diligencia seguida de dos jinetes paró frente a él levantando una enorme polvareda. Al poco llegó otra diligencia seguida por más hombres a caballo.

El viento empujó aquella polvareda lo justo para cubrir a William y su traje fúnebre de arriba a abajo. Para cuando quiso reaccionar ya estaba masticando el polvo del camino. Agitó los brazos para deshacerse de tanto polvo, pero no funcionó. Aquel polvo se disipó al cabo de un buen rato. Se pasó la mano por la cara un par de veces intentando abrir los ojos. Cuando pudo fijar la vista, vio que tenía enfrente a uno de los jinetes apeado del caballo sujetándolo por las riendas.

—¿Qué haces aquí muchacho? —le preguntó.

William luchaba por librarse de una fina, pero persistente capa de polvo que le cubría la cara. Al hacerlo tosió un par de veces. Habría jurado que un par de pequeñas piedrecitas salieron disparadas de su boca.

—Trabajo aquí —dijó mascando arenilla.

Aquel hombre le dedicó una mirada lastimosa. Es lo que suele ocurrir cuando hablas con alguien que está cubierto de polvo. Tenía tanto polvo encima que podría haberse hecho pasar por un ídolo de terracota. A su padre no le iba a gustar nada verle con el traje en ese estado.

—¿Qué sabes de un grupo de mujeres que rondaban por aquí? Son como unas veinte, van todas en grupo y llevan vestidos floreados —le preguntó mirándole de lado.

William no le respondió. Tenía todas sus fuerzas puestas en sacudirse el polvo y escupir pequeñas partículas de arena. Otro de los hombres que acompañaba a la diligencia se acercó a caballo y desmontó frente a William.

—¿Qué hacen todos esos cuatreros en la entrada? —preguntó mientras corregía a su caballo con las riendas.

William no respondió. Eran muchas preguntas para un hombre hambriento y cubierto de polvo.

—Responde chico.

—Han venido con Spaguetti Johnson y Seisdedos —respondió restregándose los ojos intentando ver a su interrogador.

Los dos hombres intercambiaron miradas.

—Entonces ese grupo de mujeres que hemos visto deben ser parte de la fiesta —se rió el segundo jinete mientras golpeaba con el codo al otro.

—No seas imbécil —se molestó el otro mientras acariciaba la cabeza a su caballo—. No vistes que eran señoras. No eran señoritas.

—Y cómo lo sabes.

—Parece mentira —se rió—. Las señoras nunca llevan el talle ceñido. ¿O acaso viste alguna con la cintura apretada?

—Oye chico —volvió a William—. ¿Qué hacían aquí esas mujeres?

—Trajeron galletas —aclaró William.

—¿Galletas? —se sorprendieron los dos jinetes.

William afirmó con la cabeza mientras continuaba con su ritual para quitarse el polvo.

—¿Todas esas mujeres traían galletas a un velatorio? Es lo más raro que he oído hoy.

—Pensé que nos tendrían preparadas unas cuantas chicas del Pamplemousse. Y resulta que solo hay unos cuantas robavacas y un grupo de mujeres que traen galletas a un velatorio —se lamentó el segundo jinete.

—A mí esas mujeres me daban mala espina.

—¿Que te daban mala espina? —le preguntó el otro.

—Sí. Parecían uno de esos grupos de mujeres que se juntan por las tardes para jugar al bridge y tomar té. Pero estas tenían algo siniestro. No sabría explicarlo.

—Creo que te ha dado demasiado el sol en la sesera —se mofó su compañero—. ¿Desde cuando un grupo de señoras que juegan al bridge y toman té es algo de temer? Además, han traído galletas. Seguro que eran de esas galletas que hace

una abuela con cariño. Y hablando de comida; dime muchacho ¿ha llegado un tipo así como —hizo gestos con las manos sugiriendo una forma esférica— con un acento extraño y vestido de cocinero?

William les hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Le empezaban a caer simpáticos aquellos tipos.

—Te dije que estaría aquí antes que nosotros. Seguro que volveremos a comer cosas hechas con kilos y kilos de mantequilla y litros y litros de nata —se lamentó.

—No seas aguafiestas —le recriminó el otro jinete—. A mí me parece que lo que cocina está muy rico.

—Pero cómo no va a estar rico —agitó los brazos en el aire— si todo lo que hace está bañado en grasa. Además, siempre nos está diciendo que un día nos dará a probar no se qué vino y nunca lo hace. Empiezo a pensar que no existe.

—Deja de decir tonterías. A este muchacho no le interesan —el otro jinete ignoró aquel comentario y siguió rascando a su caballo por detrás de las orejas —. Dime muchacho —se dirigió a William—. ¿Has visto a Spaguetti Johnson o a Seisdedos? ¿Sabes dónde están?

—Creo que están en la sala del velatorio —respondió William.

—¿Ha habido algún disparo?

—No que yo sepa —respondió William.

Los jinetes se miraron con sorpresa.

—De pronto esos cabrones se han vuelto civilizados. Ver para creer. Dime chico, sabes si un tal Sanminús ha venido.

—Sí. Lleva todo el día en la sala del velatorio.

A William le habría gustado añadir que tenía un aspecto extraño y que no se movía de su sitio. Pero algo le decía que aquellos tipos ya lo sabían.

—Seguro que está de pie como un palo al lado del jefe como si se lo fuesen a quitar —dijo el otro jinete subiéndose a su caballo—. ¿Cuánta gente hay dentro?

—No lo sé. ¿Cientos? —le respondió William mirando furtivamente a la diligencia que se acercaba hacia ellos.

—¿Qué clase de gente hay dentro? ¿Los has visto?

—No sé. No les conozco. No son de por aquí.

William vio que había más jinetes alrededor de la diligencia. No eran como los otros cuatreros. Por alguna razón, estos parecían más profesionales. Estaban más aseados, no tenían la ropa desgastada y llevaban buenos sombreros. Iban armados con rifles. Los rifles más brillantes que nunca había visto. William se puso algo nervioso.

—Has dicho que trabajas en la funeraria —le preguntó uno de los jinetes.

—Sí señor.

—¿Sabes dónde está el dueño? —preguntó tras mirar dentro de la diligencia que ahora se encontraba a su lado.

—Es mi padre —respondió William que empezaba a inquietarse.

—¿Tu padre?

—Sí señor.

—Perfecto entonces. Creo que serás el indicado para ayudar a la señora Leechesberg a instalarse.

15

La luz rojiza del crepúsculo entraba por la ventana y Spaguetti luchaba por contener el sueño reclinado en su silla. Las patas delanteras de la silla estaban en el aire en un delicado equilibrio sustentado por aquellas largas piernas. Sus pulgares colgaban de los bolsillos de su chaleco y un mechón le caía por los ojos a modo de antifaz. Seisdedos lo miraba desde su silla de brazos cruzados. Le habría gustado acercarse con sigilo y hacerle caer golpeando una de las patas. Sin embargo, la inquisitiva mirada de Cinqueminutes le quitó la idea de la cabeza.

Al fondo de la sala una horda de camareros pululaban en un contínuo ir y venir llevando tazas, platos, jarras y demás utensilios. Un par de camareros servían café y té a todo el que quisiera. Ya habían dispuesto algunas pastas para acompañar y hubo manotazos por conseguir alguna para llevarse a la boca. Pera y Navaja tuvieron que intervenir para poner orden. Todo el mundo quería ser atendido. Especialmente los cuatreros. Si algo habían aprendido en su oficio era el arte de la insistencia.

Un refrán local rezaba: en persona un cuatrero antes que un banquero. Pera y Navaja tuvieron que esforzarse en hacer entender a los primeros los conceptos de turno, orden, espera y fila. Se estableció, o más bien se forzó, dos filas diferentes. En una sólo se atendía a todos aquellos que estuviesen sentados en las primeras filas. El resto era atendido en una segunda fila bajo la supervisión de Pera y Navaja. Esto solucionó el problema de los turnos. No así la rudeza con la que los cuatreros trataban a su camarero. Aquella gente no estaba acostumbrada a pedir cosas ni a usar la fórmula “por favor”. Ellos eran más bien de agarrar lo que les gustaba y llevárselo. Como hacer entender modales básicos parecía una tarea demasiado dura, para evitar sufrimientos al camarero se preparó una suerte de autoservicio. Sencillamente se servían lo que querían y un camarero reponía. Y aunque hubo algunas quejas porque ellos también querían ser atendidos como los ricos, tras un par de invitaciones a abandonar la sala no hubo más quejas.

—Pero qué clase de velatorio es este donde se sirve café y comida —dijo Seisdedos—. En mi vida he visto tal cosa. Esto es una falta de respeto hacia los difuntos. Me pregunto qué diría un buen hombre de Dios al ver todo esto.

—Por qué no se lo pregunta usted mismo —dijo Cinqueminutes señalando la entrada.

Seisdedos se giró y pudo ver al reverendo Frigid entrando en la sala con su vulgata bajo el brazo. Miraba a su alrededor intentando asimilar lo que estaba viendo. Hizo varios quiebros hasta llegar donde estaba Cinqueminutes. Intentó preguntar algo pero se giró cuando escuchó a dos hombres maldecir mientras competían por un trozo de tarta de chocolate. Uno de ellos daba voces con la boca llena y las almendras salían disparadas de su boca.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el reverendo a Cinqueminutes.

—Eso mismo he preguntado yo —dijo Seisdedos poniéndose en pie—. Ya no hay respeto por los muertos.

—Es parte del banquete que se dará en honor del señor Leechesberg —respondió Cinqueminutes al reverendo ignorando a Seisdedos—. Una pequeña muestra de aprecio para todos aquellos que vinieran a verle. Puede tomar lo que quiera.

La respuesta dejó al reverendo algo perdido. Se quedó ensimismado, como queriendo recordar algo.

—Diga usted a esta gente —dijo Seisdedos señalando a los que luchaban por el trozo de tarta— que no está bien eso de comer y beber en un velatorio.

—No veo nada malo en ello —dijo el reverendo.

Seisdedos le miró estupefacto. No esperaba esa respuesta.

—No puedo decir que sea lo habitual. Pero quién soy yo para poner en duda las últimas voluntades de un difunto. Si quería demostrar su aprecio por sus amigos y allegados con unas cuantas galletas no creo que haya nada de malo en ello.

—Eso no son cosas de cristianos —dijo Seisdedos.

—No veo nada de anticristiano en comer galletas —dijo el reverendo—. Además el difunto no es cristiano.

Seisdedos se dejó caer en la silla con los brazos cruzados.

—¿Es que ya nadie respeta nada? Todo es más sencillo en Méjico. Los cristianos van a un velatorio y luego se les entierra y los judíos… Bueno no sé si tenemos judíos en Méjico, pero de haberlos seguro que van a algún sitio y hacen más o menos lo mismo. Y desde luego no se come en un velatorio. ¿Pues qué van a celebrar entonces el día de los difuntos? Si ya se lo comen todo ahora ¿qué van a celebrar?

Se pasó la mano por la cara en un gesto de desesperación.

—Huesudo. Eh huesudo —gritó Seisdedos a Spaguetti—. Ya puedes ir a llenar ese seco cuerpo tuyo de galletas. Esto es lo que me faltaba por ver. Es que no hay nadie que respete a los difuntos.

Spaguetti sobresaltado intentaba mantener el equilibrio para no caerse de su silla.

—Señor Sanminú. ¿Ha llegado ya la señora Leechesberg? —preguntó el reverendo a Cinqueminutes.

Cinqueminutes dijo algo pero nadie le oyó. Una algarabía que venía desde la entrada del velatorio acalló su respuesta. Parecía que se estaba celebrando algo por todo lo alto. Algunos curiosos salieron para ver qué estaba ocurriendo. Entre todos taponaron la entrada al velatorio. Se empujaban unos a otros por intentar ver qué pasaba fuera. Intentaron organizarse para poder desatascar la entrada. Pero en este momento se escucharon unas pequeñas detonaciones. Eso fue suficiente para destaponar.

El reverendo se tiró al suelo apretando su vulgata contra el pecho. Seisdedos se lanzó cuerpo a tierra y comenzó a rodar. Con aquel poncho amarillo parecía más una pelota que una persona. Spaguetti se dejó caer de la silla con agilidad e hizo lo mismo. Ambos se encontraron apoyando sus espaldas bajo la misma ventana. Era la mejor técnica para sobrevivir a un tiroteo si estabas dentro de una sala. Con la práctica se volvía instintivo. Con cuatro tiroteos era suficiente.

Daniel y el sheriff entraron en la sala del velatorio. No esperaban ver a todo el

mundo tirado por el suelo entre platos y tazas rotas. Aquella pérdida de dignidad contrastaba con la entereza de Cinqueminutes que no se había movido ni un centímetro.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el sheriff mirando alrededor.

—Parece que todo el mundo estuviera jugando al escondite —dijo Daniel.

—Al suelo. Al suelo. Están disparando ahí fuera —les gritó alguien desde detrás de una silla.

Daniel y el sheriff se miraron el uno al otro.

—Un tiroteo… —dijo Daniel.

Un par de detonaciones le hicieron callar.

—Esta gente está realmente tensa. Escuchan botellas descorchándose y ya piensan que les están disparando —dijo Daniel.

—Pueden levantarse todos. No hay ningún tiroteo —aclaró el sheriff a los presentes—. Esos ruidos son nuestros amigos de ahí fuera descorchando unas cuantas botellas.

Se pudo escuchar el alivio de docenas de personas. Y a continuación el ruido de todo un velatorio levantándose tras rodar por el suelo. El concurrido chascar de rodillas era preocupante, pero ya se sabe que los cuatreros no son conocidos por su elasticidad. Además, el que no estaba manchado de café, tenía migas por dentro de la camisa o se había sentado en un resto de tarta de chocolate. O eso aseguraban.

—Trajimos de vuelta las botellas que confiscó el sheriff —dijo Daniel—. Se las íbamos a dar al cocinero pero los de ahí fuera no nos han dado tiempo. En cuanto han visto lo que traíamos se han puesto a descorchar botellas sin preguntar. Ahí fuera hay gente haciendo nuevos amigos.

Seisdedos se puso en pie sacudiéndose el poncho.

—Seguro que han sido los hombres del huesudo —dijo señalando a Spaguetti.

—Sí claro. Como que los tuyos dirían que no a una botella —dijo Spaguetti.

—El caso es que ahí fuera se está montando una buena fiesta —dijo Daniel.

—Reverendo es que no va a decir nada —interpeló Seisdedos al reverendo.

El reverendo Frigid apareció tras una corona de flores. Se sacudió lal ropa, recogió su vulgata del suelo y se incorporó mientras se aclaraba la voz.

—Esos hombres están fuera del velatorio. Mientras estén fuera del recinto no creo que se les puedan aplicar las normas de un velatorio.

—Bien dicho —aplaudió Spaguetti—. Esto será un velatorio para recordar. Comida y bebida hasta reventar. Únicamente falta la compañía de alguna alegre señorita —miró hacia el fondo de la sala— aunque quizás podamos hacer algo al respecto.

El reverendo miró a Spaguetti con desaprobación.

—Siempre fuera de este recinto de paz claro está.

El sheriff se acercó hasta Cinqueminutes seguido de Daniel. Le sorprendió su rostro pétreo e imperturbable. Lo que allí ocurría parecía no alterarle lo más mínimo. Daniel se descubrió al acercarse al difunto. Tantas coronas a su alrededor le hacían parecer más pequeño, pero la verdad es que bastaba con girar alrededor de la mesa para darse cuenta que era un problema de perspectiva. Aquel tipo seguía siendo igual de grande.

El susto pasó rápido para los asistentes que comenzaron una nueva batalla por conseguir café y pastas. Pronto se olvidaron del orden establecido y Pera y Navaja tuvieron que reorganizar todo aquello de nuevo. Esta vez fue algo más sencillo. Gran parte del público salió para ver si podían descorchar su propia botella.

—Si me disculpan —se dirigió Daniel al sheriff— creo que iré a la cocina para avisarles que ya tienen sus espirituosos antes de que esos de ahí fuera acaben con todo. Aunque con todo este escándolo seguramente ya estarán al tanto.

—Claro Daniel —dijo el sheriff dándole una palmada en la espalda—. Y toma un buen trozo de tarta. Cargar y descargar todas esas botellas ha sido un trabajo duro.

—Créame sheriff si le digo que el transporte fúnebre es mucho más sencillo que el transporte de espirituosos. Nunca hay que deshacer el camino, siempre es en una dirección. Y aquí he tenido que llevar para luego volver a traer. Señores, si me disculpan iré a avisar al cocinero.

Daniel desapareció tras esquivar a un par de camareros con la esperanza de comerse un buen trozo de tarta lejos de tanta gente. Y si pudiera también le llevaría otro trozo a su caballo. Todo el mundo le decía que no le diese dulces a aquel percherón. Que un caballo no debía comer esas cosas azucaradas. ¿Qué sabía aquella gente de caballos? Un trozo de tarta de vez en cuando no le hacía ningún daño. Aquel animal había traído toda la mercancia sin quejarse. Además era muy goloso. Le perdía la tarta de zanahoria.

—Como puede ver le hemos traído sus bebidas de vuelta —dijo el sheriff a Cinqueminutes—. No sé cuánto tardarán esos de ahí fuera en beberse todo. Hay botellas de sobra. No creo que nadie se quede con sed. Además el alcalde les ha obsequiado con unas cuantas botellas de whisky. Es su forma de compensarle por las molestias. Mucho tendrán que beber para acabar con todo. Pero si yo fuera su cocinero me daría prisa. Por si acaso. Nunca vi un público más entregado que el que tiene usted ahí fuera.

—Le agradezco que haya devuelto esas botellas. Tenían un gran significado para el señor Leechesberg —le agradeció Cinqueminutes.

—No me dé a mí las gracias. Déselas al alcalde. Él fue quien insistió. Todos ustedes saben que la ley no permite beber en velatorios ni funerales. Pero quién soy yo para llevar la contraria a un difunto. Tampoco se permite que hombres buscados campen a sus anchas —dijo mientras miraba de reojo a Spaguetti y a Seisdedos—. Aunque por esta vez haremos una excepción.

—Por mis chicos no se preocupe sheriff. Saben cómo comportarse —dijo Spaguetti volviendo a su silla—. Aunque yo vigilaría al tipo del poncho amarillo y sus bebedores de tequila.

—Cuidado con esas palabras huesudo —le señaló Seisdedos—. Porque estamos frente a un difunto, pero te aseguro que cuando ese hombre reciba sepultura tendremos unas palabras.

—Eso es lo que quieres. Que le den sepultura. Para luego quedarte con sus tierras —dijo Spaguetti mirándose las uñas—. Porque entiendo que es eso a lo que has venido. Si no por qué ibas a dejar tu charca.

—¿Y tú a qué has venido huesudo? —preguntó muy irritado Seisdedos—. ¿Has venido a presentar tus respetos a quien te marcó esa huesuda cara? —Spaguetti dejó de mirarse las uñas—. No lo creo. Tú has venido a robar a su viuda. Porque es lo único que sabes hacer, robar a viudas desamparadas.

Spaguetti se levantó lentamente.

—Con tus hombres puede que parezcas un vulgar cuatrero. Pero sin ellos no eres mas que un comejudías envuelto en un ridículo saco amarillo. Esas tierras no serán tuyas —dijo Seisdedos.

—Repite eso si te atreves pendejo —se encaró Seisdedos con Spaguetti.

Spaguetti habría repetido aquella frase pero sintió que lo estaban encañonando por la espalda. Seisdedos habría hecho algo parecido pero tenía el filo de algo punzante a la altura del riñón derecho. Pera y Navaja siempre fueron discretos y muy efectivos. No hizo falta mucha conversación para poner final a aquel súbito enfrentamiento. El mensaje estaba claro. Spaguetti y Seisdedos volvieron a sus respectivos sitios en silencio.

El resto de los presentes que miraban la escena con cierta congoja guardada del falso tiroteo anterior se quedaron esperando.

—No se preocupen amigos. Todo ha sido un malentendido —llamó a la calma Cinqueminutes—. No volverá a pasar. ¿Cierto señores?

Spaguetti y Seisdedos hicieron una sutil confirmación con la cabeza. Aquello pareció tranquilizar al público lo suficiente como para reiniciar el consumo de café, té y pastas. El sheriff se acercó a Cinqueminutes.

—¿Es usted consciente de quienes son esos dos? —preguntó el sheriff a Cinqueminutes.

—Sí sheriff. Son dos viejos amigos del señor Leechesberg que han venido a presentarle sus respetos —respondió Cinqueminutes.

—Usted es realmente consciente de que son las dos personas más peligrosas y buscadas del país ¿cierto? —Cinqueminutes no dijo nada—. ¿Cómo piensa controlarlos a ellos y a todos los que hay ahí fuera?

—Creo que estos señores no han venido a molestar. Y no causarán ningún problema. Pueden ser algo ruidosos, pero ya ha visto que pueden ser personas muy razonables.

El sheriff se acercó a Cinqueminutes hasta que estuvo tan cerca que podía hablarle al oído.

—Escuche señor… Sanmanús. No sé qué es lo que pretende usted y esos dos. Pero yo soy el sheriff de este pueblo y represento a la ley. Las circunstancias son extraordinarias y puede que me vea obligado a hacer excepciones. No tengo por qué dudar de sus intenciones. Pero si algo malo le ocurre a las buenas gentes de este pueblo se las verá conmigo.

El sheriff dio un paso atrás. Cinqueminutes no se movió ni un milímetro.

—Claro sheriff. Aquí todos aceptamos su condición de agente de la ley. Y quisiera volver a reiterarle mi gratitud por devolver los espirituosos confiscados a nuestro cocinero. Estoy seguro que el señor Leechesberg se lo agradecería. En cuanto a esos dos caballeros —dijo Cinqueminutes bajando el tono de voz— podrá hacer lo que le plazca con ellos cuando el señor Leechesberg reciba adecuada sepultura.

—Me alegro que nos entendamos señor Sanminú —dijo el sheriff alejándose—. Ahora si me disculpa debo volver a mis asuntos.

El reverendo Frigid se cruzó en su camino.

—Sheriff, estaba buscándole. Tenemos que hablar —dijo el reverendo intentando que nadie más le oyese.

—Yo también quería hablar con usted reverendo. Necesitaría que hablase con mi ayudante.

—¿Su ayudante?

—Sí. Creo que sus sabias palabras podrían ser de gran utilidad. Creo que el pobre hombre ha vuelto a beb…

El sheriff miraba por encima del hombro del reverendo hacia la puerta que daba acceso a la cocina por la que venían los camareros. Sus palabras se cortaron de golpe cuando vio a William y a su padre entrar seguidos por cuatro hombres armados con rifles. Los asistentes que parecían acostumbrarse a las interrupciones imprevistas continuaron comiendo tarta tras un momentáneo lapsus. Aquellos hombres armados se dispusieron alrededor de la puerta. Uno de ellos se acercó hasta Cinqueminutes y le susurró algo al oído. Cinqueminutes asintió e hizo un gesto al resto de los hombres. Cuando se apartaron de la puerta, la señora Leechesberg entró en la sala.

16

La señora Leechesberg, Cinqueminutes, Spaguetti y Seisdedos estaban sentados alrededor de una mesa redonda con un desgastado tapete verde. El señor Hardstone utilizaba aquella mesa para jugar al póker con los vecinos. Beber estaba prohibido durante los funerales y velatorios, pero no había ninguna ley que prohibiese una honesta partida entre amigos. Eso sí, siempre a una distancia prudencial del difunto y sin armar mucho alboroto. No había mucho más en la habitación salvo un viejo sofá y una mecedora. Cuando la señora Leechesberg le pidió al señor Hardstone un lugar discreto donde poder resolver algunos asuntos aquella habitación fue lo primero que le vino a la cabeza. Era modesta y estaba lejos de las miradas indiscretas. Aunque la discreción desaparecía en cuanto pones a hombres armados a vigilar tu puerta.

—Ante todo quisiera presentarle mis respetos y darle mi más sentido pésame. Su marido fue un hombre hecho a sí mismo al que todos respetábamos —dijo Seisdedos con la mano en el corazón.

La señora Leechesberg asintió con cierta indiferencia. Spaguetti se retiró el mechón de la cara y miró de reojo a Cinqueminutes.

—Como dice aquí el mejicano —señaló Spaguetti a Seisdedos— mi más sincero pésame señora. Dicho lo cual, toda esta seguridad me parece excesiva. Nunca iría armado a un velatorio.

—Debemos tomar unas mínimas precauciones —dijo Cinqueminutes.

—Eso es innecesario. Aquí todos somos gentes de negocios y no necesitamos más que las palabras para negociar —dijo Spaguetti con fingida indignación.

Seisdedos soltó un par de sordas carcajadas.

—Perdona que me ría huesudo. Pero todas estas precauciones son por tí. Todos recuerdan tu asunto en el Banco de Crédito. Hay que reconocer que disfrazarse de cojo y utilizar un rifle con forma de muleta fue muy original.

Spaguetti se levantó para agarrar a Seisdedos por su poncho. Y lo habría conseguido si Seisdedos no se hubiese echado hacia atrás con agilidad felina.

—Tranquilícese señor Johnson —ordenó Cinqueminutes haciéndole un gesto con la mano.

Spaguetti volvió a sentarse y pidió perdón con un conato de reverencia. Se colocó el mechón de un soplido. La señora observaba la escena con cierta indiferencia.

—Qué es lo que quieren —preguntó en un tono directo, casi inquisitorial.

Spaguetti y Seisdedos se miraron.

—Negociar —respondieron a la vez.

—¿Negociar qué? —preguntó la señora Leechesberg.

—Verá señora mía —comenzó Seisdedos—. Aquí todos somos gentes de negocios. Siempre hemos respetado a su marido como el gran hombre de negocios que era. Pero ahora tras estos sucesos todos sus negocios estarán desatendidos.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó la señora.

—Él ya no está aquí señora. Aquí el huesudo y yo somos, y perdón por el ego, los dos hombres de negocios más importantes a este lado del rio Turbio. Está claro que tenemos que participar en la negociación del traspaso para que se haga de forma ordenada. Usted no puede encargarse de esos negocios y claramente nosotros somos los candidatos idóneos para gestionar…

—¿Y puede saberse por qué no puedo encargarme de esos negocios? —interrumpió la señora mirándole fíjamente a los ojos.

—Señora mía —sonrió Seisdedos— una mujer no puede encargarse de los asuntos de su marido. Y menos todavía cuando son de esta naturaleza.

La señora apoyó las manos sobre el tapete verde sin dejar de mirar a Seisdedos.

—Y puedo preguntarle ¿qué le ha llevado a esa conclusión?

Seisdedos miró de reojo a Spaguetti. El tono de aquella pregunta parecía indicar que andaban por terrenos pantanosos.

—Verá señora. Los negocios que teníamos en común con su marido requieren de largas cabalgadas, dormir al raso y lidiar con gentes peligrosas. Las arcillas del río Turbio se pegan a la ropa estropeándola y dicen que si respiras mucho tiempo el polvo del río puedes enfermar. Esas no son tareas para una señora de su clase.

Cuando Seisdedos terminó se podía escuchar la melodía de un violín que venía de la calle.

—Lo que mi amigo del poncho amarillo ha querido decir —arrancó Spaguetti— es que sería mucho más interesante para la señora concentrarse en sus negocios de la ciudad. La gente como nosotros ha nacido para vivir al raso, rodeados de polvo y bichos. Guiar ganado de un sitio a otro bajo el sol abrasador es lo nuestro.

Spaguetti sonrió de oreja a oreja dejando relucir su descuidada dentadura. No era nada fácil mantener una buena higiene dental cuando tienes que acampar al raso. La cosa se hace incluso más difícil si tienes la costumbre de mascar tabaco.

—Les agradezco que se preocupen por mi bienestar. Pero no es necesaria tanta preocupación. Los negocios de mi marido continuarán como hasta ahora. Y pueden venir cuando gusten al Pamplemousse de Sincinaty a degustar nuestro whisky. La primera ronda correrá por cuenta de la casa.

—Pero señora… —dijo levantando los brazos Seisdedos.

—Iríamos encantados —interrumpió Spaguetti haciendo un gesto con la mano a Seisdedos— pero creo que al sheriff de Sincinaty no le sentaría bien. Señora, como usted bien sabrá en los últimos meses hemos estado negociando el control de las tierras al este del río Turbio. Usted bien sabrá lo difícil de la negociación.

Si le dijese que su marido nos lo puso fácil mentiría. Todo el mundo sabe que aquello es una auténtica guerra. Y ahora podemos terminar con todo esto. No hay necesidad de continuar esta pelea. Todo lo que pedimos es un gesto.

—¿Y qué gesto es ese? —preguntó la señora Leechesberg.

—Un pacto de no agresión. En toda esa zona no hay nada de valor. Lo único interesante son las reses que los ganaderos llevan a los pastos libres del río Turbio. Las arcillas del río producen buenos pastos todo el año y como es tierra de nadie no hay por qué pagar. Pero —Spaguetti hizo una pausa dramática— la zona es peligrosa. Hay muchos cuatreros y los pieles rojas andan por ahí sueltos. Por una pequeña cantidad por animal, yo y mis hombres nos aseguramos que no le pase nada a ese ganado. Con ese pacto la señora no tendría que pagar nada por la seguridad de sus animales. Estarían bajo mi protección. A cambio la señora se compromete a no hacer ningún otro negocio en la zona. Todos salimos ganando.

Seisdedos se puso en pie de un salto.

—Un momento. El huesudo es muy astuto. Puede que intentes engañar a la señora, pero a mí no me engañas larguilucho. Allí no solo hay ganado. Los cuáqueros encontraron oro. Un filón tan grande como una montaña. Él no quiere cuidar vacas. Él quiere el oro.

—Calla —le ordenó Spaguetti—. No ves que estoy hablando con la señora.

—No le haga caso señora. Cuando consiga suficiente oro pondrá precio a su cabeza y tendrá a todos esos maleantes de Sincinaty tras usted.

—¿Y usted qué quiere? —preguntó la señora a Seisdedos.

—Lo mismo que el larguilucho. Pero yo no le voy a contar toda esa tontería de las vacas. Mis hombres echaron a los cuáqueros de aquellas tierras y trabajaron la mina hasta que su marido llegó. Nos lo puso muy difícil señora. Le puedo asegurar que hubo mucha sangre. Pero a diferencia del larguilucho, que ha estado escondido todo este tiempo para que su marido no lo encontrase y ahora emerge como las cucarachas, yo y mis hombres sí que nos quedamos trabajando esas tierras.

—Todo el mundo sabe que te cagaste cuando Leechesberg te agarró por el cuello

y te perdonó la vida a cambio de la mitad del oro —dijo Spaguetti—. Cuando sospechó que no le estabas pagando lo suficiente se presentó para cobrar y fue cuando te asustastes. ¿Verdad poncho amarillo?

Seisdedos se apoyó en el borde de la mesa arrastrando el tapete verde hacía él.

—¿Por qué no le cuentas quién te hizo esa cicatriz en la cara? —hizo una pausa —. Yo les contaré la historia a estos buenos señores. Es cierto que compartíamos parte del oro con su marido. ¿Y sabe quién venía cobrarlo? —hizo otra pausa—. Efectivamente. Nuestro amigo el larguilucho. ¿Y por qué no les cuentas qué paso cuando Leechesberg supo que te quedabas con una parte?

Seisdedos trazó una línea con el índice desde su ceja hasta el labio.

—Efectivamente. Te marcó para que todos supieran que eres un vulgar ratero —dijo Seisdedos—. Ahí te hizo esa cicatriz. ¿Y tú qué hiciste? Nada. Te measte en los pantalones y le diste todo lo que le habías quitado. ¿Saben cómo le llaman sus hombres?

—Calla esa boca bola de sebo —intentó detenerle Spaguetti.

—Pasta fresca le llaman.

Seisdedos rió histriónicamente haciendo mucho ruido. Spaguetti se reclinó en su silla y resopló sonoramente.

—Ey poncho, a esta gente no le interesan esas mentiras. ¿Por qué no les cuentas por qué te llaman Seisdedos? Yo les contaré la historia.

Seisdedos cortó su histriónica risa inmediatamente.

—Aquí mi amigo el del poncho —Spaguetti señaló con desdén a Seisdedos— trabajaba para su marido. ¿Qué era lo que hacías? Ah sí, eras mozo de cuadra. Limpiaba la porquería de los caballos si no me equivoco. Un buen día pensó que si acababa con su marido podría cobrar la recompensa. Y como hombre valiente que es intentó acabar con su marido a lo Robert Ford. Disparándole por la espalda ¿pueden creerlo? El caso es que cuando iba a dispararle, Leechesberg se giró, le quitó el revólver de un manotazo y éste se disparó. Nuestro amigo mejicano debe de ponerle muchas velas a uno de esos santos suyos porque en

lugar de volarse la tapa de los sesos, se voló el dedo gordo del pie. Y lo que es mejor, se lo partió en dos y ahora tiene seisdedos —soltó una gran risotada mientras le animaba a que les enseñara el pie—. Tuviste que darle mucha lástima para que te dejara marchar.

Seisdedos se avalanzó sobre la mesa para propinar un puñetazo a Spaguetti. Resbaló cómicamente tirando el tapete al suelo. Habría golpeado a Spaguetti en plena cara si uno de los hombres que vigilaban el cuarto no hubiese entrado al oír tanto ruído. El puño de Seisdedos estaba a punto de aterrizar en la nariz de Spaguetti cuando sintió que le estaban encañonando la cabeza.

—Siéntense —ordenó la señora—. Muy bien. Veo que su relación con mi marido fue muy intensa. Y veo que su interés por sus negocios es genuino. Si lo que quieren es mi palabra de que mis hombres no tocarán esa dichosa mina ya la tienen. Ninguno de mis hombres cobrará ningún porcentaje de la extracción. Esa mina es suya.

—Muchas gracias señora. Es usted una mujer con un gran talante y serenidad. El señor Leechesberg tenía una gran suerte teniéndola a su lado —le aduló Seisdedos sentado en su silla respirando entrecortadamente y con un rifle apuntándole a la cabeza.

—Un momento bola de sebo. No ha dicho que tú seas el dueño de la mina —le corrigió Spaguetti.

—Como acabo de decir, esa mina es suya. Y con suya me refiero a de ustedes.

Seisdedos y Spaguetti se miraron.

—Señora. Disculpe. Solo puede haber un dueño —dijo Spaguetti.

—Eso es correcto señora —afirmó Seisdedos asintiendo con ímpetu.

—Acabo de decirles que esa mina es suya y que ninguno de mis hombres les molestará. La gestión de la misma es asunto suyo y no es de mi incumbencia. Creo que ustedes podrán entenderse. Les agradezco que hayan hecho un viaje tan largo para presentarme sus respetos.

La señora Leechesberg se levantó y se colocó a un lado de la mesa con los brazos cruzados sobre su regazo.

—Pero señora necesitamos que usted decida a quién pertenece esa mina —suplicó Seisdedos.

—Y yo ya se lo he dicho. Es suya. No tengo el menor interés en esa mina. Hagan lo que crean conveniente. A cambio ustedes no interferirán en ninguno de mis asuntos.

—Y tiene mi palabra señora. No interferiré en ninguno de sus asuntos. Pero esa mina no puede tener dos…

—Bien —le interrumpió la señora Leechesberg—. ¿Puedo contar también con su palabra? —preguntó a Spaguetti.

—Tiene mi palabra. Mis hombres no se entrometerán en ninguno de sus negocios. Pero en esto estoy de acuerdo con mi amigo del poncho. Tiene que decirnos quien…

—Trato hecho entonces. Ahora si me disculpan tengo otros asuntos que atender. Agradezco sus condolencias. Que tengan un buen viaje de vuelta.

La señora les indicó la puertra con un elegante gesto.

—Pero señora —se levantó Spaguetti de la silla—. Tiene que decirnos quien…

Un rifle encañonando a Spaguetti no le dejó terminar aquella frase. Seisdedos se levantó lentamente y salió de la habitación sin hacer ningún comentario. Spaguetti lo siguió con la mirada mientras salía de la habitación. Miró a su alrededor con incredulidad. Se levantó cuidadosamente, que es lo que hay que hacer cuando te encañonan. Antes de salir dedicó una mirada a la señora Leechesberg, se retiró el mechón de la cara y salió de la habitación seguido de los hombres de la señora que cerraron la puerta dejándola sola con Cinqueminutes.

Cinqueminutes que había presenciado toda la escena inmóvil y en silencio se levantó para recoger el tapete verde que había terminado en el suelo. Lo colocó con precisión en la misma posición en la que estaba antes de que llegaran.

—Esos hombres son enemigos muy peligrosos señora. Nos superan en número y podrían acabar con nosotros si quisieran —dijo Cinqueminutes.

La señora se acercó a la ventana. Fuera se podía ver a los hombres de Spaguetti y Seisdedos bebiendo. Cada uno con una botella, y algunos hasta con dos o tres. Todos parecían entablar una súbita amistad basada en los beneficios de la fermentación alcohólica. Algunos bailaban lo que parecía un tango mientras otros les jaleaban. Otros agarrados del brazo giraban hasta que la fuerza centrífuga les hacía salir disparados. Cuanto más fuerte el golpe, mayor la diversión. Se podía ver a algunas parejas en actitud cariñosa. Otros eran ajenos a la escena y dormían plácidamente. O al menos, eso era lo que parecía desde la ventana.

—Si quisieran matarnos a balazos ya lo habrían hecho —dijo la señora Leechesberg—. Están obsesionados con esa mina. No tiene tanto oro como creen. Y eso la hace muy peligrosa. Los cuáqueros ya habían decidido dejar la mina cuando estos indeseables la ocuparon. La única razón por la que Jeremy les cobraba la mitad del oro era para hacerles creer que tenían el negocio de sus vidas. Mientras se concentraban en aquello se olvidaban del resto de asuntos.

Cinqueminutes pareció estar impresionado ante aquella revelación. Y era mucho decir para un hombre absolutamente inexpresivo cuyo máximo gesto de sorpresa fue levantar una ceja.

—Antes que cooperar, se matarán —dijo la señora—. Así nos libraremos de ellos. Sin hacer nada. Solo esperando.

La señora Leechesberg miraba por la ventana a un par de borrachos bailando juntos un vals. No lo hacían nada mal para estar tan borrachos.

—Deben de haber llegado a un alto el fuego antes de venir aquí. En situaciones normales llevarían horas disparándose los unos a los otros. Uno de ellos sabía que la señora venía desde Sincinaty —observó Cinqueminutes.

La señora volvió a sentarse a la mesa y jugueteó con el tapete.

—La confianza es algo que escasea en nuestros tiempos Cinqueminutes. ¿Cómo pasó? —preguntó la señora ensimismada con el tapete.

—Lo encontrarón muerto cuando fueron a buscarle tras el desayuno —respondió Cinqueminutes.

—¿Qué hacía en este miserable pueblo?

—Este es el primer pueblo a este lado del río Turbio. Era una parada habitual en sus viajes —respondió Cinqueminutes.

—Tu sabes mejor que nadie que Jeremy no se arriesgaría a hacer noche en un lugar donde pudiera ser emboscado. Y este pueblo es el lugar idóneo para una emboscada. Solo tiene una calle y es fácil de rodear con unos pocos hombres.

Ambos estuvieron un momento en silencio. Varias voces venían de la calle. Cantaban una canción sobre una mula muy terca y el borracho de su dueño. Parecían estar pasándoselo en grande.

—¿Quién es esta vez?

—No le entiendo señora —respondió Cinqueminutes.

—¿A quién vino a visitar mi marido? —la pregunta resonó en la habitación como si estuviese vacía—. Era la hija del farmacéutico, una cantante de ópera, la mujer del carnicero, la hermana de un granjero, la costurera… ¿Qué pobre desgraciada era esta vez?

—No sé a qué se refiere señora.

Las últimas palabras de la frase quedaron a medias tras un tren de carcajadas que salían de la garganta de la señora Leechesberg. Era una risa divertida. Pero a Cinqueminutes no parecía hacerle mucha gracia. Era inexpresivo, pero ahora tenía la piel de gallina.

—Crees que soy estúpida. Tú siempre ibas con él. Y lo sabes tan bien como yo. Por qué le encubres esta vez. Hace años que recorre el mundo follándose a cualquier cosa que lleve falda.

—Señora tenga cuidado está hablando de su difunto marido.

—Quien debería tener cuidado eres tú —las palabras salieron de la boca de la señora Leechesberg en perfecta armonía y el tú final pareció propulsar una bolsa de aire en la cara de Cinqueminutes—. ¿Dónde estuviste ayer?

—¿Qué quiere decir?

—¿Dónde estuviste ayer? —insistió la señora.

—Pero señora —se quebró la voz de Cinqueminutes—. Tras todos estos años de leal servicio…

Alguien habría dicho que un apagado sollozo salió de la garganta de Cinqueminutes. Pero todo aquel que hubiese trabajado una hora con aquel hombre entendería que eso no era posible.

—Responde —insistió la señora.

—Estuve con los hombres en el salón del hotel y luego me fui a mi habitación —respondió frotándose las sienes con los dedos de ambas manos.

—Si preguntamos a cualquiera de los hombres lo confirmarán. ¿Cierto? —Cinqueminutes asintió con la cabeza.

La señora abrió la puerta y ordenó algo a los hombres que custodiaban la habitación. Cerró la puerta y volvió a sentarse.

—Ahora que sabemos que probablemente tú no estuvistes con mi marido en toda la noche, quiero saber quién es ella.

—No se lo puedo decir porque no lo sé —se adelantó Cinqueminutes—. Nunca lo supe. Él nunca me lo dijo y yo nunca la vi.

Se quedaron en silencio. Fuera se escuchaba una fiesta muy animada. Se lo estaban pasando muy bien. Aquellos cuatreros sí sabían divertirse. Aunque aquella música más que relajar, aumentaba la tensión dentro de aquella habitación. Cinqueminutes no se movió ni un milímetro. Llamaron a la puerta y uno de los hombres asomó la cabeza e hizo un gesto afirmativo a la señora.

—Bueno, los hombres dicen que estuvieron contigo —dijo la señora.

—No entiendo a qué viene todo esto señora. Tras todos estos años de leal servicio —se lamentó Cinqueminutes.

—Y yo te agradezco esa lealtad —dijo la señora—. Pero en este momento no podemos fiarnos de nadie.

La señora juntó las manos y pareció ensimirmarse por unos minutos. Cuando volvió en sí volvió a juguetear con el tapete.

—En todos los años que estuvimos casados, nunca me habló de ninguna celebración con cocineros franceses, cientos de invitados y cuatreros borrachos.

Cinqueminutes le acercó un papel a la señora Leechesberg. El papel en cuestión era un documento notarial con la firma de su marido. En él se detallaban los pormenores del funeral con un listado de los diferentes entrantes, platos principales, postres, vinos y demás bebidas que debían servirse. Estaba detallada la disposición de las sillas, mesas y la descripción de los centros de mesa. En el documento se indicaba específicamente que Cinqueminutes debía hacerse cargo de la logística de la celebración y que Dupont sería el cocinero jefe.

—El señor Leechesberg siempre fue un gran anfitrión y amante de la buena mesa —dijo Cinqueminutes—. La buena comida siempre fue su debilidad.

La señora leía aquel documento intentando encontrar algún defecto que delatase una posible falsificación. Pero era genuinamente auténtico. Era irónico que nunca hubiese conseguido convencerle de hacer un testamento para gestionar su herencia. Y sin embargo, había hecho un testamento gastronómico.

—¿Por qué no se ha servido ni un plato todavía? —preguntó la señora.

—El documento especifica que el servicio principal solamente puede comenzar tras un brindis presidido por usted y el chef Dupont señora. Por ahora solo hemos servido café, pastas y algunos aperitivos para amenizar la espera. No hemos podido conseguir sillas y mesas para todos dadas las circunstancias, así que tendrán que comer de pie. No es lo que especifica el documento, pero en la situación actual no creo que tengamos muchas opciones.

—Y qué pasará después —preguntó la señora devolviendo el documento a Cinqueminutes.

—Tras la cena se volverá a brindar y habrá una selección de cigarros habanos.

—Eso será si los de ahí fuera no se lo beben todo —señaló la señora hacia la ventana—. ¿Por qué se está esa gente bebiéndose los licores de mi marido?

Cinqueminutes no respondió.

—Acabemos con todo esto cuanto antes. Lo primero es poner a mi marido en un ataúd como le corresponde. No encima de una mesa.

—Los de la funeraria no tenían un ataúd lo suficientemente grande para él —intentó aclarar Cinqueminutes.

—También quiero hablar con el reverendo.

—¿Con el reverendo?

—Sí con el reverendo. ¿Debo recordarte que mi marido ha muerto?

—No creo que un reverendo pueda atender al señor Leechesberg señora. Dudo que pueda proceder con un funeral judío.

La señora dirigió una mirada irónica a Cinqueminutes que le hizo levantar una ceja sobre sus lentes ahumadas.

—Tengo varias cosas que hablar con el reverendo Cinqueminutes. Y no tienen que ver con ningún funeral. Tú hazle venir.

La señora apoyó la barbilla en el puño izquierdo como si de pronto su cabeza se hubiese vuelto muy pesada. Estuvo así unos dos minutos. Se levantó y volvió a la ventana.

—La vida puede ser muy extraña Cinqueminutes —suspiró—. Mi marido, el hombre más temido y poderoso de Sincinaty ha muerto en este pueblo de mala muerte. Es judío, todo el mundo lo sabe, y le atienden en esta funeraria donde está claro que nunca atenderían a un judío. Dos de sus peores enemigos han venido a presentarme sus respetos y a negociar. Es ridículo. Podrían acabar con

nosotros sin ningún problema. Y ahora difícilmente podrán hacernos nada con todos sus hombres borrachos.

La señora sabía lo que decía. Aquellos hombres no estaban en condiciones de usar un arma. Estaba viendo a dos de ellos con cazos en la cabeza. Cogían carrerrila y se golpeaban las cabezas como las cabras. Lo repitieron cuatro veces hasta que uno no pudo ponerse en pie. El resto aplaudió al ganador que se llevó una botella de premio. La vació allí mismo de un trago para alegría del resto. Luego cayó redondo al suelo.

—Lo más increíble es que tras todos estos años me entero que mi marido tenía un testamento gastronómico con el que pretendía dilapidar una fortuna. ¿Para qué? Para dar de comer y beber a esa gente. Si esto no es la definición de absurdo ¿entonces cuál es?

—No sé que decir señora —dijo Cinqueminutes.

—No tienes que decir nada. Tú cíñete al plan. Que todas nuestras botellas estén preparadas. ¿Se avisó a los cocineros que no debían probar el vino cierto?

—Sí señora.

—Espero que tengan la férrea disciplina de la que presume Dupont. Ve y trae al reverendo. Tengo que hablar con él. Y después ve y prepara ese absurdo banquete.

—Sí señora.

—Y recuerda que no debes beber ni una gota.

—Sí señora.

17

Frigidton estaba atravesado por el camino que venía desde el rio Turbio. Aquel trozo de camino se había convertido en la calle principal del pueblo. De hecho, era el único trozo de tierra que tenía un cartel indicando que aquello tenía el estatus de calle. No es que no hubiese más vías o formas de llegar de una casa a otra. Es que aquella era la única vía, travesía, o camino que podía llegar a llamarse calle. Y en medio de la calle estaba el ayuntamiento. Un edificio de madera de dos plantas con la fachada pintada de blanco, un pequeño balcón y una campana. La única campana junto con la de la iglesia y el único balcón de todo Frigidton. Y esto hacía al alcalde el único ciudadano de Frigidton con un balcón desde donde poder divisar el pueblo y alrededores.

El alcalde, el concejal y el tesorero estaban recluídos en el ayuntamiento. La funeraria de los Hardstone podía verse desde el balcón. El tesorero se había traído unos pequeños prismáticos que su mujer usaba para poder ver al reverendo cuando se sentaba lejos del púlpito en la iglesia. Realmente estaban pensados para ir a la ópera, pero en la iglesia nadie iba a notar la diferencia. El tesorero estaba de puntillas en el balcón mirando con sus prismáticos. Los agarraba con fuerza como si aquello le fuera a dar una mejor idea de la situación. Y también por miedo a que se le cayesen y su mujer se diese cuenta.

—¿Qué hacen ahora? —preguntó ansioso el alcalde.

El tesorero no respondió.

—¿Qué hacen? —insisistió el alcalde zarandeándole.

El tesorero intentó guardar el equilibrio.

—Tranquilo alcalde. Así no hay quien pueda ver nada.

El alcalde le soltó intentando tranquilizarse.

—Parece que están haciendo un baile… Sí… parece un baile de esos de granero —dijo el tesorero apoyándose en la barandilla—. Han hecho dos filas. Hombres a un lado y mujeres al otro.

El concejal que les miraba desde el interior del despacho se llevó las manos a la cabeza.

—¿Pero cuándo demonios van a caer? —desesperó—. Llevan horas bebiendo y bailando. ¿Y si no hay suficiente bebida para todos?

—Tiene que haber —dijo el alcalde—. Parece que ese whisky mal destilado les pasase por la garganta sin hacerles nada.

—La verdad es que ya hay alguno durmiendo contra la pared —observó el tesorero.

—Qué son un par durmiendo si hay cientos. ¿Cuántas botellas tumbaron al ayudante del sheriff? —preguntó el alcalde.

—Juraría que una de whisky y una de champán —respondió el tesorero intentando recordar—. Eso que sepamos.

El alcalde se dejó caer en su silla. Al hacerlo, un buen puñado de polvo salió disparado quedándose en suspensión.

—No lo entiendo. Dos botellas tumbaron a ese hombre. Y todos sabemos lo mucho que podía beber. Y esos de ahí —señaló hacia la funeraria— deben de tocar a cuatro o cinco por cabeza. No paran de beber y están bailando como mancebos en una verbena. ¿Cómo es posible?

—Son cuatreros —dijo el concejal—. Clayton destiló esas botellas para vendérselas a los cuatreros. Les hemos dado whisky de cuatreros. Así que les tiene que gustar.

El tesorero se quitó los prismáticos y se frotó los ojos como intentando limpiarlos. Se volvió a colocar los prismáticos y se inclinó sobre la barandilla.

—No lo puedo creer.

—Qué ocurre —preguntó el alcalde levantándose de la silla.

—Han traído una orquesta.

Los tres pudieron escuchar a lo lejos un par de notas tocadas por un acordeón. Luego comenzó a sonar una animada tonadilla. En efecto aquello era una orquesta. O al menos lo más cercano a una orquesta que había visto aquel pueblo. Se podía distinguir un violín, un acordeón, alguna trompeta y un tambor marcando el ritmo. Cuando terminaba una canción se podían escuchar los aplausos y gritos del público.

—Déjame ver —sacó el alcalde al tesorero del balcón quitándole los prismáticos de las manos—. No puedo creerlo. Es una auténtica verbena. Esos malnacidos están bailando cuando tendrían que tener el hígado hecho puré.

El concejal se acercó al balcón con la esperanza de poder ver algo. No fue posible, el tesorero y el alcalde tapaban todo el campo de visión y solo podía oír la música.

—Creo que les hemos preparado una fiesta —rió el concejal—. Ya tienen buen vino y whisky. Y ya se lo he dicho, esa gente está acostumbrada a ese whisky mal destilado. Estoy seguro que les gusta. Además, ahí dentro hay mujeres, y algunas de ellas si se me permite decir parecen de virtud fácil. Y todo sufragado por la oficina del alcalde. Les faltaba la música y ya la tienen. Lo único que necesitan es un banquete y ese francés se lo está preparando. Si yo fuera un cuatrero ahora mismo desearía estar allí.

El tesorero intentaba quitarle al alcalde los prismáticos sin mucho éxito.

—Alguien acaba de sacar una bandeja con algo de comer —observó el alcalde.

—¿Qué tipo de comida es? —preguntó el tesorero.

—¿Y eso qué más da? —le preguntó el alcalde.

—No sé. Puede ser relevante.

El alcalde se puso de puntillas.

—Pues juraría que son galletas. Sí son galletas. ¿En qué clase de velatorio hay cuatreros comiendo galletas y bailando?

El alcalde pasó los prismáticos al tesorero y volvió a entrar. Éste los reajustó y siguió observando la escena con interés. La música comenzó a acelerarse. Habían formado un pasillo hombres frente a mujeres. Un hombre tomaba a la mujer que tenía enfrente y atravesaban el pasillo al ritmo de la música. Cuando todos habían atravesado el pasillo los hombres se desplazaban para cambiar de pareja, la música se aceleraba un poco más y volvían a repetir. Al tesorero le pareció un baile muy divertido. Y la música era pegadiza. Sintió envidia. Aquellos malnacidos estaban corriéndose una buena juerga mientras él estaba allí encerrado con el alcalde y el concejal.

—No puedo entenderlo. Dos botellas —el alcalde estiró dos dedos frente a la cara del concejal— dos botellas tumbaron al ayudante del sheriff. Y esos siguen ahí bebiendo y bebiendo. Ni un muerto. Ni un miserable susto. Esto es incomprensible.

Volvió a dejarse caer en su silla.

—Quizás es el momento de cambiar nuestro plan —dijo el concejal.

El alcalde le miró reclinado en su silla juntando las yemas de los dedos.

—Quizás todo esto de la prisión y emborrachar cuatreros no sea lo mejor para el pueblo. Deberíamos darle otra aproximación a todo esto.

El tesorero dejó el balcón con las piernas doloridas de tanto estar de puntillas, el deseo de ser cuatrero por una noche y la sensación de haber escogido una profesión muy aburrida con la que ganarse la vida.

—Pensemos en Nueva Orleans —el alcalde y el tesorero se miraron en silencio —. Todo el mundo quiere ir a Nueva Orleans. Hay música por todas partes. Hasta en los funerales. Podríamos hacer lo mismo. Permitiremos música en los funerales y todo tipo de entrenimientos. La gente podría bailar, comer, fumar y beber. Incluso podríamos hacer la vista gorda con el luto de las señoras… si saben a lo que me refiero. Frigidton estaría en el mapa de una vez por todas.

El alcalde siguió reclinado en su silla sin decir nada. Parecía estar escuchando la

música que sonaba a lo lejos.

—La verdad —se frotó la nuca el tesorero— desde un punto de vista fiscal algo así sería bastante razonable. Y los servicios añadidos como restaurantes, hostales y transporte podrían suponer un aporte extra. Con un pequeño importe fiscal en cada transacción podríamos tener una muy importante recaudación.

—Bien dicho —dijo entusiasmado el concejal—. Haría falta mucho hospedaje y buenos asadores. A todo el mundo le gusta la carne a este lado del río. Un buen asador siempre da prestigio a un pueblo.

—Eso es cierto —afirmó con entusiasmo el tesorero.

—También necesitaríamos artistas. Y todos sabemos que las grandes ciudades son aquellas que cuentan con grandes artistas —el concejal se relamió—. No puedo imaginar una Sincinaty sin pintores y buenos músicos.

—Eso es muy cierto. Parece un plan a medio plazo, pero la inversión del ayuntamiento sería mínima por lo que…

El alcalde dio un puñetazo sobre la mesa.

—Silencio —gritó—. No quiero oír más tonterías sobre funerales musicales, Nueva Orleans y artistas. Ya teníamos un plan y lo vamos a seguir.

—Pero…

—No hay peros —interrumpió el alcalde al concejal—. Debemos ser pacientes y esperar.

—Pero alcalde esos hombres llevan horas bebiendo y no les ha pasado nada. Nuestro plan no está funcionando. El sheriff no podrá hacer nada. Son demasiados. Se beberán todo, se irán a casa, mañana despertarán con resaca y ya está. Volveremos a tener cuatreros y además nos habremos saltado la ley por dejarles beber durante un velatorio. Eso si no queman el pueblo antes.

—Quizás el alcalde está en lo cierto y solo tienen que seguir bebiendo —apuntó el tesorero.

—Ya deben haber terminado con la mitad del cargamento y no parece que vayan a parar en toda la noche. ¿Qué vamos a hacer alcalde?

El alcalde abrió un cajón de su escritorio y sacó una botella de bourbon y un vaso. Abrió la botella con un sonoro pum. Llenó el vaso hasta prácticamente el borde y lo vació de un trago. Se sirvió un segundo vaso y lo vació golpeándolo contra la mesa al terminar.

—Seguiremos con lo planeado y no quiero oír más tonterías sobre música y funerales. Nos sentaremos aquí a ver cómo terminan con toda esa bebida.

Alguien golpeó con fuerza la puerta del despacho. Los tres se sobresaltaron. Volvieron a golpear tres veces con fuerza.

—Abran. Sé que están ahí —se escuchó tras la puerta.

El alcalde metió torpemente la botella en el cajón del que la sacó. El vaso cayó rodando al suelo y acabó bajo la mesa.

—Soy el sheriff. Abran.

El alcalde dedicó una mirada al tesorero indicándole que fuera a abrir la puerta. Éste hizo un gesto de desconfianza pero acabó yendo a abrir la puerta. Giró el pomo lentamente y antes de que tuviese tiempo de tirar para abrir la puerta alguien empujó desde el otro lado. La puerta se abrió tan fuerte que el tesorero perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer. El sheriff entró en el despacho apresuradamente.

—Ha muerto —dijo el sheriff

—¿Quién? —preguntó el alcalde.

—Mi ayudante.

El asombro fue unánime.

—No es posible —dijo el alcalde sudando—. Cuando le encontramos estaba borracho. Muy borracho. Pero nada que no pudiera arreglarse con una buena siesta y dos días de resaca.

—Fui a devolver el licor a la funeraria y cuando volví no respiraba —se quitó el sombrero con gesto triste—. Llevé al doctor para que le viera. No pudo hacer nada. Fue el mejor ayudante que nunca he tenido.

El sheriff estaba genuinamente afectado. Estrujaba su sombero con ambas manos hasta retorcerlo.

—Cielo santo. ¿Cuánto bebió como para matarse? —preguntó el concejal.

—No es cuánto bebió concejal. Es lo que bebió —hizo una pausa—. El doctor dice que murió envenenado.

El alcalde se levantó de la silla y al tesorero se le cayeron los prismáticos al suelo. El alcalde se acercó hasta el sheriff y le tomó por un brazo.

—Está seguro de lo que dice —dijo el alcalde zarandeando al sheriff.

—Alcalde tranquilícese —intervino el concejal intentando que dejase de sacudir al sheriff.

El sheriff se libró del alcalde agarrándole las muñecas con suavidad pero con firmeza.

—El doctor no ha dudado ni un segundo. Fue envenenado —consiguió separarse del alcalde—. Y el veneno estaba en una de esas botellas alcalde.

—Esto se está poniendo muy feo alcalde —dijo el concejal.

—No podemos hacerles parar ahora —dijo el tesorero recogiendo los prismáticos—. No podemos pararles la fiesta. Nos matarían. Además se han bebido una buena cantidad de botellas y no ha pasado nada.

—Sí. Pero qué pasará si hay más botellas como la que mató al ayudante del sheriff —preguntó el concejal.

El alcalde se acercó hacia el balcón. La fiesta continuaba a lo lejos. Todos esperaron un tiempo en silencio esperando que dijese algo.

—No haremos nada —dijo con tono autoritario—. No podemos entrar ahí y decir que les hemos llevado botellas con veneno. Nos matarían.

Hubo un silencio.

—Pero no sabemos cuántas botellas hay envenenadas. Debemos avisarles.

El alcalde se giró y dirigió su mirada al concejal.

—No creo que la gente que hay a estas horas en ese velatorio sean personas de ley —el alcalde se sentó—. Sinceramente, ¿creéis que si avisamos a esa gente que hay botellas envenenadas arreglaremos algo?

Todos miraron al sheriff esperando algún comentario. Éste parecía absorto en sus pensamientos.

—Creo que el alcalde tiene razón —dijo el sheriff—. Si aparecemos allí y les decimos que les hemos llevado unas botellas envenenadas es más que probable que tengamos problemas. Y creo que Clayton no fue quien envenenó esas botellas. Puede que Clayton sea un trampero desdentado, pero no se dedica a envenenar gente.

—¿Qué insinúa sheriff? —preguntó el concejal.

—Que alguien envenenó esas botellas para librarse de unos cuantos.

—¿Quiere decir que van a envenenar a todo un velatorio? —preguntó el concejal.

—Eso he dicho. Alguien estaba esperando visita y había planeado cómo librarse de ella.

—Sheriff, ¿piensa que ese cocinero quiere envenenar a sus comensales? —preguntó el alcalde.

—Quién sabe. Podría ser cualquiera. El cocinero, ese Sanmanú, la viuda o incluso un pinche de cocina. Es imposible saberlo —dijo el sheriff.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó el concejal con preocupación.

El sheriff se puso el sombrero.

—Muy a mi pesar, creo que solo podemos esperar acontecimientos y rezar para que llegue la justicia.

—Es usted un hombre más que razonable sheriff —le elogió el alcalde.

El sheriff se dirigió hacia la puerta.

—Un momento sheriff. ¿Dónde va?

—A esperar acontecimientos.

El sheriff salió del despacho seguido de un sonoro portazo. El alcalde, el concejal y el tesorero se miraron en silencio.

—¿Qué vamos a hacer alcalde? —preguntó el concejal.

El alcalde sacó la botella de bourbon del cajón y buscó el vaso. Cuando se dio cuenta que estaba bajo la mesa del escritorio decidió que era mejor beber a morro. Bebió un buen trago y se limpió con la manga de la camisa. Ofreció la botella a los otros. No dijeron nada. Lo tomó como un no y volvió a beber otro trago.

—Nuestro plan no ha cambiado en nada. Nos sentaremos a esperar. Y mañana decidiremos si comenzamos a vender licencias para funerales musicales.

18

William estaba sentando en una butaca del pasillo frente a la habitación que usaba su padre para jugar a las cartas. La señora Leechesberg estaba dentro y no quería ser molestada. O eso le habían dicho. Llevaba tanto tiempo esperando que comenzaba a dudar que realmente estuviera ahí dentro. Dos de los hombres que trabajaban para la señora Leechesberg custodiaban la entrada a ambos lados de la puerta. Uno tenía una gran barba que comenzaba a enredarse sobre sí misma a la altura del pecho. El otro estaba perfectamente afeitado. De hecho, parecía que nunca hubiese tenido barba.

—Deberías comenzar a pensar qué hacer con esa barba.

—Siempre estás con lo mismo. Lo que pasa es que tienes envidia —dijo el barbudo.

—¿Envidia? ¿Envidia de qué? ¿De parecer un oso?

—Envidia de este aspecto tan varonil —se mesó la barba.

El imberbe soltó una risotada hueca que contuvo con la palma de la mano.

—Qué, acaso no ves esta barba y piensas en virilidad… en hombría —dijo mesándose la barba con exageración.

—Yo la verdad veo más bien un problema a la hora de comer sopa —se rió—. No, pero en serio. ¿Cómo haces para comer sopa sin empaparte la barba?

—Yo no como sopa.

—¿Ah no? ¿Y por qué si puede saberse? —preguntó el imberbe.

—La sopa es para señoritas.

—Señoritas… ¿Señoritas?

—Sí, señoritas. El tipo de señoritas que piensan que lo más arriesgado que pueden hacer durante el día es tomar una sopa caliente.

—Pues amigo mío, a mí me gusta la sopa —se golpeó el pecho intentando dar mas énfasis a sus palabras—. Es más yo la tomaría todos los días. No entiendo por qué una sopa es cosa de señoritas. ¿Tú qué opinas chaval?

William estaba ensimismado jugando con sus dedos. El imberbe tuvo que repetir un par de veces la pregunta para traerle de vuelta.

—Tú qué dices, ¿una sopa es cosa de señoritas o no?

—No sé —respondió William algo confuso por aquella pregunta.

—Has visto. El chaval no lo sabe. Y por qué no lo sabe. Pues porque eso es una estupidez. La sopa no es cosa de señoritas. A ver gran macho —le golpeó con el dorso de la mano en el hombro— qué comes tú como gran macho que eres.

—Alubias con panceta —respondió el barbudo con un tono seco y cortante.

—¿Alubias con panceta? ¿Eso es una comida de machos? Habría jurado que eso es comida de cuatreros que no tienen nada más que comer.

—En eso te equivocas —le corrigió—. Las alubias son muy nutritivas y la panceta le da mucho sabor. Yo las tomo todos los días.

—¿Todos los días? —preguntó incrédulo el imberbe.

El barbudo asentía con gesto de satisfacción.

—Eh muchacho —se dirigió el barbudo a William—. ¿A tí te gustan las alubias con panceta?

—Sí —respondió William mirando al suelo sin prestarle mucha atención.

—¿Y dirías que las alubias con panceta son cosa de señoritas?

—No creo que eso sea cosa de señoritas —respondió William.

—Has visto —golpeó con el dorso de la mano el pecho de su colega—. Al muchacho si le preguntas si la sopa es cosa de señoritas tiene dudas. Pero si le preguntas si las alubias con panceta son cosa de señoritas te dice claramente que no. No duda. ¿Por qué no duda? Porque todo el mundo opine que las alubias con panceta son algo de hombres. Si tomas sopa, puede haber dudas. Si tomas alubias no.

—Eso es una falacia —dijo el imberbe recuperándose de los golpecitos en el pecho.

—¿El qué?

—Una falacia. Un razonamiento erróneo. No puedes concluir que todo el mundo sabe que las alubias son algo masculino solamente preguntando a este muchacho. Tendrías que preguntar a más gente. Algo así como hacer un censo. Y cuando tuvieses suficientes respuestas, entonces podrías decir si todo el mundo piensa que las alubias son cosa de hombres.

—Pero qué tendrá que ver el censo con las alubias —se indignó el barbudo—. Todo el mundo sabe que las barbas son viriles y lo mismo pasa con las alubias. Y a quien diga lo contrario le parto la cara.

—Eso es una falacia. Una falacia ad baculum.

—Pero qué demonios dices —se enfandó el barbudo—. Habla en cristiano.

—Otra falacia. Todos tus argumentos son falaces amigo mío. Ni las barbas son viriles ni las alu…

El barbudo había enganchado el hombro de su compañero entre el pulgar y el índice con la misma presión que el pistón de una locomotora necesita para arrancar. Lo que llamaríamos un pellizco ejecutado por un auténtico profesional. Con una pequeña torsión ya lo tenía bajo su poder. El imberbe luchaba por no gritar. En lugar de palabras emitía una serie de monosílabos entrecortados.

—Vuelve a decir que una barba no es viril y del pellizco que te doy te arranco la carne.

William miraba con compasión a aquel pobre hombre luchar por intentar guardar la compostura para no empeorar su situación. Poco a poco iba agachándose hasta que su opresor lo liberó dejándolo caer al suelo. El imberbe se frotaba la zona del pellizco y resoplaba en un intento por aplacar el escozor. El barbudo se sacudió el chaleco y se mesó la barba satisfecho por el trabajo realizado.

—Oye muchacho estás seguro que no quieres que le demos el recado a la señora por tí —preguntó el barbudo recordando que William estaba allí por algo.

—Me han dicho que le dé el recado personalmente y que les diga cuándo va a bajar —respondió William.

Por un momento tuvo algo de miedo. Estaba claro que no había que molestar a aquel barbudo. En cualquier momento podías terminar con un hombro pinzado sin ninguna compasión.

—Como tú quieras, pero esa reunión va para largo. Y la señora ha dicho que no quiere ser molestada.

William asumió su mala suerte y se dejó tragar por la butaca. Hacía tiempo que el cojín había perdido su firmeza y ahora era una trampa mortal.

—Tú trabajas aquí verdad chico —William asintió—. Este no parece el lugar más alegre del mundo para trabajar.

Aquellas palabras sonaron irónicas teniendo en cuenta que se escuchaba una orquesta tocando.

—¿Has estado alguna vez en Sincinaty? —William negó con la cabeza—. Me lo temía. No estarías trabajando en este sitio si hubieses visto cómo es aquello. Sin faltar el respeto a aquellos que se ganan el pan con esto claro está. ¿Cómo es que trabajas aquí?

—Mi padre es el dueño. Mi familia fundó la funeraria y siempre hemos trabajado en esto.

—Entiendo perfectamente lo que dices chaval. Mi abuelo era carpintero. Mi padre era carpintero —le mostró la mano izquierda. Le faltaba una falange del dedo meñique— y yo también lo fui. Los trabajos no se heredan muchacho.

Todo el mundo debería trabajar en lo que le gusta o en lo que se le dé mejor. Por ejemplo, nosotros —hizo un gesto con los brazos queriendo incluir al imberbe que estaba sentado en el suelo intentando recuperarse del pinzamiento de hombro—. Hemos viajado por medio país. Conocemos a gente muy interesante. Y en el Pamplemousse muchacho, hay unas chicas como no has visto en tu vida. ¿Si sabes a lo que me refiero?

El barbudo se acercó a William.

—Dime muchacho tú ya…

Comenzó a agitar la cadera hacia delante y atrás mientras balanceaba los brazos. William sabía perfectamente a lo que se refería. Era el único tema de conversación que tenían los cadetes. Cuando había que enterrar a algún militar los cadetes, que generalmente ni conocían al muerto y solo iban a hacer bulto porque se lo ordenaban, se reunían en corrillos para conversar y fumar algún cigarrillo. William solía juntarse con ellos para charlar, a fin de cuentas sólo eran dos o tres años mayores que él y parecían saber mucho más de la vida que el empleado de una funeraria de pueblo.

La incursión más existosa que nunca tuvo William fue con la hija del farmacéutico. La chica despachaba en la farmacia cuando su padre tenía que ausentarse. Era habitual que se ausentase más allá del horario de apertura. Quedaron en la trastienda una docena de veces. Allí siempre intentó convencerla de hacer aquello que los cadetes le contaban que hacían con las chicas de la ciudad. El día que ella accedió, su padre llegó antes de lo esperado arruinando meses de trabajo.

William no supo muy bien qué responder ante aquella pregunta gestual. Pero no hizo falta, su cara fue respuesta más que suficiente para el barbudo.

—Me lo temía —le dio una palmadita en la espalda—. Pero no te preocupes que en Sincinaty hay muchas y en el Pamplemousse —juntó las manos y miró al cielo— están las mejores.

—Deja al muchacho —dijo el imberbe levantándose todavía dolorido—. Bastante tiene con lo que hay aquí como para que tú le estés molestando.

—Solo estamos hablando.

—Deja al chico que espere tranquilo a que la señora termine y le diga lo que tenga que decirle —hizo una pausa esperando la afirmación de su compañero—. Oye muchacho qué es la fiesta esa de ahí fuera.

—No lo sé. Trajeron unas botellas y una orquesta.

—¡Qué! Esos cuatreros bebiendo whisky y bailando y nosotros aquí todo el día después de todo este viaje —se quejó el imberbe frotándose el hombro.

—Y que lo digas —le apoyó el barbudo—. Si hasta tienen música.

Una alegre tonadilla entraba por la ventana del final del pasillo. Cada vez que paraba la música se oían risas y aplausos.

—Oye muchacho, por qué no te vas con los de la fiesta. Hay un montón de chicas y con un poco de suerte ya sabes —repitió el gesto con la cadera.

—Deja al chaval que bastante tiene ya.

—¿Es que ahora eres su madre?

—Una pregunta —interrumpió William— ¿Qué es el Pamplemousse?

Cinqueminutes salió de la habitación sin hacer el más mínimo ruido. Cuando miró para ver qué estaban haciendo el barbudo y el imberbe, éstos se cuadraron. William habría jurado que palidecieron en cuestión de segundos.

—¿Qué quieres muchacho? —preguntó Cinqueminutes.

William se relamió las comisuras, se le habían quedado secas. Aquel tipo le daba escalofríos.

—El cocinero me envía a buscar a la señora —respondió William con la boca seca.

—Bien. Puedes irte. Yo le transmitiré tu mensaje.

—Cinqueminutes —le llamó la señora Leechesberg— déjale que pase.

Cinqueminutes hizo un gesto a William para que pasase. Cuando William entró vio a la señora Leechesberg sentada en el sofá. Vestía un traje de riguroso luto ceñido a su cuerpo. Aunque llevaba falda larga, William intuyó que tenía las piernas cruzadas. En la mano izquierda sostenía un cigarrillo fino con una larga boquilla. Por el olor del humo, William supuso que eran mentolados.

La señora Leechesberg le miró de arriba a abajo.

—Cinqueminutes. Puedes continuar con tus tareas.

Cinqueminutes asintió y dejó a William con la señora sin hacer ningún ruido. Se desplazaba igual que un felino al acecho.

—He oído que tienes un recado que darme —dijo la señora soltando el humo por la nariz.

—Sí señora —tartamudeó William—. El chef me ha dicho que va a comenzar lo que usted ya sabe y quiere saber cuándo va a asistir para poder empezar.

—Chicos —llamó la señora. Los dos hombres se asomaron— id y decidle a ese gordo francés que puede comenzar. Que tiene mi permiso. Yo bajaré más tarde.

—Señora no podemos dejarla sola —dijo el imberbe—. Cinqueminutes nos ordenó…

La señora Leechesberg hizo un gesto para que se marcharan.

—No va a pasar nada. Id y comed algo. Y recordad que hoy no es día para beber por mucho que os ofrezcan allí abajo. Ya tendréis tiempo a la vuelta. Ahora id. Es una orden.

—Sí señora —respondieron los dos dócilmente.

Los hombres salieron de la sala y William tras ellos.

—Espera muchacho —le llamó la señora—. Tengo que hablar contigo.

—Me dijeron que les diera su respuesta lo antes posible —dijo William.

—No te preocupes. Mis hombres avisarán a Dupont. Cierra la puerta.

Los hombres le miraron desde el pasillo al otro lado de la puerta. William se acercó para cerrarla y el barbudo le guiñó un ojo. No entendió muy bien aquello. La señora Leechesberg le hizo un gesto para que se sentara en el sofá junto a ella. De camino, William colocó un tapete verde que estaba tirado en el suelo. El desorden no era algo que estuviera bien visto en una funeraria.

—Qué chico tan ordenado —dijo la señora Leechesberg.

William se sentó en la mecedora. No recordaba haberse sentado nunca ahí. Aquella era la mecedora de su padre y solamente él se sentaba ahí.

—Siéntate en el sofá. No seas tímido.

—Sí señora.

William se sentó en el lado opuesto del sofá.

—¿Cómo te llamas muchacho?

—William, William Hardstone señora.

—Y dime William. ¿Tienes novia?

19

La sede de la Sociedad por la Moral y la Decencia no contaba con un balcón como el ayuntamiento. Así que si alguien quería ver la funeraria tenía que conformarse con subir al segundo piso y mirar por una estrecha ventana. Allí estaban todas las chicas de la sociedad amontonadas a oscuras frente a la ventana. Lo de apagar todas las luces era una medida de seguridad por si acaso eran descubiertas. La funeraria estaba suficientemente cerca para saber si una carreta iba o venía, pero no lo suficientemente cerca como para saber en qué se entretenía un grupo de cuatreros al amparo de la noche.

—¿Qué es lo que hacen ahora Rose?

En la oscuridad de aquella habitación las pocas privilegiadas que podían mirar tras la ventana tenían que imaginar qué estaba pasando en la funeraria. Por suerte habían encontrado un viejo catalejo hecho de latón y torpemente pintado. El reverendo lo había dejado como decoración en la entrada de la sede. Decía que había pertenecido a algún antepasado suyo que lo trajo desde Europa. Si aquella pieza de latón le sirvió para llegar desde tan lejos, podría servir de inspiración en la búsqueda de la moral y la decencia. Por muy buenas que fueran las intenciones del reverendo, las chicas nunca le habían encontrado utilidad alguna a aquel trasto. Rose siempre pensó que estaría hueco. Para su sorpresa estaba lleno de lentes y funcionaba perfectamente. O al menos era suficiente para ver con claridad a aquellos cuatreros.

—Lo mismo que hace un minuto. Dejad de preguntar —respondió Rose sin despegar el ojo del catalejo.

—¿Por qué no se han envenenado ya?

—Quizás no se han comido todavía las galletas —respondió alguien.

—No puede ser, yo les he visto comer galletas hace un buen rato. Antes incluso

de que empezaran a bailar —señaló otra.

—¿Cómo puedes haberlo visto si no has usado el catalejo?

—Una tiene experiencia con las galletas. Puedo distinguirlas a millas. Mis hijos saben que no pueden engañarme si han metido la mano en el tarro de las galletas —respondió orgullosa.

La fiesta frente a la funeraria no hacía más que animarse. Cada vez había más cuatreros bailando enfervorecidos. Había más gente frente a la funeraria que habitantes en todo Frigidton. Alguien aseguró haber visto a Clayton el trampero. El repertorio de la orquesta parecía no acabar nunca. Incluso tocaron algún vals. Nunca repetían dos canciones y el público estaba completamente entregado. Entre los números musicales intercalaban pequeños números teatrales que interpretaban los mismos músicos.

En uno los números un músico hacía de mudo. Por cómo habían decorado aquel improvisado escenario se podía intuir que aquello era un burdel. Sobre el escenario había cinco chicas sentadas que intentaban seducir al visitante. El mudo tenía que escoger a una chica. Se colocó frente a la primera y ésta no le convenció. Intentaba decirle algo a la chica sin que ella le entendiese. Tomó una trompeta y la rechazó con un estruendoso bufido. El público estalló a reír. La segunda chica fue descartada con un par de soplidos. La tercera con un desganado re sostenido. Pasó un tiempo frente a la cuarta. Tras rodearla acabó soplando unas cuantas notas dudosas. Pasó a la quinta chica con desgana. Se veía claramente que era uno de los músicos travestidos. No había nada de sutileza en el disfraz. Tenía una espesa barba negra y los brazos cubiertos de vello. La inspeccionó una y otra vez para divertimento del público sin llegar a decidirse. La candidata se levantó ligeramente las faldas dejando ver su pantorrilla peluda. El mudo sopló la trompeta con entusiasmo. Cuando la candidata se levantó todos pudieron ver que tenía el doble de tamaño que el mudo. El número terminó con el músico travestido sacando en brazos a su Romeo del escenario. El público aplaudió a rabiar.

—Hay que reconocer que son muy divertidos —dijo Rose.

—Pues no sé, no he podido verlo muy bien —se quejó alguien desde el fondo de la sala.

—Deberíamos contratarlos para la fiesta de la cosecha —sugirió alguien—. Seguro que sería mejor que ese violinista chepudo que traen todos los años. Además, siempre toca la misma canción y no se le entiende cuando canta.

—Pues yo prefiero al chepudo antes que un espectáculo con frescas y musicachos de burdel —dijeron desde una esquina.

—¿Por qué dices que son frescas?

—Está claro que son frescas. ¿Has visto esos escotes y cómo van pintadas? Por el amor de Dios que es un velatorio —varias voces estuvieron de acuerdo con aquella observación.

—La verdad es que no he podido ver tan bien la escena porque Rose no hace más que acaparar el catalejo —se quejó una.

Se armó cierto revuelo y se comenzaron a cruzar opiniones sobre lo divertido o no del espectáculo, sobre lo adecuado o no del mismo y sobre si aquellas chicas eran mujeres de moral distentida, frescas o simplemente putas. Se hicieron ciertas distinciones entre los diferentes matices entre una mujer de moral distendida y una fresca. Con el término puta no hubo discusión, todas estaban de acuerdo.

—No entiendo por qué no pasa nada —se lamentó Rose pasándole el catalejo a otra que lo agarró con entusiasmo.

—Quizás ese veneno no era suficientemente fuerte. Toutebeurre duró mucho tiempo y lo tomaba todos los días —puntualizó alguien desde algún punto indeterminado de la habitación—. Recuerdo que llegó a tener un tono amarillo. Pensábamos que se había vuelto del color de la mantequilla. Yo pensé que tenía bilirrubina como mi tío abuelo Sebastián que en gloria esté. Luego resultó ser el veneno. Una nunca deja de aprender.

—Pero hace horas que les llevamos las galletas y les hemos visto comerlas. Ya debería haber pasado algo —se lamentó Rose pasándose la mano por la cara.

—Un momento. Parece que pasa algo —dijo la que miraba por el catalejo—. Uno de los músicos ha salido corriendo. Parece como si…

—Qué, qué —insistieron todas a la vez amontonándose contra la ventana.

Hubo una pausa en la que se pudo escuchar a alguien luchar por respirar entre tanto apretón.

—Parece que va corriendo a hacer de vientre.

Se miraron unas a otras. O eso creyeron. La habitación estaba completamente a oscuras.

—¿Y cómo sabes que va a hacer de vientre a simple vista? —preguntó alguien.

—Corre igualito que mi padre cuando se pasa comiendo higos.

—Dios mío. Corre como alma que lleva el diablo. Debe de ser realmente una urgencia —dijo Rose—. Desde luego el resto se lo está pasando muy bien.

—Quizás sea otro de esos teatrillos —dijo alguien.

—O que simplemente tiene que ir a hacer de vientre.

—Puede ser. El caso es que siguen tocando —dijo Rose—. No parece que tenga nada que ver con las galletas.

Rose le pasó el catalejo a otra y se quedó pensativa mirando al techo. No podía verlo porque estaban a oscuras pero sabía que ahí había una mancha de humedad.

—¿Qué vamos a hacer si no pasa nada Rose? —preguntó alguien con angustia.

La pregunta trajo a Rose de vuelta.

—Pues no lo había pensado —dijo.

—Un momento —dijo quien miraba tras el catalejo—. Otro ha salido corriendo a hacer de vientre.

—¿Otro músico? —preguntaron varias a la vez.

—No. Juraría que es uno de esos que llevan poncho —respondió ajustando el catalejo entre risas—. Corre como alma que lleva el diablo.

—Dame eso —dijo Rose agarrando el catalejo.

Rose estuvo un rato mirando por el catalejo lanzando onomatopeyas. Entre cada oh y ah se descolocaba el catalejo y tenía que volver a ajustarlo.

—Rose por Dios dinos qué pasa.

—Está pasando algo —dijo con tono triunfal—. Hay unos cuantos tirados por el suelo. Otros han ido a ver qué les pasa. Hay uno que sale corriendo… Imagino que busca un lugar donde desahogarse.

Las chicas saltaron de alegría. Aquellos tipos tenían que salir escopetados buscando un baño. Las chicas tenían dudas de que aquellas galletas fueran las auténticas culpables de aquello. Pero teniendo en cuenta la evolución del plan no había tampoco mucho de lo que quejarse. Aquello había pasado de asesinar a simplemente producir una indisposición aguda de la que saldrían sin más secuelas que un mal recuerdo. Ver a todos aquellos tipos corriendo de un lado a otro buscando un excusado doblados por un dolor abdominal de origen desconocido merecía la pena.

—¿Y qué debemos hacer ahora?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rose.

—En algún momento buscarán al culpable.

Se hizo un silencio incómodo.

—No había pensado en eso —dijo Rose.

—Cuando se enteren que han sido nuestras galletas vendrán a por nosotras —apuntó alguien.

Hubo un silencio.

—Vendrán a por nosotras y nos matarán —gritó alguien.

El pánico se apoderó de las chicas. Los gritos de terror iban pasando de unas a otras. Algunas intentaron salir de la habitación sin mucho éxito. No pudieron más que chocarse en la oscuridad buscando la salida.

—¿Quién va a cuidar de mis hijos? —se lamentó alguien.

—Todavía podemos salir de aquí y escondernos —dijo alguien chocándose contra la pared.

—Eso, eso, vámonos de aquí.

Se escuchó a alguien rodar por el suelo.

—Silencio, silencio —gritó Rose agitando el catalejo en el aire sin mucho resultado. A fin de cuentas nadie lo podía ver.

Se escucharon dos detonaciones. Rose se asustó y el catalejo se le escurrió de los dedos cayendo al suelo.

—Ahhh se están disparando —se alarmó alguien.

—¿Rose qué ha pasado?

Rose palpó el suelo buscando el catalejo. Se había partido en tres trozos y estaba inservible. El cilindro más grande estaba aboyado y la lente se había hecho añicos.

—No lo sé. Se ha roto la lente —se lamentó Rose—. Pero parece que están corriendo en todas direcciones.

Se escuchó a la orquesta comenzar a tocar una alegre tonadilla. Parecía un pasacalles. Rose intentaba discernir qué es lo que pasaba. Pero no podía distinguir más que gente yendo de aquí para allá. Escuchar aquella música le tranquilizó. No parecía muy razonable que pusieran música a un tiroteo. Eran cuatreros, pero no estaban tan locos. Así que aquello tenía que haber sido otra cosa.

—Qué vamos a hacer ahora —preguntó alguien.

—¿Y si vienen a por nosotras? —gritó alguien desde una esquina provocando un tremendo revuelo—. Ya han empezado a dispararse entre ellos. ¿Qué les impide venir hasta aquí a por nosotras?

—Nadie va a venir aquí —intentó tranquilizar Rose—. Y nadie va a disparar a nadie.

—¿Pero y esos disparos?

—No creo que estén disparándose y tocando música a la vez. Esos ruidos pueden ser cualquier cosa —intentó tranquilizarlas.

Aquel razonamiento pareció calmar a las chicas.

—Pero y si vienen a buscarnos qué hacemos.

—Pues haremos lo de siempre, tomar té y jugar al bridge —dijo Rose.

20

Navaja sostenía en su mano algo que parecía una Quiche.

—Es una lástima que tengamos que estar aquí dentro. Ahí fuera se están corriendo una buena juerga —se lamentó.

Pera untaba torpemente unos picatostes con una gruesa capa de paté a las finas hierbas. O eso es lo que le entendió al camarero. Le resultaba difícil entender aquel acento. Por alguna extraña razón no conseguía untar el paté sin romper los picatostes.

—Tengo que decir que no me dan envidia esos cuatreros. Este paté es lo mejor que he comido en años —observó Pera.

Un camarero les ofreció más vino. Navaja acercó su copa y el camarero la llenó sin derramar ni una sola gota con un entrenado giro de muñeca. Navaja metió la nariz dentro de la copa y aspiró con suavidad. Era un vino rosado con un gusto frutal. O al menos eso habría sido la descripción si Navaja hubiese tenido la menor idea sobre vinos. Tras mojarse los labios y saborearlo ostentosamente vació la copa de un trago. Chascó la lengua contra el paladar con satisfacción.

—No sé qué están bebiendo ahí fuera pero seguro que no es mejor que este vino.

Pera acercó su copa al camarero. Éste descorchó otra botella y le sirvió otra copa con la misma elegancia con la que le había servido a Navaja. Sin dudarlo Pera vació la copa de un trago. Se quedó un rato asintiendo mirando su copa vacía.

—Ya te dije que aquí dentro no se está tan mal. El paraíso debe ser algo parecido a esto. Tiene que haber un montón de buena comida y el vino siempre está bueno. Aunque esto debe de ser algo más parecido al purgatorio. No hay forma de untar un picatoste sin llenarse de migas.

—Deberías usar una navaja. Esos cuchillos de untar sin filo no valen para nada.

—Por qué siempre consigues meter la palabra navaja en todas las conversaciones. El paté se unta con un cuchillo de untar. Se llama cuchillo de untar porque solo sirve para untar. No le hace falta filo. Y eso es lo que estoy haciendo —intentó extender el paté en un picatoste—. Lo que pasa es que este paté está demasiado duro.

Al terminar la frase el picatoste se hizo añicos y un trozo de paté acabó en su cara.

—Eso con una buena navaja no pasa.

Pera dejó caer los restos del picatoste al suelo y se limpió la cara con la manga de la camisa.

—Como vuelvas a decir la palabra navaja en los próximos diez minutos sabrás quién soy yo.

Navaja se metió un pedazo generoso de quiche en la boca.

—Te estás volviendo muy sensible —dijo con la boca llena.

En cuanto se corrió la voz de que había una carreta llena de whisky aparcada fuera el trabajo de Pera y Navaja se volvió mucho más fácil. Buena parte del velatorio fue a recibir aquel regalo con gran entusiasmo. Otra buena parte salió cuando llegó la orquesta. Los que quedaron en el velatorio eran posiblemente las personas formales o los que tenían más hambre. Una mezcla de nuevos ricos de Sincinaty, sus señoras y unos tipos trajeados con profesiones no muy bien definidas. Todos ellos eran mucho más fáciles de controlar que aquellos cuatreros. Además, los cuatreros no están acostumbrados a estar entre cuatro paredes. Se estresan. El aire de la calle les iba mucho mejor. La algarabía que había fuera era un síntoma de ello.

La cantidad de platos que había servido el chef Dupont era abrumadora. Tan abrumadora era la cantidad como sus nombres. Pera y Navaja habían empezado por la sección de canapés y tenían que leer los carteles para saber qué estaban comiendo. En muchas ocasiones sólo conseguían juntar las sílabas de las palabras sin llegar a saber qué se metían en la boca. ¿Qué clase de animal era un

fenogreco indio? Allí donde acababan los canapés había un tipo de pie junto a un artefacto plateado sujeto a la mesa. Cuando Navaja le preguntó qué era aquello, el tipo le respondió que era una prensa para preparar canard a la presse. Si quería un plato no tenía más que pedirlo. Navaja le respondió que quizás más tarde. No tenía ni idea qué era un canard a la presse pero sonaba muy elegante. Pera había perdido la cuenta de cuántos canapés había comido aunque podía asegurar que habría matado por todos y cada uno de ellos. Se movía por la mesa con un algoritmo infalible: canapé sin probar, canapé que había que probar. Cuando creía que ya no podía sorprenderse llegó a unos con forma de galleta. Pensó que era algún tipo de invento culinario. Seguramente que al morderlo tendría una pasta de ese fenogreco con sal del Himalaya y panceta de ciervo.

Un camarero apareció para llevarse el plato pidiendo disculpas. Ese no era el sitio de las galletas. De forma automática tomó el plato por un extremo para llevárselo. No pudo. Pera agarró el plato por el otro extremo. El camarero volvió a insistir sin ningún éxito. Levantó la mirada molesto con la intención de reprender a quien le impedía llevarse el plato. Cuando vio quién estaba al otro lado, se disculpó y desapareció.

Pera dio un tímido bocado a una de aquellos canapés-galleta. Sintió algo de decepción al darse cuenta de que efectivamente eran galletas. Eran crujientes, sabrosas y tenían un no se qué que te invitaba a seguir comiendo.

—Deberías probar estas galletas. Saben igualitas a las que hacía mi madre —le dijo a Navaja.

—¿No es un poco extraño comer galletas con los entrantes?

—Esta gente sabe lo que se hace. Deben de ser tendencias culinarias —dijo Pera con la boca llena de galletas.

Navaja ensartó una galleta y la levantó a la altura de los ojos. La giró para inspeccionarla. La olisqueó un poco y se la llevó a la boca. Más que masticarla, la rumió. Por el gesto de su cara se podía intuir que aquella galleta era de su agrado. Y esto era mucho decir. Navaja era completamente inexpresivo. La única vez que alguien pudo verle emocionado fue cuando consiguió cortar una mosca por la mitad en pleno vuelo con su navaja.

—Creo que son las mejores galletas que he probado nunca —levantó otra galleta en el aire mirándola detenidamente—. Estas galletas tienen algo que hace que quieras comer más.

—Te lo dije. Si uno se encuentra un placer inesperado no tiene por qué rechazarlo. ¿Qué más da que se coman galletas con los entrantes? Además, ¿quién ha dicho que las galletas sean un postre y no un entrante?

Un puñado de migas salieron disparadas de la boca de Pera mientras hablaba.

—Me estás llenando de migas.

—Perdone usted su majestad —dijo Pera haciendo una reverencia.

Navaja se sacudió las migas del chaleco utilizando el filo de su querida arma. Cuando terminó ensartó otra galleta con un acrobático gesto y se la llevó a la boca.

—Es que no puedes estar un minuto sin usar esa puta cosa —dijo Pera levantando la voz—. Las galletas se cogen con la mano. Con la puta mano.

—Deberías relajarte.

Pera se estiró las solapas de la chaqueta con un gesto sosegado. Terminó de masticar el último puñado de galletas que se había metido en la boca y las tragó haciendo ruido.

—Perdón. Estoy algo nervioso —dijo Pera.

—No veo por qué. Todos esos cuatreros están ahí fuera ocupados con el whisky y la música. Y estamos comiendo lo mejor de lo mejor rodeados de la mejor gente de Sincinaty.

—Es que todo esto es muy raro. ¿No crees?

—¿A qué te refieres? —preguntó Navaja.

—Mira a tu alrededor. ¿Qué hacemos en este pueblo de mala muerte? El jefe está ahí muerto encima de una mesa. El mejicano y el larguilucho andan por aquí

y no nos han disparado ni una vez. Y luego está toda esta comida. ¿Cuándo has visto gente comiendo al lado de un muerto? Ni siquiera lo han metido en un ataúd.

Navaja le miraba mientras masticaba otra galleta.

—Además el jefe era judío. ¿No deberíamos haberle llevado a una iglesia para judíos o algo así?

Navaja se encogió de hombros.

—¿Pero sabes lo que me parece más increíble? —hizo una pausa sin esperar la respuesta de Navaja—. Lo que me parece más increíble son estas galletas. No es posible que exista algo tan rico. Acabaría con toda la bandeja y pediría otra.

Agarró otra de aquellas galletas y la engulló sin apenas masticar.

—Me tomaría un café con estas galletas. Aunque no sé si mezclar el café con todos esos canapés es una buena idea. No quisiera que me sentara algo mal… Qué demonios. Voy a buscar algo de café. ¿Dónde está el tipo que sirve los cafés? —preguntó Pera.

Navaja desenfundó a su afilada amiga y apuntó hacia uno de los camareros. El gesto fue tan rápido que Pera solo pudo ver el filo de la navaja frente a sus ojos.

—Joder. ¿Qué coño haces?

—Señalar donde está el café —respondió Navaja.

—Pero usa la mano joder. Señala con el dedo. Usa el puto dedo —Pera se llevó la mano al pecho para tranquilizarse—. Casi me matas del susto imbécil.

—Tranquilo estaba todo controlado. Por algo me llaman Navaja.

—Siempre das la misma respuesta. ¿Nunca le has sacado un ojo a alguien con eso sin querer?

—Sin querer nunca —sonrió Navaja.

—Dios. Cualquier día le clavarás esa cosa a alguien de la forma más absurda. Aprende a comportarte como un ser humano joder. Usa las manos. Que no estás solo en la orilla del rio Turbio pescando truchas. Aquí hay más gente.

Navaja guardó el filo con una sola mano mientras metía la mano en el bolsillo. Lo hacía con tal tranquilidad que parecía algo fácil. No lo era en absoluto.

—Sigo diciendo que deberías relajarte y disfrutar. Estás muy tenso —dijo Navaja cogiendo otra galleta.

—Creo que necesito un café.

Pera fue hasta un camarero con la idea de que le sirviera un café. El camarero le ofreció tantas variedades que no supo cual elegir. Tuvo que confirmarle que únicamente quería un café a lo que el camarero le ofreció un etíope de cuerpo intenso y matices arbóreos. Lo que sea, pero con leche fue su respuesta.

Para cuando volvió al lado de Navaja, éste estaba dando buena cuenta de un bloque de paté. A diferencia de Pera, Navaja conseguía untar los picatostes sin romperlos.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo consigues que no se rompan los picatostes?

—El secreto está en usar buenos utensilios. Te dije que ese cuchillo de untar no valía para esto —dijo orgulloso luciendo su navaja.

Pera se dispuso a dar un buen trago a su café. Cuando acercó los labios pudo notar que aquello estaba caliente. Muy caliente. Aun así, estiró los labios con precaución y sorbió. El poco café que tragó fue suficiente para quemarle la boca y abrirse paso abrasando todo mientras bajaba por su pecho. Le quitó un vaso de agua a uno de los camareros que pasaba por ahí. Vació el vaso de un trago y comenzó a abanicarse la lengua con la mano.

—Ese café estaba caliente como el infierno. Si así es como toman el café en Etiopía no pienso ir nunca por allí.

—Deberías haber removido el café con una cucharilla. Cuando metes la cucharilla el café se enfría. Yo utilizo mi nava…

Pera se apoyó en la mesa. El sudor le caía a goterones por la nariz. Alcanzó otro vaso de agua y derramó la mitad al beber.

—¿Estás bien? —le preguntó Navaja.

Pera no respondió. Se pasó la mano por la cara y luego se secó la mano con el mantel. Navaja volvió a insistir.

—Creo que tengo que ir al baño.

—Ya te dije que no era buena idea mezclar entrantes y postres.

Pera se enderezó con cierta dificultad. Arrancó con paso errático. Fue hasta la salida haciendo eses. La gente se apartaba a su paso para evitar chocarse. Navaja le perdió de vista cuando salió por la puerta. Parecía que hubiese preparado su salida porque salió justo en el mismo momento que la orquesta comenzó a tocar un pasacalles.

—Esta gente con estómagos delicados siempre haciendo mezclas imposibles —reflexionó Navaja en alto llevándose a la boca otra porción de quiche.

Fuera la música paró y se escucharon gritos. La gente salió para ver qué es lo que había pasado. Navaja se dirigió a la salida apartando a todo el que se le cruzaba. Fuera vio a Pera en el suelo bocabajo y tres cuatreros a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a uno de los cuatreros.

—Pasó por aquí y cayó a plomo —dijo un cuatrero imitando la caída de un árbol con las manos.

Le dieron la vuelta. Tenía la mirada perdida y un color pálido amarillento. La arena se le había pegado a la cara con el sudor. Navaja lo llamó y le dio un par de palmadas en la cara para traerlo de vuelta. Le agitó con intensidad para que reaccionase. Cuando le puso los dedos en la yugular no encontró pulso. Le puso los dedos bajo la nariz. No respiraba.

—Menuda cogorza se ha agarrado ese —rió un cuatrero.

—Imbécil —le gritó otro—. Tú si que estás borracho. ¿No ves que ese tipo está fiambre?

Navaja examinó a Pera por si alguno de aquellos indeseables lo había apuñalado o disparado. No había sangre por ninguna parte. Volvió a tomarle el pulso sin éxito.

—Me pido su reloj. Ya no le va a hacer falta ver la hora —dijo un cuatrero echando mano al bolsillo de Pera.

En lo que aquel cuatrero tardó en pestañear, la mano de Navaja sostenía el brillante e inmaculado filo de su arma favorita contra su cuello.

—Adelante —dijo Navaja.

Se escuchó desenfundar a un número indeterminado de cuatreros. Y todos apuntaban a Navaja con sus revólveres.

—A lo mejor sí que le hace falta el reloj —se retractó el cuatrero retirando la mano lentamente.

Navaja guardó su arma con un rápido movimiento. Los cuatreros hicieron lo mismo con sus armas.

—Este hombre no está muerto. Solamente está muy borracho —dijo Navaja—. Y me lo voy a llevar a la parte de atrás para que le dé el aire y se le pase la borrachera. Y tú me vas a ayudar —dijo señalando al ladrón de relojes.

Entre Navaja y el cuatrero agarraron a Pera de las manos y los pies. Era más liviano de lo que cabía esperar.

—¿Y por qué ha parado la música? Que siga la fiesta —gritó Navaja.

El violinista se arrancó con un acelerado pasacalles y los cuatreros salieron corriendo a buscar alguien con quien bailar. Los menos afortunados, o quizás los más borrachos acabaron bailando con otros en su mismo estado.

Navaja y el cuatrero llevaron con paso torpe a Pera a la parta de atrás. Aunque no pesaba mucho, dar la vuelta al edificio llevando en volandas a un hombre era

cansado. Cuando llegaron junto a la puerta trasera de la funeraria, dejaron a Pera en el suelo con cuidado de no golpearle la cabeza.

—¿Seguro que este tipo no está muerto? No se ha movido nada con lo que le hemos meneado —preguntó el cuatrero a Navaja.

—Lo que pasa es que ha mezclado y tiene el sueño profundo.

—Yo siempre digo que no hay que mezclar. Si uno bebe whisky pues solo hay que beber whisky. Y lo mismo con la cerveza y el vino. No soy farmacéutico, pero seguro que esas cosas se transforman en el estómago. Y lo sé porque al día siguiente cuando uno va a mear, aquello es completamente diferente de lo que has bebi…

La mirada de Navaja detuvo aquel discurso.

—Bueno. Dormido o muerto él se pierde la fiesta. Ahí te quedas amigo.

Se colocó los pantalones y volvió haciendo eses por donde había venido.

Navaja volvió a tomar el pulso en el cuello a Pera. Le puso el dedo bajo la nariz por si acaso estuviera respirando. Nada. Habría jurado que seguía sudando. Pero estaba claro que no había nada que hacer. Estaba muerto. Le levantó un párpado. Tenía el ojo de un color amarillo y estaba inyectado en sangre. Escuchó algo moverse tras un arbusto cercano.

—¿Quién anda ahí? —preguntó echando mano a su navaja.

Tras el matorral salió un cuatrero subiéndose los pantalones.

—Solo soy un hombre con una urgencia —respondió con cierta incomodidad en la voz.

El tipo se acercó subiéndose los pantalones. Estaba empapado en sudor y apestaba a whisky del malo.

—Yo no sé qué me ha pasado, pero llevo una hora detrás de los arbustos —dijo con la mano en el vientre—. Comida y bebida gratis me dijeron. Los mejores

cocineros de Francia y un montón de chicas. Demasido bueno para creer. Alguna pega tenía que haber.

Hacía esfuerzos por estirarse. Debía llevar mucho tiempo en cuclillas. Cuando por fin se estiró le crujió la espalda. Se quedó mirando a Pera tendido en el suelo.

—A tu amigo se le ha ido la mano con el whisky por lo que veo. Y se le debe de haber ido mucho porque está bien pálido. Esa resaca le va a durar tres días por lo menos. Dicen que el caldo de pollo ayuda a pasar la resaca.

—Le hacía falta dormir. ¿Por qué no vuelves a la fiesta? —preguntó Navaja.

—En cuanto vuelva esos cabrones se reirán de mí. Tuve que salir corriendo como alma que lleva el diablo. Jamás me había pasado algo igual. Era como si un dique tuviera un agujerito y al segundo estuviese lleno de grietas y a punto de estallar. No sé si sabes a lo que me refiero.

Navaja asintió.

—Estoy seguro que ha sido ese vino.

—Pensé que ahí fuera estaban bebiendo whisky —dijo Navaja.

—¿Para qué beber whisky habiendo vino? Además ese whisky tenía pinta de estar destilado por Dios sabe quién en Dios sabe qué alambique. Había un par de botellas de un vino extranjero. Yo no sé leer, pero claramente aquello no era de por aquí. Dicen que los vinos extranjeros son los mejores. Y así debe ser si se busca un desatascador para las tripas. Seguro que ahí dentro están bebiendo un vino como Dios manda. Siempre hubo clases. Y ahora si me disculpas debo volver a mis cosas.

Hizo un gesto a modo de saludo con su sombrero y salió corriendo en dirección a los arbustos. Iba dando saltitos mientras se aflojaba una cuerda que hacía las funciones de cinturón. Se agachó tras los arbustos y desapareció en la oscuridad. Navaja le perdió de vista pero pudo oírle alabar al altísimo en la oscuridad.

Navaja se quedó un rato en cuclillas junto a Pera. Volvió a ponerle la mano en el cuello buscando pulso. Era inútil, estaba bien pálido y bien muerto. En sus largas

conversaciones sobre lo duro de su trabajo habían hablado muchas veces sobre cómo terminarían sus días. Ser el guardaespaldas de un tipo como Leechesberg no era uno de esos trabajos que terminan con una tranquila jubilación en una cabaña junto a un hermoso lago. Los dos estaban de acuerdo que cualquier día alguien les cortaría el cuello mientras dormían, o les dispararían por la espalda, o simplemente cogerían una sífilis. Había visto morir a muchos hombres de muchas formas distintas, pero aquello le dejó descolocado. ¿Qué mierda de muerte era esa? ¿Canapés, galletas y vino? Pera tenía razón cuando dijo que todo aquello era una locura. Sacó su navaja del bolsillo. Cuando la abrió pudo ver la luna reflejada en el filo. No sabía muy bien qué era lo que estaba pasando pero tenía algo claro: aquella cuchilla iba a tener trabajo. A fin de cuentas, por algo le llamaban Navaja.

21

Cuando el padre de William volvió a la sala del velatorio creyó estar presenciando una bacanal romana. Mesas repletas de comida alrededor de las cuales pululaba un nutrido grupo de estirados camareros, pinches de cocina, una heterogénea comparsa de hombres gordos vestidos como banqueros y señoritas con ceñidos corpiños junto a una patulea de cuatreros con la cara llena de cicatrices. Todos comían y bebían con un cierto orden mientras en la calle había un tremendo escándalo amenizado por una orquesta.

Había anotado sus honorarios con minucioso detalle en cinco folios repletos de números. Había doblado los cinco folios y los había metido dentro de un sobre como solía hacer. Llevaba el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta y sentía que le quemaba. Le habría dado el sobre a cualquiera de la familia del difunto, pero aquello no parecía factible. Ni siquiera sabía dónde estaba la viuda. Pensó que lo más sensato era darle la factura al sheriff. A fin de cuentas él representaba a la autoridad. El tenía poder para hacer que le pagasen sus honorarios. Y ya iba siendo hora de que alguien le pagase algo. Dadas las molestias, era justo que cobrase por adelantado.

No encontró al sheriff en la comisaría. La puerta estaba cerrada y todo lo que pudo ver por los cristales fue mucho desorden. Parecía que hubiesen entrado unos ladrones y hubiesen revuelto todo buscando algo de valor. Tampoco pudo encontrar al ayudante del sheriff. Sabía dónde vivía, pero decidió no ir a buscarle, aquel tipo tenía fama de haber sido un borracho. Se imaginó interrumpiendo el ritual diario de aquel alcohólico y se vio con la cabeza abierta de un botellazo.

Estaba claro que ya no tenía el control de su funeraria. El sheriff no estaba para ejercer su autoridad, aunque a decir verdad, no tenía muchas esperanzas de que pudiera hacer algo. Se imaginaba a los cuatreros prendiendo fuego a su negocio mientras cabalgaban en círculos alrededor de las llamas. Quizás lo mejor era

rendirse ante lo evidente. Su negocio estaba a merced de aquellos cuatreros. Aunque al verlos comer, beber, reír y bailar sus preocupaciones habían menguado. No parecía que tuvieran ganas de quemar cosas. En todo caso ya se estaban quemando la garganta con lo que estaban bebiendo.

Como un rayo pasó por su cabeza la cara de William. ¿Dónde estaba su hijo? Era un chico sensato, pero en aquellas circunstancias podía acabar haciéndose amigo de cualquier cuatrero y comenzar una vida de crimen, noches al raso y robo de ganado. Estaba claro que eso eran imaginaciones suyas, pero la imaginación es un arma poderosa. Seguramente estaría recluído en la planta de arriba. O quizás se había infiltrado en la cocina de esos franceses buscando algo para comer. Le pareció lógico comenzar su búsqueda por las cocinas. Cruzó la sala con la intención de entrar en el patio trasero. Tuvo que esquivar a varios camareros que le ofrecían vino. Los ignoró a todos, pero sin saber cómo, acabó con una copa de vino en la mano.

Cuando estaba a tres pasos de salir por la puerta un tipo le cortó el paso. Era más bien rechoncho y lucía un ridículo bigotito engominado. Estaba embutido en un traje con un corte que lucía demasiado sofisticado para un tipo como él.

—Permítame que me presente. Soy Albert Gandolfini, dueño de la funeraria Gandolfini de Sincinaty.

El Padre de William hizo un gesto para seguir adelante pero aquel hombre le bloqueaba el paso y lo retenía estrechándole la mano enérgicamente.

—Me entusiasma cómo ha conseguido transformar algo tan monótono y aburrido como un velatorio en una gran celebración. Es usted un genio. ¿Por qué siempre ese aire tan pesado y aburrido? Siempre intentando vender lo mismo. Que si una celebración íntima. Que si un lujoso ataúd. Pero usted le ha dado una vuelta de tuerca a nuestro noble oficio celebrando estas magníficas fiestas. Basta de mojigatas plañideras y bienvenidas sean estas hermosas señoritas —siguió con la vista a una joven rubia con un ceñido corpiño—. Buena comida, buena bebida. Incluso ha instalado una cocina con cocineros europeos —se llevó a la boca un canapé sacado de ninguna parte y lo engulló extasiado—. Y la comida. ¡Qué decir de la comida! Y las cantidades… Qué abundancia. ¿Por qué privarse y por qué privar a los demás si uno ya está muerto? El día que yo muera, Dios

quiera que tarde en llegar, desearía que mi funeral fuese la mitad de divertido que este.

—Gracias —respondió el padre de William intentando avanzar.

—Además su funeraria, —un puñado de migas salieron disparadas de la boca de Gandolfini— es encantadora. Es un espacio grande, donde puede entrar toda esta gente y todavía se respira intimidad —el padre de William ignoró completamente aquello—. Y este pueblo está lo suficientemente alejado de la mano de Dios como para que a nadie le importe el escándalo que esos de ahí fuera están montando. Y menos todavía a ningún agente de la ley.

El padre de William le hizo un gesto con la copa de vino intentando abrirse paso, pero Gandolfini se lo impedía con su entusiasmo.

—Usted sí que tiene visión de futuro. No más viudas plañideras, tristeza y penuria. Alegría es lo que hace falta. Alegría. Usted debe haber visto los funerales de Nueva Orleans. Eso sí que es un espectáculo. Un féretro seguido por una banda de negros tocando alegres melodías. Así da gusto ir a un entierro. Pero usted amigo mío —agarró al padre de William por ambos brazos— ha rizado el rizo, ha mejorado lo inmejorable, ha engrandecido este oficio nuestro. Tiene que contarme cómo ha conseguido convencer a las autoridades.

—Pues el caso…

—Oh ya entiendo —interrumpió Gandolfini— hay mucho que contar. No hace falta que me lo cuente usted ahora. Usted y yo tenemos mucho de que hablar. Deberíamos asociarnos. Podemos hacer grandes negocios juntos. Sincinaty es una ciudad grande. Allí muere mucha gente todos los días. El negocio va a toda vela. Y además desde que tenemos nuevos ricos la cosa no ha hecho más que mejorar. Son gente extravagante y no les importa gastarse el dinero en lo que sea. En lo que sea. Con decirle que uno de ellos me encargó un ataúd de oro. Le advertí que profanarían su tumba después de muerto. ¿Y sabe lo que me respondió? Que eso era lo mismo que le pasaba a los faraones. Le aseguro que esa gente gasta dinero en lo que sea. En lo que sea. Tenga mi tarjeta.

Antes de poder reaccionar, Gandolfini estaba estrechando la mano del padre de William con ambas manos y le había metido su tarjeta en el bolsillo de la

chaqueta.

—No quisiera molestarle más. Me imagino lo muy ocupado que debe de estar usted ahora mismo.

El padre de William permaneció un momento allí de pie estrechando la mano al aire antes de darse cuenta de que Gandolfini se había marchado. Sacó del bolsillo delantero de su chaqueta la tarjeta que le había dejado. Robert Gandolfini, responsable de sepelios y actos fúnebres rezaba la tarjeta entre filigranas florales. Le trajo de vuelta a la realidad un camarero que le ofrecía más vino. Le dejó la copa de vino en la bandeja y volvió a intentar abrirse paso hacia la cocina. Esquivó a otro par de camareros y a una señorita que le miró inquisitiva antes de echarse a un lado. Para cuando llegó al umbral de la puerta fue arrollado entre disculpas por una legión de camareros. Desfilaban con el mismo paso y cada uno llevaba una botella de champán.

Cuando el último camarero entró en la sala intentó cruzar el umbral pero se topó de frente con el chef Dupont.

—Señor Hardstone —exclamó con satisfacción Dupont.

—Si me permite pasar, estoy buscando a mi hijo.

Dupont pasó su rechoncho brazo por encima del padre de William.

—Pero no se vaya hombre. No ahora. Es el momento del brindis a la salud del señor Leechesberg. No se preocupe por su muchacho. Yo mismo le mandé a buscar a la señora Leechesberg.

—Pues iré a buscarle entonces —dijo el padre de William agobiado bajo el rechoncho brazo de Dupont.

—No se preocupe ahora mismo bajará junto con la señora. No pueden tardar mucho. Y con las molestias que le estamos ocasionando me dolería que no pudiera disfrutar en primera fila de un brindis tan especial. Tiene que quedarse a probar este caldo. Le aseguro que no ha probado ni probará nada igual en su vida.

—Pensé que habían confiscado todas las bebidas.

El padre de William se retorcía intentando escabullirse del brazo de Dupont sin mucho éxito.

—El alcalde es un hombre muy comprensivo y convenció al sheriff para que devolviese todas las botellas. Alguna se perdió por el camino —hizo un gesto sugiriendo sustracciones indebidas— pero tenemos vino y champán para todos. Incluso el alcalde nos cedió unas cuantas botellas de whisky para compensarnos. Seguro que es un whisky horrible y de ninguna manera pienso servirlo. Pero los de ahí fuera parecen estar disfrutándolo. Tiene que probar este champán. Le aseguro que es posiblemente el mejor zumo que ha salido de una uva. El señor Leechesberg era un sommelier muy exigente. Se gastó una fortuna en comprar y embotellar esta cosecha especialmente para él. Y todo únicamente para que sus amigos brindaran por él el dia que ya no estuviera entre nosotros. Hemos perdido a un gran hombre.

Dupont tenía los ojos llenos de lágrimas. Con la mirada perdida en el techo intentó que la gravedad no empujase esas lágrimas mejilla abajo. Se acercó a una mesa arrastrando al padre de William bajo su brazo. Los camareros estaban colocando las botellas una junto a la otra. Llevaban una vara de madera para colocar todas a la misma distancia. El padre de William aprovechó un momento de debilidad de Dupont para librarse de su brazo. Le daba un calor insoportable.

—¿No es hermoso? —preguntó Dupont.

—¿El qué?

—Todo esto. La mejor comida, los mejores camareros, los mejores cocineros, la mejor champagne que haya conocido este país. Todo para rendir homenaje a un gran hombre —Dupont se giró para poder ver al difunto tras un montón de mesas llenas de comida y camareros—. El mundo ha perdido a uno de los mejores anfitriones que han existido.

El padre de William se ahuecó el cuello de la camisa. Tenía los hombros empadados de sudor.

—¿Dónde está la señora Leechesberg? Quiero hablar con ella.

—Estará aquí en un minuto. Además, no podemos comenzar sin ella. Y ahora si me disculpa, debo asegurarme que todo esté dispuesto para cuando llegue la señora.

El padre de William pensó que seguramente Cinqueminutes sabía dónde estaba William. Pero no le había visto por ninguna parte. Le pareció extraño. Aquel tipo con sus gafas ahumadas parecía el tipo de esclavo que jamás se separa de su señor. Esperaba que estuviera ahí junto a Leechesberg como había estado todo el tiempo. Pero no estaba. Quizás estaba con William en alguna parte de la funeraria. Mientras pensaba todo esto, William apareció.

—William, hijo estaba buscándote. No he podido encontrar al sheriff ni a su ayudante. Y al volver me encuen… ¿Y tú de dónde vienes que tienes esa cara de bobalicón y la camisa empadada?

William parecía algo desorientado y estaba un poco pálido. Le brillaba la barbilla y estaba completamente despeinado. Echó un vistazo alrededor sin llegar a procesar lo que estaba viendo. Tenía la mirada perdida como si acabase de llegar de una tierra lejana tras un largo viaje en barco. Ahora que el barco había llegado a tierra se planteaba cuándo volvería a zarpar. Podía ver a toda aquella gente dando vueltas de aquí para allá, pero no parecía entusiasmarle mucho lo que veía. Dejó su ensoñación cuando su padre le zarandeó de un brazo.

—Dupont me dijo que avisara a la señora Leechesberg para que bajase a no se qué de un vino.

—¿Y cómo demonios te has empapado la camisa de esa forma?

—Lamien… bebiendo… bebiendo agua —dijo.

—Si esto fuera un velatorio como Dios manda, te diría que te fueras ahora mismo a cambiar de camisa y a lavarte. Apestas a sudor. Pero no eres el único que está empapado —señaló a un tipo que dormía en una silla con la chaqueta bañada en vino— ni eres el único que está sudando con este calor infernal.

William agachó la cabeza con una plomiza sensación de vergüenza. Siempre había que dar el mejor servicio y estar decente para atender un velatorio.

—Quiero hablar con la señora Leechesberg o con ese Sanminús o con quien sea

para saber cuándo se van a llevar de aquí al fiambre.

William tuvo un escalofrío que le puso de punta todos y cada uno de los pelos de su cuerpo. Jamás había oído a su padre llamar fiambre a un difunto. Ni siquiera llamarlos por su nombre de pila. Siempre había sido muy respetuoso. Ante todo su padre era un profesional. Muy profesional. Aquello solo podía indicar una cosa: estaba muy enfadado. Muy, muy enfadado. Como cuando tuvo que enterrar a todos aquellos soldados y luego el ejército no le pagó ni un centavo. Al día siguiente encontraron a su padre con una carreta llena de cartuchos de dinamita camino del fuerte. Hicieron falta seis hombres para reducirle.

Todo parecía indicar que su padre estaba pasando por las mismas etapas: falta de respeto a los muertos, blasfemia, vuelta a la calma, reflexión y finalmente carreta con dinamita.

—¿Está bien padre?

—Perfectamente hijo. Solo quiero saber cuándo demonios se va a marchar toda esta gente. Y cuándo demonios se me va a pagar.

A William le pareció ver un pequeño tic en el ojo derecho de su padre.

—No les puede quedar mucho. Quieren brindar por el difunto, eso quiere decir que ya se va a terminar todo esto —intentó tranquilizarle William—. Además no puede haber comida y bebida para siempre.

—Amigos, amigos —llamó Dupont a los presentes—. Coman y beban amigos, no sean tímidos así lo quería el señor Leechesberg. Celebremos su vida y obra como él siempre quiso. Los mejores manjares y los mejores caldos. Y todo en abundancia. Aquí hay comida para una eternidad.

Hubo aplausos, vítores y vivas al difunto.

—Bueno quizás tengan mucha comida, pero estos tipos parecen comer mucho. Y no hay que olvidar a todos los cuatreros que hay ahí fuera. No creo que puedan dar de comer a todos. ¿Verdad? —dijo William con una estúpida sonrisa.

Su padre tenía la mirada perdida en algún punto del espacio. Un tic le hizo cerrar el ojo derecho un par de veces.

La señora Leechesberg entró en la sala con la correspondiente ovación de los allí reunidos. Vestía un riguroso vestido de luto. Desde la distancia aquel vestido ya despuntaba elegancia. No hacía falta ser un experto sastre para saber que debía de estar hecho con los mejores materiales que un hombre podía comprar. Era un vestido ceñido que remarcaba su perfecta silueta. Una silueta que fue muy comentada por los presentes. Un fino velo negro sujeto a un tocado con forma de flor le tapaba parte de la cara. Entró acompañada por sus hombres, que abrían paso a ambos lados para que nadie se acercase demasiado. Alguien dijo que aquello era como ver a Roxana velar el cuerpo de Alejandro Magno. Otro respondió que no sabía quienes eran esas gentes, que no era de aquel pueblo.

Se acercó hasta la mesa donde descansaba el cuerpo de Leechesberg bajo la mirada de los presentes. El silencio fue sepulcral. Se podía escuchar tranquilamente el vuelo de las moscas. Incluso la orquesta paró de tocar. La señora Leechesberg besó a su marido en la frente. Volvió hacia los asistentes con gesto imperturbable.

—Chef Dupont —llamó la señora Leechesberg bajo la atenta mirada de todos—. Que comience el brindis.

El júbilo estalló en la sala y los camareros comenzaron a descorchar botellas de champán con una melodía de carbónicas explosiones. Derramarron el contenido de las botellas en torres de copas a modo de fuentes. Cuando las copas estuvieron llenas fueron repartiendo una a cada uno de los allí presentes. En cinco minutos todo el mundo tenía su copa de champán en la mano. Alguno no pudo esperar a probarlo y se pudo oír alguna oda a aquel caldo seguida por una alegre alabanza envuelta en blasfemia.

El chef Dupont se acercó a la señora Leechesberg con una botella sin abrir y una copa. Aquella botella era diferente al resto.

—Señora como usted bien sabe su marido era una persona con un refinado gusto por la comida —muchos asintieron—. Entre sus deseos estaba que su familia y amigos pudieran despedirle con el mejor sabor de boca posible. Y muy especialmente usted. Una botella como esta —alzó la botella para que la vieran — estuvo en la mesa del gran Napoleón Bonaparte. Mi señora, bebed este caldo para sentiros como una auténtica emperatriz.

Aquel despliegue de grandeza dejó a todos boquiabiertos. En la sala había una botella como las que habían descorchado para el gran Napoleón. Esó sí que era grandeza. Aunque no tenían muy claro quién era Napoleón. Seguramente otro ricachón extravagante de Sincinaty. Aquello era claramente una muestra de amor post mortem y un tremendo derroche de dinero. Uno de los camareros acercó un sable al chef Dupont. Éste lo sujetó firmemente y deslizó el filo por el cuello de la botella descorchándola impecablemente. Llenó una copa para la señora Leechesberg y se apartó entre aplausos.

La señora Leechesberg alzó su copa seguida por todos.

—¡Por Jeremy!

Por Jeremy repitieron todos vaciando sus copas. Aquel champán era lo más elegante que se podía beber. Floral en su concepción, con un intermedio dulce y un final poderoso que llegaba a la nariz lo describió alguien. Alguno se santiguó pensando que aquel divino sabor era con total seguridad pecaminoso. Otros confirmaron que tras haber probado aquello, morirse no era algo tan malo. Pero donde todos estuvieron de acuerdo fue en rellenar sus copas.

—Amigos coman, beban y disfruten a la salud del señor Leechesberg —animó Dupont entusiasmado—. Que nadie se vaya mientras quede algo que beber o comer. Tenemos comida y bebida para una eternidad. Disfruten, disfruten.

La señora Leechesberg salió de la sala entre aplausos, vítores y ovaciones al difunto anfitrión y a su viuda. La orquesta volvió a tocar mientras los camareros servían más champán a todo el velatorio.

El padre de William estaba allí de pie absorto con su copa de champán en la mano.

—¿Ha dicho que hay comida para una eternidad? —preguntó al aire.

—Sí eso ha dicho —respondió William.

El padre de William no pareció escucharle. Se llevó su copa a los labios y antes de que el líquido le rozase paró en seco. Repitió la misma pregunta. William le respondió lo mismo. Se quedó mirando a la señora Leechesberg salir del

velatorio. Le dio su copa al primero que pasó a su lado. Éste se lo agradeció y vació la copa de un trago dándole las gracias.

—Así que no se van a ir de aquí —dijo el padre de William entre dientes.

—No es eso lo que ha dicho padre. Ha dicho que…

—He oído perfectamente lo que ha dicho. Que no se vaya nadie hasta que no se acabe toda la comida y la bebida.

William miró a su padre con cierta congoja cuando notó que los tics del lado derecho habían incrementado su frecuencia. Ahora parecía un metrónomo marcando un trece por ocho a toda velocidad.

—Yo creo que se irán pronto porque…

William no pudo oír su frase terminar. Los pulmones de su padre se deshincharon con la misma fuerza que lo haría una gaita pisada por un elefante. De su boca salió una blasfemia que unía conceptos tan dispares como corte celestial, vino, culo y gordo acompañados de varios adjetivos. Afortunadamente era tal el ruido en la sala que nadie salvo William pareció haberle escuchado. El padre de William tuvo que tomar varias bocanadas de aire para no desmayarse. Se le hincharon las venas de la frente y paulatinamente pasó de un color rojizo a su color habitual.

—Sabes —le dijo a William cuando se tranquilizó— tengo que preparar un entierro multitudinario.

Y se dirigió hacia la salida del velatorio chocándose a cada dos pasos con algún entusiasta del champán.

William se quedó mirando a su padre marchar. Le dió su copa a la primera persona que vio. Curiosamente era el mismo al que su padre le había dado su copa hacía un momento. El caballero le agradeció el gesto y alabó su suerte. Luego le preguntó por qué no quería beber aquella ambrosía de los dioses.

—Creo que ya he tragado suficiente líquido por hoy.

22

—Esa mujer tiene lo que hay que tener —dijo Seisdedos—. Ella sola quiere enfrentarse a todo Sincinaty.

Spaguetti junto a Seisdedos en una cómica e inusual escena. Sus fisonomía eran diametralmente opuestas. De hecho, parecían una I mayúscula y una o minúscula dando un paseo.

—Yo diría que no sabe lo que hace —dijo Spaguetti—. No parece saber la cantidad de enemigos que tenía su marido. Le ofrecemos un trato justo y qué tenemos… Una decisión estúpida. Además una mujer no puede llevar un negocio como ese. Puede hacer de madame en el Pamplemousse, ¿pero qué hay del resto de negocios? En lo nuestro hay que mancharse las manos con cosas asquerosas, cabalgar durante días, llenarse las botas de barro y tratar con gente que no se ha cepillado los dientes en años. ¿Va a hacer todo eso? Lo dudo.

—Puedes decir lo que quieras pero esa mujer tiene coraje. Todo el mundo intentará quedarse ahora con el territorio del gordo Leechesberg. Vamos a tener una guerra. Eso está claro.

—En eso estoy de acuerdo contigo —dijo Spaguetti.

—Cuando me dijeron que el gordo Leechesberg había muerto no podía creerlo. La cantidad de veces que hemos intentado acabar con él. Nunca hubo manera. Al final solo hubo que esperar que le llegase la hora.

Spaguetti reflexionó un momento con la mano en el mentón.

—La Parca nos llega a todos mi amigo con poncho. Lo que todavía me cuesta entender es que organizase esa fiesta en su velatorio. ¿Quién demonios organiza una fiesta y se gasta todo ese dinero estando muerto? Han traído hasta la orquesta del Pamplemousse. ¿Qué sentido tiene traer una orquesta hasta este

miserable pueblo? ¿Has visto la cantidad de gente que ha venido hasta esta mierda de lugar? Si llega a morir en Sincinaty habría venido hasta el presidente.

Seisdedos le miró con aire solemne.

—Cuando un rey muere todo el mundo quiere verle.

—¿Ahora el gordo era un rey? —dijo molesto Spaguetti.

—Desde luego era el rey de Sincinaty. Estuvo allí cuando surgió la ciudad y siempre ha gobernado todo. O me vas a decir ahora que no le respetabas y hacías lo que te decía.

Spaguetti guardó silencio. Aquellas palabras parecieron molestarle.

—No estoy seguro de haberle tenido respeto. Pero lo que sí tengo es un recuerdo suyo —señaló la cicatriz que le cruzaba la cara—. Y tú creo que también tienes un recuerdo suyo en el pie.

Seisdedos ignoró aquel comentario. Caminaron en silencio un par de minutos. Se podía escuchar la orquesta tocando uno de sus acelerados valses.

—Esa mujer es muy inteligente —dijo Seisdedos—. Regalándonos toda la gestión de esa mina haría que nos matásemos entre nosotros. Y finalmente si quedase algún ganador, estaría tan débil que ella podría aplastarlo sin muchos problemas.

—Ya veremos quién es más listo. ¿Estás seguro que tus hombres hicieron su trabajo?

Seisdedos se paró en seco.

—¿Pero por quién me has tomado larguilucho? —había honesta indignación en sus palabras—. Cuando yo digo que hay que hacer algo, se hace y no hay más que hablar. Todas y cada una de esas botellas fue manipulada como acordamos. Y por mi santa madre que si alguno de esos pendejos sale vivo de esta, es que no hay nada en este mundo que pueda matarlo.

—Espero que así sea. He tenido que mover muchos hilos y comprometerme con mucha gente para que tus hombres llegasen hasta esas botellas.

Spaguetti miró a Seisdedos desafiante desde la altura para luego darle un sonoro manotazo en la espalda.

—Lo que sea por mi nuevo socio mejicano —dijo con una burlona sonrisa.

Seisdedos intentó recomponerse de aquel manotazo sorpresa. No le había dolido pero le había desestabilizado.

—Oye menuda actuación. Estoy seguro que la viuda se lo creyó todo. Deberíamos juntarnos para hacer teatro. ¿No crees amigo?

—Tú tampoco lo hiciste nada mal Larguilucho. Había auténtica indignación en tus palabras. Y como bien dices, ahora que somos socios tenemos que hablar de negocios.

Spaguetti se paró en seco.

—Me gusta tu estilo mejicano. Siempre directo. Nada de rodeos.

—No soy de los que pierden el tiempo Larguilucho. Cada día que no tienes oro en las manos es un día perdido —dijo Seisdedos.

—Pues bien, hablemos de negocios. Como ya te dije. No tengo el menor interés en la mina. El oro para tí. La mina y los derechos de extracción serán tuyos.

—Que así sea —dijo Seisdedos—. Pero no entiendo por qué no quieres ese oro.

—El oro es como la fiebre que produce. Viene y se va. Además, nunca me gustó la humedad de esas minas. Yo soy más de campo abierto. La llanura, un buen caballo y el sol en lo alto —levantó la barbilla y se llevó el puño al pecho con gesto heroico—. Por eso, y porque tus hombres querrán comer la mejor carne que pueda dar una vaca, mis hombres continuarán con el ganado como hasta ahora. No entrarán en tu terreno si no es de previo acuerdo. Y lo mismo espero por tu parte —Seisdedos asintió—. Esto es un pacto de no agresión. Tú a lo tuyo. Yo a lo mío. Y si aparece alguien, tú y yo le echamos a patadas.

—Como ya te dije Larguilucho, me parece un trato justo. Y muy generoso tengo que decir. Esa mina tiene mucho que dar.

—Mi querido mejicano, las personas tan altas como yo no valen para estar todo el día agachadas. Sin embargo tú con tu estatura no hace falta que te agaches para entrar a la mina. No me mires así hombre, no sabes aguantar una broma. Quién sabe cómo de grande es ese filón. Puede que esos cuáqueros no sean más que unos mentirosos y no haya más que cuatro miserables pepitas. Para empezar la mitad de ese oro ya se lo llevó el gordo de Leechesberg.

—Ahhh ese pendejo —dijo Seisdedos—. Me dio mucho gusto verlo ahí bien muerto. Nunca pensé que llegaríamos a verlo así. No le recordaba tan grande. Supongo que siempre le fue bien la vida a nuestra costa. Y su viuda es bien bonita. No mentían los que decían que era la mujer más hermosa de Sincinaty. Pero tiene un aire siniestro. Su marido debió contagiarla. Me alegro que hayamos conseguido preparar todo esto tan rápido mi larguilucho amigo.

—Lo mismo digo amigo mío. Para poder montar algo así de rápido hay que tener ojos y oídos en todas partes.

Spaguetti hizo un gesto a Seisdedos para que siguieran caminando.

—¿Pero cómo supiste que ese pendejo estaba en este pueblo? —preguntó Seisdedos.

—No todos los que trabajan con ese gordo le son fieles. Hay ratas en todos los barcos con ganas de roer el queso de otro. En cuanto se enteraron que el gordo había muerto me avisaron.

—¿Y lo del banquete?

—¿A quién crees que le compran la carne los cocineros del gordo? —se estiró Spaguetti hinchado de satisfacción—. Pues a mí. Por algo tengo la mejor carne del estado.

—Si alguna de esas vacas fuese tuya el mérito sería mayor.

Spaguetti se retiró el mechón de la cara ignorando aquel comentario.

—Los cocineros del gordo fueron a una de mis carnicerías. Encargaron mucha cantidad y tenían mucha prisa. Debían tener ganas de hablar porque le contaron a uno de mis hombres una loca historia sobre un banquete enorme y un velatorio en un pueblo de mala muerte mas allá del río Turbio.

—¿Y las botellas? ¿Cómo supiste lo de las botellas?

—Ya te dije que hay que tener ojos y oídos en todas partes. No quiero aburrirte con los detalles amigo mío. Solo te diré que encontrar dónde estaban esas botellas me ha costado muchos favores. Así que espero que tus hombres hicieran bien el trabajo.

—Tengo que descubrirme ante tí Larguilucho —Seisdedos hizo gesto de quitarse el sombrero—. Eres todo un estratega.

—Se puede conseguir más hablando con la gente que con un tren lleno de dinamita. Aunque no soy de los que le hacen asco a la dinamita cuando la gente no entra en razón.

Habían llegado a la entrada de Frigidton. No la entrada principal, así no es como trabaja un cuatrero, la entrada posterior del pueblo. Aunque aquello era un poco absurdo. Frigidton solo tenía una calle. Por lo que más bien habían llegado a la salida. Bueno realmente todo dependía de por dónde llegabas. Esa fue la conclusión de su charla. La entrada, o la salida tal y como concluyeron, tenía un desvío antes de entrar al pueblo que llevaba directamente a la funeraria. Nunca debes dejar tu caballo en la calle principal de un pueblo. Si hay que huir, es posible que te corten el camino. Siempre hay que dejar los caballos lo más alejados del centro.

Había una vieja cabaña abandonada en el desvío. Unos cuantos caballos esperaban tranquilamente atados a un poste. Seisdedos se adelantó esperando encontrarse con sus hombres. En su lugar solo vio los caballos y alguna que otra botella rota. Llamó por si había alguien, pero nadie respondió. Miró dentro de la cabaña. No había nadie. Se asomó entre dos caballos y vio a uno de sus hombres ahí tirado en posición fetal. Estaba empapado en sudor, pálido y temblaba como un corderito asustado.

—¿Dónde están los chicos? —le preguntó Seisdedos golpeándole en el hombro.

El tipo no pudo más que responderle con un lastimoso quejido. Seisdedos lo agarró por el brazo en un intento por levantarlo pero fue inútil. Pesaba un quintal. Spaguetti se acercó a ver qué ocurría.

—Nunca he visto a un hombre tan borracho. Y eso que destilé absenta durante un tiempo —rió Spaguetti.

Seisdedos se agachó para escuchar más de cerca los balbuceos de aquel tipo.

—No tomé, no tomé —balbuceaba débilmente aquel hombre en su charco de sudor.

—Qué dijiste —preguntó Seisdedos.

El tipo temblaba en el suelo con los brazos cruzados sobre la tripa.

—Galletas. Solo galletas —alcanzó a decir.

Spaguetti estalló a reír al oír aquello.

—Galletas dice. Este tipo es increíble —se dobló sobre sí mismo de la risa— está borracho como una cuba y dice que comió galletas… Amigo mío si todos tus hombres son tan divertidos deberías montar un circo.

Seisdedos apuntó con la barbilla por encima del hombro de Spaguetti.

—Quizás puedas prestarme algunos funambulistas —se rió Seisdedos.

Spaguetti se giró y vio a uno de sus hombres haciendo eses. Bueno, realmente eran zetas. Conseguía caminar en línea recta unos cuantos pasos para luego caer al suelo, levantarse, girar unos treinta grados y volver a empezar. Al principio caminaba, luego gateaba, después comenzó a reptar. Finalmente, parecía no ver muy bien y acabó chocando contra un caballo. Spaguetti se acercó, le cogió por las solapas y lo levantó en volandas con asombrosa facilidad. Fue a preguntarle algo, pero al inhalar el aire que exhalaba aquel tipo tuvo un atisbo de náusea y le soltó. El tipo cayó a plomo levantando una tímida polvareda.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó Spaguetti apartando el aire de su nariz a manotazos.

La respuesta a la pregunta fue un balbuceo o quizás más bien una serie de sílabas inconexas que terminaron en un desmayo.

—Seguramente también comió unas inocentes galletas —se mofó Seisdedos—. Ese pendejo no puede ni hablar. No sé ni cómo consiguió llegar hasta aquí.

Uno de los hombres de Seisdedos, un hombre al que todos conocían por Flecos, llegó acompañado de dos muchachas que jugueteaban con su sombrero y los flecos de su chaleco. Los tres estaban felices y no parecían haberse percatado de que alguien estuviera allí.

—Flecos, Flecos, ven aquí —le llamó Seisdedos.

Flecos se sorprendió al escuchar que alguien le llamaba. Cuando vio que era Seisdedos maldijo su suerte y soltó a las muchachas. Les dijo algo por lo bajini que ellas rieron y salió corriendo hacia Seisdedos.

—Sí Patrón —dijo descubriéndose.

Seisdedos señaló al tipo tirado en posición fetal.

—Qué le pasó a ese pendejo —preguntó Seisdedos.

—Se atiborró de galletas patrón.

—¿Galletas?

—Sí patrón. Galletas.

—A ver si te he escuchado bien Flecos. Dices que se ha emborrachado comiendo galletas.

—No patrón —respondió Flecos—. No creo que esté borracho. Solamente está cansado de hacer de vientre. No sé si me explico.

Seisdedos se quedó mirando a aquella pobre alma tirada en el suelo balbuceando la palabra galletas. La forma que tenía de decir galleta denostaba arrepentimiento. Por alguna razón le pareció razonable la explicación de Flecos. Una buena borrachera podía quitarte la dignidad y llevarte a hacer estupideces.

Pero normalmente uno no llegaba a sentir tanta lástima por un borracho. Y eso era lo que Seisdedos sentía por aquel tipo: lástima.

—Alguien sacó un cesto de galletas. Se atiborró y no le debieron de hacer bien. Andó toda la tarde buscando una letrina. Nos reímos mucho. Santo Dios —exclamó cuando vio al hombre de Spaguetti tirado en el suelo—. ¿Qué tomó ese pendejo? Tiene el mismo color que mi abuelita en día de muertos.

El hombre de Spaguetti estaba en el suelo tal y como el mismo Spaguetti lo dejó caer. Intentaba decir algo. Spaguetti se agachó intentando oír lo que decía, pero su aliento era demasiado desagradable.

—A ver si tú eres capaz de entender algo de lo que dice —le dijo a Flecos.

Flecos se agachó para oírle mejor.

—Creo que dice algo de unas ratas que vinieron… Es difícil entender lo que dice —acercó un poco más la oreja tapándose la nariz—. Dice algo de un matarratas… ¿fino? Matarratas fino. Ah no… Matarratas vino. Eso es. Dice matarratas y vino.

—¿Matarratas? —dijo Seisdedos.

—No lo sé patrón, solo entendí vino y matarratas.

—Escucha más atento a ver qué es lo que dice —le ordenó Seisdedos.

Flecos volvió a agacharse para escuchar. Acercó el oído todo lo que pudo a su boca mientras se tapaba la nariz. El aliento de aquel tipo era difícil de aguantar. El tipo dejó de hablar. Flecos le agitó para despertarlo. No surtió efecto. Le puso los dedos bajo la nariz, luego le puso los dedos en el cuello y se levantó de un salto.

—Está muerto —exclamó Flecos.

Spaguetti le apartó de un empujón. Se agachó y le tomó el pulso en el cuello a su hombre. Luego en las muñecas. Por la cara que puso, Flecos tenía razón. Seisdedos se quitó el sombrero y se lo puso a la altura del pecho. Se santiguó con la mano derecha y miró al cielo.

Spaguetti fue hasta el hombre de Seisdedos que estaba tirado en el suelo. Se agachó y lo levantó por las solapas.

—Eh tú comegalletas. ¿Tomaste vino?

Aquel pobre hombre solo sudaba y parecía estar a punto de desmayarse.

—Responde —insistió Spaguetti— ¿Tomaste vino?

Negó con la cabeza. A continuación Spaguetti le soltó y cayó de rodillas para luego volver a tumbarse en posición fetal.

—Y tú —señaló Spaguetti a Flecos— ¿tomaste vino? ¿Vamos responde?

—No puedo tomar. El doctor me lo prohibió. Me gusta el chili bien picajoso y me hizo úlcera. Tomar me da ardores y además me pone de muy mal humor pero…

Spaguetti agarró a Seisdedos por el poncho y lo levantó del suelo hasta que tuvo que ponerse de puntillas.

—Imbécil. Sabía que tus mejicanos no podrían hacerlo bien. Dijimos que había que envenenar el champán, no el vino. El champán tiene burbujas. El vino no. Dijimos que se podía beber vino, pero que no se podía beber champán porque lo íbamos a envenenar. ¿Ahora cómo vamos a saber si esa bruja ha bebido el veneno?

—Ten cuidado con tus palabras larguilucho, mis hombres hicieron exáctamente lo que se les dijo. Ahora suéltame.

—El trato era el champán. Esa bruja lo tomaba y nos deshacíamos de ella. ¿Qué parte no entendiste del plan poncho?

—Te digo que mis hombres no han tocado el vino Larguilucho.

—Esos comejudías…

Spaguetti intentó terminar la frase cuando notó algo punzante a la altura de su ombligo. Seisdedos apretaba la punta de su navaja contra la camisa de Spaguetti.

La navaja comenzaba a pedir paso entre la carne.

—Vuelve a decir otra pendejada Larguilucho y te abro en canal.

Spaguetti bajó a Seisdedos con sumo cuidado.

—No hace falta ponerse así amigo mío —le tranquilizó Spaguetti conteniendo la respiración en un intento por no clavarse la navaja.

—Te he dicho que mis hombres no han tocado ese vino.

—Y yo te creo amigo mío. No hace falta pinchar a nadie. Somos socios. ¿Recuerdas?

Seisdedos retiró la navaja lentamente para alivio de Spaguetti y bajo la atenta mirada de Flecos que observaba la escena sin saber qué hacer. Seisdedos guardó la navaja bajo el poncho con un rápido movimiento. Spaguetti se llevó las manos a la tripa con gesto dolorido.

—Ten cuidado cuando hables de mí y de mis hombres larguilucho. Si yo digo que mis hombres no han tocado el vino, es que no han tocado el vino. ¿Entiendes?

Spaguetti cruzó las manos sobre el abdomen.

—No es para tanto larguilucho. Ni tan siquiera te lastimé. ¿O es que ahora me vas a decir que estás sangrando?

Spaguetti apoyó una rodilla en el suelo y comenzó a temblar. Seisdedos miró a Flecos. Éste le devolvió una mirada que parecía decir que no entendía nada.

—Tengo que irme —musitó Spaguetti.

—Pero si apenas apreté la navaja Larguilucho. ¿Cómo que tienes que irte? No me seas niña. Tenemos problemas que resolver.

—Tengo que irme —insistió Spaguetti—. Tengo que irme ahora.

Spaguetti se levantó y echó a correr doblado sobre sí mismo. Iba sin rumbo marcado haciendo eses. Trastabilló para milagrosamente seguir corriendo. Paró un momento y maldijo algo. Luego salió escopetado hacia algún lugar. Le perdieron de vista en la oscuridad.

—¿Pero qué le pasó a ese pendejo? —preguntó Flecos en alto.

Seisdedos no respondió. Solo miraba el camino que había recorrido Spaguetti.

—Parece que todos aquí se hayan vuelto bien locos. Si no se me necesita me vuelvo porque me están esperando unas señori…

—Flecos —le interrumpió Seisdedos.

—¿Patrón?

—Vuelve a la funeraria, junta a todos los hombres que puedas y que vengan aquí.

—Patrón. Yo es que había quedado con unas señoritas que…

—Haz lo que te digo y hazlo ahora —le ordenó Seisdedos.

Flecos echó a correr hacia la funeraria maldiciendo su suerte. ¿Por qué le tenía que pasar a él? ¿Por qué tenía que ser precisamente en ese momento? No todos los días uno tenía la suerte de salir por ahí con las chicas del Pamplemousse. Además no le iban a cobrar.

Seisdedos se quedó mirando a Flecos correr hacia la funeraria. Tenía las piernas muy cortas y su trote era muy divertido de ver. Miró a aquellos dos hombres tirados en el suelo. El matarratas lo pusieron en el champán sus hombres, de eso no tenía duda. Así que o ese tipo no se enteró que no había que probar el champán y lo hizo, o por el contrario decía la verdad y el vino tenía algo. Seisdedos desconfiaba de todo el mundo, así que ordenó a sus hombres que no bebiesen absolutamente nada. Ni vino ni champán. Contaba con que algunos caerían en la tentación y saldrían mal de aquello. Era el precio a pagar por trabajar con gente que consideraba las botellas de whisky como parte del salario.

Lo que no podía entender era eso de las galletas. Sabía que Spaguetti no había bebido nada. Pero sí que le había visto comer galletas. Estaba completamente seguro de que su hombre decía la verdad y que no había probado ni el vino ni el champán. Había algo raro en todo aquello. Había visto a muchos hombres morir de muchas formas. Pero jamás, había visto a un hombre estar al borde de la muerte por comer galletas.

—Como que me llamo Emilio Seisdedos que a mí no me jode ningún galletero.

23

—¿Esto es todo lo que has podido encontrar?

Flecos estaba al frente de cinco hombres algo despistados. Parecían un grupo de campesinos recién llegados a la ciudad tras recoger la cosecha. Seisdedos los miraba mientras se rascaba la cabeza bajo el sombrero.

—Esto es todo patrón —dijo Flecos encogiéndose de hombros.

—¿Dónde están los demás?

—Ya se lo dije patrón. El que no está borracho, está haciendo de vientre. Estos son todos los hombres que pudieron venir.

—¿Estás seguro que buscaste bien Flecos? De más de cincuenta hombres solo quedan cinco. ¿Cómo es posible?

Uno de los hombres se adelantó para apoyar a Flecos.

—El no saber tomar patrón. Ese es el problema. Bien se les dijo de no tomar vino ni champán. Y así hicieron. Pero nadie dijo nada del whisky. Ya les avisé que no podía ser bueno. Olía a rayos. El whisky gratis no es de fiar. Como decía mi tío Julián, que Dios lo tenga en su gloria…

—¿Y tú por qué sigues en pie? —le interrumpió Seisdedos—. ¿Acaso no tomas?

—Solo tequila patrón. Es lo único que me quita la sed.

—¿Y vosotros tampoco habéis tomado nada? —se dirigió al resto.

De los cuatro restantes uno parecía estar dormido de pie. Los otros tres se miraron entre ellos. No parecian querer responder.

—Hablad —les ordenó Seidedos.

—Yo pasé la tarde bailando con las muchachas por si alguna quería… ya me entiende.

—¿Y tú?

—Lo mismo patrón. Pero esas muchachas son duras y no hay manera de…

—¿Y tú?

—Yo me comí tres bandejas de canapés. Me entró sueño y me acosté en un rincón. Para cuando…

Seisdedos le hizo un gesto para que no siguiera. Señaló al tipo que estaba dormido de pie.

—¿Y ese? No me digáis. También vació tres bandejas de canapés y se quedó dormido.

—No patrón —le corrigió Flecos—. Ese es Cuentaovejas. Siempre está así. Contando ovejas.

Seisdedos se pasó la mano por la cara con gesto de agotamiento. A continuación se quitó el sombrero y se pasó la mano por la cabeza.

—¿Habéis comido galletas? —les preguntó Seisdedos.

Los hombres le miraron sin responder. Excepto Cuentaovejas que simplemente dormía.

—Responded carajo —les gritó Seisdedos.

Respondieron con un apresurado no.

—¿Cuántos hombres de Spaguetti quedan ahí dentro Flecos?

—No lo sé patrón. Ahí dentro hay mucha gente.

Los otros se encogieron de hombros.

—No más de seis —dijo Cuentaovejas.

Nadie esperaba una respuesta tan clara de un hombre que dormía de pie.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Seisdedos.

—Los únicos que no van vestidos para un velatorio ahí dentro somos nosotros, los hombres de Spaguetti y las chicas del Pamplemousse. Nosotros estamos aquí fuera. La mayor parte de las chicas del Pamplemousse están bailando fuera. A las de ahí dentro las tengo bien localizadas. Los que restan son los hombres de Spaguetti y no pasan de seis.

—Maldita sea mi suerte que el más observador de todos es un hombre medio dormido. Deberíais aprender de Cuentaovejas. ¿Tenéis vuestras armas?

Flecos y Cuentaovejas desenfudaron sus revólveres. El resto se limitó a mirar a Seisdedos con cara de pena.

—¿Dónde están sus armas? —preguntó Seisdedos.

—No se puede bailar pegado a una muchacha con revólver patrón —respondió uno.

—Yo he debido perderlo en algún lugar —dijo otro.

Seisdedos se pasó la mano por la cara y miró al cielo pidiendo algo de profesionalidad. Tuvo la sensación de que nadie iba a escuchar aquella plegaria. Al menos no por esa noche.

—Vamos a entrar ahí dentro —señaló en dirección al velatorio— y vamos a terminar con todos los hombres de Spaguetti. Si entramos por sorpresa podremos con ellos fácilmente.

Se hizo el silencio. Flecos miraba de reojo al resto. Y quizás Cuentaovejas hacía lo mismo, aunque era difícil de decir con esos ojos medio cerrados.

—Patrón no sé si deberíamos hacerlo ahora. Solo Cuentaovejas y yo tenemos revólver. Si Cuentaovejas contó bien, ahí dentro son seis y seguramente están armados. Además, el resto de la gente que está en el velatorio es posible que esté

armada. Y el resto de los hombres de Spaguetti estarán fuera y podrían entrar si oyen jaleo.

—No creo que eso ocurra —dijo Cuentaovejas—. Los hombres de Spaguetti están fuera bebiendo whisky. El que no está borracho está moribundo o buscando una letrina. Un hombre borracho no puede disparar. Y menos un hombre que está en una letrina.

—¿Cómo es posible que el más espabilado sea el que está más dormido? Y a vosotros para qué os pago.

Los otros miraron al suelo avergonzados.

—Vamos a entrar ahí dentro. Acabaremos con los hombres de Spaguetti que se tengan en pie. Y luego acabaremos con los que estén borrachos, drogados, dormidos o haciendo de vientre. Y vosotros vais a venir conmigo.

Los hombres no parecían muy convencidos de aquel plan.

—Patrón ¿no podemos seguir en la fiesta? —preguntó el que se había comido las tres bandejas de canapés—. Ya ha oído a Cuentaovejas. Los hombres de Spaguetti no son un problema.

Seisdedos le agarró por la camisa y tiró hacia él.

—Aquí se hace lo que yo digo carajo.

Cuando Seisdedos le soltó, el cuatrero retrocedió como empujado por un muelle. Los otros se apartaron dejando claro que iban a obedecer.

Seisdedos desenfundó el revólver bajo su poncho. Hizo un gesto con el arma para que el resto hiciera lo mismo. Entraron por la puerta delantera de la funeraria sin que nadie se fijara en ellos. Donde dejaron un pretencioso banquete, se encontraron algo bien distinto. Los camareros se movían de un sitio a otro entre la confusión y el caos. En lugar de llevar platos de un sitio a otro, estaban atendiendo a la gente tirada por el suelo. Parecía que los camareros se habían convertido en los médicos de un improvisado hospital de campaña. Los que no estaban tirados en el suelo en posición fetal, caminaban apoyándose en las paredes buscando la salida haciendo paradas para retorcerse sobre sí mismos.

—¿Pero qué pasa aquí? —preguno Seisdedos en voz alta.

Seisdedos notó que alguien le tiraba de la pierna del pantalón. Cuando paró para ver qué le tiraba de la pierna, vio a un tipo vestido como un banquero en el suelo.

—Una intoxicación. Veneno puro —dijo con una voz agónica.

Soltó a Seisdedos y se retorció en el suelo. Un camarero se acercó y le ofreció algo de beber. Una especie de infusión de hierbas. El tipo lanzó la infusión por los aires de un manotazo.

—Como que me llamo Gandolfini que no pienso beber ni comer nada que me sirvan estos cocineros de medio pelo. Aunque me muera de hambre. Quiero hablar con el jefe de coci…

Gandolfini se retorció en el suelo sacudido por un fuerte espasmo estomacal.

—No debí comer ese pato —se lamentó.

Seisdedos agarró al camarero por un brazo.

—Muchacho ¿qué ha pasado aquí?

—Todo el mundo estaba bien y de pronto se han puesto enfermos. El chef está como loco —respondió el muchacho.

Seisdedos le soltó y el muchacho desapareció saltando por encima de Gandolfini.

—¿Tomó champán? —preguntó Seisdedos a Gandolfini.

Gandolfini no respondió. Seisdedos le empujó levemente con el pie y le volvió a repetir la pregunta.

—Claro que tomé champán —se quejó Gandolfini—. Y también vino, caviar, cerdo, pato, tarta… No debí comer pato.

Seisdedos se volvió hacia sus hombres.

—Nos vamos —ordenó Seisdedos.

—Pero patrón ¿y los hombres de Spaguetti? —preguntó Flecos.

—Mira a tu alrededor. ¿Los ves por aquí? Cuentaovejas tenía razón. Aquí solo hay ricachones de Sincinaty tirados por el suelo y camareros dando vueltas.

—¿Y el champán? —susurró Flecos a Seisdedos.

—Seguramente lo tomaron y por eso están así. Pero Spaguetti y sus hombres sabían que no lo debían tomar. Aquí está pasando algo.

—¿El qué patrón? —preguntó Flecos.

—No estoy seguro. Pero es muy raro que los hombres de Leechesberg no estén aquí.

Cuentaovejas señaló en dirección a la mesa donde descansaban los restos de Leechesberg.

—Mirad —señaló Cuentaovejas.

La mesa estaba vacía. El cuerpo de Leechesberg no estaba. Solo quedaba una montaña de coronas de flores. Seisdedos se quedó perplejo. Paró a un camarero que llevaba una bandeja llena de vasos.

—Eh tú. ¿Qué ha pasado con el difunto?

El camarero le miró con sorpresa no entendiendo muy bien la pregunta.

—Pues ahí estará. No puede ir muy lejos. Está muerto. Y ahora si me disculpa…

A Seisdedos le gustaría haberle hecho más preguntas. Pero todo lo que pudo hacer fue quedarse mirando al camarero desfilar entre gente tirada por el suelo. ¿Cómo podía ser que no hubiera reparado en que ya no estaba ahí el cuerpo del difunto? ¿No es el fin último de un velatorio velar a un muerto? Sin muerto ya no hay velatorio.

—¿Cómo puede ser que no se hayan dado cuenta que no está el muerto? —preguntó Flecos.

Seisdedos enfundó su revólver. No había nada que hacer allí con un arma. El mayor enemigo al que se podían enfrentar era una intoxicación alimentaria.

—Con todo este desorden se han debido llevar al gordo y nadie se ha dado cuenta —dijo Seisdedos.

—¿Y la viuda? —preguntó Flecos—. Una viuda debe saber dónde está el cuerpo de su marido.

—No sé por qué me parece que esa bruja tiene algo que ver con todo esto. Ninguno de los hombres de Leechesberg está por aquí. Nos marchamos.

La orden de Seisdedos fue todo un alivio. A nadie en su sano juicio le gusta estar rodeado de gente tirada por el suelo empapada en sudor y lanzando alaridos entre espasmo y espasmo. Era evidente que el plan de Spaguetti y Seisdedos se había ido al traste. El champán estaba envenenado, de eso Seisdedos estaba seguro. Pero había algo más. Seisdedos no tenía claro el qué, pero estaba seguro que alguien más quería llevarse a unos cuantos por delante.

—Y qué pasa con el resto de nuestros hombres.

—No te preocupes Flecos —le puso la mano en el hombro Seisdedos— que si después de esta les queda cerebro, sabrán volver a casa. Y cuando estén todos en casa, buscaremos a esa bruja. Esa bruja sabrá quién es Emilio Seisdedos.

24

La improvisada cocina de Dupont se había convertido en la trastienda de un hospital de campaña. Camareros, cocineros, pinches y toda persona que pudiera levantar una sartén iba de aquí para allá como si hubiese un fuego que apagar. En cuestión de cinco minutos un enorme velatorio se había convertido en una zona de guerra. La gente yacía tirada por el suelo retorciéndose entre espasmo y espasmo. Los más hábiles habían salido corriendo a la calle en busca de un lugar donde desahogarse. A falta de un médico que diese alguna indicación, los trabajadores de la cocina atendían como buenamente podían a los afectados. Todo lo que podían hacer era ofrecer algunas infusiones con la esperanza de que les aliviara. Y aquello lo hacían a sabiendas de que no servía para nada.

Dupont sudaba profusamente. Por mucho que pasaba su pañuelo por la frente, ésta volvía a estar empapada a los cinco segundos. Estaba sentado en una pequeña silla que le hacía parecer aún más grande. Su rostro era la materialización de la desdicha.

—¡La catástrofe! ¡La catástrofe! Mi carrera arruinada.

Apoyó los codos en la mesa y enterró la cara en las manos. El sheriff le miraba desde el otro lado de la mesa imperturbable.

—La mejor comida, el mejor vino… todo arruinado. Todo arruinado. ¿Quién recordará ahora la obra de Dupont? ¿Quién?

—Bueno, puede que alguien escriba una reseña en el periódico de mañana —dijo el sheriff.

Dupont no pareció escuchar aquel comentario.

—¿Qué cree que es lo que ha intoxicado a toda esa gente?

—¿Qué insinúa señor? —Dupont se revolvió en su silla—. Yo solamente sirvo la mejor comida. La calidad de cada uno de esos platos era más que excelente. Era soberbia. Superior. Yo personalmente pruebo cada uno de los platos que se sirven y por supuesto que no había nada en mal estado.

—¿Entonces?

Dupont dudó un minuto.

—Es evidente que han saboteado mi banquete —volvió a secarse el sudor—. ¡Qué desgracia! ¡Oh pobre Dupont!

—¿Desconfía de alguién de su personal?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, quizás desconfía de la actitud de alguno de sus trabajadores.

Dupont echó hacia atrás la silla y se levantó apoyándose en el borde de la mesa.

—Monsieur todos mis trabajadores son profesionales del mayor nivel. Yo mismo les selecciono. Son los mejores profesionales que usted jamás encontrará. Yo personalmente completo su formación. La cocina no solo es una forma de vida. Es un arte. Y ese arte sólo se puede aprender del ejemplo y la constancia de un maestro serio y disciplinado.

Tenía la respiración acelerada. Volvió a sentarse con cansancio.

—Pues claro que desconfío. Un buen chef nunca puede bajar la guardia. Si me despisto lo más mínimo alguien podría confundir un brie de Melun con un brie de Meaux. ¿Se lo puede creer?

El sheriff miró al chef con gesto comprensivo. No tenía muy claro qué era aquello del brie, pero debía de ser algo grave.

—No dudo de la profesionalidad de sus hombres chef. Haga un esfuerzo. Quizás recuerde si alguno de sus hombres guarda rencor a la señora Leechesberg o a sus invitados.

—¿Insinúa usted que alguien en mi cocina ha intentado sabotear mi banquete? En mi cocina solamente hay amor por la comida monsieur.

El sheriff se levantó de la mesa y la rodeó para acercarse a Dupont.

—Tengo entendido que ustedes los franceses son muy dados al amor.

Dupont le miraba mientras se secaba el sudor.

—Y ya se sabe que los amores matan. Aquí puede que haya mucho amor por la cocina, pero ese amor está matando gente. Ahí fuera hay gente de la más extraña que haya visto nunca. No tienen nada que ver entre ellos. Lo único que les puede unir es su comida y su bebida. Así que todo me lleva a pensar que el problema ha salido de esta cocina.

—Eso es una acusación muy seria señor.

—Ciertamente. Y usted me va a ayudar a saber qué es lo que ha ocurrido —dijo el sheriff.

—¿Me está acusando?

—No claro que no. Sería muy estúpido que usted envenenase a toda esa gente y se quedase aquí para que le encontrasen. No creo que haya sido usted.

El pañuelo de Dupont ya no absorbía más. El sudor le resbalaba por las mejillas hasta juntarse en la papada y de ahí caía como una cascada a la mesa. Se le había hecho un charquito en el labio superior y el sudor le entraba en la boca.

—Chef —le llamó el sheriff—. ¿Está bien?

Dupont se pasó la mano por la cara y se secó el sudor con la manga de la chaquetilla.

—Lo que está pasando ahí fuera no lo hace una salmonela. Esto es otra cosa y usted lo sabe —le dijo el sheriff.

Se sentó en el borde de la mesa con las manos en los bolsillos. Miró alrededor como buscando algo. Era difícil encontrar algo en aquel lugar. Todo lo que pudo

ver fueron camareros en un caos difícil de entender.

—¿Dónde está el tipo de las gafas ahumadas?

—¿Cinqueminutes? —preguntó Dupont.

—Ese. Canmanús. ¿Dónde está?

—No lo sé. Estaba con la señora la última vez que lo vi. Un momento. ¿No sospechará del señor Cinqueminutes?

—No le parece raro que siendo el asistente de Leechesberg no esté por aquí —pensó el sheriff en voz alta.

Dupont le miró con sorpresa. Aquella frase parecía haberle iluminado.

—Que nadie coma nada ni beba nada —ordenó el sheriff.

—Eso es evidente monsieur. Ya dí la orden.

—¿Hay algo que haya comido todo el mundo?

—Si esa gente tiene criterio habrán probado todos y cada uno de los platos que se han servido. No hay ningún plato en este banquete que no atrape la mirada de un buen comensal.

El sudor ya había comenzado a empapar la chaquetilla del chef. El sheriff notó que a Dupont le costaba hablar.

—Guarde algo de cada plato. Y que nadie beba más. Guarde todas las botellas. No podemos descartar nada. Y que no se vaya nadie de su cocina hasta que esto esté arreglado.

—Ya ordené que se guardase una muestra de cada plato del menú —dijo entrecortadamente.

Un camarero joven se acercó a Dupont con una bandeja llena de galletas.

—Chef perdone que le moleste. ¿Qué hacemos con las galletas? No están en el menú.

Dupont que sudaba más y más a cada segundo le hizo un gesto para que continuase. El camarero entendió que debía deshacerse de ellas. Dio media vuelta para marcharse. Luego dio otra media vuelta cuando Dupont le tiró de la chaqueta.

—¿Qué galletas son esas? —preguntó el chef.

El camarero se mareó un poco tras aquel inesperado giro.

—Jean Baptiste Dupont nunca serviría algo tan vulgar como unas galletas. Esto no estaba en el menú. ¿Quién ordenó servir esto?

—Usted chef —respondió el camarero recuperándose del mareo.

Dupont tomó una galleta y la partió por la mitad. Se la acercó a la nariz y la olisqueó como un sabueso. El aroma a mantequilla llegó hasta el sheriff.

—Desde luego la mantequilla es de primera calidad y el horneado excelente. No dejaría de ser una vulgar galleta de mantequilla. Sin embargo, hay algo que no consigo saber qué es.

—¿Quién ha hecho estas galletas?

—Una señorita las trajo —respondió el camarero.

—¿Una señorita? —Dupont hizo memoria. Con todo ese sudor le costaba pensar —. Ah ya recuerdo. Rose creo que se llamaba. Sí. Rose de las amigas de las galletas.

—¿Las amigas de las galletas? —preguntó el sheriff.

—Sí. Parece ser que es una costumbre de bretones judíos llevarle galletas al difunto al velatorio. Son raros esos bretones ¿sabe? Pero quién sabe, la mitad de ellos son druidas o celtas, o ambas cosas.

—¿Entonces estas galletas no estaban en el menú? —preguntó el sheriff a Dupont.

—No sheriff. Debería probarlas. Son unas vulgares galletas, pero están muy bien hechas. No las habría servido, pero me pareció que sería una falta de respeto y a fin de cuentas era un detalle de las amigas de las galletas para el señor Leechesberg.

Las últimas palabras de Dupont salieron muy despacio de su boca. Era como si su cuerpo se estuviera concentrando en otra cosa y hubiese abandonado las capacidades del habla.

—Chef usted me dijo que había probado todos los platos del menú.

—Por supuesto y así es. Yo siempre pruebo todo lo que sirvo. Estas galletas son de una calidad…

Dupont se acercó una galleta a la nariz y la olisqueó. Su piel cambió de color con la velocidad de un camaleón. Se puso pálido tan deprisa que parecía que fuese a desaparecer. Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Merde! ¡Merde! ¡Merde!

Se levantó y la silla salió rodando. Corrió torpemente por la cocina buscando algo. En su torpe carrera tiró cubiertos, tazas y alguna botella. Apartó a un camarero de un manotazo para acabar rodando por el suelo. Allí se quedó temblando bajo la atenta mirada del sheriff y un coro de camareros preguntándole si estaba bien.

El sheriff tomó una de las galletas, la olió y se la metió en el bolsillo. Se la habría comido. Tenía un aspecto estupendo. Había pensado buscar a Sanminú y hacerle unas preguntas. Ese tipo no le daba muy buena espina. Pero aquella galleta había cambiado sus planes. Tenía que hablar con el reverendo y con ciertas amigas de las galletas.

25

El reverendo y Cinqueminutes esperaban a la señora Leechesberg en la sala donde el padre de William jugaba a las cartas. Parecía como si en un lado del sofá alguien hubiese derramado un vaso de agua. El reverendo se había sentado en el lado opuesto. Cinqueminutes lo miraba de pie tras la mesa de póker. Estaba rígido y era difícil saber si pestañeaba o incluso si respiraba. Su presencia era cuanto menos perturbadora.

En cuanto la puerta se abrió y entró la señora Leechesberg, Cinqueminutes le acercó una silla.

—Gracias. Estoy agotada. Quién me iba a decir que vestir de luto era tan incómodo.

Cinqueminutes sacó una pitillera y se la acercó a la señora Leechesberg. Ésta sacó un cigarrillo y antes de que se lo pusiera en la boca, Cinqueminutes ya tenía un fósforo encendido. La señora estiró los labios para encender aquel cigarrillo y le dio una buena calada. Retuvo el aire con entusiasmo y lo soltó lentamente por la nariz.

—El doctor me aseguró que fumar era un buen remedio para los nervios y creo que tenía razón.

—¿Está siendo de su agrado la celebración? —preguntó Cinqueminutes.

La señora dió otra calada y volvió a retener el aire. Esta vez lo soltó por una pequeña abertura entre sus labios. Se quitó un par de horquillas del pelo para poder librarse del tocado.

—Eso de ahí abajo no tiene ningún sentido. Todo el mundo quería contarme sus problemas con mi marido. ¿Qué clase de gente molesta a una pobre viuda en el velatorio de su difunto marido?

—¿Le gustó al menos la comida? —preguntó Cinqueminutes.

—No probé ni un bocado. No pienso comer nada de lo que prepare ese gordo francés. Seguro que ha bañado todo con kilos de mantequilla como hace siempre. Habrá que dejarle que sea feliz con su obra de arte.

—El champán debe ser muy bueno.

—Hice que me mojaba los labios por seguirle la corriente a Dupont y a toda esa gente. De todas formas, siempre he detestado el champán. Jeremy no podía entender que a alguien no le gustase. Es imposible que no te gusta ese néctar imperial solía decirme. Pues a mí nunca me ha gustado. Además, ¿qué clase de gente hace un brindis con un muerto de cuerpo presente? Uno no puede tener el cuerpo para celebraciones en situaciones así.

El reverendo escuchaba la conversación sin decir nada. Miraba a la señora Leechesberg como si estuviese a mil kilómetros.

—¿Le apetece un cigarrillo reverendo? Verá cómo le relaja.

Cinqueminutes se acercó al reverendo con la pitillera abierta. Éste le ignoró. Cinqueminutes insistió agitando la pitillera. Su mano titubeó al principio, pero acabó por coger un cigarrillo. Se lo llevó a la boca y se palpó los bolsillos buscando una cerilla. La señora hizo un gesto con la cabeza a Cinqueminutes y éste encendió una cerilla para el reverendo. El humo de la primera calada casi le ahoga. Tosió una par de veces y antes de recuperarse ya estaba dando una segunda calada. La tercera y la cuarta fueron muy largas. Para la quinta no quedaba cigarrillo.

—Le dije que es un relajante natural —dijo la señora.

El reverendo lejos de estar relajado parecía ponerse más y más nervioso. Se levantó como impulsado por un resorte y se acercó a mirar por la ventana. El panorama era desalentador. Parecía un hospital de campaña tras una incursión sorpresa de las tropas enemigas. Había gente tirado por el suelo, y los que podían caminar deambulaban sujetándose el vientre con desesperación.

—Dios mío qué he hecho.

—No se preocupe solo era un cigarrillo —sonrió la señora Leechesberg sosteniendo el cigarrillo cerca de los labios.

—Toda esa gente…

La señora apagó su cigarrillo contra la tapa de un libro que había sobre la mesa. Cuando se dió cuenta que era la vulgata del reverendo sopló para quitar las cenizas. El reverendo pareció no darse cuenta de aquella profanación. La señora chascó las dedos y Cinqueminutes le pasó un vaso. Contenía un líquido blanquecino con un olor difícil de definir. Algo entre regaliz y alcanfor. Lo bebió tapándose la nariz. Cuando lo terminó hizo un sonido desagradable.

—Este preparado es muy bueno para mantener los dientes blancos, pero su sabor es horrible. Cinqueminutes puede darle la receta si quiere.

El reverendo no respondió. Seguía mirando por la ventana.

—No debe sentirse culpable reverendo. Usted no ha hecho nada malo. Si no lo hubiese hecho usted, lo habría hecho cualquier otro.

El reverendo ignoró aquellas palabras. Miraba por la ventana con cara de preocupación. La alegre y pecaminosa verbena de antes se había convertido en un extraño discurrir de personas medio moribundas huyendo de aquella funeraria. Se fijó en un cuatrero algo rechoncho que estaba en posición fetal junto a una carreta. Se le acercó otro cuatrero. El reverendo pensó que le iba a ayudar. Pero nada más lejos de la realidad. Le palpó los bolsillos, le quitó la cartera y se fue. En el fondo era de esperar que si un cuatrero te ayuda, lo más normal es que te acabe robando.

—Reverendo escuche —le llamó la señora— si en una jaula se meten muchas ratas se acaban mordiendo las unas a las otras. Se muerden hasta matarse. Y lo hacen hasta que queda el número adecuado de ratas. Es ley de vida. Aquí ha pasado lo mismo reverendo. Este pueblo no es lo suficientemente grande para tanto sinvergüenza. En Sincinaty pueden estar todos juntitos, hay sitio de sobra, pero esto no es Sincinaty.

Hizo otro gesto a Cinqueminutes y éste le encendió otro cigarrillo. El reverendo se apoyó en el marco de la ventana. Sintió que soportaba un terrible peso sobre

sus espaldas.

—Esta ocasión es única reverendo. El sheriff de Sincinaty pagaría dinero por ver lo que está ocurriendo aquí. Le estamos haciendo el trabajo. Reverendo tendría que estar orgulloso. Los males de Sincinaty, y de todo el estado se van a solucionar esta noche. Y no debe preocuparse por ellos. Ellos no lo harían por usted.

El reverendo se giró.

—¿Es que no tiene decencia?

—Es usted muy duro consigo mismo reverendo. No debe preocuparse. ¿Qué clase de gente piensa que vino al velatorio de mi marido?

El reverendo no respondió. La señora Leechesberg hizo una pausa dejando consumir su cigarrillo entre sus dedos.

—Acaso cree que esa gente ha hecho todo este camino hasta este pueblo de mala muerte para presentar sus respetos a mi marido —hizo una pausa esperando alguna respuesta—. No. Claro que no. Todos ellos están aquí porque de una u otra forma están preocupados por sus negocios. Todos dependían de mi marido de alguna forma. Y están aquí para asegurarse que van a poder seguir viviendo bien. No les hace nada de gracia tener que enfrentarse a Seisdedos o a Spaguetti. Han venido porque tienen miedo. Mi marido les inspiraba miedo cuando vivía y también ahora que está muerto. Por eso han venido.

Dio una larga calada a su cigarrillo.

—No tenga la menor duda de que todos los que han venido a este velatorio han cometido horribles pecados. Y sin embargo, mi marido los protegía para que pudieran seguir haciendo lo que quisieran al margen de la ley a cambio de algún favor. Toda esta gente merece un castigo. ¿No cree?

El reverendo se dejó caer en el sofá y metió la cabeza entre las manos. Cinqueminutes y la señora se quedaron mirándole en silencio. El humo de aquellos cigarrillos tomaba consistencia en el aire. Daba la impresión que de un momento a otro el humo podría cortarse en cubos y apilarse sobre la mesa.

—Reverendo usted ha hecho lo que haría un buen cristiano. Si en su jardín aparecen los topillos, que no dejan de ser un tipo de ratas, ¿qué se hace? —miró a Cinqueminutes con aire retórico—. Se les pone veneno. Pero los topos no son tan tontos. No van a tomar veneno sin ninguna razón. ¿Dónde se les pone veneno? En lo que más les gusta. A los topos les gustan las patatas, a nuestros invitados el vino. Así que eliminamos una plaga envenenando el vino. Además, les hemos dado el mejor vino que han probado en sus vidas. ¿Cierto Cinqueminutes?

—Cierto señora —dijo Cinqueminutes.

—No todo el mundo puede decir que murió con tan buen sabor de boca.

El reverendo se retorció en el sofá. Se santiguó un par de veces y murmuró algo ininteligible. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por los labios.

—¿Es que no tiene decencia ninguna? —increpó a la señora Leechesberg mirando al suelo.

La señora escuchó al reverendo mientras daba otra calada.

—¿Decencia? Yo no soy quien ha matado a esa gente. Les ha matado el vino que no han confiscado las autoridades del pueblo. Imaginaba que no lo harían. No les culpo por ello. Yo también me plantearía saltarme la ley si tuviera el pueblo lleno de cuatreros. Diría que el sheriff de este pueblo también tiene algo de culpa por no hacer su trabajo. La ley es la ley y hay que cumplirla. Y usted también tiene algo que ver en todo esto reverendo.

El reverendo se levantó y la señaló con el dedo.

—Cómo se atreve. Usted me amenazó. No tiene ningún tipo de decencia. Ha traído la vergüenza a este pueblo y a su comunidad. Usted y su marido…

El reverendo habría continuado, pero algo muy dentro de él le susurró que sería mejor callarse. Aunque no veía los ojos de Cinqueminutes, podía intuir que tras aquellas lentes ahumadas unos ojos le recomendaban no seguir.

—Parece tener mala memoria reverendo. Fue usted quien vino a mí cuando tuvo problemas con mi marido. ¿O no lo recuerda?

El reverendo se apoyó contra la ventana. Podía sentir su pecho subir y bajar con cada latido de su corazón. Le habría gustado tener otro cigarrillo a mano.

—Usted sabía quién era mi marido, sabía lo que hacía con su mujer y sabía que Cinqueminutes y el resto de los hombres estaban por el pueblo. Fue un detalle que avisara a Cinqueminutes para que sacara a mi marido de su casa antes de que su mujer se diese cuenta. Después de todo lo que le estaba haciendo su mujer, usted no quiso que se llevase un disgusto al ver allí a su amante muerto. No cabe duda que a pesar de todo quiere a su mujer. Es usted un ejemplo de buen hombre reverendo.

La señora dio la última calada a su cigarrillo.

—Sin embargo, mi marido no era un ejemplo a seguir reverendo. Nunca tuvo ninguna fe mas que la de hacer negocios. Hacer negocios… y las mujeres. En ese sentido era un buen hombre. Incluso diría que el mejor de los hombres. Altas, bajas, rubias, morenas, ricas o pobres. A él le gustaban todas. Me gustaría pensar que veía en ellas algo más que unas generosas caderas o un pecho turgente, pero creo que me engaño a mí misma. Simplemente era un mujeriego. Su mujer no era la única reverendo. No crea que aquello era algo especial para él. Era una de tantas. Un buen marido lucharía por su honor y acabaría con el amante de su mujer. Pero eso no pasaba con mi marido. No ha habido esposo o amante que haya tenido el valor de enfrentarse a él. Incluso descubriéndole en plena faena. Nunca nadie se atrevió. Nadie excepto usted.

El reverendo sintió que el corazón se le iba a salir por la boca. Retrocedió hasta volver a sentarse en el sofá. Tenía la mirada perdida, luchaba por contener la respiración y el sudor había comenzado a calarle el chaleco. Se habría desmayado si su cuerpo no hubiese adoptado aquel rictus tan tenso.

—Debo reconocerle reverendo que probablemente es usted el más valiente de todos los hombres a los que mi marido ha engañado con sus mujeres. El más valiente y el más astuto. El pobre imbécil no se lo esperaba. Envenenarle el desayuno después de yacer con su mujer fue una gran idea. Se las daba de entendido con todos esos cocineros franceses y todos esos vinos tan caros. Pero nunca tuvo ni gusto ni olfato. Era tan grande porque se pasaba el día comiendo alubias con panceta con ese amigo barbudo suyo. La sopa es cosa de señoritas solía decir. Seguro que disfrutó hasta el último bocado. El pobre era tan tonto

que seguro que no se llegó a plantear cómo era posible que su amante hubiese preparado el desayuno estando en la cama.

La señora Leechesberg se levantó y se sentó junto al reverendo. Cogió su mano entre las suyas en un gesto tranquilizador y le habló con el mismo cariño con el que hablaría una madre a un niño asustado.

—Reverendo es usted un buen hombre. No lo dude. Usted nunca imaginó que Cinqueminutes no tomaría ninguna represalia contra usted. Que tampoco llamaría al sheriff. Imagine el escándalo reverendo. Un hombre de fe en un pequeño pueblo al otro lado del río Turbio se descubre como un asesino. Y la razón de su crimen… la infidelidad de su mujer con el hombre más poderoso de Sincinaty. Usted habría perdido el respeto de sus fieles, su credibilidad y posiblemente habría acabado en la horca reverendo. En la horca por poner su honor en su sitio y por librar a Sincinaty de su mayor castigo. ¿No le parece un final injusto? ¿Dónde está la justicia?

El reverendo miraba al suelo como un niño tiene que aguantar la regañina de su madre.

—Es usted un héroe reverendo. Ha limpiado su honor y ha librado al mundo de un hombre terrible. ¿No es cierto?

—Seré culpable de la muerte de un mal hombre. Pero nunca seré culpable de la muerte de toda esa gente de ahí abajo —dijo el reverendo.

La señora Leechesberg soltó la mano del reverendo y se acercó hasta la mesa de póker. Abrió la vulgata y pasó las páginas con curiosidad.

—Desde luego que no reverendo. Desde luego que no. Pero usted ha sido necesario. Si no fuera porque mi marido murió en este pueblo perdido de la mano de Dios no podríamos haber hecho todo esto. Ha sido muy difícil organizarlo todo en tan poco tiempo reverendo. Debe saber que la muerte de mi marido ha sido más dulce que la que van a tener esos que están ahí abajo.

—¿Pero qué dice?

—Me he estado haciendo cargo de todos los negocios de mi marido durante estos años. Sé cómo llegó a conseguir todo lo que tiene. Y créame cuando le

digo que no debe preocuparse por su muerte. Era cuestión de tiempo que alguien acabase con él. Sinceramente le doy las gracias por hacerlo de una forma tan humana e indolora.

—No sabe lo que está diciendo —le recriminó el reverendo.

La señora Leechesberg apoyó la vulgata sobre la mesa.

—Sé lo que digo reverendo. ¿Cree que Seisdedos o Spaguetti habrían acabado con mi marido poniendo veneno para topillos en el desayuno…? No. Claro que no. Además, nunca se cierra una puerta sin que se abra otra. Hemos podido organizar todo esto gracias a que mi marido murió aquí. Nunca imaginamos que Spaguetti y Seisdedos vendrían hasta aquí. Nunca habrían ido a Sincinaty. El sheriff los hubiera matado allí mismo. Pensé que eran mucho más sensatos y no aparecerían. Vamos a acabar con ellos y sus hombres sin disparar ni una vez. Sin sangre reverendo. Sin nada de sangre. Y usted ha hecho todo eso posible. Le doy las gracias.

Hizo un gesto a Cinqueminutes y éste le pasó una pluma estilográfica. La señora Leechesberg escribió algo en la vulgata del reverendo y la cerró con delicadeza.

—¿Sabe lo más interesante reverendo? Que ninguno de los que están ahí abajo tiene la menor idea de lo que está pasando. Y tampoco sea tan duro consigo mismo. Esos cocineros son tan disciplinados que no han probado ni una gota de alcohol. Nunca beben antes, durante o después de un servicio. Claro que no todos están contentos con Dupont y deben estar disfrutando de lo lindo viendo cómo se arruina la fama de ese gordinflón. Solo hizo falta un cocinero descontento para poder envenenar todas esas botellas de vino. El champán no quiso manipularlo. Dijo que sería una falta de respeto a los que lo cultivaron. Que aquello era de una calidad tan extraordinaria que le entraban sudores solo con pensar que tenía que abrir una botella. Serán cosas de franceses supongo.

La señora levantó la vulgata haciendo fuerza. Era más pesada de lo que parecía. Se la acercó al reverendo que la recibió con ambas manos.

—Debería revisar los mandamientos reverendo. Y ahora si me disculpa, debo marcharme. Tengo asuntos que atender.

—Pero es que no va a hacer nada —se levantó el reverendo.

—No hay nada más que hacer. Ya hemos cumplido aquí. Y no se preocupe por nada reverendo. Mientras usted mantenga nuestro acuerdo y no diga nada, no tendrá nada que temer. El sheriff no tiene ni idea de lo que le pasó a mi marido. Ni el sheriff ni el ejército lo saben.

—¿El ejército?

—Están de camino. Tendrán mucho trabajo cuando lleguen. Claro está que no pienso quedarme para verlo. Ni yo, ni mi marido.

El reverendo intentó decir algo, pero solo alcanzó a emitir un ininteligible monosílabo.

—Gracias reverendo. Tenga un buen día y recuerde revisar sus mandamientos.

Antes de salir de la habitación se giró hacia el reverendo.

—¿Me permite un consejo reverendo? —hizo una pausa sin esperar respuesta—. Yo hablaría con su mujer. Creo que tienen muchas cosas de las que hablar.

La señora salió seguida de Cinqueminutes y el sonido hueco de la puerta al cerrarse. El reverendo abrió su vulgata, el marcapáginas le llevó al libro del éxodo. En particular, Éxodo 20:2-17 cuando Moisés lee los diez mandamientos. No matarás y no cometerás adulterio estaban tachados.

26

El reverendo entró en la sede de la Asociación por la Moral y la Decencia y al cerrar la puerta se paró en seco. Había luz en la sala grande. Desde luego no esperaba ver a nadie a aquellas horas. Se acercó despacio intentando no hacer ruido sin mucho éxito. A cada paso la madera crujía angustiosamente bajos sus pies.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en alto.

No hubo respuesta. Con la vulgata apretada contra el pecho se asomó al salón. Se relajó al ver a las chicas sentadas en sus mesas.

—Dios bendito me han dado un susto de muerte. ¿Qué hacen aquí?

Hubo un silencio. Todas miraban sus cartas como si no le hubiesen oído.

—Pues está claro… —respondió alguien.

—Vaya pregunta —acompañó otra.

—Pues jugar al bridge —apuntó una tercera.

El reverendo las miró desde la estupefacción. No eran horas para que un grupo de señoras estuviese jugando al bridge bajo la luz de las lámparas.

—¿Al bridge? —se sorprendió el reverendo.

—Es un juego de cartas —aclaró alguien desde el fondo.

El reverendo se colocó la vulgata bajo el brazo. Miró alrededor buscando a alguien tan sorprendido como él al escuchar aquello.

—Ya sé que es un juego de cartas. Jugando al bridge. ¿A estas horas?

—Nunca es demasiado tarde para una buena partida —hubo un murmullo.

—¿Pero y sus maridos?

Nadie dijo nada. Aquello molestó al reverendo.

—¿Es que no les espera nadie en casa? ¿Y sus maridos?

—Cuando mi Terry se echa a dormir es como si no estuviera casada. Duerme como un tronco y ronca como un león. Una vez…

—Mi Michael —le interrumpió una señora de sonrojadas mejillas— se levanta a las cinco de la mañana para trabajar en la panadería. Pero chica, la gente ahora no quiere comer pan porque dicen que engorda. Y digo yo, cómo va a engordar el pan si está hecho de trigo y agua. Si tuviera cerdo, pues lo entendería. El caso es que el bueno de mi Michael dice que ya no se levanta tan pronto para tener el pan listo antes de las siete. Dice que les den a todos por…

—Pues tendríais que ver al mío. Maestro de escuela, menuda suerte me decían mis amigas. Un hombre de esa talla, tan leído, tan estudiado. A las nueve comienzan las clases. Pues si por él fuera, las clases empezarían a mediodía. Tengo que despertarle con agua fría todas las mañanas para que llegue a tiempo a dar la clase.

Así comenzaron una tras otra a contar anécdotas sobre sus maridos. La cosa fue escalando con más y más sorprendentes ejemplos de vaguería, mediocridad y falta de higiene. Aquello se convirtió en una competición por encontrar al marido más vago, inútil y guarro. El nivel era muy alto y sería difícil decidir quién era el ganador. El reverendo esperaba desde el umbral de la puerta del salón a que terminasen aquella competición. No parecía que fuese a terminar nunca. Por alguna razón todos los maridos de aquellas mujeres eran claros ejemplos de lo que no había que hacer en la vida.

—Silencio —les pidió el reverendo—. Silencio —repitió haciendo un esfuerzo por hablar más alto—. Silencio, silencio, silencio —gritó.

Se pasó la mano por la cara en un gesto de cansancio y miró al techo buscando ayuda divina. Abrió la vulgata buscando un pasaje que le inspirase para callar a

aquella indomable jauría de jugadoras de bridge. El marcapáginas le llevó a los diez mandamientos y a los dos tachones con los que la señora Leechesberg había mancillado su querida vulgata. Apretó los dientes con fuerza al ver aquello. Cerró el libro con un tremendo estruendo que le descolocó el flequillo. Todas le miraron en silencio.

—Escuchen —les señaló con el dedo— no es el momento de jugar al bridge. No es el momento de estar aquí. Deberían estar en sus casas con sus maridos y sus hijos. ¿O es que acaso no saben qué es lo que está pasando?

—Algo hemos oído —apuntó alguien.

—¿Algo? El pueblo está lleno de cuatreros. Todos están en la funeraria y alguien los está matando.

Donde el reverendo había esperado gritos de espanto y horror hubo silencio. Que hubiese cuatreros muriendo no pareció sorprenderlas. El reverendo pestañeó incrédulo.

—¿No les asusta lo que está pasando?

—¿Y cómo sabe que los están matando? —preguntó una.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el reverendo.

—Sí —dijo una voz nasal— ¿cómo sabe que están muertos y no durmiendo ó intoxicados?

El reverendo no daba crédito.

—Porque lo he visto con mis propios ojos —respondió señalando su ojo derecho.

—Esa afirmación no tiene sustancia. Si no es un médico el que lo dice, eso no vale ante un tribunal.

Asintieron multitudinariamente.

—Pero qué están diciendo.

—Es evidente. Si no quedan pruebas de un delito, éste no se puede imputar a nadie —dijo una guiñando el ojo a su compañera de mesa.

—Y si alguien se come las pruebas, pues no hay nada que hacer.

Esta última observación tuvo un gran consenso. Algo así como una revelación colectiva. Como si de pronto todas aquellas mujeres hubiesen caído en la cuenta de algo tremendamente esclarecedor.

Rose se levantó y se acercó al reverendo.

—Reverendo. Las chicas están algo nerviosas por la situación. Todos esos hombres tan peligrosos ahí fuera. Y ese ruido. Parece como si estuvieran en una fiesta.

—Pues yo creo que hace tiempo que pararon —señaló alguien.

Rose le hizo un gesto para que se callara.

—Reverendo. ¿Qué ha pasado con las galletas?

—¿Qué galletas?

—Las galletas que preparamos reverendo. Las galletas.

—Rose si es alguna broma no es el momento.

Todas miraban a Rose. Conocían lo suficiente al reverendo para saber que no tenía muy buena memoria, pero de eso a olvidar algo como las galletas…

—Las galletas reverendo. Nos vio llevando las galletas a la funeraria. ¿Recuerda?

—Sinceramente Rose no sé qué clase de broma es esta.

—Pero reverendo es que no se acuerda que…

Alguien golpeó la puerta de la calle con fuerza. Todos se callaron. Volvieron a golpear tres veces. Al reverendo se le cayó la vulgata golpeándole en el pie. Era increíble lo duro que era el canto de aquel libro. Seguro que le había dejado un

buen recuerdo de color morado en el pie. Volvieron a llamar con tanta fuerza que el marco de la puerta parecía que se fuera a desmontar.

—Abran —gritaron tras la puerta.

Rose se acercó con la intención de abrir. Cuando iba a girar el pomo, el reverendo le cogió la mano.

—Qué haces —dijo el reverendo en voz baja—. No sabemos quién es.

Rose se separó de la puerta con gesto indeciso.

—Abran al sheriff —gritaron tras la puerta.

—Es el sheriff reverendo —dijo Rose a la vez que abría la puerta sin que el reverendo pudiera evitarlo.

El sheriff empujó la puerta antes de que Rose la hubiese abierto del todo. Estuvo a punto de arrollar a Rose al entrar. Se quedó plantado frente a ella y la miró con extrañeza.

—¿Dónde está el reverendo? —preguntó el sheriff con autoridad.

El reverendo se interpuso entre el sheriff y Rose.

—Sheriff en qué le puedo ayudar —le preguntó el reverendo.

El sheriff se echó a un lado y se quitó el sombrero. Un halo de fino polvo le envolvió la cabeza. Intentó deshacerlo agitando el sombrero sin mucho resultado.

—Qué es lo que están haciendo aquí —preguntó el sheriff todavía agitando su sombrero.

Rose miró al reverendo esperando que respondiese. No lo hizo.

—Estamos jugando al bridge —se adelantó Rose.

—¿Al bridge? ¿A estas horas? ¿Con la que hay ahí fuera?

Rose asintió con la cabeza.

—¿Usted con el reverendo?

—No, no. Con las chicas —dijo Rose apuntando al salón.

El sheriff esquivó al reverendo y se acercó al salón. La visión de todas aquellas mujeres en silencio sentadas en sus correspondientes sitios y jugando a las cartas le heló la sangre.

—¿Están ustedes jugando al bridge? —preguntó el sheriff.

Asintieron al unísono.

—¿A estas horas? ¿Con todo lo que está ocurriendo ahí fuera?

Volvieron a asentir. El sheriff las observó detenidamente intentando asimilar lo que veía. Efectivamente, parecía que estaban jugando al bridge. Por un momento pensó que podrían estar disimulando. Pero el sheriff no sabía jugar y no creía que pudiera distinguir una timba de póker de una inocente partida de bridge.

—Pues que… que tengan una buena partida.

Se despidió con una pequeña reverencia y salió del salón sin perder de vista a aquel grupo de ludópatas nocturnas. Caminó de espaldas sin perderlas de vista. Le pareció que aquellas mujeres tenían un halo siniestro. Algo en lo más profundo de la amígdala le decía que debía tener cuidado. Retrocedió lentamente hasta que pudo notar al reverendo a su lado.

—Podemos hablar un momento reverendo —le dijo tomándole por el brazo.

—Rose por favor, puede dejarnos un momento —dijo el reverendo.

—No. No. Que venga. Vamos a hablar todos como buenos vecinos que somos.

Rose sintió que una fuerte presión en el pecho no la dejaba respirar. Por el rabillo del ojo creyó ver a las chicas asomándose a la puerta del salón para ver qué pasaba. El reverendo hizo un gesto para que Rose y el sheriff le siguieran. El sheriff esperó a que Rose pasara delante suya.

—Después de usted —le dijo amablemente.

Pasaron a un pequeño despacho que tenía el reverendo donde guardaba algunos documentos de la asociación. Una copia de la carta fundacional enmarcada en una suerte de marco plateado quedaba justo encima de la cabeza del reverendo. Había algunas copias de la biblia cogiendo polvo junto con la mesa del despacho y tres viejas sillas.

—Tomen asiento —les invitó el reverendo.

Dejó la vulgata sobre la mesa y se sentó lentamente. Puso las manos estiradas sobre la mesa esperando acontecimientos. La silla de Rose era tremendamente incómoda y tenía los bordes rozados de tanto chocar con la mesa.

—Menudo día —se quejó el sheriff—. Demasiadas cosas para un pueblo tan pequeño.

—Y que lo diga —dijo el reverendo por pura cortesía.

—Cuando me dijeron que Leechesberg había muerto, pensé que sería algo bueno. No es que hubiese hecho mucho mal a este pueblo, para ser sinceros, únicamente había oído hablar de él por los periódicos. Supongo que no hay mucho en Frigidton que atraiga a ese tipo de gente.

Lentamente tomó posición para sentarse en la silla que quedaba libre frente a Rose. Una rodilla le crujió estrepitosamente en el proceso.

—Luego para mi sorpresa me dicen que lo han traído a la funeraria de los Hardstone. Por qué han traído a ese hombre a la funeraria de este pueblo es para mí un misterio —se acarició el mentón con las yemas de los dedos—. Luego, todavía más interesante, vienen a su velatorio un montón de cocineros franceses que quieren dar un banquete en su honor. Me parece raro que pudieran preparar tal banquete en tan poco tiempo. Incautamos la bebida porque aquí no se puede beber en velatorios ni entierros. Y el alcalde me pide que haga la vista gorda. El alcalde pidiendo al sheriff que incumpla la ley. El mundo volviéndose loco.

El sheriff parecía no dar crédito a sus propias palabras. En unas pocas horas habían pasado muchas cosas. Y mientras el sheriff las enumeraba, parecía que hubieran pasado años. Rose perdió el hilo de lo que estaba contando. Su mente

comenzó a divagar y una idea le llegó a la cabeza. Una sencilla idea. ¿Y si el sheriff sabía lo de las galletas? ¿Y si había venido a arrestarla por intento de asesinato con agravante de pastelería? No debía ponerse nerviosa. Debía concentrarse en algo para relajarse. Se quedó fija en las impolutas botas del sheriff.

—Luego me entero que dos de los delincuentes más buscados del país vienen con todos sus hombres al velatorio. Seisdedos y Spaguetti Johnson en nuestro pueblo. Pensé que arrasarían con todo. Que nos robarían todo y luego le prenderían fuego al pueblo. Y para mi sorpresa no ha habido ni un disparo. Lo más parecido a una detonación… unas cuantas botellas de champán abriéndose.

Rose miraba aquellas botas concentrándose en su respiración. Inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar. Sabía que debía escuchar al sheriff por si en algún momento le decía algo. Entonces debería seguirle la conversación para disimular. Pero sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Solo podía oír a su corazón latir más y más fuerte.

El sheriff se levantó y se sentó en el borde de la mesa.

—Gracias a Dios que no le ha pasado nada a nadie todavía —dijo el reverendo.

—Siento contradecirle reverendo —hizo una pausa—. Mi ayudante ha muerto.

Rose se llevó la mano al pecho sin dejar de mirar las botas del sheriff. El reverendo se santiguó.

—¿Lo han matado esos rufianes? —preguntó el reverendo.

—Creo que no.

—¿Cree que no? —preguntó el reverendo—. ¿Quién ha sido entonces?

Rose pudo ver con nitidez al ayudante del sheriff tirado en el suelo, pálido y con la mirada perdida junto un plato de sus galletas de mantequillas. Amarillo como Toutebeurre y con la boca llena de espuma.

—Ustedes conocían a mi ayudante. Ya conozco esos rumores sobre su afición a la bebida. Pero ese hombre jamás ha bebido estando de servicio. Por desgracia,

su voluntad eligió un mal día para quebrarse —el sheriff suspiró—. Hasta que no volví a ese estúpido banquete no fui capaz de entender qué estaba pasando. ¿Cómo imaginar que habían puesto veneno en la bebida?

—¿Cómo? La bebida. ¿Qué bebida? —preguntó el reverendo.

—La que requisamos a esos franceses. La llevaron a la comisaría y mi ayudante bebió de esas botellas. Cuando llegué el alcalde, el concejal y el tesorero lo habían encontrado borracho como una cuba en una celda. Cuando volví a ver cómo estaba, ya no había nada que hacer.

—Santo Dios. Pobre hombre. Pero envenenar la bebida de un banquete… ¿Para qué haría nadie algo así?

—Pues está claro reverendo. Para acabar con todo el velatorio. Junta a todos tus enemigos y acaba con ellos. Es un muy buen plan. Además, no hay que ensuciarse las manos.

Rose sintió que se había quitado un zapato muy apretado. Notó que el aire empezaba a llegarle. Quizás no sería necesario pensar una cohartada. Alguien se les había adelantado y había optado por algo más mortífero que unas simples galletas rellenas del veneno para topillos del señor Smith. Ya podía dejar de mirar las botas del sheriff.

—¿Y quién puso el veneno entonces? —preguntó Rose.

—Eso es lo que hay que investigar. Pero habrá que esperar a que termine de despejarse la funeraria. Cuando todo esté más calmado será más fácil sacar conclusiones.

—Pero sheriff, ¿no va a atender a esa gente? —preguntó el reverendo.

—No se preocupe reverendo. Esos cocineros franceses están ayudando en lo que pueden. Además, por mucho que quisiéramos atenderles no creo que sea seguro tratar con todos esos delincuentes. Quién sabe lo que pueden hacer en una situación así. Están indispuestos, pero siguen estando armados. Y yo no me fio ni de los borrachos, ni de los enfermos, ni de los cuatreros.

—Pero algo habrá que hacer —dijo el reverendo.

—No sé reverendo. Dudo que haya algún remedio contra un veneno como ese. Además, de haberlo no llegaría a tiempo. Estamos lejos de la ciudad. Me duele admitir que lo que está ocurriendo nos garantiza que no le pase nada a las gentes de este pueblo. Nuestra única baza en este juego será esperar.

El reverendo acarició su vulgata. Pensó en algún pasaje para consultar. Se le ocurrieron varios. Una mitad apoyaría una intoxicación masiva, la otra no.

—Pero que no podamos evitar las consecuencias de un crimen no quiere decir que no debamos buscar a los culpables. Y las pruebas del delito no solo nos conducen a la bebida. Alguien sirvió unas galletas envenenadas —sentenció el sheriff.

Rose se concentró en las botas del sheriff.

—¿Galletas? —preguntó el reverendo.

—Sí reverendo. Galletas de mantequilla. Ese gordo cocinero francés las comió y la última vez que lo vi estaba arrastrándose por el suelo. Debe de haber unos cuantos como él retorciéndose por haber comido esas galletas. Esto me hace pensar que más de una persona quiso sabotear el banquete.

Si antes Rose sentía que le faltaba el aire, ahora sintió que toda la sangre subía a su cabeza. Entraba por cada uno de sus vasos sanguíneos y se expandía dentro de su cráneo como el aire que hincha un globo. Debía mirar a un punto fijo y concentrarse en respirar. Mirar las botas del sheriff era la mejor alternativa, además daba gusto verlas tan relucientes.

—Uno de los cocineros me dijo que alguien de la asociación de amigas de las galletas había llevado una cesta con galletas —dijo el sheriff.

Se acabó. Todo se acabó. Las habían pillado. ¿Pero cómo se les ocurrió llevar aquellas galletas? Qué tontería. Se les habían adelantado. En aquel banquete había auténticos profesionales del envenenamiento. Además lo suyo no pasaba de intoxicación pasajera. Cuatro retortijones y quedarían como nuevos. Seguramente esos envenenadores profesionales tenían oscuras intenciones tras aquellos envenenamientos. Rose no tenía realmente ninguna intención transcendental en todo aquello. Sencillamente bebió mucho té en el momento

equivocado. Rose que pensó que su idea era novedosa… ¿Cómo era posible que eso ya se le hubiese ocurrido a otra persona? Se sintió como una auténtica novata.

Lo que estaba claro era que el sheriff sospechaba algo. Si no para qué estaba allí. Irían todas a la cárcel por envenamiento con agravante de intento amateur. Y allí las obligarían a hacer galletas para el resto de los presos. La rueda de la ironía seguiría girando. Sentía arrepentimiento como nunca antes lo había sentido. Ahora se arrepentía de no haber vuelto a la tienda a por el otro veneno más potente. No hay nada peor que el mal sabor de boca que se queda cuando sabes que podías haberlo hecho mejor.

—¿Y bien? —preguntó el sheriff.

El reverendo le hizo un gesto de no entender la pregunta.

—¿No conocerán por alguna casualidad esa asociación? —preguntó con insistencia el sheriff.

—No me suena absolutamente de nada. Quizás sean de Sincinaty —dijo el reverendo.

—¿Y usted Rose? ¿Conoce usted alguna asociación con ese nombre?

La pregunta sonó lejana en la cabeza de Rose.

—Rose ¿está usted bien? —preguntó el sheriff.

A Rose le habría gustado dar alguna información falsa al sheriff. Confundirle para evitar que dudase de la inocencia de las chicas. Confundirle para que pensase en otros culpables como haría un experimentado criminal. Podría haberle dicho que en Sincinaty había muchas asociaciones por el estilo. O que el reverendo tenía mucha más información al respecto. Eso es, debía pasarle la pelota al reverendo. A fin de cuentas la culpa de todo aquello era del reverendo. Si no hubiese sido por él, no estaría allí luchando por no desmayarse.

—Bueno, supongo que cualquiera podría haberse colado allí dentro inventándose cualquier excusa. Me dijeron que William, el hijo de Hardstone, había acompañado a la mujer que llevó las galletas pero no he conseguido encontrarle.

Ni a él, ni a su padre. Cuando vi las galletas —el sheriff sacó una galleta envuelta en un pañuelo de un bolsillo de su chaqueta— me recordaron mucho a las que preparan las chicas para las fiestas de la iglesia.

Rose no quiso mirar la galleta. Estaba claro que era una de las que habían preparado. En cuanto la desenvolvió el olor a mantequilla llenó la sala. El reverendo le pidió que le acercase la galleta para poder verla.

—Efectivamente se parece. Supongo que todas las galletas de mantequilla son muy parecidas. Pero seguro que no es tan buena como las nuestras —dijo el reverendo con una sonrisa.

—Eso es seguro —sonrió el sheriff—. Es curioso que estén hechas con el mismo tipo de molde. Lo que es aún más curioso es que la mujer que llevó las galletas se llamaba Ro…

La maltrecha puerta de la asociación volvió a ser golpeada con fuerza. Los porrazos eran consistentes en ritmo y potencia.

—¡Sheriff! ¡Sheriff! —gritó alguien tras la puerta.

El sheriff resopló como un percherón y fue a abrir la puerta. Tras la puerta estaba Daniel extrañamente alterado. El sheriff nunca habría sospechado que Daniel pudiera alterarse. Aquel hombre era la parsimonia personificada. Tenía la cara roja y habría seguido aporreando la puerta hasta tirarla abajo si el sheriff no le hubiese parado.

—Dios mío sheriff —dijo mientras luchaba por recuperar el aliento—. Menos mal que le encuentro. Tiene que venir rápido.

Daniel le tiró al sheriff de la manga intentando arrastrarle fuera.

—¿Pero qué pasa? —se asomó el reverendo tras el sheriff.

—Reverendo usted también. Tienen que venir vamos —le hizo gestos con la mano para que se diera prisa.

—¿Pero qué pasa? —dijo el sheriff.

—El señor Hardstone, ha perdido la cabeza. No sabe lo que hace. Tienen que tranquilizarlo antes de que haga una locura.

—Venga vamos —dijo el sheriff—. Usted también reverendo. ¡Vamos!

Tomó al reverendo por un brazo y le sacó de la asociación. Subieron al carro de Daniel y éste azotó a su enorme caballo. Salieron rumbo a la funeraria lo más rápido que aquel percherón podía tirar del carro sin desmontarlo.

Rose había escuchado todo desde el despacho del reverendo. No podía moverse. Estuvo ahí sentada un rato. Toda la sangre que le había subido a la cabeza bajó de golpe. La presión de la cabeza pasó luego al pecho y acabó desapareciendo. Un tremendo alivio le recorrió el cuerpo. Era como salir de una baño de agua caliente. Cuando entró en el salón, las chicas seguían jugando.

—¿Qué ha pasado Rose? —preguntaron.

—Creo que saben lo de las galletas —dijo Rose.

—Dios mío, nos ahorcarán por asesinas —gritó una.

—No lo creo. Alguien se nos ha adelantado —hubo miradas confusas—. También han envenenado la bebida. Pero ese veneno sí es mortal.

—Entonces ¿se están muriendo? —preguntó alguien al fondo.

Rose asintió con la cabeza y el pánico volvió a estallar en la sala.

—Rose ¿qué era eso del señor Hardstone?

—Creo que se le ha vuelto a ir la cabeza —dijo Rose.

—Si es como la otra vez, eso hay que verlo. ¡Subamos arriba para verlo desde la ventana!

—No. Nada de eso. Nos quedaremos aquí. Que bastante hemos hecho ya —ordenó Rose.

Hubo consternación en la sala. Aquello parecía uno de esos espectáculos de los que todo el mundo habla pero que nunca se tienen oportunidad de ver. Ya se habían perdido el poder ver cómo sus galletas arruinaban la fiesta a los cuatreros. Perderse al señor Hardstone en pleno arrebato de locura era mala suerte desde luego.

—¿Y qué haremos mientras Rose?

—Lo mismo que hacemos siempre. Beber té, jugar al bridge y comer galletas de mantequilla.

27

—Por el amor de Dios baje de ahí —gritó el alcalde.

El padre de William estaba encaramado a la chimenea en lo alto de la funeraria. Agitaba la factura por sus servicios con la mano derecha. En la mano izquierda sujetaba una pequeña caja de madera.

—No hasta que sepa quién va a pagarme lo que se me debe.

El alcalde miró al concejal y al tesorero que observaban la escena tras él.

—Claro señor Hardstone. En breve llegará la persona encargada de realizar el pago.

—Nada de en breve. Ahora —gritó desde el tejado.

—Claro claro. Deme un minuto que consulte un aspecto técnico con mi equipo. No se mueva de ahí.

El alcalde se giró y formó un corrillo con el concejal y el tesorero. El alcalde sudaba de preocupación.

—¿Qué vamos a hacer con este loco? —le preguntó al concejal.

—Por qué no le damos su dinero a cambio de que baje —sugirió el concejal.

—No podemos arriesgarnos —interrumpió el tesorero—. No sabemos cuánto quiere.

—Alcalde. Alcalde. Saquemos cien dólares de la caja del ayuntamiento y paguemos a ese hombre —dijo el concejal.

—Como tesorero, tengo que decir que no sé si podría justificar ese gasto en el

libro de cuentas.

—Por el amor de Dios —se secó el alcalde el sudor de la frente—. Cien dólares es una cantidad más que razonable. Además yo mismo doy permiso y creo que la comunidad entenderá que esto es un gasto necesario para evitar males mayores. ¿Estamos de acuerdo?

El concejal y el tesorero asintieron sin mucho entusiasmo. Cien dólares cubrían de sobra un velatorio y un funeral. De hecho, podían cubrir un funeral con un buen ataúd, un séquito de plañideras y muchas coronas de flores de las que huelen bien durante una semana. Pero era difícil de asumir que esa cantidad pudiera cubrir el destrozo de la funeraria, un ejército de cocineros pisoteando tu jardín, otro ejército de cuatreros haciendo uso de tus instalaciones y una bacanal que termina con gente tirada por el suelo y algún que otro muerto.

El alcalde se volvió para ver al padre de William sobre el tejado. Por seguridad mantenían una buena distancia así que le tocaba gritar para hacerse oír. Asumió que sus sudores se debían al esfuerzo de hablar con aquel hombre a gritos. Aunque aquel sudor frío era más bien de preocupación. Aquello pintaba mucho peor que la última vez que perdió la cabeza. Todavía recordaba lo mucho que costó reducirle. ¿Cómo era posible que un hombre que trabajaba con muertos fuese capaz de ofrecer resistencia a seis hombres intentando reducirle?

—Señor Hardstone. Señor Hardstone. Creo que podemos llegar a una solución —le llamó el alcalde.

El padre de William salió de detrás de la chimenea con la mirada perdida. Aunque en la distancia y con la vista cansada del alcalde, aquello no se podía considerar una observación muy fiable. Lo que sí estuvo seguro de ver, fue una caja con un cable colgando que el señor Hardstone llevaba bajo el brazo.

—Usted dirá —dijo el padre de William.

—Bien —se aclaró la garganta— creo que podemos compensarle por todas las molestias ocasionadas. Entendemos que puede haber habido ciertos desperfectos en su negocio y por ello queremos que pueda hacer frente a las posibles reparaciones. También entendemos que su excelente trabajo tiene que ser recompensado. Nada es gratis en este mundo. Y no todos los días uno puede ver

a un auténtico profesional en acción. Se nota su buena disposión y el saber hacer de generaciones de una familia dedicada a este oficio. Oficio duro, pero necesario. No nos vamos a quedar únicamente en una reparación simbólica, claro que no, usted es todo un profesional. ¿No es cierto? —miró al concejal y al tesorero que asintieron enérgicamente—. Aquí el señor tesorero, un hombre de mi más absoluta confianza, le expedirá ahora mismo un talón…

—Nada de talones. En efectivo —le cortó el padre de William.

—Pues efectivamente, como iba diciendo, —se aclaró la voz— el señor tesorero, aquí presente, le hará entrega de la cantidad acordada.

Una poderosa alarma sonora se activó en la cabeza del tesorero. La misma que sonaba cuando el alcalde decía que había que dedicar una partida extra para gastos de protocolo. Una de esas anotaciones contables a las que el tesorero tendría que dedicar horas de contabilidad creativa para poder justificar. Y después otro tanto de tiempo para crear imaginativas imposiciones fiscales a los granjeros de la zona para cubrir los gastos.

—Y qué cantidad es esa —preguntó el padre de William apoyado en la chimenea.

El alcalde pareció tomar carrerilla para erguirse. Tiró de su chaqueta como para agrandarse y volvió a aclararse la voz.

—La nada desdeñable cantidad de cien dólares de curso legal por supuesto.

Las cuerdas vocales del padre de William adquirieron una configuración única que emitía una risa hilarante. Era algo así como una hiena a la que le hacen cosquillas con una pluma de avestruz. El alcalde rió primero, seguido del tesorero y el concejal. Rieron junto a aquel loco del tejado. El padre de William rió hasta que se dobló sobre si mismo. Rió y rió hasta que se le acabó el aire. Luego, poco a poco volvió a recuperar la entereza. El alcalde, el concejal y el tesorero ya hacía rato que no reían. El padre de William se limpió las lágrimas y se sacudió las solapas de su siempre fúnebre traje.

—La factura asciende a dos mil dólares —volvió a agitar la factura en el aire—. Y los quiero en metálico. Nada de cheques.

La mentalidad contable del tesorero y su concepto de la variabilidad de los precios según lo establecido por los mercados no pudo ser reprimida.

—Pero ese cabrophfh hifo de pu… está loc…

Eso fue todo lo que pudo decir con la veloz mano del concejal tapándole la boca.

—Deme un minuto señor Hardstone que consulte los pormenores con mi equipo técnico —dijo el alcalde.

El padre de William se sentó junto a la chimenea mientras jugueteaba con la caja que llevaba entre las manos.

—Ese hombre ha perdido completamente la cabeza —dijo el alcalde.

—No pofemos faarle tanl.

—Suéltele concejal —ordenó el alcalde.

El concejal destapó la boca del tesorero.

—No podemos darle tanto dinero. Y no podemos dárselo porque entre otras cosas, no tenemos tanto dinero.

—Lo sé, lo sé. ¿Qué podemos hacer? Ha encerrado a toda esa gente ahí dentro. ¿Y si lo de la dinamita es verdad?

—Y por qué no le dejamos que lo haga —sugirió el concejal—. No me miren así. La gente de ahí dentro no son más que cuatreros y gente de mal vivir. No queremos a esa gente en nuestro pueblo. Además ya han visto que hay muchos que están medio muertos. Ni lo notarán.

—¿Y qué pasa con los que están bien? —dijo el tesorero—. Además, no creo que esos cocineros sean gente peligrosa. Y también había gente de Sincinaty que no creo que sepa nada de los tejemanejes de esos cuatreros. Yo diría que hasta había algún banquero.

—Sí seguro —se burló el concejal—. Gente que ha venido de Sincinaty a nuestro pueblo solo para darle el pésame a la viuda. ¿Además no es un banquero

en cierta forma el peor de los criminales?

—No podemos decir lo mismo de todos los empresarios que hay ahí dentro —dijo el tesorero.

—¿Pero de qué clase de empresarios estamos hablando? ¿Es que acaso los proxenetas son empresarios?

El alcalde los separó con suavidad.

—Señores, señores. No vamos a dejar que eso ocurra. No quiero que este pueblo aparezca en todos los periódicos como el lugar donde un loco voló por los aires una funeraria llena de proxenetas, banqueros y cuatreros. ¿Qué imagen es esa para un pueblo? Además, no deben olvidar nuestro plan. Podemos arrestar a todos esos criminales y meterlos en nuestra prisión. ¿De qué nos sirven si ya están muertos?

—Con todos mis respetos alcalde —dijo el concejal— dudo que para entonces quede nadie vivo. Así que difícilmente podremos seguir con nuestro plan. No tiene más que echar un vistazo alrededor.

Era cierto. Bajo los pocos cipreses que bordeaban el camino a la funeraria había gente durmiendo. O al menos eso fue lo que pensaron al principio. Con acercarse un poco era evidente que un ser humano no podía dormir en aquellas posturas. Y el que no estaba “durmiendo” deambulaba como alma en pena doblado por agudos pinchazos en el vientre.

Un tipo alto y esmirriado caminaba lastimosamente de ciprés en ciprés. Había salido tras unos matorrales y por su aspecto se diría que venía de hablar con la mismísima parca. Su piel era tan pálida que casi se transparentaba.

—Pero alguien debe quedar que podamos encerrar. Miren —señaló el alcalde al tipo esmirriado—. Ahí tienen a Spaguetti Johnson. El mismo Spaguetti Johnson que buscan en todo el estado. Y está vivito y coleando. No en las mejores condiciones, pero servirá para inaugurar la prisión. El primer preso, será el más buscado: Spaguetti Johnson. Eso sí que sería una buena publicidad.

Spaguetti intentaba avanzar a cuatro patas. Pero en lugar de gatear, acabó arrastrándose sobre las rodillas. Se alejó un poco de los matorrales y se levantó

penosamente. Intentó erguirse una vez, pero algo se lo impidió. Lo intentó una segunda vez y cuando lo había conseguido cayó de bruces al suelo.

—Bien, quizás no podamos continuar con nuestro plan inicial. Pero viéndolo por el lado positivo, podremos detener a Spaguetti Johnson con facilidad. Eso será una buena publicidad para nuestro pueblo.

—No se olviden de ese loco —les recordó el tesorero—. ¿Quién en su sano juicio va a pagar dos mil dólares por un funeral que ni siquiera ha llegado a celebrarse. Estos gastos deberían correr de parte de la familia.

—No sabemos dónde está la viuda de Leechesberg —dijo el concejal.

—Pues un seguro. ¿Es que no tenían seguro? —preguntó el tesorero.

—Todos sabemos que no hay seguro que pague dos mil dólares por un funeral —dijo el alcalde.

Los tres se callaron un momento. Miraban al pobre Spaguetti Johnson allí tirado. Parecía que todavía se movía algo. O quizás era un efecto óptico.

—No es la primera vez que nos pasa esto con Hardstone —dijo el concejal—. La otra vez le pusimos una bolsa con el símbolo del dólar llena de papeles. Y cuando se acercó a por ella el sheriff le redujo. El sheriff y otros cinco hombres. Tuvieron que emplearse a fondo. Parece menudo, pero cuando le deben dinero adquiere una fuerza sobrenatural. Lo que quiero decir es que ahora el truco de la bolsa de papeles no funcionará. Necesitamos otra idea. Tenemos que distraerle y que alguien saque a toda esa gente de ahí dentro. Luego nos deshacemos de la dinamita. ¿Dónde está el sheriff cuando se le necesita?

—Los de abajo —les llamó el padre de William— no tengo todo el día.

Les enseñó la caja de madera. No había duda. Eso era un detonador. Tenía el activador y un cable que parecía colarse por la chimenea.

—¿Cuándo me van a dar mi dinero? Espero que lo traigan esos que vienen por allí —señaló desde su azotea.

El sheriff llegó con Daniel y el reverendo Frigid montados en la carreta. El percherón había llegado con la velocidad justa para no desarmar aquel montón de maderos. El sheriff bajó de un salto y aprovechó la inercia para llegar hasta el alcalde.

—¿Qué demonios pasa aquí alcalde?

—Sheriff menos mal que ha venido —dijo el alcalde bajando la voz.

—Hardstone, el de la funeraria, ha perdido la cabeza. Ha atrancado las puertas con todo el mundo dentro y ha llenado la funeraria con dinamita. Ahora dice que si no le damos dos mil dólares la vuela con todos dentro.

—¿Otra vez? Es que cada vez que este hombre no cobra un servicio vamos a tener la misma historia. ¿Y por qué no le dan su dinero? —preguntó el sheriff.

—¿Dos mil dólares? No hay tanto dinero en el ayuntamiento. Y honestamente, dudo que lo haya en todo el pueblo —dijo el alcalde.

—Delen un cheque falso —resolvió el sheriff.

—No quiere cheques.

—Entonces tampoco funcionará lo de la bolsa llena de papeles como la última vez —se pasó la mano por la cabeza—. ¿Quién queda ahí dentro?

—No lo sabemos. Nosotros veníamos a ver a la señora Leechesberg y nos hemos encontrado con esto. Sheriff, usted es aquí el máximo representante de la ley. Tiene que encargarse de esto, no podemos permitir que el nombre de nuestro pueblo aparezca en los periódicos junto a las palabras matanza, funeraria y loco con dinamita.

La mirada que lanzó el sheriff al alcalde era de manual. Podía definirse como indignación colérica.

—Yo fui el que confiscó a esos tipos la bebida, y ustedes fueron los que me hicieron devolvérsela —les señaló con el dedo— ahora quieren que arregle todo esto. ¿Y saben qué es lo peor? ¿Lo saben?

Al tesorero le habría encantado preguntar qué era lo peor, aunque era evidente que aquello era una pregunta retórica.

—Que no puedo dejar que ese loco haga saltar todo por los aires y ahorrarme el trabajo de encarcelar a toda esa gente. Y no lo puedo hacer porque hice el juramento de proteger la ley. Así que no se preocupen que ya me encargo yo.

El sheriff llamó al reverendo para que bajara de la carreta. El hombre estaba allí sentado con su vulgata y la cabeza en otro sitio. Aquel apresurado viaje desde la asociación parecía no haberle sentado muy bien.

—Reverendo —le pasó el brazo por encima de los hombros— ¿cree que podría hablar con el señor Hardstone?

—¿Dónde está? —el sheriff le señaló el tejado de la funeraria—. ¿Pero qué hace ahí?

—Reverendo, ese hombre ha vuelto a perder la cabeza como aquella vez con los soldados. Necesito que le entretenga. Hable con él mientras intentamos arreglar este entuerto.

—¿Yo? ¿Pero qué le digo?

—Reverendo, usted es el de los sermones. Haga lo que mejor sabe hacer. Échele un sermón. Pero lo tiene que tener entretenido. No debe dejarle que se acerque a la parte de atrás. Daniel y yo iremos por atrás, sacaremos a los que queden dentro y buscaremos la dinamita. ¿Ha entendido?

El reverendo asintió con gesto serio.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó el alcalde.

—Ustedes se quedan aquí con el reverendo y le ayudan a distraerlo —ordenó el sheriff.

Se subió a la carreta con Daniel y esperó a que el reverendo hiciese algo. Éste se quedó allí parado sin hacer nada con su vulgata en el pecho. El sheriff le hizo gestos para que se acercase a hablar con el padre de William. El reverendo no

parecía nada convencido de la estrategia a seguir. Cuando ya nadie esperaba que hiciese algo de provecho se acercó unos pasos hacia la funeraria.

—William —llamó a aquel hombre en lo alto del tejado que ahora estaba mirando al cielo.

—Oh reverendo. ¿Cómo usted por aquí?

—He venido a ver cómo podía ayudarte William.

—Ya veo. Pues si quiere ayudarme lo que tiene que hacer es decirle a estos señores que me deben dos mil dólares en metálico y que me los tienen que pagar ya.

El reverendo sabía perfectamente lo que era un detonador. Había visto algunos en las minas cuando iba allí a oficiar la misa de algún minero desaparecido. La imagen de aquel hombre pasándose el detonador entre las manos le heló la sangre.

—William, entiendo perfectamente tu problema. Tienes derecho a que se te pague. Y estos señores te van a pagar.

—Y dónde está mi dinero. Se me acaba la paciencia reverendo —amenazó desde el tejado.

—La biblia nos enseña que el hombre paciente siempre es recompensado —le tranquilizó el reverendo.

—¿La biblia? ¿Qué dice exactamente? —preguntó el padre de William con cierto desdén.

—El libro de los proverbios dice que más vale ser paciente que valiente, más vale dominarse a sí mismo que conquistar ciudades.

—¿Qué clase de proverbio es ese? —preguntó Hardstone desde el borde del tejado—. No sé qué enseñanzas puede tener sobre la paciencia ese libro reverendo. ¿No fue Jesús quien echó a los mercaderes del templo? ¿A eso es a lo que usted llama tener paciencia?

El alcalde, el concejal y el tesorero que seguían la conversación desde cierta distancia, más por darles intimidad que por otra razón, escuchaban en silencio. El padre de William había puesto sobre la mesa un buen argumento. Parecía que iban a comenzar un interesante duelo dialéctico. Los tres se quedaron esperando con interés la reacción del reverendo.

Cuando el reverendo buscaba una respuesta a un problema siempre recurría a las sagradas escrituras. Alzó la vulgata sobre su cabeza. Tuvo que hacer un esfuerzo. Ese libro pesaba más de lo que parecía a simple vista. Los primeros rayos de un tímido amanecer se reflejaron sobre sus cantos dorados. Las letras de la cubierta brillaron proyectando la palabra del señor, en este caso las palabras de la portada que estaban chapadas en oro, sobre la fachada de la funeraria. La escena arrancó la admiración del alcalde, el concejal y el tesorero. Nunca habrían imaginado presenciar una escena tan grandiosa.

—Oh pobres pecadores —arrancó el reverendo con una voz profética y huracanada—. El señor me trajo su palabra y su palabra será la que os salve. Dejad que inunde vuestros corazones como el sol en la gélida mañana. Igual que el sediento que va a la fuente a beber, en estas palabras encontraréis alivio —dobló los brazos y la vulgata dejó de iluminar la fachada de la funeraria—. Escuchad pobres pecadores, porque las palabras que os voy a leer son las mismas palabras de nuestro Señor traídas a nosotros por los profetas y apóstoles.

—Da gusto escucharle —comentó el alcalde mientras el concejal y el tesorero asentían absortos—. Ya podía hacer lo mismo los domingos en la iglesia y dejar de soltarnos ese rollo sobre comer legumbres y verduras.

El reverendo tomó la vulgata firmemente con la mano izquierda y con la derecha tiró del marcapáginas para abrirla. La vulgata se abrió descubriendo sus páginas a dos columnas y una tipografía que inspiraba solemnidad. Se abrío por el éxodo. Allí donde Moisés llega al monte Sinaí. Allí donde le muestra al pueblo de Israel las Tablas de la Ley. Allí donde la señora Leechesberg había tachado el “no matarás” y el “no cometerás adulterio”.

El reverendo se quedó mirando aquellas páginas ante la expectación de los presentes. Así estuvo en completo silencio unos dos minutos. Dos minutos que se hicieron muy largos.

—Reverendo… ¿qué dice la biblia? —le preguntó el alcalde.

Otros dos minutos debió continuar el reverendo bajo la mirada impaciente de los presentes en silencio total. De pronto, cerró la vulgata. El choque de las páginas reverberó contra la fachada de la funeraria. Incluso se levantó algo de polvo. Se colocó la vulgata bajo el brazo.

—William adelante.

Aquel hombre desde su tejado no pareció entender muy bien aquellas dos palabras.

—¿Adelante qué? ¿Adelante qué? No le he oído reverendo —le dijo desde el tejado.

—Adelante con lo tuyo. ¿Con qué iba a ser si no?

—No sé si le entiendo reverendo —dudó el padre de William.

—Que adelante con tu plan —se recolocó la vulgata—. Salta por los aires si es lo que quieres. Tienes mi bendición.

—Pero qué dice —se llevó las manos a la cabeza el alcalde.

—Haz lo que quieras. Si quieres volar la funeraria entiendo que tienes derecho. A fin de cuentas es tuya.

—¿Se ha vuelto loco? —se le acercó el alcalde—. ¿Cómo le anima a hacer algo así? ¿Ha olvidado que ahí dentro hay gente?

—Honestamente, no me importa.

—¿Cómo dice? —preguntó aterrado el alcalde.

—Como oye. No me importa.

—Pero y la gente que hay ahí dentro. ¿No le importa que les pase algo? —preguntó el alcalde consternado.

—Sinceramente, creo que la mayor parte de la gente que hay ahí dentro han

cometido suficientes crímenes para ser colgados. Así que si no les sucede algo horrible hoy, ya se encargará un juez de condenarles mañana. ¿Para qué esperar tanto?

El alcalde, petrificado miró al concejal y al tesorero buscando algo de ayuda. Éstos tampoco tenían muy claro qué hacer y se encogieron de hombros.

—William, haz lo que quieras. Yo me marcho.

El reverendo se dio media vuelta.

—Pero… y mi dinero —preguntó Hardstone desde el tejado.

—Eso es cosa de estos hombres —dijo el reverendo refiriéndose al alcalde.

—Pero… y la biblia… y la paciencia —preguntó Hardstone desde el tejado.

—Una me la han estropeado, la otra se me ha agotado.

—Reverendo, reverendo. ¿Dónde va? No nos puede dejar así —le suplicó el alcalde.

El reverendo hizo un gesto de despedida mientras se alejaba. Hardstone llamó al reverendo un par de veces. Se acercó todo lo que pudo al borde del tejado. Una de las tejas cedió bajo su pie deslizándose hacia delante. Hardstone perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el tejado. Siguió resbalando y cayó desde lo alto hasta dar con sus huesos en el duro y polvoriendo suelo.

Con Hardstone en el suelo el alcalde, el concejal y el tesorero se acercaron tímidamente. Hardstone respiraba y no parecía gravemente herido. O al menos, eso parecía por fuera. Si tenía algo roto por dentro eso era otra cosa. El golpe lo había dejado inconsciente. Y desde luego no iba a poder subirse a un tejado en una buena temporada.

El alcalde se giró buscando al reverendo que estaba ya bastante lejos y seguía alejándose ajeno a todo aquello. Seguramente no había visto la caída de Hardstone.

—Reverendo, reverendo. ¿Pero dónde va? —le gritó el alcalde temiendo que no le oyese.

—A hablar con mi mujer —respondió a lo lejos.

28

—¿Estás seguro que quieres mudarte a Sincinaty William? —preguntó la señora Leechesberg.

William miraba distraído por la ventana de la diligencia. No recordaba cuándo fue la última vez que había estado tan lejos de la funeraria. El negocio era muy absorbente y tener vacaciones resultaba complicado. Además, por alguna razón la gente aprovechaba para morirse durante las vacaciones. Verano o navidades eran fechas clave.

—Sí —respondió William.

—Creo que te gustará Sincinaty. Todos los días hay algún cabaret. ¿Te gusta el cabaret?

—No sé qué es eso.

—Te gustará —afirmó con rotundidad la señora Leechesberg—. Y seguro que te encanta el Pamplemousse. Ya te buscaremos algún lugar donde dormir, hay sitio de sobra. Y creo que serás estupendo para el trabajo.

William asintió con timidez.

—¿Quieres que te vuelva a explicar en qué consiste el trabajo? —la señora creyó leer un sí en la cara de William—. En el Pamplemousse entra todo tipo de gente ¿sabes? Bueno, hay excepciones. Por supuesto no puede entrar nadie con intenciones que no sean divertirse y pasarlo bien. Hay hombres de negocios, gente que está de paso, incluso algún poeta. Todos gente muy interesante. El caso es que muchas veces la gente está muy tensa y puede traer problemas. Tú ayudarás a solucionar esos problemas. ¿Entiendes en qué consiste el trabajo?

William no podía decir que aquello le quedase muy claro. Al menos no tan claro como el trabajo en la funeraria. Todo el mundo sabe a qué se va a una funeraria, pero no todo el mundo sabe a qué se va al Pamplemousse. Al menos él no lo sabía.

La señora Leechesberg tomó el silencio de William como un sí.

—Estupendo. Creo que serás muy competente para el puesto. Y trabajar en una funeraria no es oficio para un chico tan joven. Es un lugar tan triste. Tan gris. No hay alegría ni aventuras. En Sincinaty cada día es diferente y nunca se sabe lo que puede pasar. Puede ser un lugar muy estimulante para un chico con inquietudes.

La diligencia se detuvo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué nos paramos?

Hombres montados a caballo rodearon la diligencia. William se asomó y pudo ver que eran soldados. Y eran muchos.

—Son soldados —dijo William.

La señora se asomó por la ventanilla. Vio a uno de ellos apearse del caballo y acercarse a la puerta del coche. Llamó con los nudillos. La señora hizo un gesto a William para que descorriera la ventanilla. Estaba muy dura y William tuvo que esforzarse para poder abrirla.

—Buenos días señora. Soy el capitán Wilcox del cuadragésimo regimiento de caballería ligera.

Se quitó la gorra al presentarse. Miró a la señora con cierta curiosidad y después echó una mirada escrutadora a William.

—¿Les importa que suba al coche y les haga unas preguntas?

—Por supuesto capitán. Nunca está de más la presencia de un vigoroso soldado en estos tiempos.

William abrió la puerta del coche y el capitán Wilcox se sentó a su derecha, frente a la señora Leechesberg.

—Bonito coche. ¿Es suyo? —la señora asintió—. ¿Qué transportan en el otro coche? Debe ser importante porque va bien custodiado por esos hombres.

—Es mi equipaje y algunas valiosas obras de arte.

—¿Es usted artista? —preguntó el capitán levantando una ceja.

—¿Yo? De ninguna manera. Soy coleccionista de arte.

El capitán parecía muy sorprendido. Una mujer coleccionista de arte viajando por aquellos caminos en medio de la noche. Estar en el ejército te permitía ver cosas extrañas e inusuales.

—¿Colecciona arte para su marido?

—¿Mi marido? Por supuesto que no. Mi marido no tenía ningún gusto por el arte capitán.

—Discúlpeme señora no quería importunarla —se disculpó el capitán.

La señora hizo un gesto para quitarle importancia a la situación. Sonrió y dejó relucir su perfecta sonrisa. Cada uno de aquellos dientes tenía un tono de marfíl perfecto y parecía estar cincelado por el mismísimo Miguel Ángel. El capitán no pudo más que fijarse en aquella boca.

—¿Y el ataúd que llevan es alguna una obra de arte?

La señora Leechesberg abrió su abanico y ocultó su perfecta sonrisa. Luego se rió. En los oídos del capitán Wilcox aquello era como escuchar a un ángel reírse. Sonaba tan inocente que cualquier juez perdonaría el más atroz de los delitos si el acusado se riese de esa forma. El capitán miró a William intentando entender qué tenía tanta gracia. Todo lo que pudo ver fue a un William haciendo lo posible por mantener la distancia entre él y el capitán.

—¿Qué le hace tanta gracia señora? —preguntó Wilcox.

—Si mi asistente no fuese una persona tan seria y trascendental capitán —dijo la señora— se estaría riendo a carcajadas de su pregunta.

William no supo si dar gracias a su suerte. Acababa de cambiar de oficio sin saberlo. Ahora era asistente de la señora Leechesberg.

—¿Este chico es su asistente?

—Por supuesto. Que no le engañe su juventud. William es todo un artista. Y como tal, puede reconocer el buen arte a millas de distancia. Pintó su primera naturaleza muerta con tres años. Y lleva desde los cinco haciendo copias de una calidad exquisita de los mejores pintores. Desde Waterhouse hasta Hopkins. Me asesora en todas mis adquisiciones.

El capitán estaba sorprendido. Nadie diría que aquel chico vestido como el trabajador de una funeraria fuese un gran pintor. Aunque ya se sabía que los artistas eran gente extravagante.

—Capitán dudo que un ataúd pueda considerarse una obra de arte. O al menos el ataúd que llevamos nosotros. Pero le puedo asegurar que en materia de seguridad, transportar obras de arte dentro de un féretro echa para atrás a cualquier bandido. Son todos muy supersticiosos. Llevo años transportando obras de arte usando este truco y nunca he tenido ningún percance.

—Y esperemos que siga siendo así. Es un truco muy astuto señora. Pero me temo que tendré que pedirla que me deje echar un vistazo. Esta zona está llena de contrabandistas y le aseguro que utilizan los medios más insospechados para transportar todo tipo de cosas. Será una mera formalidad. No se preocupe.

—Entiendo perfectamente que es su deber capitán. Pero tengo que rogarle que tenga el máximo cuidado. Sería una pena que esas obras se estropearan con todo el polvo de estos caminos. Esa caja las mantiene aisladas y en perfecto estado hasta llegar a su destino.

—Tiene mi palabra de que tendremos cuidado. ¿Vienen de Frigidton cierto? —la señora asintió—. ¿Qué hacían allí?

La señora se llevó el dorso de la mano a la frente.

—Esa pobre gente capitán —agitó su abanico— no se merecen lo que les está tocando vivir.

—¿A qué se refiere? —preguntó el capitán.

La señora le cogió de la mano.

—Esa pobre gente. Esos cuatreros han tomado el pueblo. Pobre gente. Quién sabe lo que estarán haciendo con ellos mientras hablamos. ¿Dígame que van a ir allí a ayudarles?

—Ese es nuestro deber señora y por eso estamos aquí —dijo el capitán con tono orgulloso.

—No sabe lo tranquila que me quedo sabiendo que todavía quedan hombres que quieran ayudar. Hombres fuertes y vigorosos como usted capitán.

La señora apretó la mano del capitán. Éste cogió dulcemente la mano de la señora entre sus manos.

—Esté usted tranquila que el capitán Wilcox y el cuadragésimo regimiento de caballería ligera liberarán a esas gentes de esos granujas. ¿Cómo es que ustedes escaparon?

—Supongo que la fortuna nos acompañó capitán. Esos cuatreros son supersticiosos y no atacarían un coche fúnebre. Pero capitán por favor, ayude a esas gentes. Un hombre de su porte, de su vigor, no debe permitir que esos maleantes cabalguen por los mismos caminos que las gentes decentes.

—No tenga usted duda señora mía que mis hombres ajusticiarán a esos maleantes y liberarán a esas pobres gentes. Pero para eso necesito que me diga cuántos hombres cree usted que hay.

—Es difícil de decir porque cruzamos el pueblo a toda velocidad en cuanto vimos aquello. Deben ser unos doscientos. Verdad William querido.

William solo pudo mover la cabeza de arriba a abajo.

—Sepa usted señora que ni doscientos ni trescientos cuatreros son rival para la caballería ligera liderada por el capitán Wilcox. Esté usted segura que serán ajusticiados señora…

—Smith. Señora Smith.

El capitán besó la mano de la señora. Luego la soltó con delicadeza y bajó del coche. Fuera se colocó la gorra.

—Sigan su camino tranquilos. Nosotros tenemos que galopar hasta Frigidton y ayudar a esas pobres gentes. Señora Smith su ayuda ha sido de gran valor. Espero que volvamos a vernos.

—Por supuesto capitán Wilcox. Sería un placer volver a verle por Sincinaty.

El capitán se despidió con una pequeña reverencia. Subió a su caballo y todo el cuadragésimo regimiento de caballería ligera marchó camino a Frigidton. La señora cerró la puerta del coche para evitar que entrase el polvo. Intentó cerrar la ventanilla pero estaba muy dura y William tuvo que ayudarla. Golpeó la pared del coche para que el cochero continuara la marcha.

William no daba crédito. No sabía que llevaban un ataúd. No sabía que llevaban obras de arte. Pero si sabía que aquella mujer había despachado al inoportuno capitán Wilcox y a todo el cuadragésimo regimiento de caballería ligera en cinco minutos con una simple sonrisa y una caricia.

—Te preguntarás por qué lo he hecho.

—¿El qué? —preguntó William.

—Mentir así al capitán Wilcox.

William no dijo nada.

—En ocasiones hay que tener cuidado con los que dicen representar el orden William. Al final todos somos personas y nos gusta que nos digan lo que esperamos oír. El capitán Wilcox sabía perfectamente quién soy, de dónde venía y a dónde iba. Podía tener sospechas fundadas de lo que hay en el ataúd que llevamos en el otro coche. Y sin embargo, se ha marchado convencido de que

soy la señora Smith, que tú eres mi asistente y que el ataúd con mi difunto marido es un cajón que lleva obras de arte. ¿Por qué?

William no sabía que se llevaban al difunto Leechesberg de vuelta a Sincinaty. ¿Cuándo lo habían metido ahí dentro? ¿Y cómo sabía esa mujer que el capitán Wilcox sabía quién era?

—Porque le hemos dicho lo que quería oír. El capitán Wilcox es un hombre que monta a caballo, lleva uniforme y comanda un grupo de hombres. Le han mandado a un pueblo perdido más allá del río Turbio a reducir a un grupo de cuatreros. No parece muy interesante para un hombre con aspiraciones. Y cuando llegue y vea lo que hay se llevará una decepción. Si una pobre viuda le sonríe y le pide desesperada que por favor ayude a esa gente, el capitán Wilcox se hincha de orgullo militar y marcha al combate. Una sonrisa y un gesto cariñoso, que siempre ayuda a convencer a un hombre. Así funcionan las cosas.

En aquel momento William supo que estaba frente a una persona de la que había que mucho que aprender.

—Prometemé que nunca llevarás uniforme.

William miró su traje. No supo si aquello era un uniforme.

—¿Por qué?

—Si a un hombre le das un uniforme tienes un soldado. Pero si a un soldado le quitas el uniforme no está claro que te quede un hombre. Es mejor no tener que comprobarlo.

William no entendió muy bien aquello. ¿Qué mas daba el traje que te pusieras para trabajar?

—Los hombres que tienen inquietudes y buscan su propio camino son mucho más interesantes William. Algún día te explicaré mi taxonomía del hombre actual. Puede que en algún momento escriba un libro explicando mis conclusiones. Esa sería una inquietud. Dime William, ¿cuáles son tus inquietudes?

William no sabía que era una taxonomía. Y aquella parecía una de esas preguntas trampa del reverendo. Aquellas donde todas las respuestas posibles terminaban con un golpe de vulgata. Le volvió a doler el golpe de la entrepierna.

—No estoy muy seguro —dudó William.

La señora abrió su abanico y comenzó a agitarlo enérgicamente.

—Bien. No te preocupes. Tendremos que buscarlas —dijo la señora acariciándole la pierna—. Yo te ayudaré a encontrarlas.

Las ventanillas del coche temblaron por una ráfaga de viento. Se oyó un tremendo estruendo que venía de lejos. Algo así como un trueno, pero no había ni una sola nube en el cielo. Los caballos se asustaron y se pudo escuchar al cochero azotarles con la fusta. William se puso de pie hasta dar con la cabeza en el techo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó nervioso.

La señora Leechesberg le puso la mano en el pecho y le empujó para que se sentara. Abrió las piernas y las puso a ambos lados de William.

—No te preocupes William cariño. Y ahora creo que es el momento de que compartamos algunas inquietudes.

29

El sheriff llegó corriendo junto al alcalde.

—¿Dónde está ese loco de Hardstone? —preguntó.

—Ahí lo tiene —señaló el concejal echándose a un lado.

El padre de William estaba en el suelo tumbado boca arriba. De vez en cuando soltaba un pequeño quejido, pero apenas se movía. Parecía querer incorporarse, pero dado su estado eso era difícil de imaginar tal cosa.

—¿Pero qué demonios ha pasado? —preguntó el sheriff.

—El muy desgraciado resbaló y cayó de culo. Creo que no podrá sentarse en una buena temporada. Le arrastramos hasta aquí porque las tejas le caían encima. Por eso tiene la cabeza llena de chichones —le explicó el concejal.

—¿Qué ha pasado con los que estaban dentro? ¿Consiguieron sacarles? —preguntó el alcalde.

—Los sacamos a todos. El muy loco había atado y amordazado a todos los cocineros y camareros. Hizo un trabajo excelente. Los ató a todos sin ni siquiera tener un arma. Con enseñarles el detonador fue suficiente. Y estaban tan bien atados que no eran capaces de liberarse. Les soltamos para que nos ayudasen a sacar al resto.

—¿Están vivos? —preguntó el alcalde con preocupación.

—No sabría decirle alcalde. Esos cocineros franceses están todos bien. Excepto el chef. Creo que no olvidará este día fácilmente. Hubo que sacarle a rastras. El resto de la gente que había dentro ha corrido la misma suerte que él. Unos están

mejor que otros. Algunos parece que se vayan a recuperar, pero otros juraría que están muertos o casi.

El sheriff se llevó las manos a la cadera visiblemente cansado.

—Y me quería perder este día. Hay que dar las gracias al reverendo por distraer a este loco. Por cierto, ¿dónde está el reverendo? —preguntó el sheriff.

—Se marchó —respondió el concejal—. Tenía que haberlo visto sheriff. Pareció que fuese a comenzar el sermón más impresionante de la historia. Era como si el mismísimo Dios hubiese comenzado a hablar y de pronto… cerró su biblia y se marchó. Sinceramente, creo que esa dieta que sigue a base de alubias le afecta al humor.

El sheriff se agachó junto a Hardstone y le cacheó buscando algún arma.

—No creo que ese hombre esté en condiciones de disparar sheriff —dijo el alcalde.

—Yo ya no me fío de este hombre —dijo mientras le cacheaba—. Está limpio.

—¿Dónde está William, el hijo de Hardstone? —preguntó el alcalde.

El sheriff sacó un par de esposas y se las puso al padre de William. Normalmente dejaba un poco de holgura por compasión. Esta vez las apretó hasta cortarle la circulación.

—No lo sé. Desde luego no estaba dentro de la funeraria. Ya no me la volverás a liar —dijo apretando las esposas.

—Habrá que avisarle. A fin de cuentas es su padre, y tiene que saber lo que le ha pasado —dijo el alcalde.

—¿Se lo llevará al calabozo sheriff? —preguntó el concejal.

—No creo que ahora mismo sea una amenaza. Además, puede que tenga algo roto. Primero que le vea el doctor —dijo incorporándose—. Y luego le llevaremos ante el juez. Este hombre no puede estar tomando rehénes cada vez que no le paguen lo que se le debe.

—¿Es realmente necesario? Los Hardstone siempre han llevado la funeraria del pueblo. La única que tenemos. ¿Quién va a seguir con el negocio si no aparece el chico? Todos sabemos que Hardstone es un buen hombre. Además, nadie le ha pagado y esa gente le ha destrozado su negocio. ¿Alguien ha visto a la viuda de Leechesberg?

Se miraron unos a otros. Todos habían caído en la cuenta a la vez de algo evidente. Aquella gente se había ido sin pagar. Tampoco era algo de extrañar. ¿Dónde se ha visto que un cuatrero pague lo que debe?

—¿Sheriff qué va a hacer con todos esos cuatreros? Tendrá que meterlos en el calabozo —dijo el alcalde.

—No veo por qué. No han cometido delito alguno.

—Pero sheriff. Son cuatreros. Ser cuatrero es un delito —se indignó el alcalde.

—Efectivamente alcalde. Pero puede usted decirme cuántas cabezas de ganado han robado esos desgraciados. ¿No? Me lo imaginaba. Además, dado el estado en el que están diría que ya han recibido su castigo.

—¿Y qué pasa con los otros? Los que no eran cuatreros. Ahí dentro había gente de Sincinaty. Y gente importante. Menuda publicidad para nuestro pueblo —se lamentó el alcalde.

—Pues creo que han corrido más o menos la misma suerte que los cuatreros. Aquí el dinero no ha salvado a nadie alcalde. Creo que el doctor va a tener trabajo que hacer.

Hacía más de dos horas que el sol había salido por el horizonte. El tejado de la funeraria había quedado bastante maltrecho. Las tejas habían caído en cascada dejando al descubierto la capa de brea del tejado. Corría algo de aire y pequeñas nubes de polvo se arremolinaban por aquí y por allá.

—¿Y el difunto? ¿Han sacado el cuerpo? —preguntó el alcalde.

—No estaba. Alguien se lo ha llevado —dijo el sheriff.

—¿Cómo?

El sheriff sacó su bolsita de tabaco y un par de papelillos de liar.

—Lo que oye alcalde. El cuerpo no estaba. Y honestamente no me preocupa en absoluto lo que hayan hecho con él. Ya bastante hemos tenido por hoy. No pienso hacer nada más. Y eso que aquí quedan muchas cosas por aclarar.

Encendió una cerilla pasándola por la suela de su bota. Se la acercó al cigarrillo y luego la apagó tirándola al suelo. Aspiró levemente y soltó una gran bocanada de humo.

—Habrá que determinar quién envenenó a toda esa gente. Porque está claro que aquí alguien quería acabar con ellos.

—¿Envenenados? —preguntó el alcalde.

El sheriff pegó una lenta calada a su cigarrillo.

—¿Le sorprende? ¿Ha mirado a su alrededor? Esa gente ha sido envenenada. Y hasta donde yo sé lo han hecho de dos formas diferentes. Pero eso es otro asunto —volvió a pegar otra calada.

—Por cierto sheriff. ¿Qué hizo con la dinamita? —preguntó el concejal.

El sheriff pareció no escucharle y se quedó mirando hacia la lejanía. Volvió a aspirar y la punta de su cigarrillo se encendió con un brillo rojizo. Soltó el humo por la nariz pensativo. Aquella calada le supo muy rica. Se la había ganado.

—Probablemente nunca hubo tal dinamita. Era un truco de Hardstone para asustarnos. Seguramente el detonador no era más que atrezo. Jugó con nosotros y nos hizo creer que iba a volar la funeraria con toda esa gente dentro pero no era más que un truco. Podría haberle salido muy bien si no se hubiese caído.

—Eso me tranquiliza porque la caja que está al borde del tejado era el detonador —dijo el alcalde.

El supuesto detonador estaba al borde del tejado colgando de un cable. Cuando el sheriff lo vio, abrió la boca de par en par con el cigarrillo pegado a su labio inferior. Una ráfaga de aire se lo despegó del labio. La misma ráfaga de aire que empujó el detonador la distancia de un metro. El efecto péndulo habría llevado el

detonador en la otra dirección sin mayores consecuencias. Sin embargo, la torsión del cable y la casualidad hicieron el resto. El detonador chocó contra la fachada empujando el actuador hasta el fondo. Lo siguiente fue un gigantesco estruendo y una onda expansiva que hizo rodar todo lo que rodeaba la funeraria en muchos metros a la redonda. Después hubo una lluvia de maderos, escombros, restos de comida y mucho, mucho polvo.

Cuando el polvo se asentó, en el lugar donde estaba la funeraria había un solar rodeado de cachitos de muchas cosas. El sheriff intentó ponerse en pie. En el primer intento se tambaleó y cayó de rodillas. Los oídos le pitaban y sentía un terrible hormigueo en las piernas. Lo intentó una segunda vez y consiguió erguirse con algo de dificultad. Un molesto pitido se había instalado en su oído derecho. Se metió el dedo meñique intentando mejorar la situación, pero no hubo resultado. Todo lo que consiguió fue sacar un poco de tierra. Caminó torpemente hacia donde estaba Hardstone, que curiosamente seguía en el mismo sitio, solo que completamente cubierto de polvo. El sheriff metió la mano en el bolsillo interior de su chaleco y sacó un puñado de dólares. Se lo metió a Hardstone en el bolsillo.

—Lo que falta se lo pagarán estos señores.

Epílogo

—Señores esto es lo más raro que he visto nunca en todos mis años viajando a lo largo y ancho de este gran país —dijo el capitán Wilcox.

Dejó su gorra sobre la mesa y se recostó en la silla.

—Si he entendido bien su historia entonces ese hombre voló la funeraria con dinamita ¿cierto?

El sheriff y el alcalde asintieron.

—Si no recuerdo mal ese hombre ya intentó hacer lo mismo con el fuerte hace un tiempo. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es —dijo el alcalde—.

—¿Y cómo es posible que hiciese lo mismo otra vez? ¿Por qué no le metieron en un manicomio la primera vez?

—Capitán ese hombre y su familia han llevado la funeraria de nuestro pueblo desde su fundación. Además, todos perdemos los nervios de vez en cuando…

—No creo que todo el mundo esté tan loco como para maniatar a todo un velatorio y llenar una funeraria con dinamita —dijo el capitán Wilcox—. Pero lo que no llego a entender bien es todo eso del banquete. A ver si lo entiendo…. Ese tal Leechesberg apareció muerto en el pueblo, lo llevaron a la funeraria y un montón de cocineros franceses vinieron para preparar un banquete para cuatreros y gentuza de Sincinaty. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es —confirmó el alcalde.

El capitán Wilcox puso los pies sobre la mesa dejando las dos patas delanteras de la silla en el aire. Se puso las manos detrás de la nuca mirando al techo.

—Y según comentan ustedes, antes de que ese loco se subiese al tejado y llenase todo con dinamita, alguien envenenó las galletas.

—Las galletas y el champán que sepamos —añadió el alcalde.

—Las galletas y el champán —repitió el capitán—. ¿Nada más?

—Puede que el whisky y el vino también estuviesen envenenados —dijo el alcalde.

—El whisky no estaba envenando, pero estaba mal destilado. No creo que sea seguro de beber. Se lo requisamos a un trampero —dijo el sheriff.

El capitán cruzó las manos sobre el pecho. Por su cara parecía estar procesando mucha información.

—No sabía nada de un whisky requisado a un trampero.

—Les dimos unas botellas de whisky que requisamos a un trampero —dijo el alcalde.

—Eso ya lo ha dicho el sherifff. ¿Por qué hicieron eso? Pensé que estaba prohibido beber en velatorios, funerales y durante la fiesta de la sobriedad.

El sheriff miró al alcalde esperando que dijese algo.

—Pensamos que si les dábamos ese whisky podríamos emborracharles y reducirles más tarde —dijo el alcalde.

—Señor alcalde con todos mis repetos, creo que nunca ha tratado usted con cuatreros. Esa gente puede beber lo que sea. Les he visto emborracharse bebiendo jabón líquido. Juraría que les prepararon la fiesta de sus vidas. Dar de beber a un cuatrero es como echar aceite a una hoguera… Pero no quisiera juzgar sus acciones. Está claro que la situación era complicada. Vamos a lo interesante. ¿Dónde están Spaguetti Johnson, Emilio Seisdedos y la viuda de Leechesberg?

—Ya se lo hemos dicho capitán. Desaparecieron —dijo el sheriff.

—Desaparecieron… ¿Con todo lo que ha pasado desaparecieron y ya está?

—A Spaguetti le vimos antes de la explosión —dijo el sheriff—. Estaba pálido y tirado por el suelo. Pero no le hemos vuelto a ver. Un camarero dice que vio a Seisdedos en el velatorio cuando la gente comenzó a enfermar. Los Leechesberg sencillamente desaparecieron.

—¿Los Leechesberg? ¿Se refiere a los hombres de los Leechesberg?

—No. Me refiero al matrimonio —puntualizó el sheriff—. Se llevaron el cuerpo del difunto. Nadie se dio cuenta. Digamos que la viuda se llevó a su difunto marido a otro lugar.

El capitán Wilcox se reincorporó y maldijo entre dientes.

—He cabalgado con el cuadragésimo regimiento de caballería ligera todo un día para llegar hasta aquí. Hasta este pueblo perdido de la mano de Dios, en medio de ninguna parte para salvar a sus gentes de una matanza —se apretó los ojos con el índice y el pulgar—. Esos cuatreros juegan sucio. Si se les deja sueltos roban, violan y matan. Esperaba sangre, disparos, heridos… Lo que no podía esperar era encontrármelos tirados por el suelo quejándose de que les duele la tripa porque han comido galletas. Galletas envenenadas. Es lo más ridículo que me ha pasado nunca.

Cogió su gorra y se acercó a la ventana.

—Tengo a un regimiento entero de caballería registrando uno por uno a los asistentes de un velatorio para comprobar si están muertos, borrachos o simplemente les duele la tripa. El ejército no está para estas cosas señores.

—¿Y qué es lo que sugiere que hagamos capitán? —preguntó el alcalde.

—Dejen que se marchen y entierren a los muertos.

—Pero capitán, no tenemos funeraria.

—Construyan una nueva.

—¿Y quién la gestionará? —preguntó el alcalde.

—No lo sé, pero háganme un favor. No dejen que ese loco vuelva a hacerse cargo.

—¿Y qué hacemos con los cuatreros?

—¿No me ha oído alcalde? Deje que se marchen.

—Pero son cuatreros capitán.

—Juraría que para acusar a alguien, tiene que haber cometido un delito. ¿De qué delito se acusa a esos hombres alcalde? ¿De beber whisky mal destilado que les han regalado? No parece una acusación muy sólida.

El capitán se puso su gorra.

—Y ahora si me disculpan señores ordenaré a mis hombres que terminen lo antes posible para marcharnos de este pueblo. Que tengan ustedes muy buenos días.

El capitán cerró con fuerza tras de sí. El sheriff se quedó mirando al alcalde en silencio.

—No me mire así sheriff. Les llamé porque son el ejército. Están para ayudar. ¿Cómo iba a imaginar que todo esto acabaría así?

—¿Qué vamos a hacer con Hardstone? —preguntó el sheriff.

—Primero, que se recupere. Luego ya veremos. Desde luego, este pueblo necesita una funeraria —el alcalde se frotó la punta de su bigotito con los dedos —. ¿No piensa investigar quién puso ahí el veneno sheriff?

El sheriff suspiró. Fue un suspiro lleno de cansancio.

—Creo que por esta vez lo dejaremos estar —dijo el sheriff—. Todo esto es demasiado absurdo como para encontrar una explicación razonable.

—Bien dicho. Dejémoslo estar. Por cierto sheriff, ¿qué le parecen a usted los funerales de Nueva Orleans?